Depósito Legal. B. 3.493. 1958.

JESÚS LÓPEZ PACHECO

CENTRAL ELECTRICA



EDICIONES DESTINO
Balmes, 4 — Barcelona

I

ALDEASECA

I

TANTO sol, tanto sol. Es agradable tanto sol sobre las escamas redondas, grises, las patas con sus uñas entre los granos de arena, indolentemente abandonadas, sin sostenerla, apoyándose en su vientre blancuzco y blando que siente la tierra como una alegría inmensa y rotunda que no se puede negar. Tanto sol, tanto sol en su cabeza triangular, los ojos muy abiertos y vivos, respirando el aire y el sol, la lengua temblando, su pecho, entre las patas delanteras, hinchándose y deshinchándose, y todo su cuerpo alargado, gris o verde o pardo o de los tres colores a la vez, sobre la tierra gozando de la alegría de ella y de tanto sol y del silencio. Quieta, con una quietud de ser antiguo, de vida acabada o de cosa que está escuchando el deslizarse de los astros mientras se deja bañar por la luz de uno de ellos. Tanto sol sobre las escamas, la cola doblada en una graciosa curva señalando todavía el camino por el que llegó, tanto sol sobre su cabeza, ah, tanto sol y tanta tierra debajo de su vientre, y la alegría de estarse quieta bajo el sol y sobre la tierra, existiendo, olvidándose de todo.

Un ruido.

Su cola, de pronto, se apoya en la tierra, y su cuerpo cambia de dirección, levantando la cabeza y moviéndola hacia uno y otro lados. Luego, otra vez quieta: el viento en el árbol, un crujido vegetal cualquiera. Tanto sol sobre su cuerpo.

Primero es una vibración lejana de la tierra. Luego se va acercando y su cabeza se alza, vuelve a cambiar de sitio, se queda quieta de nuevo. Pero la vibración es ya un ruido que crece, que se acerca. Las cosas — ella lo sabe — hacen ruido al andar y se acercan cuando sus ruidos se acercan. Miedo. El ruido es ya muy grande y, sin embargo — tanto sol, tanto sol —, ella sigue allí, moviendo sólo la cabeza de vez en cuando,

rápidamente, con una exactitud mecánica, desde una posición a otra. Es el miedo y el sol y la tierra lo que la retiene allí. No quiere volver a su oscuro refugio entre las piedras del cercado. Tanto sol fuera. Pero el ruido crece, se hace de pronto enorme, se abalanza sobre su cuerpo una sombra, la cubre, y ella, asustada, corre agitando su cola y desaparece entre dos piedras.

Una de las botas cae sobre el lugar donde estaba la lagartija.

—Abandonarlo todo —. Sus palabras, mientras anda, llenan ese hueco de silencio que hay en los caminos, completando el pequeño ruido continuo, casi imperceptible, de la brisa en los árboles, y el de las chicharras, que sierra despiadadamente los demás ruidos. — Abandonar la tierra que nos da de comer.

—Sí — dice el otro. Piensa en su mujer y en sus dos hijos, y en sus cerdos, sus bueyes, sus gallinas —. Abandonarlo todo — repite, limpiándose el sudor de la frente con la manga.

—Eso quieren ellos —. Mira distraídamente el hueco negro entre dos piedras, donde se acaba de esconder una lagartija —. Pero ya veremos. A mí me tendrán que echar... si pueden.

Ahora pasan por un camino de bueyes entre los cercados de piedra que circundan dos parcelas, donde están encerrados bueyes y toros. El barro está seco, profundamente estriado por las huellas de los carros. Los dos hombres avanzan hacia el pueblo. El sol descompone los excrementos de los animales que pasan diariamente por el camino, produciendo un olor fuerte a estiércol. El roce continuo de sus pantalones de pana apaga el ruido de sus pisadas. Las chicharras, incansablemente, prosiguen su chirrido.

—Tú no tienes que pensar en dos mocosos —. Cae el sol duro, seco, sobre el camino, sobre los dos hombres, sobre las piedras.

—¿Por qué no nos dejan en paz? Para mí que quieren que nos muramos de hambre —. Lejos se oye el mugido de un toro. Le contestan varios toros del cercado próximo. Continúan andando. El hombre que pisó donde estaba la lagartija bosteza, con ese bostezo largo de mediodía. El otro le mira mientras tiene su boca abierta, y cuando la va a cerrar, la suya empieza a abrírsele sin poder evitarlo. Se pasa la mano por la frente y la resbala hasta la boca aplastándose la nariz. Llegan a un trozo del camino, encharcado por una acequia cercana, casi sin agua ya. Una bandada de mosquitos les hace agitar las manos. Van uno detrás del otro, por una orilla, evitando el agua y el barro del centro del camino. A los lados, junto a las piedras, crece hierba. Las lagartijas se van escondiendo al acercarse ellos. Un pájaro, sobre el cercado, silencioso, salta y picotea entre la hierba. Después trina y vuela unos metros más allá, posándose otra vez en el cercado. Los hombres han vuelto a hablar. Emplean pocas palabras, pronunciadas rudamente, y muchas interjecciones. "No puede ser, dejar estas tierras que nosotros hacemos parir todos los años". La cara del hombre que pisó donde la lagartija es aplastada. Ahora tiene una expresión de jabalí herido. Es moreno, la piel arrugada, los ojos muy pequeños y hundidos, la barba cerrada casi hasta los ojos, muy negra, crecida de un día.

—Juan — dice al otro — yo me iría a trabajar para ellos.

Juan escupe. Vuelve los ojos a su compañero y le mira, con odio hacia algo lejano.

—Y dejar el ganado, eh, y dejar las tierras, eh —. Vuelve a escupir —. No seré yo quien les ayude a taponar el valle para que me pudra de hambre luego.

—Tú no tienes dos mocosos y mujer.

Las calles del pueblo no están empedradas. Son caminos entre las "cortinas" de piedra que separan unos terrenos de otros. Las casas están dentro de los cercados. Delante, tienen todas un espacio grande, cerrado también con "cortinas", donde guardan los carros, los arados, las hoces, la trilla, los azadones. Corretean las gallinas por esta especie de patio y se suben al carro picoteando los granos de las rendijas. Varios cerdos se frotan contra el palo del arado o se revuelven, sin dejar de gruñir, en los charcos de meadas de bueyes.

La mujer está sentada junto a la puerta, con el niño en la espalda, sujeto con una manta estrecha que lleva atada a la cintura, haciendo calceta sin mirar, automáticamente, con la lana pasada por el cuello.

—¿Qué hay?

—Nada.

La mujer sigue haciendo calceta. El niño empieza a llorar. La mujer se balancea de un lado para otro sin dejar de mover las cuatro agujas.

—¿Y la comida? Sácanos vino a mí y a Juan, venga.

La mujer de Emilio se levanta, deja su labor sobre el taburete hecho de un tronco de árbol, y entra en la casa. Juan y Emilio entran detrás de ella. Atraviesan el establo. Las vacas rumian el forraje, masticándolo con un ruido blando y pausado. Al fondo, una puerta pequeña sin ángulos comunica con la cocina. En un rincón, hay una escalera vertical, de madera, que sube al dormitorio. La cocina es pequeña. Se sientan en el banco adosado a la pared, frente a la chimenea, en torno a la cual hay manchas de humo que se difuminan hasta llegar al blanco sucio de las paredes. El techo está negro ya. A los lados de la chimenea hay unos pequeños nichos, donde la mujer guarda todos los útiles de la cocina. La mujer saca de uno de ellos dos vasos y los pone sobre la mesa. Luego trae un trozo de cecina, medio pan negro de centeno y una garrafa de vino. El pan tiene casi medio metro de diámetro. Mientras les llena los vasos, el niño le pega en la nuca. La mujer no le hace caso. De pronto, coge la garrafa con una sola mano y con la otra le da un golpe en la cabeza. El niño empieza a llorar rabiosamente, agitando las manos. La mujer llena el vaso a su marido, deja la garrafa sobre la mesa y sale silenciosamente, sin hacer caso de la rabieta del niño.

—Ayer me robaron dos gallinas —dice Emilio, después de vaciar el vaso de un solo trago—. En este pueblo hay un ladrón.

—Eso lo sabemos desde hace mucho tiempo. Ya podíamos habernos librado de él. No hay semana que no robe varias gallinas. De seguro que roba frutas y coles también, y lo peor es que todos sabemos quién es y no cogemos una "forqueta" y le atravesamos el cuello—. Juan golpea el vaso contra la mesa y le pasa el pan al otro. Luego corta un trozo de cecina y antes de acabar de cortarlo, lo arranca de un tirón—. Pero son más ladrones los otros, los que nos quieren echar del valle.

Come un trozo de pan que parte con su navaja y muerde la cecina con los dientes, estirando hasta arrancarla.

—La comida, Manuela—. Se limpia la boca con el dorso del brazo, después de haber bebido otro vaso de vino. Juan se levanta.

—Me voy. Con Dios, hombre.

—Con Dios.

Juan tropieza en la puerta con Manuela. Ella se aparta.

Juan sale gruñendo una despedida ininteligible. Manuela, con el niño, que ya no llora, se arrodilla ante el hogar y descuelga la olla.

—¿Y el chico?

—Está abajo, con el ganado—. Ella pone en el centro de la mesa una cazuela, en la que ha echado las patatas hervidas con berzas de la olla. El marido parte con su navaja una rebanada de pan, llena su cuchara de madera y la lleva desde la cazuela a la boca, protegiéndola con la rebanada de pan para que no escurra. Los dos comen en la misma cazuela, sorbiendo ruidosamente el caldo.

—Bueno, ¿cuándo te decides?—. Le mira ella, la cuchara en la mano, cerca de la boca. Algo se quema en el hogar haciendo un humo picante. Ahora piensa él por primera vez en que hay moscas, muchas moscas grandes, pegajosas, en la cocina haciendo un ruido continuo. En el establo se oyen los mugidos cortos, sin ganas, de las vacas en plena digestión, y el ruido de la paja cuando se mueven, o el de una anilla chocando contra algo con un golpe duro que corta como un cuchillo la persistente atmósfera hecha de ruidos de moscas, de mugidos, de los roces suaves de la paja, mezclados con el humo picante, denso como un sonido sordo y oscuro.

—No se puede, Manuela. Al ganado hay que cuidarle.

—Deja el ganado en paz. Tú vete a trabajar a la presa y yo y el chico nos cuidaremos de él. Dan mucho dinero allí.

Ella tiene razón. Dan mucho dinero allí. Todas las semanas. Pero las tierras.

—Pero las tierras...

—Me basto yo sola. Para lo que tenemos. Además te dejarían venir a las faenas.

Sí. Ella tiene razón. Come un trozo de patata sin separar la cuchara de la boca y sorbe el caldo. Después deja la cuchara y se sirve vino, un vino tinto, casi negro, espumoso. Bebe de un trago y se limpia la boca con el dorso de la mano izquierda, antes de dejar el vaso que tiene en la otra. Una mosca está sobre la cuchara.

—Condenada mosca—. Agita la cuchara en el aire, como lanzando la mosca contra la pared.

La mosca vuela hacia la olla.

—Condenado de "El Cholo", que nos roba a todos y seguís

cruzados de brazos – dice la mujer –. ¿Habéis acabado la acequia?

–Sí – dice él.

"A "El Cholo" habría que hacerle algo", piensa. Mastica ella con la boca entreabierta, mirándole fijamente, como para meterle por los ojos su odio. O quizá no su odio, sino su primitivo deseo femenino de enfrentar a los hombres entre sí.

–Eso no durará siempre – dice él, apoyándose en la pared.

El niño empieza a llorar. Hace fuerzas y manotea en la espalda de la madre. La mujer le da un trozo de patata por encima del hombro, sin mirarle. El niño lo aprieta entre los dedos, se lo lleva a la boca y lo chupa, aplastándolo contra los labios y las encías.

II

La vara larga cae despacio sobre el lomo del toro, y allí la deja el chico sin soltarla, elevándola de vez en cuando y abandonándola siempre de nuevo sobre el lomo negro y brillante de sudor, donde las moscas están como clavadas, cansado ya su rabo, que se mueve casi por el balanceo de los pasos nada más y a veces sube hacia el último dolor pequeño y punzante sentido, sin fuerzas, acostumbrado ya todo su cuerpo a esos continuos pinchazos, sólo molestándole todavía los más fuertes, los que rompen la monotonía de la serie ininterrumpida de dolores iguales, soportables. El chico, con su vara, ayuda al rabo, resignado casi ya, a espantar esas moscas tan dolorosas, sobre todo en el vientre, donde también, a veces, golpea y restriega con la vara. El toro anda lentamente, como un guerrero vencido, el cuello doblado hacia el suelo por el peso de la piedra, tan grande como la cabeza de un niño, que le cuelga de cada cuerno. El chico lleva un cubo en la mano izquierda, en el que va echando los excrementos frescos que encuentra en el camino. Se levanta polvo al pisar el toro el suelo seco, sin lluvia desde mucho tiempo.

El pueblo está vacío. Sólo se ven, delante de algunas casas, mujeres, con sus niños a la espalda casi todas, haciendo calceta, con su mirada perdida delante, rota quizá por un cercado de piedra, por una casa pequeña de puerta grande o, mejor, por un establo donde vive el ganado, al fondo del cual, y en una cocina y un dormitorio oscuros, sucios y sin ventilación, viven los servidores de ese ganado, los hombres que le van a buscar la comida, los que se la dan, los que le llevan al campo, los que trabajan junto a ellos, hombres encogidos por un temor ancestral al pan, al cielo y a la tierra. O las miradas de esas mujeres, a las que es posible que el toro vea mientras camina se-

guido por el chico entre las casas, siguen libres hasta la otra orilla del río, donde sube el valle hacia la línea mágica entre lo azul y lo pardo.

—Madre — grita el chico. Ella está allí, como siempre. De vez en cuando, entra y bebe vino. La tarde pasa así: hacer calceta y beber vino, mirar el horizonte, dar de mamar al niño cuando llora demasiado y, al final, con la mirada roja, temblándole las manos, sentarse frente al hogar vigilando la cena, cansada, con el cerebro lleno de ideas rotas o arrugadas sobre las mismas cosas de siempre, pensando obsesivamente en que hay que encerrar a los cerdos para que no se coman a las gallinas. Lo demás, darle de comer a los cerdos, a las gallinas, bajar al huerto para regarlo, preparar la cena; ella lo hace todo sin saberlo, no porque piense que a esta hora los bueyes necesitan la pastura o hay que ir a coger la puesta de las gallinas, sino porque ha hecho lo mismo desde hace muchos años, desde que era niña, y ahora lo hace mecánicamente, como andar o sentir hambre a la hora de comer, y lo haría lo mismo aún cuando estuviera dormida o hubiera bebido demasiado vino, como ocurre ahora.

Ha visto venir a su hijo y lo pensó al verle, reprodujo el pensamiento que tiene todas las tardes a esa hora, cuando su hijo regresa detrás del toro, con el cubo lleno de excrementos y la vara. Todos los veranos es igual. Sabe que se levantará, cogerá el cubo, su hijo se limpiará el sudor resoplando, después de dejar la vara en un rincón del establo, contará que ha visto una culebra así de grande, que se asustó al principio, pero luego la partió en dos de un varazo, entrarán los dos en la cocina, ella le pondrá la cazuela, y el chico comerá las patatas metiéndose la cuchara de madera atravesada en la boca, escurriéndole el caldo y algunas berzas por las comisuras, y, mientras tanto, ella le mirará insistentemente tratando de comprender por qué le han salido duras las patatas, le llamará "hijo mío" dos veces, cuando él se atragante y se le caiga de la boca una cucharada, y cuando, al cortar con su navaja de hombre una rebanada de pan gigantesca, esté a punto de cortarse un dedo, y luego, cuando haya comido la manzana, ella se levantará y volverá al taburete, donde de nuevo está, sin darse cuenta de que todo esto ha ocurrido ya, como lo prueba el toro atado junto al corral.

Siguen sus manos tejiendo el refajo de lana, y sus ojos, estúpidamente hinchados y enrojecidos, vuelven a clavarse en el horizonte puro, extraño, más allá del cual ella no ha estado jamás, y que quizá sea el final de todo este luchar contra el cielo sin agua y la tierra sin pastos. La vida sólo es eso: Aldeaseca, toros, tierras con sed, niños que salen del vientre y se les mete en una joroba de mantas, hombres encogidos que sólo saben trabajar como animales. O, quizá, la vida sea también aquello, un sitio donde hay que tener dinero no se sabe para qué, acaso para comer más y tener más bueyes, o para algo que yo no sé, pobre de mí. Pero hay que tener más dinero.

—No, "Cholo". — Sus ojos le estaban viendo acercarse sin comprender exactamente lo que significaba. Ahora está de pie, frente a ella, que no ha dejado de mover las agujas, mirándola, con su camisa abierta casi hasta la cintura, sus brazos arqueados por el enorme tamaño de sus músculos.

—No — repite, sin estar segura de referirse a algo concreto. A la vez le ha mirado el triángulo lleno de vello en el pecho. Recuerda de pronto —: Viniste ayer.

—No vengo a eso — dice él, despacio.

Entonces, ella se levanta mirándole a los ojos. Se siente invadida de calor, un calor que parece haber sustituido a la sangre en todos los rincones de su cuerpo. No puede quitar su mirada de los ojos de él, de su pecho velludo. Se agacha sólo lo necesario para dejar la labor sobre el taburete y vuelve a levantarse con los ojos turbios, sintiendo la mirada de él como un aliento caliente. Vino un perro detrás de él, y ahora les mira con la cabeza levantada y les ladra sin fuerza, deteniéndose y ladrando de nuevo, siempre con la cabeza levantada hacia ellos.

—¿Por qué, "Cholo"? Yo creí... — Se acerca a él. Sus ojos piden.

—Quiero dinero. Estoy harto de todo esto. Voy a irme.

—¿A dónde, "Cholo"? — El niño está amodorrado en la espalda. Ha venido otro perro atraído por los ladridos del primero. Se está acercando a él, despacio.

—Bueno, quiero dinero — dice, fingiendo impacientarse —. Manuela — le aprieta los hombros, inclinando su cabeza hacia ella para mirarla más de cerca —. Tienes que dármelo.

Durante un rato, ella le resiste la mirada. Se libra de sus

brazos y empieza a soltarse la manta con la que sujeta al niño en la espalda.

—No vengo a eso, Manuela.

Ella desaparece en el interior del establo, con el niño en los brazos ya. La manta ha caído al suelo, cerca del taburete. Manuela deja al niño envuelto en pañales sobre uno de los compartimentos de madera para el forraje de las vacas y se acerca a la puerta. Una de las vacas huele al niño, tocándole con el hocico.

—Ahora no tenemos dinero, pero mi marido irá a la presa.

Manuela retrocede hacia un rincón lleno de paja. Él la contempla desde la puerta, silenciosamente. Ella es joven todavía, quizá no ha cumplido aún los treinta años. Envejecida por el arado, por el sol y el viento, por los dos partos, ella, sin embargo, es bastante joven, siempre ha demostrado serlo. Sigue mirándola desde la puerta del establo, quieto, con las manos en los bolsillos.

"El Cholo" entró en "El Salón" cuando todos estaban bailando. Sonaba la música del organillo apagada por las voces y el ruido de los pies arrastrándose, y se manchaba de humo su ritmo monótono, estridente, en el ambiente cargado de olor a cuerpos sudorosos, envueltos en refajos apretados, en pantalones de pana, en faldas de paño grueso con calidad de madera. Tenía veinte años y se notó su entrada en el baile como un viento fuerte que abre de pronto una ventana trayendo algo alegre y salvaje. Su pelo, negro y rizado, hablaba a todas las miradas de la fuerza de sus músculos, temidos por hombres con diez años más que él. Su estatura era superior a la de todos los que apretaban los conglomerados de lana y carne con los que bailaban. Ninguno necesitó mirar hacia la puerta para saber que había entrado él. Les bastó mirar a la muchacha con la que bailaban y sorprender un giro de cabeza o una simple desviación de los ojos, que brillaron entonces como nunca. Acabada la pieza, se acercó a una muchacha de unos diecisiete años, con ojos grandes, bien formado cuerpo, no grueso, sino de formas plenas de carne, como si tuviera demasiada densidad dentro de aquellas curvas y se viera en él una tendencia a estallar, a romper esas formas, encerradas a su vez apretadamente en diez o doce prendas de lana y paño grueso. "El

Cholo", sin decir nada, sin mirar al que había bailado con ella —pequeño, con algo pidiendo perdón en sus ojos hundidos—, la apretó contra su cuerpo, apenas oyó la primera nota de la nueva pieza y, riendo la muchacha por cualquier cosa recordada o sospechada, empezaron a bailar, observada con envidia por las otras muchachas, que aceptaban con desgana los brazos de sus parejas. Llevaba en su cuello, como todas las solteras del pueblo, una gargantilla de corales de tres vueltas. Se apretaba a él, apoyando la cabeza en su pecho, mientras las demás bailaban con la cabeza bien separada. Iba segura: nadie se atrevería a decirle nada después de haber bailado con "El Cholo". Manuela creyó ser la elegida entre todas, pero él bailó luego con otra, la pieza siguiente con otra, y así hasta haber bailado con las mejores muchachas del pueblo, "cortejaran" o no con otro mozo. Y nadie le dijo nada. Salió del baile contento de sí mismo.

"El Cholo" ya no está en la puerta del establo. El rumor de la paja; las moscas volando; los pasos rápidos de una gallina que llega hasta la puerta, entra medio metro, y se queda quieta en el rectángulo de sol atardecido que entra por la puerta, con el cuello doblado, mirando algo; los cerdos fuera, gruñendo asustados de los perros; todas las vacas tumbadas en el suelo y una empujando levemente con su hocico al niño; el olor de tantos animales mezclado con el vaho de su aliento, y el rumor, cada vez más fuerte, de la paja aplastándose, crujiendo; las moscas, clavándose con desesperación en el vientre de las vacas... El establo es una mezcla densa de ruidos, grandes y pequeños ruidos, ruidos sordos y continuos, rumores apagados, crujidos y roces de cuerpos, con el olor a paja, a estiércol, a vida sucia, todo ello pegajoso y caliente, quizá, por el último sol que entra oblicuo, haciendo brillar el polvo de paja y tierra que flota en el establo como partículas de vida represada durante muchos siglos que al fin han encontrado su liberación y se encienden y van hacia el aire y el sol. Una vaca mira hacia el rincón donde suena la paja. Los dos cuerpos se revuelcan entrelazados bajo las ruedas del carro, forman un remolino de arañazos, mordiscos y ladridos. Las gallinas se han alborotado histéricamente y los cerdos gruñen sin cesar. La lucha entre los dos perros dura unos minutos nada más. Quizá

asustado su cuerpo por el contacto frío y caliente del hocico de la vaca, el niño ha comenzado a llorar, y sigue llorando todavía cuando "El Cholo" atraviesa la puerta del establo, con prisa, quitándose las pajas del pelo y de la ropa, removiendo las pequeñas partículas doradas que flotan al sol. Manuela, tumbada todavía sobre la paja del rincón, con los ojos semicerrados, sus párpados abandonados a un levísimo temblor irregular, caídos los brazos a los lados de su cuerpo, hundida entre la paja, piensa un momento en algo vago, respirando aún con dificultad. "El Cholo" les roba a todos, se ríe de todos y todos le tienen miedo, ¡bah! Se levanta, se sacude las pajas, coge al niño, y lo vuelve a atar a su espalda. Luego se sienta en el taburete y continúa haciendo calceta automáticamente.

III

LLEGARON en un coche negro, alargado. El pueblo parecía vacío. Sólo habían visto a un campesino sobre su burro, apretándose contra una tapia de piedra para dejarles pasar. El coche daba saltos a cada metro, crujían las ballestas. El aldeano les miró con odio. Siguieron adelante. Luego, un carro, ante la puerta de una casa, rodeada por la pequeña cerca: un carro inclinado, con las varas apoyadas en el suelo, cuya sola vista les aumentó la sensación de que el pueblo estaba abandonado.

—En este pueblo no hay nadie — dijo el que conducía. El otro observaba todo desde hacía un rato, separado del respaldo y sujetándose con las manos en el asiento delantero. Casas de adobes de uno y dos pisos, pequeñas, muy distantes unas de otras, y muchas parcelas, separadas entre sí por cercados de un metro de altura.

—Es miserable. — Botó el coche en el momento en que se hacía algo en el pelo con las dos manos. Tenía la cabeza agachada hacia delante, y cuando logró agarrarse — primero sus manos no encontraron el respaldo, se agarraron en el aire —, sintió que se había dado un golpe en la barbilla. El coche volvió a botar y se repitió el golpe, mientras pensaba en cómo se había dado el anterior. Llegaron a un sitio en el que las "cortinas" se abrían hasta formar como una plaza. En un cercado próximo había toros, que mugían de vez en cuando, uniéndose sus mugidos en uno débil, casi continuo. Detuvo el coche y se quedaron un momento dentro, en medio de aquel espacio abierto. Examinaron las cercas y casas que les rodeaban, asombrados de no ver a ningún campesino. Se oyó un gallo a lo lejos. Poco después, otro más cercano, contestándole. No había nadie en la plaza, sólo aquel silencio caliente de rumores animales.

De pronto, una piedra chocó contra el motor. Miraron sor-

prendidos en todas direcciones. Nadie. Bajó del coche el que conducía. Luego el otro. La plaza seguía desierta. Le pareció ver al más joven una cabeza agacharse detrás de un cercado. Se dirigió hacia allí y, cuando estaba a unos cuatro metros, empezaron a levantarse las cabezas de muchos hombres y mujeres, algunas con niños a la espalda. Sintió miedo.

—Andrés — oyó a su acompañante llamarle.

—Buenas tardes — dijo él a los campesinos. Notó cómo todos le miraban con una mirada infrahumana, que le recordó la de los monos. Ojos pequeños, sanguinolentos, con una estupidez resignada, convencida. Todos los hombres y algunas mujeres tenían piedras en las manos. Ninguno contestó a su saludo. La plaza se había llenado en un momento de chicos que corrían en torno al coche y se subían a sus estribos gritando. Cerró la puerta y fue hasta donde estaba Andrés. Le apretó el brazo con fuerza y, cuando volvió la cabeza, le miró a los ojos, queriéndole transmitir su tranquilidad.

—¿Dónde podemos comer, por favor? — preguntó, dominando la situación.

—En "El Salón" — dijo una mujer.

Andrés los estaba mirando, ya menos asustado. La respuesta de la mujer le había sacado de aquella tensión angustiosa, ante unos seres humanos en apariencia, pero estáticos y amenazadores en su silencio obstinado. Fue como si al hablar la mujer, Andrés hubiera comprobado la humanidad de los seres que tenía delante, de la que hasta entonces había sentido dudas. Eran todos morenos, con un tono sucio de tierra y polvo pegado sobre el sudor; sus pómulos eran salientes, arrugados los huecos de las mejillas y la frente. Vestían pantalones de pana y camisa. Algunos llevaban boina. Las mujeres tenían faldas gruesas de mucho vuelo, de color marrón rojizo o negro, con franjas de otros colores, y un corpiño sobre el que cruzaba la manta con la que sujetaban en la espalda al niño que algunas llevaban. En la cabeza, un pañuelo negro o de color, cayéndole sobre la frente, les tapaba media cara.

"El Salón" era un establo limpio, con sillas a los lados, cuatro candiles colgando y, al fondo, una mesa y dos estantes con vasos. En un rincón, una pequeña tarima, y en ella un organillo con el barniz raído, la madera astillada en los bordes. La puerta

por la que entraron siguiendo a Anastasia — una mujer gruesa, de edad indefinida, con la cara cenicienta, que olía a humo y a oveja — comunicaba con la cocina.

—¿Qué nos puede dar usted? — preguntó. Andrés se sentó frente a la mesa de madera sin barnizar y miró al techo, casi negro. — ¿Qué quiere usted, señor Ruiz?

Su acompañante se sentó frente a él. Comprendió que su pregunta era inútil en aquel lugar. Comerían lo que hubiera. Anastasia, apoyando una mano en la cadera, les miró.

—¿Quieren sopas "espurriadas"?

—Sí, cualquier cosa. — Se limpió la frente con el pañuelo —. Es mejor, ¿no le parece? — le dijo a Andrés.

Andrés le miraba sin verle, pensando todavía en las caras de aquellos hombres. Los recordaba como se recuerdan los rostros de un mal sueño, todos mirándoles con un odio animal, en cada mano una piedra. Quizá debieron dar entonces la vuelta y marcharse de aquel pueblo miserable y atrasado. Al principio no creyó ni siquiera que aquello fuera un pueblo: sólo vio casas de adobes muy desperdigadas, y muchos cercados, y algunos toros encerrados en ellos. Vieron dos hombres nada más: el del burro, y otro que estaba cavando la tierra, quizá haciendo una zanja para el riego. Pero no parecía haber mucha agua en aquel sitio. Su nombre lo decía: Aldeaseca.

Entró un hombre de unos sesenta y tantos años.

—Es mi marido — dijo la mujer.

Se quitó la boina, y con ella en la mano se inclinó, temiendo que se rieran de su saludo.

—Son ustedes los ingenieros, ¿eh? Vaya, ¡a comer!

Ella seguía ante el hogar inclinada, haciendo algo. El "Tío Muelas" salió, sin dejar de mirarles hasta que hubo desaparecido.

—No perderá nada el mundo porque estos pueblos desaparezcan bajo las aguas del embalse — le dijo a Andrés. Le vio moverse hacia delante mientras hablaba, acercándose a él para que no les oyera la mujer.

—Le pregunté al que nos acompañó hasta aquí y me dijo que no hay alcalde. Depende de otro pueblo, no sé cómo se llama — dijo Andrés. Luego añadió, en voz más baja —: ¿Ha notado el olor?

El silencio del pueblo, no interrumpido, sino más bien for-

mado por un rumor que venía de todas direcciones — mugidos, cacareos, gruñidos — le impresionaba, produciéndole una sensación desagradable, casi angustiosa. Y aquellos hombres, cuyas palabras fueron las indispensables para responder a sus dos preguntas, sin dejar de mirarles, entonces, hombres, mujeres y niños que anduvieron con ellos hasta "El Salón", llevando siempre las piedras.

La mujer puso ante ellos una cazuela y dos cucharas.

—¡Ah!, si son sopas de ajo — se alegró el señor Martínez —. Yo creí que era otra cosa.

La mujer había dejado la cazuela y las dos cucharas, y había ido hacia uno de los nichos entre los adobes de la pared, donde guardaba los vasos. Trajo dos, y una garrafa de vino. Se los llenó. Luego les trajo un trozo de pan de centeno y un cuchillo. Hecho todo esto, inició un movimiento hacia la puerta.

—¿Puede traernos otro plato?

La mujer les trajo otra cazuela. Andrés echó en ella la mitad de la sopa.

—Pero, ¿por qué huele aquí a estiércol, a demonios? — dijo Martínez.

La sopa tenía buen aspecto. Eran unas corrientes sopas de ajo. Empezaron a comer.

Andrés Ruiz tenía la sensación de estar siendo observado. Notó un malestar general, una desconfianza hacia las cosas — la cuchara, la cazuela, la mesa, la pared ennegrecida —. Todo lo observó detenidamente. De repente, supo que alguien le miraba. Dudó un momento y levantó la cabeza. Aquella mirada ancha parecía estarle viendo a él sin dejar de mirar toda la cocina. Descubrió, en el segundo siguiente, con un escalofrío, que aquellos ojos con algo de ciego, como si fueran de un cristal turbio, apenas si tenían una línea de carne sin pestañas por párpados. Fue todo lo que vio. Recordaba, unos segundos después, vagamente, un cuerpo bajo, de brazos largos, con una descomunal anchura de hombros, y un labio inferior grande, colgado como algo fofo, sin color casi. Tuvo miedo o asco y lástima, y volvió la cabeza. Martínez también se había dado cuenta. Dejaron de comer y se miraron asustados. La segunda vez que Andrés dirigió la mirada hacia la chimenea le pareció descubrir una amenaza en aquel estatismo de cosa; creyó sorprender un brillo en

los ojos de odio, el mismo odio que habían visto en los demás, pero más estúpido y salvaje.

—Andrés — oyó a Martínez. Cogió la cuchara, la llenó de sopa sin mirar, hizo ademán de llevársela a la boca, y la volvió a dejar dentro de la cazuela. Se limpió la cara con el pañuelo.

—Andrés — oyó de nuevo. Miró a Martínez y le vio pálido y sudando —. ¿Dónde está esa mujer?

—No sé, no la vi salir.

Hablaban murmurando, sin mover los labios apenas. Entró Anastasia, como conjurada por su miedo.

—¡Vete de aquí, "Gris"! — gritó. Luego, con tono natural —: No le tengan miedo, es muy bueno. Le llamamos así porque es lo único que dice bien. Y es muy bueno para el trabajo, no crean.

"Gris" no se movió. Anastasia, sin acercarse a él, le volvió a gritar que se fuera, esta vez insultándole también. Cuando "Gris" empezó a moverse, Anastasia le empujó con sus gritos e insultos, casi como si se tratara de un animal al que estuviera arreando. "Gris", ya en la puerta, se volvió, abrió la boca, enseñando unos dientes enormes e iguales entre los que destacaban los colmillos, y emitió un sonido parecido a la palabra "gris". El labio inferior vibró colgado sobre el mentón huido. Su frente estaba casi cubierta de pelo, un pelo lacio y largo, sin cortar desde mucho tiempo, que le llegaba hasta los hombros y le caía sobre los ojos. No oyeron a la mujer cuando dijo otra vez: "Es bueno, ¿saben? No hace nada."

—¿No comen más sopa? — les preguntó.

Andrés movió la cabeza. Martínez dijo que no, que no quería más sopas…, ¿cómo?, ¡ah, sí!, "espurriadas".

—¿Y por qué se llaman "espurriadas"? — Había vuelto a sacar el pañuelo, se estaba limpiando la boca.

—Porque se "espurrian" los ajos antes de echarlos.

—¿Se "espurrian"? — preguntó Andrés, sintiendo asco de la palabra, sólo del sonido sucio de la palabra.

—Sí, se "espurrian" en la boca antes de echarlos.

Les duró el asco en la garganta hasta que llegaron al coche. Los campesinos rodeaban el sitio en que estaba en un círculo compacto. Dieron un salto atrás al oírle arrancar.

—No perderá nada el mundo — dijo Martínez, alejándose del pueblo, donde quedaban mirándoles los campesinos —. Vaya

idea la suya, visitar estos pueblos. Le prometo que no volveré, desde luego.

—Sí, no es muy agradable — dijo Andrés —. No pensé nunca ver una cosa así.

Tenía la sensación de haber hecho un viaje en el tiempo, hacia una época obscura y olvidada de la humanidad. Recordaba aún cuando la mujer les dijo que no tenía café, con un gesto de extrañeza, y Martínez le dio uno de los paquetes que había traído de su viaje a Portugal. Querían quitarse el sabor de aquellas sopas, de aquella cecina ahumada que comieron luego, asada entre los leños. Tenían todavía en la nariz el olor repugnante que lo llenaba todo. Anastasia les dijo que cubrían todas las semanas el suelo de tierra apretada con una capa de excrementos frescos de bueyes, y que los quitaban cuando estaban bien secos. Esta era la limpieza en aquellas casas. Obsesionados con este olor, habían dado a la mujer un paquete de café para que les hiciera unas tazas. Volvió al cabo de veinte minutos y se quedó ante ellos, con una cazuela de barro, mirándoles, sin atreverse a interrumpir su conversación.

—Cuecen y cuecen estas bolitas negras — dijo por fin —, pero no se ponen blandas.

Los dos hombres la miraron en silencio. Tenía el rostro plano de asombro, de temor ante lo desconocido, y parecía esperar un castigo. Sus manos sujetaban la cazuela con el mínimo contacto posible, como si temiera contagiarse de algo.

Rieron ahora los dos, al recordarlo, con una risa abierta, producida más por la sensación blanda de ir en el coche alejándose de aquella aldea maloliente, que por el recuerdo mismo.

IV

Emilio está cansado. Ha encontrado a su mujer caída entre el banco y la mesa, con el niño en la espalda, rojo de haber llorado mucho tiempo, casi aplastado contra la pared. Emilio se ha sentado junto a su mujer, sin mirarla, y le ha gritado que se levante.

—Toda la tarde abriendo la tierra para esto.

Manuela, ahora, vuelve la cabeza, el pañuelo caído sobre los hombros, le mira sin conocerle, sin darle más importancia que a las cosas que les rodean: la mesa, las sillas, la chimenea negra, los nichos en la pared, el hombre con el que ha tenido dos hijos, la garrafa, los vasos.

—¿Por qué no has venido a abrir la tierra? — Come un trozo de pan mientras habla —. Tendrás que ayudar, si no quieres que se nos pase la siembra. Además, todos los años has venido.

Sus palabras salen sucias, pegadas unas a otras, con el sonido pastoso del que está comiendo a la vez que habla. Ella no contesta, sigue mirándole sin verle, caída aún en el banco, el niño moviendo las manos delante de su cara.

—Te voy a partir las costillas si vuelves a emborracharte y a... Todas las mujeres sois igual. ¿Has encerrado las gallinas?

—"El Cholo"... te ha... ro... bado dos... galli... nas. — No ha movido los labios para decirlo.

Él la ayuda a levantarse y le quita el niño de la espalda.

"Le hubiéramos ahogado entre la paja los dos, pero me lo quité y él se fue luego con otra, con todas las mujeres, le tienen miedo porque es más fuerte, pero se fue luego con otra, con su mujer, con la hermana de su mujer, con la Vitorina y con todas..."

—Milio... Tenéis que... "El Cholo" os quita las ga... llinas.

—Déjame en paz. No está probado que sea él, que el día que se compruebe... — Se calla y vuelve a comer pan.

—Padre — el chico acaba de entrar corriendo —, que dice el "Tío Muelas" que vayas al "Salón", que ha venido del Salto y están todos los hombres hablando de la presa.

Emilio sale hacia "El Salón", pensando en una sola cosa que le hace apretar los dientes. Sabe lo que significa que su mujer esté borracha, que ella misma le diga que "El Cholo" le ha robado dos gallinas. Lo sabe desde hace muchos años. Pero a casi todos los del pueblo les pasa igual, es decir, a los que tienen mujer joven. "El Cholo" no trabaja sus tierras, ni cuida de sus animales. Se le van muriendo los pocos que le quedan, a pesar de que su mujer está enferma de trabajar. Pero ella sola no puede atender al campo y a los animales. Era ya débil, pequeña, y poco a poco se ha ido quedando sin fuerzas. Y él parece que sólo ha nacido para robar a los demás.

En "El Salón" están nueve hombres hablando, sentados en torno a una mesa tosca, ante sus vasos de vino, todos obscuros, arrugadas sus frentes, con algo animal en sus ojos y en la curva de sus labios.

Emilio se sienta entre ellos.

—Yo no voy, porque nos robaría todo si nos fuéramos todos. — Está hablando Gervasio, un hombre sin barbilla, de pelo liso.

—Os pagarían bien. Diez pesetas diarias. — El "Tío Muelas" es partidario de ir a trabajar a la presa desde que se enteró de que necesitaban gente. No puede olvidar que en su casa comieron, hace ya dos o tres años, cuando aún no se había oído hablar de la presa, dos ingenieros, "los jefes de la Central", como dice él. Repite todo lo que oye en el Salto. El Salto es el poblado de pabellones de madera que la empresa está construyendo para los empleados de la futura central eléctrica. Allí, Patricio, el del almacén, o Ramón, le hablan de progreso y de civilización. La luz eléctrica es el último invento de los sabios. Todos los pueblos que estén cerca de una central se harán ricos. No lo razonan, saben que se volverán ricos y nada más. "Todos tendremos luz eléctrica y casas grandes con buenos establos. Pagan muy bien en la presa."

—Creo que un día de estos vendrán a deciros si queréis trabajar y cuánto ganaréis y todo — dice el "Tío Muelas".

—Me han dicho que es un trabajo peligroso... — empieza Juan.

—Si lo hacen todo las máquinas, hombre...

El "Tío Muelas" cuenta. Un sábado regresó de noche y vio la luz eléctrica. Está dentro de una pompa de cristal, con unos hilos rojos muy finos dentro. Y se enciende apretando un botón que hay en la pared. Parece del diablo. "Me dijeron que la encendiese yo, pero antes me muera que tocar yo una cosa tan misteriosa. Quién sabe lo que puede pasar."

El "Tío Muelas" es el correo entre el Salto y Aldeaseca. Trae noticias de la presa y del poblado todos los sábados, cuando vuelve de comprar en las tiendas de "Corazonsanto" o de Patricio, que, sin dejar el almacén, ha puesto una mercería. Trae cosas que jamás habían sido vistas en el pueblo.

—Todo eso es muy bonito, "Tío Muelas", pero "El Cholo" nos robará todo lo que tenemos aquí — dice Emilio.

—Aparte de que nos quieren echar del pueblo, porque nos lo van a hundir.

—¡Pero si harán otro más arriba y mejor! — El "Tío Muelas" no comprende que haya alguien al que no le gusten las maravillas que él cuenta del Salto —. Y tendremos luz y todo, y nuevas tierras.

—¿A dónde? ¿En la punta de un cerro, entre las piedras? — dice Gervasio —. ¿Qué se puede cultivar? ¿Y los pastos para el ganado? Nuestra riqueza, que bien poca es, está en el valle, y no debíamos consentir que nos echaran de él.

—Eso pienso yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Los dos últimos golpean con su puño la mesa.

—El "Tío Muelas" ha olvidado ya lo que son las tierras, chochea ya. — Ha hablado Cano, el "tío Cano": un hombre pequeño y delgado, con pómulos muy salientes, que dan la sensación de piedra tallada —. Se trabajan desde que uno es un crío y luego no se pueden abandonar por nada, se las toma cariño y no las cambia uno por nada. Yo no me iré.

—"El Cholo" me ha robado hoy dos gallinas, y ayer otras dos. — Emilio sólo ha intervenido una vez y desde entonces ha permanecido silencioso, con los ojos clavados en el vaso que acaba de vaciar de un trago. Al hablar ahora levanta los ojos y mira circularmente a todos. El nuevo tema les apasiona más que el anterior, olvidado en cuando se oyó hablar de "El Cholo".

—Todas las semanas roba a alguien, tendríamos que hacer algo.

—A Gervasio le señaló la cara con su navaja hace tres años, en la feria — dice Higinio.

Ningún hombre hubiera oído los pasos en una circunstancia como aquella. Gervasio no los oyó. No supo nada hasta que cayó rodando, ladera abajo, y recibió un golpe en la espalda al detenerse en un árbol. Miró hacia arriba y vio la silueta de otro hombre recortada contra el cielo, junto a Vitorina. Gervasio se encontró de pie con la navaja en la mano. Corrió hacia allí.

Vitorina apenas había notado nada. Estaba sofocada, en un estado semiinconsciente. Miró el cielo a través de las manchas obscuras de los árboles sobre su cabeza y, un segundo después, alguien le tapó los árboles y el cielo de nuevo, empezando otra vez aquel miedo físico que la ahogaba, un miedo extraño, mezcla de placer y muerte, que ella nunca había sentido hasta aquella noche. Vio luego, sin recordar lo que pasó antes, dos siluetas y dos brillos que temblaban y eran relámpagos de pronto desde una silueta a otra, y se detenían y volvían a lanzarse rápidos contra la silueta contraria y, a la vez, oía ella la respiración entrecortada de los dos hombres, sintiéndose débil, totalmente abandonada, haciendo esfuerzos para moverse o gritar, sin lograrlo, mientras seguía allí, mirando aquellas dos siluetas que se retorcían para escapar al relámpago de plata del contrario, tumbada bajo los árboles negros y la noche, respirando sordamente, sintiendo un miedo que se había unido a una espera o impaciencia angustiosa o, acaso, a una insatisfacción física, convertida en necesidad desde hacía sólo unos minutos. Tenía frío, había perdido la noción de su propia existencia. Estaba con los ojos cerrados ya, y un cansancio pesado invadía su cuerpo. No supo ella nada hasta que otra vez empezó a sentir aquel miedo físico y aquel calor próximo, vivo, que le hacía temblar con una ansiedad que la obligaba a respirar por la boca, casi ahogándose. De pronto, volvió el dolor, aquel dolor agudo y desconocido, y gritó de nuevo, clavando las uñas en el cuerpo del hombre, que no era Gervasio. Pero ella no lo sabía.

—Le hubiera matado — dice Gervasio. Sus ojos toman una calidad instantánea de acero. Los demás le miran silenciosos, pensando en algo, recordando cada uno algo que le duele tanto como aquello a Gervasio.

—A "Gris" le tiene miedo. — Es Emilio, pensativo, el que ahora habla. Todos recuerdan otra vez.

Entró "Gris" en el establo de su casa. Estaba obscuro y se percibía un olor caliente de vida animal. "Voy a darle de comer a los cerdos, voy a darle de comer a los cerdos." Sus enormes espaldas se recortaron en el hueco de la puerta, contra el cercado donde estaban las pocilgas. Notó que había alguien junto a la puerta, en un rincón. Lo notó con la nariz y la piel. Una sombra se movió intentando escapar, pero "Gris" saltó hacia ella y cogió al hombre por el cuello. Sintió un golpe en la cara que le hizo soltar un grito sordo, un ruido de odio, y apretó sus manos contra el cuello, sin dejar de gruñir. Recibió varios golpes en la cara y a cada golpe fue apretando más sus dedos hasta sentirlos hundirse en la carne, con lo que le aumentó la alegría que le hacía contraer su cara. Sus ojos sin párpados brillaban en la oscuridad. De pronto, la rodilla del otro hombre le dio un golpe, y "Gris", rugiendo de dolor, aflojó las manos. La sombra cruzó la puerta corriendo y desapareció en la noche. "Gris" le persiguió lanzando gruñidos guturales, desgarrados, semejantes a los de los cerdos cuando los están matando. Acudieron Anastasia y el "tío Muelas", y aún pudieron reconocer la silueta de "El Cholo" saltando la valla.

—Pero "Gris" sólo ataca cuando cree que le van a hacer algo — dice su padre, el "tío Muelas".

—Hay que hacer algo. — Es Emilio el que grita, levantándose de su taburete con los ojos hinchados —. Estamos como tontos y él desde hace años robándonos cada vez más. Nos vamos a trabajar, y él se queda en el pueblo y nos roba todo: las gallinas, las mujeres... hasta los cerdos.

V

DÓNDE has estado toda la tarde? — le había preguntado su mujer cuando entró en la cocina. Él le había dicho alguna frase hiriente y que no le importaba, a la vez que había dejado las dos gallinas sobre la mesa. Ella, sentada ahora junto a la chimenea, con sus ojos pequeños brillando de llanto, sus ojos con muchas venillas rojas y una lágrima turbia en los ángulos, junto a la nariz, le mira quitarse la camisa y dejarla sobre la mesa después de haberle sacudido las pajas que tenía. Ella sabe o puede imaginarse dónde ha estado toda la tarde. Hace tiempo que conoce a su marido y no ha olvidado el modo que tuvo de conquistarla a ella y el despego casi absoluto con que desde poco después de casarse, la empezó a tratar. Él no había trabajado nunca: las tierras que tenían estaban sin cultivar, se les murieron todos los cerdos y un año después de casados ya no tenían casi gallinas. Tuvieron que vender los bueyes y comieron durante mucho tiempo con el dinero que les dieron por ellos. Todas estas desgracias, como las llamaba, habían empezado cuando, dos años antes, ella cayó enferma. No se llegó nunca a saber lo que tuvo, ni siquiera se sabe si se ha curado. Ella no se siente mejor que cuando pasó en la cama casi tres meses. Tenía calor, mucho calor siempre, y sed; veía mal, se sentía sin fuerzas. Y ahora es casi lo mismo, sólo que ya se ha acostumbrado a todo y está de pie. Anda poco, sólo sale de la casa para tomar el sol, no trabaja en la trilla ni en la siembra, no hace acequias para el riego ni tiene que darle de comer a los animales. Se han quedado sin nada. Comen lo que trae "El Cholo" nada más. Cada dos o tres días, trae patatas y coles y gallinas. De vez en cuando, trae un cerdo y se va a venderlo a los pueblos cercanos, con la única mula que les queda. Se pasa fuera tres y cuatro días y aun una semana. Cuando re-

gresa, parece odiarla más, la pega y grita por cualquier cosa. Así van viviendo. Ella sabe los procedimientos que emplea para conseguir las gallinas y los cerdos. Hundida en el banco, en la cocina oscura, o sobre el taburete, en la puerta, tomando el sol, con los ojos llorándole sin querer y llenos de legañas que se le forman continuamente, nerviosa y seca, su rostro amarillo lleno de arrugas, que le hacen parecer una anciana, dentro del pañuelo negro que le tapa la cara, Jovita o "Vita la Chola", como la llama todo el pueblo, tiembla y llora, siempre sola, desde la mañana a la noche. A veces, le pregunta a su marido y recibe siempre la misma respuesta que hoy.

—Mira, Vita, no te metas en mis asuntos.

Ha estado quitándose pajas del vello del pecho, y ahora se vuelve a poner la camisa sobre su busto de atleta, no curvado por el trabajo de la tierra. "¿Por qué me casaría yo con esta gallina vieja y sin plumas?"

—Deja de estar temblando ahí y dame algo para comer — dice.

Las gallinas que ha traído, con las patas atadas, quietas sobre la mesa, cacarean muy bajo de vez en cuando.

—Hay coles.

—Coles, coles. Es lo único que sabes hacer.

Ella se ha levantado y está delante de él, temblando, los ojos bajos, las manos colgándole paralelas a sus flacas caderas.

VI

SON arrugados surcos de frente pensativa, paralelos, pardos, los que van surgiendo bajo las azadas de Manuela, con su hijo de tres meses a la espalda, y de Emilio, y del pequeño. Los tres cuerpos se inclinan: menos veces y con más fuerza el de Emilio; nerviosa y rápidamente el de Manuela. El hijo de doce años clava su azada con prisa, girándole el mango entre las manos cada vez que la levanta sobre la cabeza. Sólo a veces, los tres cuerpos coinciden en sus movimientos recortados contra el cielo azul e impasible.

Trabajan en sus parcelas los hombres de Aldeaseca, junto a sus mujeres e hijos. Trabaja Gervasio y al lado su madre, una mujer vieja, seca, cuya piel es ya de tierra, rojiza y arrugada, que no deja de hablar mientras clava y desclava la azada:

—Hijo... Gervasio... tu padre... que en gloria esté... decía siempre... que hay que regar... y regar... y regar...

—Calle, madre — dice Gervasio.

—¿Qué come tu madre? ¿Rabos de lagartija? — Higinio se rie, hinca su azada y la deja así, en la tierra, apuntando su mango contra el cielo.

—Calla tú, lobo maldito — dice la mujer —. Hay que regar... más vale que hiciéramos una acequia... una acequia grande... entre todos.

Los niños más pequeños quitan las piedras y los cardos. Trabajan todos. Se alzan y se agachan los cuerpos de hombres y mujeres, suenan las azadas. El sol sube, sobre ellos, hacia lo más alto del cielo. "Gris" ruge a cada golpe, dado con más fuerza y rapidez que los demás.

Cerca de ellos, el río, ancho y fuerte, sonando su corriente con suavidad y fuerza. En casi todas las parcelas se trabaja. Los torsos desnudos de los hombres o sus camisas blancas y los

pañuelos negros o de colores que llevan las mujeres a la cabeza, resaltan sobre el quieto pardo o el duro amarillo de las parcelas y el gris de las "cortinas", haciendo vivo el paisaje con sus movimientos casi rítmicos. Pero domina en él el amarillo, un amarillo angustioso, sin agua, que va abriéndose en las parcelas próximas al río, hecho más oscuro por la azada y los brazos, dispuesto a recibir ya la semilla, el viento, el sol y el agua. Valle arriba, va habiendo menos tierras cultivadas y en su lugar se ven grandes peñascos, primero diseminados, grises, secos, y, ya junto al horizonte, formando colinas y cuevas como bostezos negros bajo el sol rojo. Más acá, la carretera blanca, recién construida, serpea entre las peñas. Se ven las líneas grisáceas de las "cortinas", entre las que quedan estrechos caminos. Lejos, algunas casas marrones dentro de los cercados, formando un núcleo poco denso, dividido en cuadras irregulares, con una calle central, prolongación del camino de bueyes que llega, polvoriento, hasta una especie de plaza.

El cielo contempla con indiferencia el mito de los hombres y las azadas, de la tierra abierta y la semilla, del agua y la cosecha. Canta la chicharra marcando el ritmo a las azadas, y éstas entran en la tierra, chirrían, y sus chirridos son como carcajadas de una alegría total, alegría de macho que oye la protesta de la hembra. La tierra resiste, se abre, nota una herida en su cuerpo, luego cesan un momento los golpes, y, en seguida, un torso y unos brazos y una azada bajan rápidos, y ella siente cómo aumenta su dolor y su herida. Para los niños, en las espaldas de sus madres, el trabajo es sólo un balanceo, como si les acunaran en los brazos. No lloran, gozan sintiendo el calor del sol y el del cuerpo de la madre. Huele todo a tierra abierta. La calma de la tarde, hecha de silencio y de luz caída, es interrumpida por los golpes de las azadas y el chirrido de las chicharras. El viento está parado. Acaso espera con asombro a que terminen su labor los hombres, la conjunción del hombre y la tierra, bajo la luz, sin ningún pudor, descubriendo hasta el más último y pequeño secreto de la vida en ella, algo inexplicable que puede sorprenderse mejor en un terrón de tierra que en cualquier otra cosa. Es la tierra, entregándose desnuda, sin el velo del viento, a la fecundación del hombre. Es la tierra, roja y seca, la tierra en cuanto vientre. Y el hombre trabajándola.

VII

No, créame — había dicho el contratista. Era un hombre grueso, que parecía estar fabricado al mismo tiempo que el sillón donde se sentaba —. Es preferible la mano de obra de estos pueblos. Hemos conseguido ya bastante en algunos. Ese Patricio, el del almacén, vale para esto. Llega a un pueblo en la camioneta y desde la caja se pone a hablar a los campesinos, y habla y habla, hasta que la caja de la camioneta está llena de hombres dispuestos a trabajar. Y, ¡al Salto! El listero que mando con él siempre me dice que en su vida se ha reído tanto... Creo que este Patricio ha participado en mítines y ha hablado mucho a la gente. Es un tipo curioso, ahora ha puesto una tienda.

—¿No se podría?... — Martínez, el ingeniero jefe de la central, desde detrás de la mesa de su despacho, pensó en los obreros que trabajaban todavía en la última central que había construido la C. E. D. E. (Compañía Española de Electricidad). Se lo dijo.

—Hacen falta allí, aquello durará aún medio año. Además, habría que pagarles el viaje hasta aquí y no interesa. No son obreros, son campesinos que dejaron sus tierras por trabajar en la presa... Eso sólo se puede hacer con los obreros especializados ya o con mucha experiencia. No compensa hacerlo con esta gente. Y, además, aquí pasará igual que allí. ¿Qué van a hacer estos pueblos cuando no tengan tierra que cultivar? Me refiero a los que van a quedar bajo las aguas del embalse, claro. Yo puedo esperar hasta entonces. Con algunos que vaya cogiendo, tengo bastante.

Pero Martínez creía que sí era un problema. La presa debería acabarse lo más pronto posible para que empezaran a producir los generadores inmediatamente que se fueran instalando.

—La desviación del río está hecha, ¿qué falta para elevar la presa? Mano de obra y mano de obra, nada más. Yo pienso meterme con el montaje en cuanto esté hecha la cimentación de la central. Tenemos que rendir lo más pronto posible. Son órdenes de arriba, ¿sabe?

—¡Pero si yo estoy de acuerdo! Usted mismo ha visto que ya he enviado a Patricio a cinco pueblos y que se ha venido cargado de obreros. ¿Quién cree que está trabajando ahora en las excavaciones? Hasta hay algunos poniendo las "pegas" de dinamita. La explosión del otro día fue por culpa de un campesino de un pueblo de por aquí que en su vida había visto un explosivo. Menos mal que no pilló a nadie. Además, esta mano de obra resulta más barata. No hay necesidad de seguros ni de contratos, ni ningún lío.

El contratista siguió hablando desde el fondo del sillón, adaptado a él, con sus brazos paralelos a los del mueble, jugando con los dedos en los bordes. Frente a él, un ventanal dejaba entrar una luz diluida, que recortaba la silueta del ingeniero jefe, dejando los rasgos de su cara en una penumbra suave. Brillaba el cristal de la mesa, el pisapapeles, el cenicero de forma de álabe de turbina, y moría opaca, la luz en las carpetas con planos y esquemas eléctricos. Estaba el ingeniero golpeando levemente el cenicero con un cortaplumas de acero, sin hablar, pensando en algo.

—Pienso contratar pronto más — siguió el contratista —. En cuanto empiece Ramos con la cimentación y el aliviadero. Entonces sí que necesitaré. Tenía pensado mandar a Patricio de nuevo a algunos pueblos de éstos, ¿qué le parece? Y no creo que no quieran venir. Patricio habla bien, les entiende, y sabe lo que hay que decirles. Tener dinero todos los sábados les gustará. Les pienso poner un cebo estupendo... me refiero a los pueblos que van a quedar bajo las aguas... Como tenemos que hacerles otros pueblos nuevos más arriba, les contratamos para su construcción, y luego pasan a la presa. Poco tiempo, no vamos a hacer colonias de veraneantes.

—No, claro — dijo el ingeniero —. Pero no todos. La mayoría debe ir directamente a la presa, hay que darse prisa, no hay más remedio.

Se recostó en el sillón giratorio y escuchó el chirrido de los muelles con atención.

—Además, aún hay pueblos que no van a quedar bajo las aguas que Patricio no ha visitado. Y en éstos no tendrán tanto recelo hacia nosotros.

—Sí, convendrá esperar a que sea la siembra. Entonces seguramente no hará falta mucho para convencerles.

—Y la feria de Aldeaseca, que ya es pronto. Creo que es uno de los más atrasados.

—No me diga — dijo el ingeniero —. Yo fui a verlo con un ingeniero joven, bueno, si usted le conoce, con Ruiz, Andrés Ruiz, fue un capricho suyo, ¿sabe?... y en mi vida he pasado tanto miedo. De esto ya hace un par de años o más, cuando se decidió la construcción de la central. ¿Usted quiere creerme que no conocían el café, por ejemplo?

Martínez rio.

—¿El café?

—Como lo oye. Y nos recibieron a pedradas, una lluvia de piedras que no sé cómo no rompió todos los cristales del coche. Debía ser el primero que veían en su vida. Y lo de las sopas "espurriadas", lo de las sopas "espurriadas" fue ya lo último. ¿Sabe cómo las hacen?

Estuvieron los dos hombres riéndose mientras Martínez lo contaba. Luego, el contratista se levantó del sillón, y al sillón pareció que le faltaba algo.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? — dijo —. Yo envío a Patricio a otros pueblos dentro de unos días.

—De acuerdo. — El ingeniero se había levantado. Le dio la mano.

—Pues, mire usted, yo no hubiera jamás creído una cosa así, ¿verdad, Benigno?...

A Benigno le llamaban "el Capataz Maligno". Era un hombre macizo, de cara aplastada, que llevaba una cazadora de cuero. Estaba junto a Patricio y le miraba mientras hablaba. Enfrente de ellos estaba el contratista, vestido con un traje a rayas.

—Sí, sí — dijo Benigno.

—...Claro que sí, si es inconcebible, no puede caber en ningún cerebro civilizado una cosa así. Llegamos en la camioneta que guiaba éste...

Se volvió para señalar con la cabeza al conductor.

—...Y nos paramos en la plaza, como hacemos siempre. Venía también el listero, que me ha dicho que le diga que se ha tenido que ir a su casa porque tiene un niño malo, que le han avisado al llegar, ha debido ser algo de repente. Bueno, digo en la plaza, en lo que nos pareció que era la plaza, porque aquello ni parece pueblo ni nada. Pues nada más llegar, y sin una palabra, se liaron a pedradas con nosotros, ¿verdad, Benigno?...

Benigno movió la cabeza.

—Tiran piedras a todo el mundo — dijo el contratista —. A mí me recibieron a pedradas también una vez que fui con mi coche.

—...Pero, ¡qué pedradas!, no vaya a creer, dirigidas con una mala... idea...

Rieron todos. Patricio continuó.

—...Y yo creo que estaba todo el pueblo allí. Yo, lo primero que hice fue ver al "tío Muelas", un viejo que viene muchas veces a la tienda y me compra cachivaches, y me puse a hacerle señas, pero como si nada, piedras y más piedras. Debe ser una especie de saludo eso de recibir a la gente a pedradas, igual que otros recibimientos se hacen con música... Entonces, me vuelvo al chófer y le digo: "Tú, en tu vida te han recibido así, ¿eh?", y dice "ni falta que me hace", y digo...

Rieron otra vez.

—...Digo, "pues cualquiera le dirige la palabra a esta gente", porque a mí, en mi carrera de orador, me han tirado tomates, cebollas, pepinos...

—Una ensalada completa — dijo el contratista, riéndose a resoplidos.

—Sí, una ensalada, pero jamás de piedras. Y el "tío Muelas" sin hacer ni caso. Estaba detrás de todos y parecía asustado. Bueno, ya ha visto usted cómo viene la camioneta, ¿no? Y así estuvimos como tontos, con miedo a que rompieran el cristal, que menos mal que son duros, que si no... Entonces, usted dirá qué íbamos a hacer, voy y le digo a éste, "tú, da la vuelta, que aquí nos dejan fritos", y él da la vuelta, y volvemos por un camino entre cercas, despacio, y los campesinos detrás, tirándonos piedras todavía para despedirnos... Así que mi gran pieza oratoria no la pude soltar, y menos mal, porque si la llego a soltar, me la cortan en menos que canta un gallo...

Reían todos.

VIII

El polvo, un humo picante, el rumor de tantas voces y ruidos animales, los hombres con la vara en la mano empujándose unos a otros como una manada de toros, los puestos de madera adornados con mantas y telas, las grandes calderas, en medio del camino, sobre un fuego protegido por piedras, en las que hervía el pulpo. A Andrés le pareció otro pueblo distinto, tan lleno de gente, de gritos, de vida. Miraba todo asombrado, procurando no tropezar con ningún puesto y evitando los empujones de los campesinos, que a él le parecían siempre dados a propósito. Varias veces sus ojos se encontraron con los de alguno que le había empujado. Se extrañó de no oir aquella fórmula tan familiar con la que se logra que el otro no manifieste su dolor o su molestia y que uno mismo, al oirla, convierta el mínimo incidente en un motivo de satisfacción: "Perdón". Sus ojos debieron pedir a los del campesino aquella fórmula cuando éste le miró tan sorprendido, sin comprender qué podía pedir aquel señorito con su mirada que insistió durante unos segundos.

Una ráfaga de humo picante se le metió en la nariz y en la boca, haciéndole estornudar. Estaba cerca de uno de los puestos donde vendían pulpo. Llegó junto a él. Había alrededor una masa de campesinos, inmóvil, comiendo algo oscuro en cazuelas de barro. Logró acercarse hasta el puesto y pidió una cazuela de pulpo también. Cerca había un puesto donde vendían mantas, telas y cacharros de barro cocido. Pasaba entre los dos puestos la gente, empujándose, sin retroceder nunca, perteneciendo a las dos corrientes humanas que se cruzaban a lo largo de la feria. El hombre le dió el pulpo, guisado con mucho pimentón y aceite y ajo. Gritó salvajemente, pregonando de un modo ininteligible el pulpo. Andrés se había apartado

un poco y ahora comía el pulpo con el tenedor de madera y un trozo de pan oscuro.

Los puestos de la feria estaban en el camino más ancho. Llegaban desde la plaza hasta casi la carretera. En la plaza estaba la feria de ganado. Junto a los puestos, detrás de una "cortina", bailaban varias muchachas con la música de flauta y tambor. Otras cantaban.

Morena, morena,
salada, saladá,
peináte los pelós,
laváte la cará...

Todas estaban vestidas con las típicas faldas anchas, manteos tiesos como madera y refajos, con pañuelos de colorines, de más colorines entonces por la ocasión, tapándoles media cara.

...que te ha venido a ver
tu dueño del almá.

Saltaban, y los pañuelos se movían en sus cabezas tapándoles, a cada salto, toda la cara.

Había toros en la plaza, con una piedra colgada de cada cuerno. En torno a ellos, discutían los hombres el precio, la edad del toro, la delgadez de las patas, que se solía contrarrestar diciendo que eran "todo nervio". El camino donde estaban instalados los puestos, visto desde la plaza, era un río de gente que descendía suavemente hacia la carretera.

Andrés, comido ya el pulpo, se mezcló con la gente. Campesinos y ganaderos venidos de toda la comarca, aldeanas rollizas y coloradas que sudaban y reían paseando cogidas del brazo o de la cintura, las más jóvenes, mozos de aire desaforadamente alegre, y niños que se abrían paso, corriendo, entre las piernas de la muchedumbre. Iba el ingeniero extrañado de la sensación nueva que le invadía. Le parecía pertenecer a aquella masa extraña, casi salvaje, de costumbres que a él le parecían prehistóricas y poco higiénicas. Pero algo en él se unía a cada hombre desconocido a través del codo que le empujaba o de la "chola" de madera que aplastaba su zapato de piel y le comunicaba una corriente que, un segundo, llenaba su cuerpo, notando que venía de todos y cada uno de los hom-

bres que le rodeaban. Siguió andando, fundido casi entre la mezcla de sudor y de cuerpos, y una nueva comprensión de aquella masa de hombres le empezó a nacer.

"El Cholo" estaba en la plaza, observando las ventas que se hacían. En un descuido del "Tío Muelas" le había vendido un par de bueyes de tiro a un campesino de otro pueblo. El "Tío Muelas" no estuvo mucho tiempo sin notarlo.

—¿Has visto dos bueyes pintados, de cuello corto? — Se abrió paso entre la gente, buscando sobre las cabezas de todos, su viejo cuerpo nervioso temblándole de rabia —. Nastasia, Nastasia...

Iba como un loco buscando a los bueyes, necesitando decírselo a alguien. Le parecía estar en un pueblo que no era el suyo, entre gente extraña, que no se preocupaba de que le hubieran robado dos de sus mejores bueyes.

—"Tío Muelas" — gritó Gervasio —. ¿Dónde va tan aprisa?

Se lo dijo de pronto, de pronto le lanzó las palabras a la cara, y Gervasio puso en sus ojos un odio antiguo. Fueron varios campesinos así, entre la gente, en una inútil busca.

—Se los llevaron, lo vi yo — les dijo por fin Emilio —. No es tonto, ya sabe a quién se los vende... A ladrones como él.

El grupo de hombres se quedó detenido en la entrada del camino, entre las dos "cortinas", mirando hacia los puestos. El humo de las calderas se elevaba sobre la gente en columnas curvadas que el viento manso iba disolviendo. Subía hasta ellos el rumor de las voces, los pregones agudos de los vendedores, la música de las muchachas que danzaban.

—Tenemos que hacer algo — dijo el "Tío Muelas". Y el mismo odio se puso en los ojos de todos.

Cuando "El Cholo" iba por el camino grande hacia los puestos entre las dos "cortinas", no notó nada. Fue por la gente que le miraba con creciente terror, por la que comprendió de pronto lo que ocurría, sin saberlo exactamente. Saltó hacia un lado, sin dejar de correr durante los tres o cuatro metros que le separaban de la "cortina". Desde allí vió pasar al toro, sin piedras en los cuernos, a gran velocidad, hasta chocar contra la masa de gente. No habían podido saltar las "cortinas" y se habían subido a los puestos o metido debajo de las mantas con que estaban adornados. Los más cercanos, de espaldas al toro, gritaban y lloraban, la cabeza vuelta hacia atrás, viéndole avanzar hacia ellos con la testud agachada. Se oyeron gritos. Chocó contra la gente y, por un momento, quedó hundido en ella, quieto. Se oyeron gritos más fuertes y un cuerpo apareció sobre las cabezas. Varios hombres cogieron al toro por el rabo, le empujaron y golpearon con sus varas. Se separó el toro y corrió hacia atrás. Vio venir desde la plaza más hombres corriendo, armados de palos, y saltó la "cortina" opuesta a donde estaba "El Cholo". Las muchachas que bailaban se escondieron debajo de los puestos. Dos de ellas empezaron a correr, asustadas, hacia unas rocas, al otro extremo de la parcela. Los pañuelos rojos y amarillos y verdes ondeaban detrás de ellas.

—Espérame — gritó a la de delante.

Oía ella las patas del toro, una obsesión de golpes sordos en su cerebro, cada vez más fuertes. En el camino, la gente se había paralizado un momento al comprobar que el toro cambiaba de ruta. Sólo había herido a un muchacho en el muslo, no muy gravemente. Ella oía cada vez más fuertes dentro de su cerebro aquellos golpes repetidos, rítmicos. El pañuelo le tapaba un ojo y para evitarlo tenía que llevarlo sujeto con la mano. Sudaba, la falda le impedía correr más de prisa. Oyó un pequeño bufido a su espalda, algo parecido a su propio resoplar, y todavía aquellos golpes, cada vez más hundidos en su cerebro, allí donde ella sentía crecer el terror.

—Espérame — volvió a gritar.

Su compañera corría delante, sin volver la cabeza. La piedra estaba lejos todavía. El toro corría más que ella. Llegaría antes. No llegaría. Me alcanzará. Correr, correr, correr. Me va a matar. Correr más. La piedra está tan lejos. Correr mucho.

—Espérame.

Si ella me oyera, me defendiera. Su compañera seguía corriendo, sin oírla o sin hacerle caso. Sentía ella la respiración del toro en su espalda, un calor húmedo. Me va a matar. Las patas golpeando rítmicamente en su cerebro y ella llorando y gritando sin dejar de correr y correr... y, ¡ah, la piedra!

Miró hacia abajo, sin saber cómo había logrado subir aquellos dos metros lisos por la piedra casi vertical. Su compañera lloraba a su lado. Apretó la cara contra sus manos, tumbada, oyendo los arañazos del toro en la base de la piedra.

IX

Sus pies tenían unas alpargatas de cáñamo sucias, con pegotes secos de hormigón. Sostenía el aparato con las dos manos, inclinado sobre él, y le hundía en el hormigón reciente. El aparato vibraba al apretar el resorte, y el hormigón se iba haciendo más denso. Por encima de él pasaban las vagonetas colgadas de los cables y dejaban caer su carga un metro más allá.

Vio pasar hacia atrás una vagoneta. Sabía que entonces le daría tiempo para soltar el resorte durante unos segundos, y levantó la cabeza, limpiándose el sudor con el dorso de un brazo. Tenía la mano dormida, le trepidaban los huesos y nervios. Vio la cadena de hombres inclinados sobre sus vibradores, entre los dos muros. La perdía de vista donde parecían cerrarse éstos, entre los que caía, desde las vagonetas el hormigón, delante de cada hombre, pasando incesantemente sobre sus cabezas. Cargaban en las laderas del valle. Se veía desde allí el cauce seco del río hasta la hondonada, doscientos o trescientos metros hacia arriba. Había un túnel por el que se metía todo el caudal del río y salía otra vez, más abajo de la presa en construcción, al cauce natural.

—El capataz — siseó el de atrás, sin levantar la cabeza.

Cuando cayó la carga de la vagoneta, Emilio vio, sobre el límite de la sombra que el muro proyectaba en el cemento, la silueta redonda de una cabeza asomada. "Se pasea por los andamios el cerdo ese." Emilio sentía vibrar todos los músculos de sus brazos. La silueta desapareció. En los dos meses que llevaba trabajando no había podido dejar de odiarle. No podía resistir que un hombre estuviera vigilando su trabajo. Casi se había arrepentido de haber ido aquel día al Salto con el "Tío Muelas". Recordaba a Patricio hablando siempre, y al listero,

y al contratista y al encargado. Todo, entonces, le asustó. Le hicieron poner la huella de un dedo al final de un papel y al día siguiente empezó a trabajar. Los primeros días fueron horribles. Le dolían los brazos y la cabeza, todo el día unido a aquel aparato que no hacía más que vibrar. Pero su mujer había insistido tanto. Ahora estaría ella en el campo, conduciendo el agua por las acequias, empujando la tierra, amontonándola aquí, allí apartándola. Ella hará mal el riego, seguramente. "No es cosa de mujeres." Luego pensó: "Ya sé por qué quiere ella que yo me esté matando aquí con estas máquinas del diablo."

—Si esto fuera su cabeza... — dijo. Y apretó con fuerza el vibrador.

—¿Qué? — dijo el que le había avisado antes.

—Nada, el maldito ese — dijo, no pensando en el capataz, o uniendo el odio que sentía por él al más viejo y nunca apaciguado que sentía por "El Cholo". "Él allí, sin trabajar, con todas las mujeres, robándonos. Son todas como gallinas."

Sonó la sirena, y empezaron a morirse los ruidos de los vibradores, las hormigoneras, las vagonetas... Los obreros iniciaron su desfile por los andamios de los muros hacia las laderas del valle. El hueco entre los dos muros estaba en sombra. Las dos filas de obreros se movían, levemente ondulantes, por los andamios de la presa, que ya se alzaba varios metros sobre el fondo del cauce.

La presa y el cauce, con un pequeño lago en el centro, parecían, desde la terraza del edificio de la Dirección, una ceja sobre un ojo sin vida, secándose, hundido en el valle, entre las laderas de grandes peñascos que se cerraban en aquella parte formando casi un barranco. El edificio de la Dirección estaba situado en una pequeña explanada sobre una especie de mirador que se apoyaba sobre grandes masas de piedras, desde donde se dominaba todo el valle.

—¿Qué altura tendrá ya? — preguntó Andrés, apoyándose en la baranda de piedra.

—Muy poca todavía — dijo el contratista —. Pero lo más importante está hecho. Ahora ya crecerá sola.

—Con la ayuda de los obreros — sonrió Andrés.

—Hombre, desde luego.

—Oiga, y por fin, ¿contrató a alguien de Aldeaseca? —preguntó Andrés.

El contratista miraba los pabellones grises del poblado, algunos de los cuales estaban todavía en construcción.

—Sólo uno —dijo—. Yo creí que serviría de cebo a los demás, pero ha sido al revés. Le di una prima especial y todo, para animarle. Y los del pueblo casi le pegan, según me dijo Patricio. Son bestias de verdad, eh.

Era el mediodía denso, pesado, lleno de sol.

Emilio subía por el camino en zig-zag ladera arriba, hacia el poblado. "Están haciendo el 'plano inclinado' ese; espero que subiremos en él cuando lo acaben." Veía la espalda encorvada del obrero que subía delante de él desapareciendo a cada vuelta. Aquel cambio de dirección continuo de la hilera en la que nadie se podía detener, siempre adelante y arriba, se veía desde lo alto como una línea quebrada. Emilio sentía las alpargatas húmedas y notaba que la tierra pegada a ellas formaba ya una capa espesa con el hormigón.

De la presa ascendía la línea oscura y viva, como una hilera de hormigas. Ascendía con seguridad, casi como una fuerza natural, algo como un torrente inexorable e inverso que vencía lentamente a la gravedad. Recordó Andrés, asombrado, el odio de los campesinos hacia la presa, hacia la central, mientras la contemplaba ahora, cerrando el fondo del valle ya, construida por campesinos también. Sabía lo que la presa significaría para la elemental agricultura de los pueblos cercanos, especialmente para Aldeaseca, el más próximo de los que iban a quedar bajo las aguas del embalse. Perderían la poca agua que ahora conseguían con sus pequeñas acequias y, en los nuevos pueblos construidos por la empresa, tendrían que empezar otra vez con tierras nuevas, sin posibilidad de riego hasta algunos años después. Aldeaseca iba a ser trasladado a una extensión que casi era un mar de piedras y cardos. Toda aquella comarca era más o menos así. Por eso, casi todos los pueblos estaban situados junto al río y en su valle cultivaban pequeñas parcelas salvadas durante siglos, acaso, del avance de la sequedad y de las piedras. Había venido Martínez con otro de los ingenieros y hablaban los dos, apoyados en la baranda de espaldas a la presa, con el contratista. Se oía en su conversación continuamente la frase "mano de obra".

—Aquí la hay sin tener que pagar viaje —dijo el contratista.

"Discuten lo mismo de siempre", pensó Andrés. Seguía mirando la línea de obreros.

—No tendrán más remedio que trabajar en la presa —decía el otro ingeniero—. Esta región es seca como un demonio y en las nuevas tierras tendrán que pasarse un siglo quitando piedras si quieren plantar una col.

Comprendía Andrés a los campesinos de Aldeaseca, las razones que tenían para odiar a los ingenieros. "A mí", sonrió. Apartarles del río, sería apartarles de la vida.

Al final de la explanada, empezaba la ladera llena de piedras gigantescas, sobre las que saltaban varios niños, probablemente hijos de los empleados que ya vivían en los pabellones. Un poco más abajo, se veía una pequeña llanura a media ladera, donde estaban comiendo ya los primeros obreros de la hilera que subía de la presa, sentados sobre la tierra. Les esperaban sus mujeres, que a veces venían acompañadas por los hijos, con pequeños capachos de paja, en los que traían la tartera con el cocido o la verdura, el pan, la media botella de vino y la fruta. Ellas venían a la llanura por un camino lateral, poco antes de que tocara la sirena, formando una caravana clara, llena de colores, menos maciza que la de los hombres. Y allí era la comida, sobre la tierra, confundidos con ella.

Emilio terminó de comer.

Sabía que el cigarro que estaba fumando duraría más que el silencio de la sirena. Empezaría su ruido largo, como una risa sin alegría, desesperada, que crece de pronto y casi sin que se note empieza a morirse lentamente, hasta llegar al último estertor ronco, inaugurando con él el reino del sudor, de los músculos trepidantes, de las sombras de las vagonetas sobre las cabezas, del ruido de las hormigoneras con sus bocas redondas girando tontamente con un estruendo de engranajes mal ajustados. Sabía Emilio que empezaría a trabajar antes de que el cigarro se consumiese. Todos los días le ocurría igual. Bajaría por el camino quebrado, fumando, para encerrarse de nuevo entre aquellos dos muros que crecían más de prisa que el hormigón, y ya no sabría nada hasta que de nuevo la sirena lanzara la orden de no trabajar con la misma desesperación

larga con que ordenó antes trabajar. Vendría entonces el descanso, necesario para que sus cuerpos se conservasen sin demasiado desgaste y en perfecto funcionamiento.

Andrés Ruiz entró en su cuarto y se tumbó en la cama. Sintió acelerarse su pulso y creyó observar un ligero dolor instantáneo en la cabeza, una sensación vertiginosa de giro en su cerebro, acompañada de un pequeño y denso dolor sobre cada ojo. "El mareo ese raro." Apoyó la mano sobre el corazón y contó los latidos: "cinco, seis, siete..." "Son regulares, un poco quizá..., pero la escalera... De todas formas tengo que cuidarme." No quería ser sorprendido por cualquier enfermedad. Decía así, "cualquier enfermedad", y se refería, sin saberlo él mismo algunas veces, a esa enfermedad cuyo sólo nombre produce una mueca de asco y terror. "Tuberculosis." No se podía decir esta palabra. Había que substituirla por "estar mal de los pulmones" o cualquier otro eufemismo dicho sin darle importancia para que el recuerdo de la verdadera palabra surgiera despacio, sin producir un contraste demasiado violento que podría provocar esa mueca, casi otra manera de nombrar la enfermedad. Estas eran las reglas sobre aquella enfermedad que regían en la pequeña sociedad del Salto. Todos sabían ya que el ingeniero Ruiz era un obsesionado con su salud, que siempre estaba preocupándose de su cuerpo. Se le consideraba un hombre enfermizo, algo presumido y escrupuloso respecto a su salud. Todos, las mujeres principalmente, le criticaban su modo de andar, siempre estirado, con el cuello "como un pato" para parecer más alto.

No sabía él desde cuándo ni por qué sentía aquel secreto miedo, para el que no existía ninguna justificación. Recordaba la impresión que le causó una escupidera que vio en el vestíbulo de las oficinas de la C. E. D. E., en Madrid. Acababa de ingresar en la empresa y había sido llamado por el director. De pronto la vio en el rincón, y no pudo reprimir su impulso. Salió otra vez del edificio y al día siguiente, procurando no mirar hacia el rincón, volvió y fue recibido por el director, al que le presentó una excusa cualquiera.

"El olor del estiércol es sano para los pulmones, previene sus enfermedades." No recordaba quién se lo había dicho cuando él comentó que en Aldeaseca cubrían los suelos con estiércol y lo dejaban hasta que se secaba. «Esto son tonterías y usted lo que es, un maniático», le dijo don Ramón, el médico del Salto. Pero a él le había parecido una extraordinaria explicación de aquel hecho. Se manifestaba en él la intuición primitiva y la experiencia de generaciones, una sabiduría nacida de la tierra misma que sólo poseen los hombres acostumbrados a abrirla con sus azadas. Pensó Andrés que la humanidad era una especie de inmenso laboratorio, en el que cada hombre experimentaba consigo mismo y con las cosas, sin importar su muerte nada, pues siempre había otro que aprovechaba su minúscula experiencia. La ciencia había llegado muchas veces a soluciones idénticas a las adoptadas por el pueblo, analfabeto sólo para el lenguaje intelectual de los libros. Andrés se sentía rodeado por hechos de este tipo, en un ambiente casi mágico, en el que la electricidad futura era una especie de dios esperado, que exigía el sacrificio de varios pueblos y permanecía indiferente a los problemas que su llegada provocaba: los campesinos defendiéndose contra la central, el arado contra el generador y la turbina. Pensaba esto cada vez más y lo relacionaba, en su afán generalizador, con otras cuestiones de orden histórico o filosófico, a las que era aficionado desde antes de empezar la carrera de ingeniero. En el centro de todo, estaba el misterio de la electricidad, de esencia desconocida, a pesar de que el hombre hubiera aprendido a extraerla de la naturaleza. Era un sentimiento casi religioso el que experimentaba ante la idea de arrancar la energía a un río.

Cogió de la mesilla una revista doblada. Arrancó el brazalete de papel en el que estaba escrito: "Sr. D. Andrés Ruiz, Ingeniero de la C. E. D. E., Salto de Aldeaseca." El título de la revista era "Luz". Tumbado en la cama, empezó a pasar hojas, leyendo algún titular o comienzo de artículo. "Queremos dedicar hoy nuestro editorial al Décimo Congreso Nacional de Ingenieros..." "Filtros en puente." "La estructura simétrica en puente, representada en la fig. 1, puede emplearse como filtro..." Bajó a cenar.

X

Le dejaron junto a la "cortina", aplastado contra la tierra, muerto, deformados su cara y su cuerpo por las pedradas y los golpes, y se volvieron a sus casas. Algunos llevaban piedras en las manos, no habían tenido tiempo de emplearlas; otros iban con azadas y picos. Regresaban silenciosos, con una expresión unánime de odio satisfecho, como si una vez en el tiempo la sangre de todos hubiera coincidido en un mismo latido. Sentían alegría de alba, no les importaban sus manos rojas, sino el aire libre, el campo libre, el trabajo suyo y libre que veían delante. Cada uno fue a su casa y ninguno dijo nada. Cenaron aquella noche como todas, sin oir ecos de amenaza en ningún pozo hundido dentro de sus almas de tierra. Durmieron aquella noche como todas.

A la mañana siguiente, los niños se tiraron piedras. Cayó uno al suelo, acosado por los demás, y los demás le golpearon con sus varas hasta dejarle muerto. Se levantó luego, vivo y riendo, y él y todos se fueron cada uno con su ganado, la vara larga sobre el lomo de la última cabeza. El pueblo siguió igual. Tenía un hombre y una mujer menos, y un poco más de silencio.

Vinieron luego los hombres de uniforme verde y gorro brillante. Vino también un hombre vestido de negro, con gafas, acompañado siempre por otro más bajo, con una cartera grande de cuero. Se instalaron en "El Salón".

Han llamado a todos los hombres y mujeres del pueblo. Ya hay muchos reunidos allí, en el mismo sitio donde los mozos bailan los domingos y fiestas, donde se reúnen los hombres para celebrar conversaciones sin tema, o acaso con el vino y la venganza, ahora realizada, como únicos temas. "El Salón" está lleno de hombres y mujeres de pie, apretados, inmóviles. El

secretario está sentado detrás de una mesa, junto al viejo organillo, que le han apartado hacia un rincón. El juez se limpia el sudor de la cara con el pañuelo, no por el sudor solamente, sino también porque sabe que está perfumado y el olor del perfume disimula un poco aquel ambiente denso, que huele a oveja y estiércol. "Suciedad de siglos, Aldeaseca, Aldeasucia." Los guardias, delante de los campesinos, mirándoles inexpresivamente, o, por lo menos, con una indiferencia reglamentaria, aprendida hace muchos años.

—¿Ha redactado ya el preámbulo? — pregunta el juez.

Alza un momento la cabeza el secretario, hace un gesto levísimo y continúa escribiendo, encorvado sobre la mesa.

—¿Cómo se llama usted?

Anota el nombre de aquel campesino seco y tímido como un niño.

"El testigo, llamado Gervasio Fernández, declaró..."

El juez habla despacio, mirando fijamente a Gervasio. Sus manos se frotan con suavidad mutuamente y él se inclina hacia delante, procurando estar lo más cerca posible de Gervasio. Habla como si hubiera presenciado lo que ocurrió, con un tono amable que, sin embargo, desagrada a Gervasio. Por fin, pasadas las preguntas a las que sólo ha tenido que contestar con un "sí" o un "no", el hombre de las gafas negras se calla, esperando una respuesta más extensa a su pregunta. Su última frase ha sido: "...y tú le golpeaste, ¿no es verdad?"

—No — contesta Gervasio —. Todo el pueblo, fue todo el pueblo.

Desde su puesto detrás de la "cortina", veía la puerta de la casa claramente. Había un carro sin ruedas delante. Vio venir a "Gris" por el camino. Detrás vio a Emilio. "Habrán cenado ya", pensó, "ahora podemos irnos nosotros." Supo entonces que tenía hambre y se alegró de que vinieran ya a sustituirle en su puesto.

—¿Qué hay? — dijo Emilio —. Saldrá, estáte cierto que saldrá. Algún día iba a pagar todo lo que nos ha robado.

Se levantó Gervasio y comenzó a andar hacia su casa. Emilio se quedó en su puesto y saludó a Juan, que estaba unos metros alejado de él, detrás de la "cortina" también.

—¿Estás bien cargado? Ése tiene la cabeza bien dura.

Le enseñó las manos, con dos piedras cada una.

Emilio sonrió. "Saldrá. No podrá resistir un día más, quizá dos."

—Yo no podré estarme hasta más allá de la medianoche o así, que mañana tengo que madrugar para ir al salto — le dijo.

—Bueno, ya vendrá otro en tu lugar — dijo Juan —. Si no te hubieses ido a trabajar a la presa...

—¿Tampoco sabe usted nada? — dice el juez. Lo dice sin enfadarse, como si fuera normal que Emilio no supiera nada. Pero en seguida, con el mismo tono, vuelve a insistir —. Vamos a ver, usted estaba, según nos ha dicho...

Emilio calla. Se adelanta un poco e inclina la cabeza.

—Fue todo el pueblo — murmura —. Yo tiré piedras, pero no sé si le dieron.

—Pero usted ha dicho que llevaba un palo o una azada, ¿no? ¿También le robaba?

—Nos robaba a todos, a todo el pueblo. Por eso fue todo el pueblo — dice.

El secretario apunta las respuestas.

Hacía frío. Emilio se arropó en la manta que había traído y empezó a liar un cigarrillo. "Se le acabará lo que tenga para comer y tendrá que salir, vaya si saldrá." La noche sin luna estaba caída sobre las casas como una manta negra salpicada de leche. En el interior del establo abandonado había un pequeño resplandor que salía de la cocina. No había viento. Escuchaba él, como único ruido de la noche, el pequeño crepitar del tabaco que ardía cuando chupaba su cigarrillo. Su lumbre iluminaba las piedras más próximas de la "cortina". Vio las cabezas que sobresalían detrás de la "cortina" cada dos o tres metros, rodeando la casa. "Saldrá o se morirá ahí dentro."

—¿Cuántos días estuvieron rodeando la casa? — Se limpia la cara con el pañuelo, quitándose las gafas con la mano izquierda. El pañuelo huele a sudor, y él se siente ya completamente hundido en la atmósfera sucia de "El Salón". Aunque ordenó que salieran todos menos los que él estuviera interrogando, aún queda el olor compacto de los hombres que lo llenaban. Dos guardias civiles hacen pasar a los que el secretario llama. El juez ha oído la respuesta del campesino distraído, pensando en algo

poco preciso en relación con el hombre o, más bien, con aquel tipo especial de hombre. "O de mono", piensa. Se recuesta en el respaldo de la silla y su crujido le recuerda la palabra "crimen"... "Toda la historia del derecho..." Se frota los ojos cerrados con el pañuelo, los párpados arrugados, que a veces le tiemblan con un tic. "Cinco días cercando la casa de un hombre", piensa asombrado. Guarda el pañuelo.

—Llame a otro testigo — dice.

Juan no dice nada. Sí, él vive con su padre y su madre. Trabaja sus tierras. Tiene treinta años. Ha estado con todos esperando a que salga, sí. Pero también han tirado piedras los otros, todo el pueblo.

Se asustó de pronto, y empezó a reírse cuando vio que era un perro. "Hasta los perros le odian." Estaba husmeando cerca del carro sin ruedas. Oía claramente el roce de sus uñas sobre el suelo, buscando algo entre las cáscaras viejas. "Tendrá que rascar en el suelo si quiere escapar." El perro estaba dentro de la sombra del carro, formando parte de ella. Le ponía nervioso, sin dejar de moverse entre las sombras. "Condenado bicho." Chascó la lengua para asustarle. El perro siguió allí, removiendo las basuras.

—¿Qué pasa?

Era el "Tío Muelas". Le vio dos metros más allá, acurrucado en su manta, junto al brillo de la azada.

—Nada, ese perro.

Juan no pudo aguantar más. Alzó la mano. Silbó la piedra y chocó contra la madera vieja del carro con un ruido seco, seguido de otros más pequeños, apagándose. Ladró el perro a la vez y comenzó a correr, apareciendo de pronto entre el rincón de sombras del carro y la pared. Simultáneamente, se levantaron los hombres de detrás de la "cortina". Dos o tres piedras chocaron contra el carro.

—¿Qué pasa?

Se oyó un rumor de preguntas.

—No es nada, un perro.

Por el camino venían corriendo varios hombres. Se había roto el silencio, se oían los golpes de las "cholas" de madera contra las piedras, las voces preguntando, el rumor apresurado de la pana rozando contra la pana.

—Nada, nada.

Un latido, en cada sangre, se había unido al latido del hombre más próximo, formando un solo latido sordo, un cerco de sangre en torno a aquella casa del resplandor pequeño en la cocina. En algún sitio, hacia la derecha, oyó Juan los gruñidos de "Gris".

El juez se está apretando con los dedos junto al ojo derecho. "Este tic, este maldito tic..." Los hombres y mujeres que esperan ante "El Salón" siguen silenciosos, casi inmóviles, de vez en cuando cambian el peso del cuerpo al otro pie o se pasan la mano por la cara, asombrados de los guardias que vigilan la entrada de "El Salón", donde están los dos hombres vestidos de negro que tanto miedo les dan. Es el sentirse objeto de la atención de esos hombres importantes lo que les asusta.

"Toda la mañana interrogando..." El secretario no ha levantado la cabeza de los folios que va escribiendo. "Acta número 2.305, Aldeaseca, partido judicial de..." El juez se siente ya cansado, está deseando terminar con los interrogatorios. "Me dijo el ingeniero que no se me ocurriera comer aquí, nos invitó..." Hace aún unas preguntas al asustado campesino que está delante de él.

—Vámonos — dice al secretario.

El secretario levanta un momento la cabeza y asiente.

—Continuará a las dieciséis, es decir, a las cuatro — aclara, un poco para sí mismo.

Parten en el coche. Los guardias se quedan allí.

"El Cholo" estaba sentado, odiando a su mujer con la mirada. "Me matarán." Sabía que la casa estaba rodeada, continuamente, por veinte o treinta hombres del pueblo que se turnaban. Habría incluso mujeres. Los dos primeros días esperó que aquello no fuera de verdad. "Seguramente se cansarán." Acaso asustándoles: siempre le habían tenido miedo.

Salió a la puerta gritando:

—¡Le hundiré las costillas...!

Diez o doce piedras rebotaron en la puerta y en el carro un segundo después de esconderse él.

—¡... a quien me tire una piedra! — había pensado acabar la frase.

"Criminales."

Su mujer estaba enfrente de él, junto a la chimenea, mirándole con sus ojos pequeños de rata. Temblaba su cuerpo encogido, y él sentía aumentar su asco por aquel lío de trapos arrugados que ella era. No habían comido nada desde la última vez que encendieron el candil. Pronto tendrían que encenderlo de nuevo.

Él creía haber vivido en aquella cocina años y años sin salir. La pared sucia de humo. El fuego, la olla colgada del gancho, los agujeros en la pared con los cacharros, el suelo sucio, lleno de plumas de gallina y restos de comida que ya empezaban a oler mal. Las cenizas grises y el pequeño rescoldo que aún quedaba en la chimenea. Odiaba todo aquello.

Su mujer se levantó y encendió el candil.

—Queda poco aceite — dijo.

A ella la odiaba más. "Vieja gallina sin plumas... Borracho tenía que estar para casarme con ella." Recordó aquella noche después de la feria. Había bebido mucho. Bailaron hasta la madrugada y, al terminar el baile, no supo ya nada hasta que se encontró tumbado sobre una cama, en una habitación que no conocía. Entró ella. "Entonces no estaba podrida". Sonrió. Pero no comprendía ahora, no había comprendido nunca, por qué estuvo tan dócil a la mañana siguiente. Prometió todo lo que quisieron y antes de una semana estaba ya todo preparado. Y un mes después, casado con ella. "Su padre y sus hermanos me amenazaron. Yo era un pobre tonto y me asusté, todo el pueblo supo lo que había pasado." Sonrió otra vez, recordando. "No, no estaba tan podrida entonces." Le enervaban aquellos crujidos, sus brazos la apretaban sin darse cuenta, oía la respiración de ella y su propia respiración entremezcladas, como las de dos toros en pelea. "Como cuando Vitorina..." Siguió recordando, olvidado un momento de su situación.

Ella estaba llorando. La descubrieron sus ojos como una cosa más, extrañado casi de que fuera capaz de llorar, y sin relacionarla con aquella mujer en la que unos segundos antes pensaba. Las comparó mentalmente. "Ahora se moriría." Rio con un resoplido. Ella le miró y su llanto se hizo más fuerte. Pero era algo más que asco o desprecio lo que sentía hacia ella. Había un sentimiento impreciso de terror, como si él, fuerte, lleno de vida, sospechara un misterio en aquel ser casi muerto, dedicado a temblar, a tener frío y a llorar. El contacto de sus manos sin

sangre le había llegado a obsesionar hasta tal punto que muchas noches no subió al dormitorio. Y ella le pedía, llorando, su proximidad, su calor. "Como si me quisiera pasar su frío." Ahora, miraba él al ventanuco alto, por donde ya no entraba ninguna claridad. Sintió de pronto un escalofrío. Fue más claro para él que estaba dentro de aquella casa, su casa, encerrado con una mujer silenciosa, su mujer, rodeados ambos por todos los hombres del pueblo, a los que durante años había robado y ofendido. Sabía que todos estaban armados de azadas y picos, de hoces y piedras. Se dió cuenta de que tenía miedo. Sobre la mesa estaba la cazuela de barro vacía, sucia todavía de la comida del día anterior. Fue su miedo, una sensación de proximidad de un peligro intangible, no él, quien hizo mover su brazo lanzando la cazuela desde la mesa al suelo, donde se hizo pedazos. Había rugido sordamente a la vez, escupiendo después sobre los restos de la cazuela. "Y ella ahí quieta, sin decir nada." Supo que era a ella a quien odiaba exclusivamente. Hubiera matado a cualquiera de los campesinos que esperaban fuera, porque sabía que tendría que salir o se moriría de hambre. Les odiaba, pero estaba obligado a ello, porque les sabía enfrente de él, eran hombres que tirarían piedras contra él, contra el hombre que les había robado. Ahora no podía hacer nada contra ellos, estaba impotente ante su amenaza, pero se daba cuenta de que existían. Eran enemigos, esto le parecía natural, no era contrario a su vitalidad salvaje. Pero esa mujer, ahí, enfrente de él, sin dormir desde hacía dos días y sin comer desde uno, que no había gritado, inmóvil totalmente si no se hubiera levantado varias veces para encender o apagar el candil, le producía una sensación de miedo y de frío, haciendo que concentrara en ella todo el odio que debería sentir contra los campesinos. Era mayor este sentimiento y aumentaba cada vez que la veía temblando sin parar o sollozando sin interrupción durante horas. Un sollozo pequeño, ahogado, monótono, que sonaba en la cocina como si todas las cosas lloraran y sus llantos se hubieran unido en aquel ruido intermitente, tan poco parecido al sollozo de una mujer. Luego se callaba, y ya permanecía mirándole inexpresivamente, sin alborotarse apenas cuando él rompía una cazuela o tiraba una silla de una patada. "Como un muerto. Ni siquiera ha dicho que tiene miedo." No debía ser capaz de sentirlo. Le era imposible librarse de la obsesión de estar encerrado con un muerto, que es-

peraba junto a él hasta que también muriera. Hubiera querido a su lado algo vivo, intensamente vivo, que se paseara por la cocina rompiendo cazuelas y vasos, abrazándose a él, gritando, apretándose contra su cuerpo caliente. No aquella estatua fría que temblaba.

Comenzó a oscilar la llama del candil. Latió un momento la luz contra las paredes y el techo, decrecieron luego las oscilaciones, dejando avanzar, por latidos también, a las sombras de las cosas hasta que se fundieron todas en una sombra total. Estuvo viendo durante unos segundos un punto luminoso donde había estado el candil. Se apagó luego y sólo quedaron tres o cuatro puntos de luz en el suelo, enfrente, donde sabía él que estaba la chimenea.

No pensó nada. Siguió sentado en el banco apoyándose contra la pared. Parecía que la oscuridad, al unirse al silencio, entero desde que ella dejó de sollozar, hubiera convertido a la cocina en algo macizo, donde las cosas no eran más densas que ella misma, haciendo imposible cualquier movimiento. Había oído un pequeño ruido enfrente de él. Comprendió que era ella, y al mismo tiempo se dio cuenta de lo que iba a pasar, sin saberlo todavía, cuando sintió los brazos de la mujer rodeándole el cuello, y todo su cuerpo casi encima de él, semitumbado como estaba sobre el banco. Sin una palabra, sin un grito. Tuvo que agarrarse para no caer con ella al suelo. Buscaba calor o simplemente un cuerpo contra el que apretar el suyo. Ella renacía con la oscuridad. Era peor que su frialdad absoluta. Recordó muchas noches junto a aquel calor helado que le aterrorizaba. Tuvo la sensación de estar en una tumba, de nuevo, donde era recibido con amor por una mujer sin vida, que le abrazaba, recién muerto, sintió dominado por un furor extraño, que le llenaba las venas y latía en el cerebro. En el minuto siguiente, largo y silencioso, sólo se oyó un crujido, como de una caña seca aplastada entre trapos, y luego un ruido sordo de algo que cayó pesadamente al suelo. "Sin un grito", pensó él. Sus manos permanecieron un momento como abarcando todavía la garganta de ella.

Está pensando que ha comido demasiado bien para ir al pueblo a interrogar a campesinos analfabetos. Pero tiene que continuar la "instrucción del sumario". El ingeniero jefe de la central ha sido muy amable.

—Es muy simpático este ingeniero, ¿eh? Vive como si estuviera en una ciudad – dice el juez.

—Sí, su mujer parece una marquesa o algo así – dice el secretario.

—El caso es que hemos comido, ¡y menuda comida!

Está oyendo el ruido del motor, un ruido violento e indeciso en su violencia, como si dudara continuar aquel inexorable deber de interrogar a hombres de caras arrugadas, que le miran fijamente, con miedo casi a su chaqueta negra, a sus lentes o a su voz, no a la justicia que representa. "Justicia, ¿qué saben estos hombres?... Son como animales. Acto delictivo... Necesitarían una justicia natural, que les juzgaran las piedras o la tierra que ellos trabajan." Recuerda lo que les dijo el ingeniero, mientras comían. Una mano suya cogía entonces el vaso mientras la otra limpiaba la boca con la servilleta. "Quedará debajo de las aguas, como los otros..." Sí, algo así: la justicia del río, o mejor, la purificación larga de sus aguas, cubriendo hasta el techo más alto del pueblo. El crimen no lo habían hecho ellos, sino aquellas casas sucias y pequeñas que albergaban a los animales y, a la vez, de un modo secundario, a ellos mismos, a los hombres que hacían acequias para tomar el agua río arriba y llevarla hasta sus tierras, olvidadas del cielo durante siglos. Aquellas piedras inmóviles como conciencias mudas, clavadas en la tierra vigilantemente, y los toros salvajes, casi fieras, abatidos sus cuernos por el peso de dos piedras, y las "cortinas", y el hambre de los malos años. Piensa en sus miradas, fijas como piedras transparentes y negras, con una profundidad de tiempo, en las que le parece ver las siluetas de una vida primitiva, una visión de hombres semidesnudos atacando con piedras toscamente talladas a animales salvajes de formas extrañas, pertenecientes a especies ya desaparecidas. Sólo el río podría lavar todo aquello, las fachadas chorreando sangre, la suciedad de las calles, el ambiente denso de ruidos animales y olores repugnantes, aquel charco de vida detenida en el tiempo, en un presente continuo en el que cualquier germen de crimen y degeneración puede surgir. Ellos, los hombres, no eran nada: un pueblo de toros, gallinas, bueyes, mulas, hombres, lagartijas... "Suerte perra la mía... Tener que venir aquí. Y el fiscal sin llegar", piensa el juez.

El coche se detiene.

El secretario extiende sus papeles sobre la mesa, ya dentro de "El Salón", y se dispone a continuar escribiendo. Repasa con la mirada los últimos folios: "... que él no supo más después de que salió la víctima. Comenzaron todos a tirarle piedras. Preguntado a este respecto, dijo que recordaba haber visto a Juan Morales, a Gervasio Fernández y a tres o cuatro más que no puede decir por no recordarlos de momento, tirar piedras contra la víctima, que corría "saltando como una gallina", en expresión del declarante, protegiéndose de las pedradas con un barreño grande de los que usan las mujeres para ir a lavar al río, y que no puede decir, porque no lo recuerda tampoco, quién comenzó a tirar piedras ni de quién era la piedra que le produjo la herida que se ha apreciado en el cadáver de la víctima, pudiendo asegurar, sin embargo, que fue "Gris" el que le derribó con un palo..., e insistiendo en que fue todo el pueblo, pues a pesar de haber dado nombres, él recuerda que fueron muchos los que tiraron piedras y golpearon con azadas y picos, para precisar más, todos los que en aquel momento estaban cercando la casa, y que si alguno no logró alcanzarle con sus pedradas fue por casualidad, porque todos "tiraban a dar", del mismo modo que todos querían ser los que golpearan a "El Cholo", caído ya, con las antedichas herramientas..."

Continúa el interrogatorio. Folio número 39. "Llamado a declarar Higinio Galán..."

"Pronto amanecerá." Estaba sentado en el banco desde hacía tanto tiempo que le parecía que no existía nada sino aquella oscuridad total, llena de las cosas familiares de la cocina, colocadas, con el recuerdo, en los sitios donde las había visto veces anteriores. Le dolían los brazos y notaba temblores en la espalda apoyada en la pared. Sus piernas estaban extendidas sobre los tacones de las "cholas", y a veces se le balanceaban sin motivo, sorprendiéndose a sí mismo haciéndolo. "Pronto amanecerá y me matarán." Notó la frente aplastada por un peso interior o, acaso, por la oscuridad casi maciza que le rodeaba, dentro de la cual estaba también el cadáver de su mujer desde hacía varias horas. No tenía ninguna sensación de ausencia de algo vivo, de otro ser cuya vida hubiera sido parte de la suya y que faltara ahora, precisamente, cuando todo era oscuro y fuera le esperaban veinte o treinta hombres desde cinco días atrás para

matarle. Ella estaba muerta, como siempre lo había estado, pero estaba muerta en medio de la oscuridad, y las manos de él sentían crecer un terror recordando algo que se aplastó entre ellas y cayó al suelo. Las tenía caídas entre sus piernas, acaso sin saberlo, y temblando cuando la oscuridad o el roce de sus pantalones se convertían en el primer contacto, más bien en el último, que sus dedos tuvieron con el cuello. Como si en esa postura sus manos apretaran todavía, como si la misma oscuridad fuera algo corpóreo que se estuviera aplastando entre ellas y crujiera. Una angustia física se había apoderado de todos sus músculos, sentía como un cansancio antiguo, hecho de muchas fatigas unidas momentáneamente, y que ahora surgía, al tiempo que sentía una presión lenta y segura sobre todo su cuerpo. Comprendía la necesidad de salir de allí. "Cuando amanezca estaré perdido... Un día más sin comer." Su estómago era un hueco doloroso en medio de aquel dolor más vago y diluido que era su cuerpo entero. A veces oía los latidos de la sangre en el cerebro, unos golpes secos que le hacían recordar la serie de golpes del día anterior, o de dos días antes — no podía recordar ya, había perdido la noción de la medida del tiempo —, cuando intentó salir amenazándoles, y las piedras chocaron contra la puerta y el carro, como una frase de golpes contestando a la suya de palabras. Recordaba estos golpes todavía con la misma realidad que los de su sangre, y muy probablemente éstos se producían por el recuerdo obsesionante de aquéllos. "Ella ahí, en el suelo, muerta." No se había atrevido, desde que se sentó en el banco con los pies extendidos, apoyando sólo los talones en el suelo, a moverlos, por temor a tocar con ellos su cuerpo, que debió caer muy cerca de donde él estaba. Su inconsciente balanceo obedecía, sin duda, a este temor continuo. No podía tampoco mirar hacia allí, porque sus ojos sentían las cosas de un modo táctil, tocándolas en su imposibilidad de verlas.

"Olerá mal en seguida. No habrá quien pare aquí." Sus sensaciones físicas eran claras, de una nitidez tan cruel que se le olvidaban inevitablemente, sin que pudiera disfrazarlas u olvidarlas. Temblaba y oía el martilleo de la sangre en la cabeza. La espalda, aplastada contra la pared, le dolía. Los brazos estaban agotados. Necesitaba cerrar los ojos de cuando en cuando para evitar la presencia táctil del cuerpo de su mujer. Sentía hambre y cansancio general. Se hubiera levantado, hubiera ido hasta el ventanuco para mirar, elevándose sobre las puntas de los pies, hacia la noche, y ver alguna estrella, o se hubiera dedicado a pasear. Sus pasos le hubieran dicho que vivía. Pero, ¿qué músculos debía mover primero para levantarse? Sabía que ninguno le obedecería. Sus ideas eran muy concretas, repetidas monótonamente desde mucho tiempo, surgidas sobre una mancha informe de ideas oscuras y vertiginosas que estaban dentro y fuera de él. Su cerebro y la cocina eran ya igual de oscuros, igual de silenciosos, y habían llegado a tener el mismo tamaño, identificados. La chimenea apagada, o mejor, el sitio sin fuego donde sabía él que estaba, era lo mismo que la idea de hambre, y cuando esta idea giraba vertiginosamente al ritmo de sus latidos, en torno a la cocina, pegándose con cualidad de murciélago a las paredes y al techo — una vuelta, un latido —, lo oscuridad se convertía en la idea de la muerte. Respiraba con dificultad, oyendo al aire salir por la forma fija de su garganta y de su boca. La oscuridad, entonces, se hacía vertiginosa también y se poblaba de olores pudriéndose, de pequeños retazos de otros tiempos — sintió la mano de Gervasio aferrarse en su hombro, cuando Vitorina hacía unos ruidos profundos, salidos de su vientre acaso y, luego, vio su propia navaja brillando en el aire con un brillo delgado como un canto de gallo al amanecer, rojo como la herida que le hizo aquel toro sin piedras... —, retazos que daban una vuelta o mil a cada latido, poblándose cada vez más de abigarradas explosiones de colores contrarios que chocaban a velocidades imposibles, y, al mismo tiempo, gritos, y mugidos que se aplastaban contra las paredes convirtiéndose en masas casi líquidas, de formas continuamente cambiantes, que flotaban, empezando una de ellas en seguida a oscilar bruscamente, hinchándose y deshinchándose, desde la delgadez más absoluta hasta un volumen que llenaba todo el hueco negro que eran su cerebro y la cocina. La sensación de vértigo la sentía en este hueco negro que le dolía en su misma vaciedad, sólo lleno momentáneamente cuando alguna idea concreta y actual se fijaba sobre todo aquel caos: "Amanecerá pronto", "me matarán", "tengo que salir antes de que amanezca", "olerá mal en seguida, ahí, muerta en el suelo". Iba creciendo en él la sensación de proximidad del cuerpo de su mujer. Quizá había empezado ya a corromperse. Descubrió el ventanuco, entonces, y estaba más claro que la última vez que le miró.

Fue instantáneamente, sin pensar en hacerlo, como se levantó, sin que rozara siquiera con los pies el cuerpo de su mujer, sintiendo la necesidad de huir de allí y no pensando en el peligro, de las piedras que le tirarían. Un segundo después, en el centro de la cocina, pensó en este peligro, y se descubrió buscando, con las manos, algo en la pared, en el lugar de la pared donde su mujer colgaba los cacharros grandes. Tropezaron sus pies con algo metálico que vibró largamente, de un modo sordo, resonando en el rincón donde se encontraba. Tenía, en la otra mano, la manta con la que se había cubierto todas las noches. Salió al establo con la manta por la cabeza, sobre la que sujetaba de un asa, con la mano que le dejaba libre la manta, el barreño grande que su mujer empleaba para ir a lavar al río. "Si estuvieran dormidos", pensó. Supo que había salido a la noche por una oscuridad menos densa, por una sensación de mayor espacio en torno a él, y por el viento libre que contrastó con el calor sucio que todavía guardaba debajo de la manta, pegado a su cuerpo. "Si durmieran", pensó otra vez. Permaneció quieto en la puerta, procurando no destacarse de la mancha de sombra que allí había. Silencio y oscuridad. Nadie notaba su presencia en la puerta. Vio la "cortina", una sombra más densa de un metro de altura. "Alcanzarla."

Corrió.

Agachado, sujetaba con la mano izquierda la manta y con la derecha el barreño, sin soltarlos, a pesar de la velocidad y de las piedras que chocaban contra él. La noche se había llenado de gritos y silbidos, de sombras que se agitaban detrás de las vallas que rodeaban la casa. Resonaban detrás de su cabeza los golpes metálicos, y su eco quedaba vibrando, unidos al eco del golpe anterior, con el que formaban todos un solo y continuo ruido metálico vibrante.

"Alcanzar la cortina."

Retrocedieron las sombras o se apartaron, cuando él llegó, agitando el barreño delante, y saltó la valla sin rozarla, sintiendo entonces el impacto de varias piedras en la espalda y los hombros, amortiguado por la manta. Al usar la mano derecha para impedir que resbalara la manta de la cabeza, supo que ya no tenía el barreño, y oyó su caída metálica contra las piedras. Notó un dolor instantáneo en la nuca. Siguió corriendo. Oía los gritos a su espalda y a su derecha, acompañados del rumor sordo de las "cholas" chocando contra el suelo. Sintió otro dolor en la nuca y se llevó las dos manos, instintivamente, a ella para protegerse. La manta cayó al suelo. Siguió corriendo.

"Sangre, me han hecho sangre. La otra "cortina": saltarla."

Corría agachado, sin dejar de mirar la segunda "cortina". Recibió varios golpes en la espalda. Le faltaban cuatro metros para llegar. "Me pararé y se asustarán."

Otra piedra en la nuca. Retiró la mano contra la que había chocado. Vacilaron sus piernas. "Canallas... Hijos de perra..."

El dolor de la nuca aumentaba.

"No podrán..."

Tropezó. Siguió corriendo. Los golpes eran tan seguidos – en los hombros, en la cabeza, en la espalda – que ya no sentía los nuevos. Todos formaban un solo dolor. Notaba correr la sangre, sabía que estaba sangrando por varios sitios.

"Tengo que seguir."

Cayó sobre sus rodillas, apoyándose en las manos. Algo le golpeó en la cabeza y le derribó al suelo. Crecieron los gritos a su alrededor hasta hacerse tan dolorosos como los mismos golpes, que ahora se sucedían sin interrupción en los costados, en el pecho, en las piernas, en el vientre... Estaba caído boca arriba, entre los hombres que le golpeaban. Brazos y hoces y azadas caían sobre él, mezclados, chocando entre sí, en medio de una respiración colectiva y furiosa.

"Sangre... Me matarán... Hijos de pe..."

Golpes y gritos nacían de aquellas sombras que se movían y agitaban en torno suyo. Quiso gritar, mover un brazo. El dolor era irresistible. Algo le había golpeado en un ojo y por un momento vio todo estallando en luces blancas. Luego dijo: "No, no..." Movió la cabeza. "No..."

Sentía su cuerpo como un latido abierto en medio de la noche, como un dolor total, renovado, aumentado a cada segundo.

"Can..."

Movió la cabeza. Quiso protegérsela con un brazo, con el brazo derecho, pero no sabía nada de él, no pudo colocarle sobre sus ojos.

"No, no, no..."

Quedó inmóvil.

Ha terminado la "instrucción del sumario". Por fin, han llegado el fiscal y el forense. Todos, después de efectuado el traslado de los cadáveres, y sus respectivas diligencias, parten de Aldeaseca.

—Hay que preparar rápidamente el resumen para el auditor — dice el juez.

Está cansado. Un día entero interrogando a campesinos torpes, que apenas entienden las preguntas que se les hace. Apoya la cabeza en el respaldo blando del asiento y entorna los ojos. Ve acercarse, aumentando la velocidad al llegar junto al coche, paisajes de bajas colinas y llanuras extensas, pobres de vegetación y ricas de piedras, casas de los mismos colores que el paisaje, como peñascos solitarios, y, de vez en cuando, un hombre de silueta curva, detrás de un toro o, a lo lejos, hombres y mujeres con niños a la espalda trabajando en el campo. El ruido del motor llega hasta él a través de la oreja del respaldo, amortiguado, con vibraciones metálicas sordas. Cierra los ojos con fuerza para evitar el tic. "Un pueblo entero contra un hombre. No se podrá hallar culpable." Piensa en la central eléctrica en construcción. "Luz y muerte, progreso y prehistoria."

—¿Qué opina usted?

El forense vuelve la cabeza hacia él. Recuerda el cadáver deshecho, machacado contra el suelo a pedradas y golpes de azadas. "Le arrancaron un brazo, probablemente con un golpe de azada. La cara deformada, una masa de carne sin expresión, sanguinolenta."

—Confío en que lo lleven a la Audiencia Provincial — añadió el juez —. Prefiero no saber nada de este asunto.

—Sí — dijo el forense —. Es un mal asunto.

El coche dejó una nube de polvo girando sobre sí misma y desapareció en una curva.

Un pasillo de gente hasta el camión. Los ojos fijos, redondos, con una curiosidad animal, los labios inferiores abandonados, carentes de gestos, en una espera estúpida. Arrancó el coche del juez con tres aludes de ruidos sordos, y desapareció, tambaleándose sobre sus ballestas por el camino. Parecen haberse materializado las miradas de los campesinos en hilos extensibles atados al coche. Fue necesario que desapareciera detrás de una casa para que varios campesinos dejaran de mirar en esa dirección.

Se acercan, entonces, despacio a la puerta de "El Salón". Los demás miran aún al coche que, entre polvo, surge otra vez de la tierra, junto al río, y se aleja ya por la carretera. Luego se hunde otra vez en la tierra, donde una pequeña colina oculta el río. Queda un rastro de polvo ascendiendo.

Entonces se unen todos al pasillo de gente, delante de la puerta de "El Salón", comenzado a formar por los primeros que liberaron los hilos extensibles de sus miradas de aquella obsesión creciente de lejanía o de ser ellos mismos lejanos. Ahora están así, como si nunca hubieran visto nada a menos de diez metros. Puestos los ojos en una cosa — el cuello del campesino de delante, la puerta de "El Salón", la esquina del tejado —, pero sin verla. Los tienen abandonados sin mirar por ellos, aunque puedan estar viendo algo por sí mismos. Fijos en cualquier cosa, inútiles como las manos caídas a lo largo del cuerpo. No como la mirada de los muertos, que refleja un vivir sorprendido, sino como el agua parada, transparentando lo único que hay en su fondo: la tierra. Ni una idea puede verse en esos ojos. Su pensamiento está parado. Necesita algo que abra su cauce cegado: la azada que va abriendo el surco delante del agua.

La puerta está abierta. Se había empezado a oir el rumor unos segundos antes. Se animan los ojos de todos desprendiéndose de lo que están mirando; nace entonces un movimiento común de retroceso y avance alternativo. "Gris", entre dos guardias, esposado, atraviesa el pasillo mirando a todos sin comprender, preguntando con sus ojos, sin párpados, un poco apagada su rebeldía de los primeros momentos. Subido en la caja del camión, siempre entre los dos guardias, "Gris" parece haber tenido una idea. "No." Hace fuerzas con sus manos, lucha contra las esposas inútilmente.

—Grrriss, grrriss...

"No." Los chicos se acercan al camión corriendo y empiezan a gritar y a agitar los brazos.

—¡Gri... is! ¡Gri... is!

—Fuera de aquí, chicos.

Los guardias suben al camión.

Se oye un rugido lejano. En las cabezas de algunos campesinos bailan palabras incomprensibles: "libertad provisional... hasta el juicio".

El camión ha arrancado. Los chicos corren detrás de él gritando.

—¡Gri... is! ¡Gri... is!

Un campesino se ríe.

—Vaya con este "Gris" — dice.

XI

La azada entra en la tierra rítmicamente, con una decisión súbita, produciendo un ruido que se desliza entre chirridos durante un segundo y luego muere secamente. Retrocede entonces, casi sin haber tenido tiempo de pararse, y sube unos centímetros, saliendo de la tierra, y dejando limitado por grietas un pequeño terrón, cuyos restos, polvo y piedras, resbalan sobre la hoja metálica. Algunas piedras pequeñas rebotan y van a parar junto a su pie descalzo, medio hundido en la tierra, mientras el agua se filtra — la azada ha caído ya tres veces más — oscureciendo la tierra y deslizándose libremente por la pequeña acequia que surge bajo las dos piernas separadas. Suena el agua — sonidos pequeños de metal dormido — y el atardecer endurece más sus últimas luces en ella. Lentamente, dudando la dirección, el agua avanza por el camino que le va abriendo la azada, bajo las piernas del hombre inclinado. Gervasio, remangados los pantalones, descalzo, trabaja sin descansar un momento. Lleva ya una hora abriendo acequias. Deja clavada la azada y se yergue, limpiándose con el dorso del brazo el sudor de la frente. Respira más fuerte. Mira hacia el río. La carretera es una franja más clara que se pierde, en un recodo, detrás de una colina. A lo lejos, se ve ya una muralla gigantesca de cemento que cierra el valle. Gervasio observa el trozo de carretera que se divisa desde donde está. Va a inclinarse, pero se arrepiente y, rápido, desentierra los pies, se sacude la tierra adherida a ellos, arranca la azada, se calza, sin agacharse, las "cholas", y comienza a andar, desdoblándose, inclinado, los pantalones, con la azada en una mano y arrastrándola por el suelo. "Es ella." Empieza a oírse el ruido de sus "cholas" contra la tierra. Gervasio va hacia el camino grande. Se echa la azada al hombro. Se apresura. La hoja de la azada choca contra las piedras de la "cortina" junto a la

que anda. Un ruido metálico, que vibra un momento, como el recuerdo que de pronto ha llenado su cerebro. "Ya está pudriéndose – piensa –. Ahora todo es diferente." Tiene que llegar al camino grande antes que ella. La esperará allí, el corazón latiéndole por la proximidad de algo largamente ansiado y siempre lejano. Gervasio se apoya en una de las "cortinas" que limitan al camino grande y se queda mirando hacia la carretera, invisible ahora por la suave loma erizada de centeno. Una rabia acallada desde mucho tiempo empieza a endurecerle el gesto de su boca. Vitorina – sí, es ella –, su silueta desdibujada contra las piedras por la luz del atardecer, aparece al final del camino. Gervasio, su boca apretada ya, la descubre sin hacer un solo movimiento. "Me venció, me venció, precisamente entonces." Recuerda. Desde aquel día no ha vuelto a hablar con Vitorina, siente una extraña inferioridad cuando está cerca de ella o, simplemente, cuando la ve o alguien la nombra. Desde la muerte de "El Cholo", está esperando la ocasión de rehabilitarse a sus propios ojos, no a los de ella, que probablemente le desprecia. Fue demasiado aquello para que una mujer no sienta aversión hacia un hombre. A cualquiera le hubiera pasado. Pero la mujer no tiene cerebro para estas cosas. Ella ve sólo a un hombre vencido por otro. Y no volverá a someterse a éste, más aún teniendo en cuenta que había estado a punto de lograrlo cuando llegó el otro. Incluso después de la muerte de "El Cholo", ella ve a Gervasio como a un vencido. Por lo menos así lo cree él.

La ve avanzar ahora, pensando estas cosas, sin precisarlas, de un modo tosco.

Vitorina avanza, habiéndole visto, pero sin demostrarlo. No desvía su camino cuando pasa a su altura, ante el silencio tenso que él mantiene, apoyado todavía en la "cortina".

–¿Dónde vas?

No ha podido dejarla marchar como otros días, allí mismo, sin una palabra. Viene todas las tardes a esperarla, desde que se enteró de que "el Tío Muelas" le había buscado un puesto de criada en casa de uno de los ingenieros. Y todas las tardes, ella pasa sin mirarle y él la ve pasar sin hablarle.

Al oírle, Vitorina vuelve la cabeza y se detiene. Acaso esperaba aquello. Ha bajado el cántaro, sin que pueda pensarse que lo hace para descansar.

–Ya ves. Vengo del Salto.

Gervasio la mira, quieto en el centro del camino, hasta donde llegó mientras hablaba. Ella está enfrente, a un lado el cántaro y al otro el capacho. A Gervasio no le gusta que ella sirva de criada.

–Mucho señorito hay allí – dice. Se acerca a ella –: Mira, Vitorina, tú y yo tenemos que hablar.

–Bueno, que se echa la noche – hace ademán ella de coger el cántaro, pero él le detiene el brazo con su mano.

–Será ahora –. Está decidido, comprende que ella le está dando una oportunidad y él ha estado a punto de perderla. Ella, mansamente, coge el cántaro y el capacho y se deja llevar por él hacia el borde del camino. Saltan la cerca. Vitorina ha dejado el cántaro y el capacho apoyados entre las piedras y la tierra, y ahora se alejan los dos, mientras las sombras van haciéndose más compactas, van adquiriendo una oscura dureza entre las piedras, hasta confundirse con ellas, formando una sola cosa con la oscuridad entera, sin hueco, que parece haberse desplomado de pronto sobre todo.

Había creído oir un ruido, de pronto le pareció ver moverse algo al dar la vuelta al recodo. Emilio, cansado por todo un día de trabajo, regresa ahora al pueblo. No le importaría ni el ruido ni la sombra. Pero sabe que en el pueblo le consideran un traidor, el único que trabaja para el Salto. A pesar de que ya ha pasado bastante tiempo y a pesar de lo de "El Cholo", en lo que él participó como uno más, Emilio no está seguro de que un día cualquiera no le salgan al encuentro los del pueblo. Por eso espera la noche para regresar, y evitar encontrarse con nadie. "Los ánimos están muy calientes desde lo de "El Cholo", le dijo su mujer. Se había pegado a las piedras, cuando creyó oir y ver aquel ruido y aquella sombra, y aún sigue así, sin moverse, después de un minuto de atención.

"Quién sabe si es alguien con negras intenciones", piensa. Con cuidado levanta la cabeza. Ve dos sombras alejarse hacia el montículo de grandes peñascos que forman cuevas.

Al llegar a la plaza se encuentra con la madre de Gervasio, una vieja con más fuerza de la que por sus años debería tener.

–¿Qué hay, Emilio? No se te ve nunca –. Hay cierta malicia en sus palabras.

—He encontrado esta azada en el camino. ¿Sabe de quién es?
—¡Demonio!, es la de mi hijo. ¿Dónde estaba él?
—No le vi. Con Dios, señora Norberta.
—Con Dios, voy a ver si le encuentro.

"El Salón" se ha ido convirtiendo en una especie de bazar. "el Tío Muelas" hace un viaje al Salto todos los sábados, con su vieja burra y sus alforjas, en las que trae las cosas más extrañas e inútiles para los campesinos. Él mismo lleva unas gafas de sol con montura de pasta blanca. Se las ha comprado a Patricio, a pesar de que le dijo que eran de mujer. "Cómpreselas marrones", le dijo. Pero él las quería blancas, y blancas se las compró. Estos viajes del "Tío Muelas" son la única relación directa entre el Salto y Aldeaseca, ya que Emilio apenas habla con nadie en el pueblo. A través del "Tío Muelas" se enteran los campesinos de las novedades de las obras. La última noticia que ha traído es que la presa está terminándose y que muy pronto volverán el río al antiguo cauce para que comience a llenarse el embalse.

—Nos dejarán coger la cosecha, ¿no? — le pregunta un campesino.

—Sí, hombre. Si tardará más de un mes en llenarse todo el valle — contesta el "Tío Muelas" —. ¿Qué? ¿No me compráis unas gafas de sol? Para segar van muy bien.

Juan mira al otro campesino y de pronto estallan los dos en carcajadas.

—¿Me imaginas segando con gafas? — dice —. Al sol hay que mirarle de frente, sin cristales.

XII

Dará un buen estirón el centeno —. Gervasio, desde el establo, contempla la lluvia que cae en el suelo del patio, dejando sobre la arena señales como de dedos. Se hace de pronto más intensa, saltan partículas de barro y agua a cada gota que choca contra el suelo. Turbiamente, se distinguen el viejo arado abandonado junto a la puerta del patio y las gallinas acurrucadas debajo de unas maderas y del carro.

—No había visto llover así desde que murió tu padre.

La señora Norberta dejó la calceta cuando comenzó a oírse la lluvia y fue a la puerta del establo, junto a su hijo, para ver cómo llovía, y aún no se ha movido de allí, donde está como hipnotizada por el crepitar de la lluvia y la pequeña nube de salpicaduras a ras de suelo, que saltan hacia el cielo y vuelven a caer. Las gallinas, apretadas unas a otras, emiten ruidos guturales, que sólo a veces llegan hasta los oídos de Gervasio y de su madre.

—Nunca había llovido así — vuelve a decir ella.

—Ni así ni de ninguna manera llueve aquí.

—Casi todos los años caen algunas gotas — insiste ella.

—Eso no es llover, madre. Si lloviera como hoy siempre... Aldeaseca no se llamaría Aldeaseca, los campesinos no tendríamos que trabajar todo el año, incansablemente, para traer del río el agua que necesitan nuestras tierras, y habría abundantes pastos y el ganado estaría más sano. La lluvia nos ahorraría trabajo y hambre.

—Mira los mozos — dice la madre.

Gervasio mira hacia la plaza.

Los mozos salieron de las casas con las primeras gotas gritando "llueve, llueve...", y ahora corren y saltan, alzan los bra-

zos, y se persiguen, abriéndose la camisa para sentir el agua en el pecho.

—Dios quiera que esos demonios nos dejen coger la cosecha — dice la señora Norberta. Ella piensa que pronto tendrán que dejar sus casas y sus tierras. "Cuarenta años trabajando para nada. Nos quieren quitar nuestras tierras."

Algunas mujeres aprovechan los regatos que se han formado entre las piedras para lavar ropa.

—Tendremos fruta — dice Gervasio.

—Esos demonios nos van a matar de hambre. ¿Qué haremos cuando nos echen de aquí?

—He visto el pueblo nuevo que nos están haciendo. Casas blancas, con un establo pequeño que no vale para nada, y las alcobas y la cocina demasiado grandes. No sé dónde vamos a meter el ganado.

—Bien han hecho el establo pequeño, apenas tendremos bestias para meter en él. No creas que van a vivir sin pastar.

La lluvia no cesa. Parece crecer a cada momento. A los mozos se han unido algunos hombres y niños, y todos gritan, celebrando una especie de danza en el centro de la plaza. Ve Gervasio sentado en el suelo a un niño con los ojos entreabiertos, también contagiado de la alegría de los mayores, dejándose mojar por la lluvia sin ningún temor.

—¡Eh, Gervasio! —. Es Juan quien le llama —. Mira, mira —. Se abre la camisa y ríe, los pelos pegados a la frente por el agua. — Vente con nosotros, hoy riega el cielo.

Algunas mujeres corren hacia sus casas para encerrar a los cerdos. La alegría va creciendo. "El Tío Muelas", con un paraguas, salta ridículamente delante de la puerta de "El Salón", hasta donde los mozos han empujado el organillo y lo hacen funcionar continuamente.

Gervasio ve venir a Vitorina. Va a su encuentro y se pone a bailar con ella siguiendo la música del organillo.

La lluvia empieza a hacerse más débil. Pero todos siguen bailando, gritando, y el organillo toca sin parar, aunque ya nadie le oye.

Ha dejado de llover, y todavía continúa la fiesta en el centro de la plaza. Varios hombres beben vino dentro de "El Salón".

Las mujeres se van a sus casas, probablemente también a beber vino. Gervasio y Vitorina se alejan hacia la carretera.

La madre de Gervasio no se ha movido de la puerta del establo. "Todo quedará debajo", piensa. Sus ojos están fijos en el suelo, delante de la puerta. Tienen una dureza gris que parece querer clavarse contra la tierra.

—¡La poza está llena, la poza está llena! —. En unos segundos, todos los niños que hay en la plaza desaparecen corriendo detrás del que vino gritando. Cerca del pueblo hay una hondonada, donde convergen los arroyos que se forman con la lluvia, que tiene un testigo de tierra por el que los campesinos miden la altura del agua. La emplean para las necesidades más urgentes cuando no pueden bajar hasta el río. Tiene el fondo de terreno impermeable, y ellos han hecho pequeñas acequias convergentes que ayudan a la disposición del terreno.

Dentro de "El Salón" los hombres comentan la lluvia y sus futuros efectos.

—Mismamente en febrero. Esta lluvia hace granar como está mandado.

—He sido un animal — dice un campesino moreno, de pelo canoso —. Mira que dejar este año para pastos. ¡Qué cosecha de trigo tendría!

Gervasio, que acaba de regresar de su paseo con Vitorina, le mira, recordando las palabras que su madre repite obsesivamente: "Todo quedará debajo, cuarenta años trabajando..." En su cerebro adquieren plasticidad esos cuarenta años, ve escenas sucedidas en días de ellos, reflejándose en los charcos que sus "cholas" han dejado sobre el suelo de tierra endurecida. Escenas futuras: ve también a Vitorina y a él mismo arando un campo inmenso, y en seguida, el campo lleno de trigo tan alto como él.

—¿Para cuándo? — pregunta.

Sigue pensando, sin esperar la respuesta. "Cuarenta años trabajando..."

—¿Para cuándo? — repite.

Los otros hablan de cosas diferentes ya; él se ha distraído.

—... no asomará la nariz por aquí — oye.

—¿Qué? — le dice Juan, dándose cuenta de que ha preguntado algo —. ¡Ah!, quién sabe...

—A Emilio le dieron dinero, su mujer se lo ha dicho a la Anastasia, ¿verdad, Anastasia?

Anastasia, desde detrás del mostrador, mueve la cabeza con un corcho de botella entre los dientes.

—Pero la cosecha... ¿dará tiempo? —. Gervasio, mirando el rostro de su madre en un charco, quiere saber si "esos demonios" les dejarán coger el fruto de su trabajo.

—Quién sabe — dice uno.

—Ganar sí gana; dicen que le dan a la semana lo menos, lo menos... no sé, no me acuerdo, pero mucho, no creáis — dice otro campesino.

—Será mejor que nunca la cosecha, ¿eh? —. Juan se bebe el vaso de un trago, chasca la lengua, y se limpia la boca con el dorso de la mano.

XIII

El ruido de las vagonetas, primero un chirrido deslizándose, luego el golpe seco del volquete contra el tope, apagado por el roce potente del hormigón pastoso contra el hierro y, por fin, el golpe y el amontonamiento de golpes de la pasta junto al obrero, que inmediatamente introduce el extremo de su vibrador en la nueva carga, comenzando a sentir sus brazos como recorridos por algo que muy bien podría ser electricidad, según su concepto de ella, ya que los vibradores funcionan eléctricamente, y este ruido que ahora parece penetrarle hasta el cerebro a través de sus brazos vibrantes es debido a un motor eléctrico que hay en su interior, como en el interior de su cuerpo, del cuerpo del obrero Antonio Rojo, de treinta y tres años de edad, labrador, hay un corazón que continuamente está marchando, y el ruido, ahora, de su vibrador domina primero, y luego se incorpora al rumor general de vibradores y de vagonetas volcando y deslizándose a muy pocos centímetros de las cabezas de los obreros. Parece como si ellos estuvieran disolviéndose en el ruido, poco a poco, sin un solo hueco de aire, como el hormigón, perfectamente macizo gracias a sus esfuerzos.

La vagoneta descarga junto al obrero de delante.

Antonio Rojo, vibrándole eléctricamente los brazos, trabaja sin un segundo de descanso sobre los travesaños de madera que se apoyan en los bordes finales del encofrado de la presa. Debajo está el hormigón, acaso blando todavía hasta la tierra donde se apoya.

Descarga otra vagoneta.

Él no la ve venir, su cuerpo la presiente, porque mide exactamente lo que tarda en volver o porque nota, por un momento, que desaparece el fuego de la espalda bajo el sol. Un movimiento de cabeza, lentamente desdoblando la cintura, y suelta el resorte que pone en funcionamiento el vibrador. Antonio, entonces, cree que descansa. Pero no ha tenido tiempo de desdo-

blarse, cuando ve venir al capataz. "Precisamente ahora, ra... ra... ra..." Ha comenzado otra vez la vibración de sus brazos, de todo su cuerpo.

La vagoneta descarga junto al obrero de delante.

No ha oído el crujido o lo ha percibido indiferentemente con el cerebro, incapaz de pensar en nada que no sea la vibración. Siente la lengua floja, temblándole, y la boca se le llena de saliva, sin darse cuenta. La madera cruje otra vez. Él sigue inclinado, apoyándose con el vientre en la culata del vibrador. Hace una ligera presión de vez en cuando, que desvía con la fuerza de los brazos en la dirección conveniente. El hormigón va apretándose.

Antonio Rojo nació en un pueblo cercano del valle. Trabajó toda su vida en el campo, junto a su padre. No salió nunca de su pueblo. Un día llegó una camioneta. Les hablaron de la central y de la presa que iban a construir. Su madre le dijo: "Ganarás mucho dinero." Su novia le dijo: "Nos casaremos." Se subió a la camioneta. Pasaron dos años. Ganó dinero, no mucho. Se casó. Pronto iba a tener el segundo hijo.

Ha oído un momento antes a la vagoneta. Está moviendo la cabeza, se yergue despacio, sujetando el vibrador. Los crujidos no pueden oírse. Cae el chorro de hormigón. Al inclinarse sobre el vibrador, recibe un golpe.

Se está hundiendo ya, alargando la mano hacia el borde desesperadamente, recordando el golpe en la cara, que no sabe con qué se ha dado, acaso con el aparato. Pero el borde no está a su alcance y es en la madera partida donde se agarra, comprendiendo que ya todo es inútil, gritando, y una nueva vagoneta cae entre el estruendo metálico y de piedras resbalando, confundido con el ruido de los demás vibradores que no se han detenido. La madera, sobre la que él ha intentado subirse, se hunde con él por el extremo al que se sujeta, y él sigue gritando "socorro".

La madera está levantándose lentamente, hundiéndose por un extremo.

—¡Socorroooo...!

Entonces, la sirena comienza a lanzar su grito largo para decirles a todos los obreros que pueden dejar de trabajar. Ha empezado el descanso.

Una madera vertical en el hormigón.

XIV

El "Bar Mirador", en el edificio de la dirección, estaba situado en la planta baja. A través de la cristalera que le rodea se veía la presa, ya acabada, y parte del cauce vacío. Era un bar de instalación moderna, con dos camareros de uniforme blanco, botones y gorras rojas, taburetes zancudos junto al mostrador, y sillas metálicas en torno a las mesas. Los empleados administrativos, los altos empleados, ingenieros y técnicos, bajaban todas las mañanas a él para tomar un aperitivo y oír música moderna por los altavoces. Algunas de sus señoras venían a esperarles a la salida de la oficina para estar con ellos en la hora vacía del aperitivo. Los que frecuentaban el bar eran aparentemente personas acostumbradas al ambiente moderno de las ciudades. No podían prescindir de sus costumbres y encontraban en él una especie de oasis civilizado en medio de aquel espantoso desierto de atraso y falta de cultura. En realidad, muchas de estas personas no habían conocido un ambiente como el que decían. Precisamente por ello, necesitaban demostrar lo contrario. La pequeña sociedad del Salto iba estructurándose y — como en las ciudades — habían quedado ya más o menos definidas y delimitadas las principales clases sociales. Con ellas surgieron las actividades inútiles, cuya base es la apariencia, y la ley de imitación de las inferiores a la superior, que, naturalmente, estaba formada por ingenieros, altos empleados y "técnicos de carrera". Las mujeres sabían que los ascensos de categoría y de sueldo son debidos más veces a ciertas apariencias muy ajenas al trabajo que a las propias cualidades. Puede tener una importancia enorme el que la señora de un jefe de sección diga en el Casino: "Estuvimos tomando el aperitivo en la "Dirección" con el señor Martínez. Me dijo que..." Se enterará todo el poblado. "La contable — dirán luego, por ejemplo — y su marido toman todos los días el aperitivo con el ingeniero jefe..." Unos días o unas

semanas después, alguien dirá: "Claro, como están todo el día bailándole el agua..." Puede que no, pero hay muchas posibilidades de que por este procedimiento, con mucha paciencia, se consiga un ascenso o un aumento de sueldo. Por lo menos, ya ha ocurrido alguna vez. Y es muy probable que siga ocurriendo. Porque la pequeña alta sociedad del Salto, como casi todas las altas sociedades, va estando cada vez más montada sobre la falsedad y la influencia de la charlatanería que sobre el trabajo. Los ingenieros parecían estar ya en posesión de un título nobiliario. Éstos era más probable que estuvieran acostumbrados a tomar el aperitivo. Por lo menos, su modo de estar ante el mostrador era más adecuado. No miraban al camarero nunca, que les observaba interpretando sus más mínimos gestos: mover el dedo apuntando hacia el fondo de la copa significaba más sifón; dos golpes en el mostrador con la palma de la mano podía ser una llamada o podía significar simplemente que querían el aperitivo. "Al administrador, lo que yo quiera menos aceitunas. Al señor Martínez, aceitunas precisamente..." Su conversación se desarrollaba siempre independientemente de la presencia del camarero. No les preocupaba en absoluto. Ni siquiera debían saber que existía, quizá le pensaban como una pieza más del "sistema bar".

—¡Qué desagradable lo de ese muchacho! — dijo Martínez. Cogió su copa y, sin dejar de mirar la presa, a lo lejos, a través de la cristalera, se dio cuenta de que tenía poco sifón. La dejó sobre el mostrador, notando que su manga tiraba algo, el servilletero, quizá, pero no dándole importancia. Pidió más sifón con la mano.

El camarero dejó a medio llenar el *vermouth* de un jefe de sección y corrió hacia el ingeniero jefe con el sifón en la mano.

¿Había contestado el administrador "debió ser un descuido suyo", o era él quien lo pensaba? Martínez, distraído, oyó el ruido del sifón. Pensó algo impreciso en relación con la presa recién acabada, a falta ya de abrir el aliviadero. Cuestión de una semana ya.

—Debió ser un descuido suyo, ¿no le parece? —. Necesitaba tiempo para precisar su pensamiento. — Porque nadie se hunde en el hormigón así como así.

—Si se pierde pie... — dijo el administrador.

Se oía una música estridente.

—Tiene demasiada densidad — dijo Martínez —. Ha tenido que caerle la vagoneta de hormigón encima. Yo creo que fue por el golpe.

La música seguía arañando los trozos de conversaciones que destacaban de vez en cuando. Se oyó de nuevo el ruido del sifón.

—Pero eso es lo bueno de haber conseguido mano de obra en estos pueblos — añadió el administrador —. Imagínese los líos de los seguros. Y una presa como ésta siempre se lleva más de medio centenar de hombres.

El ruido del sifón vacío, absorbiendo aire, dominó por un momento la música.

Se oyó un solo de trompeta. Luego una música estridente, igual, que parecía de duración eterna. El administrador hizo un gesto con la mano, hacia su espalda. El camarero vino corriendo. "Un gesto nuevo, ¿qué querrá?"

Habló al camarero cuando estuvo cerca, sin mirarle, sin hacer caso de su cuello torcido en un gesto de sumisión y obediencia anticipada.

—Esa música — . Señaló al altavoz más cercano.

Paró la música.

—¿Qué ocurre? — dijo un alto empleado de la administración, que estaba sentado en una mesa, en compañía de su señora y de varios empleados subordinados suyos —. ¿Por qué para la música?

El camarero le indicó con la cabeza el grupo de los jefes.

—No se podía hablar, es verdad — dijo otro empleado.

Había entrado uno de los ingenieros de jefatura.

Se fueron levantando, a su paso junto a las mesas, los jefes de sección y los subjefes de sección.

—¿Qué tal?

El ingeniero jefe acababa de comer su última aceituna.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo ha tardado tanto? — le preguntó el Administrador, mientras el recién llegado se subía a su taburete, que había colocado en triángulo respecto a los otros dos.

—¿Qué va a tomar? — dijo el camarero.

—"Martini" seco. Y patatas.

Se acomodó en el incómodo taburete.

—Ese señor Lobo, que ha puesto una conferencia. Como us-

tedes ya se habían marchado... — dijo. "No era yo el que tenía que haber hablado con él, sino vosotros, principalmente tú, magnífico jefe", pensó el ingeniero, mientras hablaba.

"Indirecta", pensaron los otros.

—No sabía nada — dijo Martínez.

"Tú nunca sabes nada", pensó instantáneamente el Administrador.

—¿Cuándo llega? — habló otra vez el ingeniero jefe.

—Mañana. Viene él solo. Su familia llegará después.

—¿Quién es? — preguntó el administrador.

El camarero estaba sirviendo el "Martini" seco y las patatas. Acercó el servilletero y se alejó.

—Trabajó conmigo en el Ebro. Es un hombre con mucha práctica. Un buen montador. Hará un buen papel como jefe de montajes.

—¿Pero es ingeniero? — quiso saber de nuevo.

—No, no —. Había cierto desprecio en la contestación del Ingeniero Jefe. — Simplemente, un hombre con mucha experiencia. Uno de esos hombres que han ido subiendo a fuerza de experiencia y experiencia, ya sabe. Parecido al encargado de obras, a Ramos, ¿no se llama así?

Derivó la conversación hacia otros temas.

Era la hora de marcharse a comer. Los altos empleados se habían dado cuenta de ello, pero no se atrevían a marcharse antes que sus jefes.

Andrés llegó entonces y fue acogido con bromas y saludos amables por la mesa de jefes de sección. Se sentó al lado de la hija de un alto empleado, que venía a esperar a su padre y a tomar con él todos los días el aperitivo, probablemente por considerar el "Bar Mirador" como un lugar "estratégico".

Los jefes miraron hacia allí. Parecía haberles molestado que se sentara en una mesa de subordinados, antes de saludarles a ellos.

—Queda mes y medio para que recojan la cosecha — decía ahora el Ingeniero Jefe. Había surgido un nuevo tema —. El otro día calculé que la presa tardará en llenarse de mes y medio a dos meses. El aforo del río no da para más. Por lo tanto, debemos esperar todavía una semana o así para volver el río a su cauce primitivo. Hablé con el Director explicándoselo. Es conveniente dar tiempo a que recojan la cosecha. Necesitaremos más mano de obra.

Los otros dos estaban de acuerdo con Martínez. No convenía crearse enemigos entre los campesinos de los pueblos que iban a quedar bajo las aguas. Un día u otro se les convencería para que trabajasen en la central. No tendrán más remedio que aceptar cuando sus tierras estén sumergidas. Sí, indudablemente convenía dar tiempo a que los campesinos recogieran sus cosechas. No sería tiempo perdido tampoco, pues que, en realidad, nada se adelantaría con tener la presa llena sin que el montaje eléctrico estuviera acabado.

—¿Qué pasa con la música? — preguntó Andrés.

Le hicieron gestos señalándole a los jefes. Andrés se levantó y fue hacia ellos.

—Pero, bueno — dijo, en tono alegre — ¿por qué no se puede oir música cuando están ustedes?

Andrés era observado por sus compañeros de mesa con una mezcla de admiración y miedo.

Una sonrisa idéntica fue iniciada por los tres.

—¿De qué se habla? — Andrés se estaba subiendo a un taburete.

—Esta juventud —. Miró a Andrés, sonriente, el Administrador.

Martínez le explicó su conversación sobre la cosecha de los campesinos y la fecha mejor para llenar el embalse. Andrés se puso serio de pronto.

—Sí, hay que respetar su trabajo de un año —. Miró a través de la cristalera hacia la presa y detuvo su mirada en el llano donde comían los obreros sentados en el suelo —. Hay que respetarles. A veces me parece injusto lo que estamos haciendo. Ustedes no estuvieron en la feria de Aldeaseca, como yo, y no vieron lo que yo ví.

—Pero yo ya estuve hace varios años, con usted precisamente — dijo Martínez —, y aún no he podido olvidar lo que vi. ¿Và usted a considerar más importante la cosecha de tres pueblos miserables que la construcción de una central eléctrica que producirá más de tres millones de kilovatios-hora al año?

—No, no, desde luego. Pero se deberían tener resueltos también sus problemas.

—Bah.

—Nó sé, pero...

—Usted es un romántico —. Cuando Martínez decía "romántico" quería decir atrasado.

Andrés seguía mirando a través de la cristalera. Bajó de su taburete el Administrador.

—Creo que ya es hora de comer — dijo.

—Sí — dijo Martínez.

—Déjese usted de tonterías, Andrés — dijo el otro ingeniero —. Nosotros estamos trabajando por el progreso. Esas pobres gentes son gentes retrasadas a las que no se puede tener en cuenta.

Salieron los jefes y, detrás, empezaron a desfilar los altos empleados.

El mozo del mostrador empezó a limpiar las mesas.

XV

Lobo se sentó ante la mesa, abrió una libreta de pastas negras que acababa de comprar en la tienda de Patricio y escribió:

"Llegué al Salto de Aldeaseca a las 3 de la tarde, después de un día entero de viaje. Esta tarde he estado visitando la "casa de máquinas", apenas iniciada a construir. Mañana comenzaré a preocuparme del personal que tengo, y empezaré el trabajo."

Leyó lo que había escrito. Luego puso encima: "Diario del Montaje de los Alternadores de Aldeaseca".

XVI

Resignada potencia de los bueyes, brillante de sudor el lomo, arrastrando los carros en los que se traslada un pueblo.

Mesas de madera, de vetas limpias, con los bordes desgastados, sobre las que han comido hombres y mujeres de muchas generaciones. Bancos humildes y tranquilos. Toscos camastros de madera, donde nacieron, despertaron y murieron tantos hombres. Arados seguros, primitivos, que roturaron cada año las tierras, y que saben de manos aferradas y endurecidas, y de sudor de hombres ganando el pan. Hoces interrogantes que segaron altas generaciones de espigas, que preguntaron con su brillo al cielo y jamás oyeron otra respuesta que segar. Cacharros de cocina: oscuras sartenes, calderas ahumadas, ollas, estrébedes, cazuelas de barro, duros vasos, tenazas, barreños para lavar...

Avanzan los carros arrastrados por los bueyes. Bajan hacia la carretera, hacia el río. Llegarán al Salto y subirán por la carretera nueva, hasta llegar al pueblo blanco, a Nueva Aldeaseca. A la espalda queda Aldeaseca, el viejo pueblo pardo que ha sufrido sed de agua durante siglos, condenado ya para siempre al agua.

Grandes arcones de madera. Mantas gruesas de franjas. Manteos de colores chillones.

Las mujeres van sentadas sobre los carros, con su hijo atado a la espalda, las que lo tienen, o andando otras junto a los bueyes. Llevan todas una vara larga, con la que golpean el lomo del animal suavemente, más para librarle de las moscas que para arrearle. En la caravana no van hombres. Ni siquiera niños, a no ser los de pecho. Se han ido a pastorear, como siempre, o a conducir el agua entre la tierra, como siempre. Se han ido a trabajar, como siempre.

Un carro detrás de otro, unidos entre sí todos por una estela de polvo blanco, por los chirridos de los ejes, el traqueteo de las ruedas, el entrechocar metálico de los cacharros, la respiración sorda de los bueyes y el antiguo silencio de las mujeres, tan cargado de recuerdos.

Se alejan del pueblo, donde los domingos, no todos, y algunas fiestas, bailaban en "El Salón" (piensa Vitorina, andando junto al carro, sujetando la vara inconscientemente y dejándola arrastrar detrás de ella. Los ejes han chirriado por un momento con el ritmo de aquella pieza del organillo...): "...en la última feria, cuando rompí el botijo y salí corriendo" (Vitorina continúa andando hacia el nuevo pueblo, mientras su recuerdo retrocede hacia el viejo, donde fue muchacha, donde rió y lloró, donde...).

"Irnos de nuestro pueblo... ah, más debí darles veneno mortal que no sopas "espurriadas" (piensa Anastasia, y continúa andando), "más debí matar a la burra de un hachazo que consentir que mi marido fuera a ese maldito Salto o como se llame, a comprar chucherías" (sigue pensando Anastasia, pero anda, continúa andando todavía junto a su carro, de uno de cuyos palos verticales hay colgado un sombrero de paja). "Más debimos apedrear a los ingenieros que al pobre "Cholo", pues, a fin de cuentas, era uno de nosotros" (piensa Manuela y sigue andando) "por qué, por qué iría mi Emilio a ese lugar de demonios" (piensa aún Manuela, mirando a su hijo, al que ya no necesita llevar a la espalda, sentado sobre el carro, jugando, ¿con qué está jugando, mi Dios...?)

—Deja ese cuchillo, demonio.

"Cuanto mejor hubiera sido trabajar, trabajar siempre nuestros campos. Pero, ¿es que no hay una autoridad que les prohiba echar a las buenas gentes de sus tierras?" (Manuela piensa todavía y camina junto a su carro).

—¿Es que no hay una autoridad? —Manuela se ha detenido, dejando avanzar a su carro solo.

Pascuala, la pobre Pascuala, como la llama todo el mundo, camina delante del suyo.

—¡Qué va a haber, mujer! —añade Manuela, contestándose a sí misma.

Pascuala la mira agachando las cejas, entrecerrados los ojos. No puede decirse que sea tonta, pero tampoco se puede negar

que su cerebro es exageradamente reducido. En toda su vida no debe haber producido ni una sola idea. Se limita a repetir lo que oye. A las demás mujeres del pueblo les gusta hablar con ella. Pascuala no tiene fama de tonta. Por el contrario, está bien considerada, la aprecian por su sensatez. Su diferencia mental con las demás campesinas, si existe, acaso sea favorable a ella, a Pascuala, a la pobre Pascuala, cuya memoria debe fallarle bastante desde que murió su hijo, hace ya quince años, destrozado por un toro. Mezcla frases viejas, ideas que tuvieron aplicación en circunstancias desaparecidas y que, no obstante, adquieren a veces un sentido muy profundo o, al menos, así lo piensan las campesinas, al entrar en contacto con el nuevo caso.

—Así en la tierra como en el cielo — dice, moviendo el hombro derecho. Pascuala no ha mirado a su compañera. Pierde sus ojos entre los palos del carro y el rabo del buey, y los deja sobre la estrecha franja de tierra cultivada, que desciende lentamente, casi llana, hacia el río, otra vez en su viejo cauce desde una semana antes, llenando ya el enorme hueco que hay entre la presa, esta orilla por la que ahora van y la de enfrente, cortada casi a pico en la piedra. Comienza a llenarse, se ve ya un espejo turbio allí abajo, en el fondo, junto al gran paredón pálido de cemento. Pascuala golpea con su vara sobre el lomo del buey.

—Podríamos denunciarles — dice Manuela.

Se está levantando un viento a ráfagas bruscas que provocan remolinos de polvo. Manuela se tira del pañuelo negro que le cubre la cabeza para protegerse los ojos.

—Sí — dice secamente Pascuala, levantando y bajando rítmicamente la vara —. Denunciarles... ¿a quién?

Pascuala se calla, dejando una necesidad de continuar sus palabras en el gesto del hombro, rígido desde su pregunta, como si esperara una respuesta que le devuelva la movilidad.

—¿A quién? ¿a quién?

Pascuala sigue andando. Repite las preguntas al ritmo de su andar, acompasado siempre con la vara que levanta y deja caer sobre el lomo del buey. "No se asuste, señora Pascuala. Un toro que ha matado a un muchacho...", recuerda. "¿A quién?".

—Aquién —. Pascuala une las dos palabras y las dice sin

tono de interrogación. Parece como si se hubiera respondido también con su misma pregunta.

Continúa la caravana marchando. Detrás del último carro, varias muchachas van empujando con sus varas el trote estúpido de los marranos.

Ahora pasan junto al poblado del Salto. La "Dirección" queda a la derecha. Siguen por la explanada hasta llegar a la carretera nueva. Largos pabellones de madera, pintados de gris, todos paralelos, formando calles perpendiculares a la carretera, de modo que cada pabellón está más alto que el siguiente, semejando todos una enorme escalera de pizarra que desciende hacia la central. Varias mujeres, con capachos o paquetes, esperan a que pase la caravana para cruzar la carretera. Está al otro lado la tienda de Patricio, la del "Periodista", la tahona... Se han asomado muchas mujeres y niños a las ventanas. Por la calle vienen corriendo niños, gritando.

—El circo, el circo...

—Ven acá, niño. ¡Que te van a comer los bueyes!

"Qué miseria", piensa la mujer de un empleado, mientras coge a su hijo de la mano, sin mirarle. "Todavía visten con los vestidos antiguos..., creo que llevan tres o cuatro enaguas, ¿cómo podrán?..."

—Mamá, mamá, ¿por qué le pegan a ese buey?

—Estáte callado, anda. Sé buenecito.

Victorina, un buey, un carro (su madre encima); Andrea, un buey, un carro; un buey, un carro (Mónica encima, el pequeño Blas a su espalda); un buey, un carro, Anastasia "La Salona", una mula...

—¿Por qué va detrás del carro esa mula?

"Es la de "el Tío Muelas", recuerda Patricio, desde el mostrador. No sabe por qué, pero ver pasar a esta gente, cargada con su casa a cuestas "como el caracol" le pone triste.

—No sé por qué, me pone triste y nada más. Fíjese usted, fíjese... ¿Ve ese sombrero de paja? Pues aquí lo compró el "Tío Muelas"... No sé por qué... ¿A usted no le pasa?

Ha desaparecido la polvareda al entrar la caravana en la carretera alquitranada. Nuevos ruidos se han unido a los ya conocidos. Un chirriar de las ruedas sobre la almendrilla de alquitrán, aplastándolo, partiéndolo en minúsculos pedazos.

Un buey, Manuela, un carro (Milín encima, jugando otra vez).

—Deja ese cuchillo, que te vas a mancar, demonio.

Un buey, Pascuala, el carro; nueve cerdos, "La Galana" y Paca, un buey, un carro...

A lo lejos se oye un oscuro rumor de trabajo: taladradoras, hormigoneras, motores, camiones, grúas...

XVII

Había tocado ya la sirena, cuando llegó Manuela con los dos chicos a la pequeña explanada donde comían los obreros. Se sentaron en el suelo y esperaron. El capacho de paja en que traía la comida estaba frente a ellos. Milín quería abrirlo. Su madre la agarró de una mano y le volvió a sentar a su lado.

Subían ya los primeros obreros. Manuela miraba sus pantalones remendados y rotos, acartonados por el cemento, las caras morenas y arrugadas, sombreadas de barba, y sus cabellos largos y lacios, mal cortados, que les caían sobre las orejas. Algunos tenían una boina negra llena de puntos blancos. Se sentaban en el suelo, desataban sus paquetes o abrían las tarteras que sus mujeres les acababan de traer, y empezaban a comer. Sopas de ajo, sardinas, frutas semipodridas.

Llegó Emilio.

—¿Qué? ¿Llevaste las cosas?

Manuela le contó. Ya no quedaba nada en el pueblo viejo. Habían llevado los cerdos y las gallinas el día anterior, que a Emilio le dejaron libre para ayudar a su mujer a trasladar las cosas. Por la noche, dejaron cargado el carro, y hoy, su mujer lo había llevado al pueblo nuevo. La casa era más amplia, pero el establo era más pequeño. Habían hecho tres dormitorios para las personas.

—No, Emilio, todas son iguales — le dijo Manuela. Todas las casas tenían el establo pequeño y tres dormitorios como mínimo, aparte de la cocina. No había podido elegir.

—Ya las viste tú ayer.

Había otras con cuatro dormitorios, pero con el establo igual de pequeño. El suelo era de "cuadritos duros", de cemento o qué sé yo. No sabía cómo le limpiaría.

—Maldita la falta que nos hacen tres dormitorios — comentó Emilio —. Podríamos dormir todos en el mismo cuarto, como siempre, o en el establo. ¿Llevó las vacas el chico?

Sí, las había llevado detrás de la caravana.

—¿Qué les pasa a estas berzas?

Siguieron comiendo. Manuela no le contestó. Su marido volvió a insistir.

—Es por culpa de la cocina esa: no tiraba ni quemando diablos.

Los niños comían en silencio, mirando a sus padres con curiosidad.

—Padre, me han dicho que nos llevarán a la escuela — dijo el mayor.

Manuela le contó. Había un caserón grande y blanco que estaba vacío aún y que decían que era la escuela. Le habían dicho que, cuando llevaran un maestro, irían todos los chicos a aprender.

—A aprender, ¿qué? — quiso saber Emilio .

Manuela no sabía.

—A aprender qué sé yo.

—No les enseñarán a arar ni a sembrar, de seguro.

Había también una iglesia.

—Más adelante vendrá un cura, como el que vive en el pueblo de tus primos, donde nos casamos.

—¿Para qué?

Tampoco sabía Manuela. Ah, y todas las habitaciones tienen colgado del techo un globito de cristal con unos hilos finos en su interior, y decían que de allí dentro saldría la luz apretando un botoncito que hay junto a la puerta.

—Y eso será cuando vosotros acabéis la central.

Acabaron de comer. Emilio fumaba. El niño pequeño cogía tierra con la cuchara y la echaba dentro de la cazuela.

—Va a tocar la sirena.

Algunos obreros se habían levantado y charlaban entre sí de pie o acababan de comer su manzana, cortando con la navaja los trozos podridos.

Empezó a tocar la sirena. Los niños levantaron la cabeza, asustados. Desfilaron los obreros hacia el pequeño camino en zigzag que bajaba hacia la central. Emilio se marchó con ellos.

Manuela metió los cubiertos y la cazuela en el capacho y empezó a andar hacia su nueva casa.

XVIII

Suena cerca una acequia. Sentados sobre las piedras de una "cortina" derruída, descansan del trabajo de la mañana y hacen la digestión charlando.

—Va a ser buena — Higinio está sentado sobre una piedra baja, con la espalda apoyada en el final de la "cortina". Tiene sus piernas dobladas, casi en cuclillas, y otea el balanceo de las espigas, respirando la brisa pequeña convertida en rumor de espuma en las ramas del árbol que les da sombra.

—Será buena, sí. La mejor cosecha de muchos años que recuerdo —. Es Gervasio.

El sol se filtra entre las hojas, tembloroso y perfumado de fruta madurándose.

—Esa lluvia ha venido muy bien —, vuelve a hablar Higinio.

—Y menos mal que nos dejan cogerla — dice Juan.

—Aún no lo hemos visto, compañeros. ¿Cómo saben ellos que no se llenará antes?

—Tonterías, Higinio. Cuando ellos lo dicen es que lo saben.

—Bueno, Gervasio. Tendremos boda de seguida, ¿eh?

—Quien sabe.

—Vaya, vaya — sonríe Juan.

Todos miran a Gervasio y sonríen también.

Un pájaro abandona el árbol, sobre sus cabezas, con un ruido brusco que domina instantáneamente el rebullir de las hojas, y se aleja, convirtiéndose en un aleteo que muere antes de durar unos segundos. Es un ruido táctil, se perciben más con la piel los movimientos suaves y fuertes de las alas que, con los oídos, el ruido que producen. Siguen las chicharras serrando el día, sobre la música del vientecillo. Las espigas afirman incesante y unánimemente, afirman y prometen pan. Dura el silencio de los hombres lo que una lagartija tarda en

esconderse, en dos o tres carreras, entre las piedras cuando oye un ruido acercándose.

—¿Por qué, Gervasio?

¿Lo sabe él, acaso? Casarse con Vitorina es lo que está deseando desde que bailó con ella por primera vez. Aquella feria. Pero "El Cholo"... Ya se lo habrán comido los gusanos. Se ha detenido la brisa. Entonces, cuando nota el silencio de la lejanía, hacia el pueblo viejo, ese silencio trágico, tan lleno antes de rumores cálidos de vida (mugidos, cacareos, ruedas de carros, ladridos, voces de niños...), cree haber perdido algo irremisiblemente. No es Vitorina. Es curioso que ya no la necesite tanto como antes, aunque la necesite. Oye, sin entender, las voces de sus compañeros, que hablan probablemente de los temas eternos, de la lluvia, de la tierra, de las labores, del río... Él sigue pensando. Sabe que el pueblo está vacío, excepto una casa vieja, ante cuya puerta, ahora mismo que piensa en ella, estará su madre sentada, haciendo calceta ininterrumpidamente. "Cuarenta años trabajando para nada. Nos quieren quitar nuestras tierras. Todo quedará debajo". "Moriré aquí", dijo la madre de Gervasio. Él insistió, ordenó. "Moriré aquí", repitió. "No pienso marcharme aunque me cubran las aguas".

Gervasio comprende. Aprendió a odiar una noche en que brillaron las navajas. Satisfecho aquel odio, ahora lo vuelca contra los que le van a echar de sus tierras. En su cerebro, "tierra" significa todo. Más, mucho más que "mujer". Y los llevan a un pueblo ridículo, blanco, donde no podrán sembrar ni una espiga. El ganado se morirá de hambre, se arañará el hocico entre las piedras buscando pasto.

—Tendremos que ir todos a la central, como Emilio — dice.

—¿Qué? — le pregunta Higinio.

—Si nos quieren dejar — dice Esteban, el más viejo de todos.

—Estás preocupado por tu madre, ¿eh, Gervasio? —. Higinio le ha estado mirando. Ha esperado que le conteste a su pregunta. Él sabe por qué lo ha hecho.

—Siempre cavilando — "Las mujeres", piensa, y dice —: Es testaruda, como todas.

"Aquí murió mi marido", recuerda Gervasio, "y aquí moriré yo". Haciendo calceta con la lana pasada por el cuello

y las cuatro agujas sin parar, dale que dale. "Cuando vea el agua subir, se marchará", piensa.

—Se irá antes de ahogarse, Gervasio. No te preocupes — le dice Esteban —. La señora Norberta es testaruda, pero no tendrá más remedio.

—Eso pensaba.

Hay una pausa. Luego, sin saber que lo iba a preguntar, pregunta.

—¿Qué pensáis hacer?

Todos le miran. Estaban pensando en ello. Uno tiene guardado algo de dinero y, si es buena la cosecha, venderá el ganado y...

—Pero así lo que consigues es quedarte sin nada. Luego se acaba lo ahorrado y ¿qué haces?

Es verdad. Irse a otro pueblo y empezar allí con lo que pueda llevarse.

—No te venderán tierras. Tendrás que trabajar por cuenta de otro, como jornalero..., si quieren ellos. Ya sabes cómo son por estos pueblos, que son más ricos que el nuestro.

—Yo ya lo tengo pensado. Me iré a trabajar a la central —. Es Juan.

—Que es lo que haremos todos — dice Gervasio.

—Son unos hijos de perra — dice Higinio — peores que lobos hambrientos.

—Pero trabajaremos para ellos — vuelve a decir Gervasio. Luego se levanta.

—¿Dónde vas?

—A ver a mi madre, a ver si la convenzo.

Los demás siguen hablando. Pasa un coche por la carretera. Desde donde están, sólo se ve un remolino de polvo envolviendo una mancha oscura que desaparece rápidamente detrás del montículo. Queda el ruido perdiéndose, y el polvo, ya en calma, subiendo lentamente hacia el horizonte de la otra orilla del río.

XIX

Ha vuelto a ladrar el perro. Ella no interrumpe su trabajo. "Lleva toda la tarde así." Sus manos chocan y cruzan las cuatro agujas, y la lana se va entrelazando, se va convirtiendo en tejido. Sólo este ruido íntimo de hogar viejo: agujas de madera marcando el ritmo monótono y caliente de la melodía de roces suaves y mínimos cantada por la lana, en un murmullo casi, que ahora se pondría a escuchar a un par de metros. Es el milagro del trabajo, el milagro de las manos. El silencio del pueblo abandonado, todo el silencio, parece vibrar con esta música pequeña y grande. Dos manos, cuatro agujas y dos madejas de lana blanca que saltan y giran como en una danza natural, sin hombres, sin violencia, llena solamente de una alegría virgen. A veces, una madeja rueda saltando y queda quieta un instante, lejos de los pies pacíficos de la vieja. Salta de nuevo y regresa a su sitio, pero ya trae una paja dorada entre el pelillo blanco de la lana.

Son incansables estas manos, que apenas tienen los huesos cubiertos por una piel negruzca de sol y de vejez. No está solo el pueblo. Ella está trabajando todavía en él, y ahora ella es todo el pueblo. Sentada en su taburete, como siempre, sin mirar su labor, oyendo al perro, que ladra periódicamente, como si la soledad, la ausencia del calor que él conoce — animales y hombres — le hiciera quejarse con un ritmo lento, lentísimo, que se quiebra contra las ruedas de los carros y retumba en los establos vacíos. "Toda la tarde, toda la tarde... Hay para volverse loca." Vuelve a ladrar. Primero es un ladrido seco, cortado, sin resonancias; luego el silencio, y ya, la espantosa queja de una garganta, no importa si humana o animal, alargada por la desesperación y el miedo. Ella lleva horas mirando la misma "cortina", detrás de la cual, y a través de una

pequeña brecha, ve un trozo de campo con espigas doradas. Más arriba, un poco borrosa para ella, las peñas de la otra orilla, bañadas ya por el agua. "Todavía dos semanas y ya va por las "rayas". Se ven dos hendiduras negras en la roca, horizontales, que el agua empieza a tapar. "Dos semanas para la cosecha... Lo tenían bien planeado." Ladra el perro. Ha parecido más larga su queja. "Tiene que estar hambriento. Pobre animal..." No le odia. Le asustan sus ladridos y lamentos, pero casi sin darse cuenta, como si los lanzara ella misma, sintiendo vagamente que es eso lo que se debe oir en el pueblo. Ella hace calceta, trabaja. El perro ladra, grita casi humanamente. Ella tiene una lágrima detenida junto a cada ojo, pero no ha llorado. Se le han ido formando en los lagrimales, despacio, de tanto tener fija la mirada. Dos veces ha notado su frío, un frío que parece estar manando de su cerebro, de las dos ideas fijas en él: "Todavía dos semanas." "Ladrando así, toda la tarde..."

XX

Desde el centro de la presa, se ve la larga llanura de agua más inmensa, más desoladoramente quieta. Es oscura junto a la orilla derecha, alta y rocosa, cortada verticalmente. Hay, a lo largo de esta orilla, más silencio, más quietud. El paredón de rocas permanece impasible y sombrío ante el agua que asciende por él. No pierde nada, es estéril. Quizá hubo un momento de queja en sus grietas, cuando el sol iluminó largamente todo el embalse con sus rayos paralelos a las orillas, enrojeciendo las rocas junto al agua.

La otra orilla es una ribera inclinada, casi llana, que desciende hacia el río para caer sobre él, de pronto, desmayada de sed y de cosechas imposibles. Ahora, el agua sube por ella muy despacio. Los terrenos bajos ya están cubiertos, pero hay en ellos una protesta amarilla y verde, que sube transparentándose hasta la superficie. Toda la cosecha, la mejor cosecha de muchos años, sumergida. Algunos árboles asoman todavía sus copas, su ramaje entero otros. Junto al límite del agua, un sembrado sobresale sus espigas doradas. Se balancean. Pero ya no es el viento quien las mueve. Ahora, sus tallos altos, que el viento amaba, acostumbrados al sol y al aire, ceden, se curvan, obligados por un terror desconocido. Terror a los peces, de repugnante suavidad, bruscos, lentos, fríos, rápidos, curvos. Ellas, las pobres espigas niñas que por primera vez sentían en su alto vientre el trigo creciente, no saben nada del agua. Corrientes frías y cálidas las rozan lenta y silenciosamente. Días tardó el agua en llegar al sembrado. Y ya se la veía cerca. "Un poco más", parecía, "y mojará los sembrados". Pero no. Aún no ha acabado de cubrirles. Y así, sabiendo ya que serán víctimas del agua lenta y cruel, van perdiendo color, el amarillo de las espigas se va haciendo más pálido.

En el crepúsculo, sube hasta la superficie un resplandor amarillento y verdoso. Trozos de hierba, ramas, flores, insectos muertos, flotan entre las espigas.

Ha caído el sol. El embalse es ahora negro, una gran mancha negra que se pierde entre la tierra, lejos, casi donde el sol acaba de morir.

XXI

Os lo decía yo, os lo estaba diciendo yo. - Higinio ha permanecido callado, escuchando la conversación de los otros, hasta que ya no ha podido más y ha gritado, dominando con sus palabras los lamentos inútiles de sus compañeros, sentados todos en las escaleras de la iglesia blanca, en el pueblo recién construido.

Hombres sentados al sol, campesinos hablando en la plaza de su pueblo a las diez de la mañana. Nunca, a esta hora, se habían reunido para hablar, sino los viejos o las mujeres. Deberían estar preparando la recogida.

Higinio vuelve a gritar.

—Ellos saben lo que hacen, decíais, dará tiempo a recoger la cosecha. — Se ha levantado, se ha puesto frente a los otros. —¡Qué iban a saber! ¿Cómo sabían que en las montañas no iba a llover? Pues llovió y bien que llovió, y subió el río, y hubo crecida como nunca, y Dios sabe lo que durará... Ellos sabían, sabían — mastica las palabras, las empuja entre los dientes, con odio —. Así venga una riada que salte la maldita presa y se lleve a ellos y a sus máquinas al infierno.

Le miran. Le han oído asustados, sin poder vencer su desesperación. Sus caras están llenas de terror y de tristeza, como si hubieran muerto sus mujeres y sus hijos. Y es cierto: en estos momentos, sus tierras, la tierra que era la mujer de todos, la mujer de cada uno de ellos, se ahoga debajo del agua, se asfixia pidiendo inútilmente aire y sol y vida. Están muriendo, ahora mismo, miles de espigas cargadas, hijas de sus manos y de la tierra, cuidadas por ellos durante meses, doradas de sudor y de trabajo. Algo irremediable mana de ellos oscureciendo la blancura nueva de la iglesia. Porque no es sólo una cosecha. Han muerto, están muriendo todas las cosechas. La de aquel año

que llovió tanto, aquella que se murió diez días antes de nacer, y la de aquel otro año, y la del anterior, que no fue muy buena... Las cosechas tienen antepasados también. Una es hija de la anterior y todas descienden de las que la precedieron, y a ellas deben su abundancia o su pobreza. Los campesinos las nombran como a seres vivos. Cada una tiene un carácter: traen alegrías, fiestas, como los hijos fuertes y trabajadores, o traen tristeza, lutos, como los hijos que nacen enfermos o que se echan a perder. Y están muriendo todas y el vientre que las daba.

—Sí — dice Juan —, debimos ir contra ellos, impedir...

—¡Impedir!... ¿Qué podíamos hacer?

—Siempre se puede algo —. Habla un viejo. Fuma y vuelve a hablar —. Siempre se puede cualquier cosa, aunque no valga para nada.

El sol recorta las sombras, totalmente negras, contra el suelo y las paredes de las casas. El verano duro, de perfiles concretos, cayendo sobre el suelo reseco. Los hombres han estado pensando. Miran todos al suelo, abrumados. Va creciendo el día con el fuego que mana del cielo.

—Nada se puede hacer.

Hay moscas en la plaza ya. Pero parecen tener, ellas también, miedo a algo, vuelan y se posan sin decisión, desconociendo todo. No son moscas de un pueblo viejo, acostumbradas a él, familiarizadas con todas sus piedras, con sus hombres, con sus animales. Falta todavía olor, el olor a pueblo — hombres, trabajo en el campo, animales — que llena las casas y las calles.

—Deberíamos quemar sus casas — dice uno de ellos, sin un gesto, sabiendo que no podrán hacerlo.

—Deberíamos. — El viejo, fumando todavía —. Deberíamos...

Crece el sol.

XXII

La casa de Emilio. "Y que él les haya ayudado." Corvado, inclinada la cabeza, va mirando las piedras, y las pisa reconociéndolas, oyéndolas hablar de otros días. Cuando sabe que está delante de una casa, levanta la vista, se detiene, la examina. Ahora son más claros y más vivos todos los recuerdos.

"El Salón". La bolsa donde lleva la comida para su madre roza contra los pantalones haciendo un ruido áspero de pana y paja. "Cuántas veces bailé aquí." Ha tropezado contra una piedra suelta; un ruido prolongado, brusco, contra la madera de su "chola". Sigue andando. Da la vuelta por un camino entre dos "cortinas". Al fondo, más allá de la casa de "El Cholo", se ve ya el agua. La descubre de pronto, desde el centro del pueblo, asustándose sólo de ver la superficie de agua hasta las rocas. Varias casas se recortan contra el brillo del agua. Se estremece. "Ya cubrirán las aguas donde le matamos."

—¡Madre! — No está en la puerta, como otras veces. Oye el eco de su voz. No sabía que el pueblo tuviera eco, tanto tiempo como ha vivido en él. Vuelve a gritar, no por llamar a su madre, que ya le habrá oído — llegan hasta él unos pasos lentos, arrastrados —, sino por oir de nuevo el eco. Le oye.

—Hijo, Gervasio, ¿ya estás aquí?

—Madre, usted es la que no debería estar aquí.

Se han sentado a la puerta. Él deja el capacho en el suelo. La mujer lo abre y saca la comida.

—No me importaría morirme aquí — dice —. No sé por qué te molestas todos los días en traerme de comer.

—Deje de decir eso alguna vez, madre. ¿Iba a comer yo solo allí?

Permanecen en silencio, mientras ellas prepara la comida de los dos.

—¿Vamos a comer fuera?

—Me ahogo dentro, hijo. Quiero estar viendo el pueblo, no sé qué me pasa. Sé que voy a morir.

—Madre, no diga eso. — Gervasio la mira, asustado —. Un día u otro tendrá que venirse con todos.

Comen. Se oye un ruido de pasos rápidos. El perro sale de detrás de la "cortina" y viene hacia ellos, precedido por su rápida respiración. Husmea el capacho.

—Pobre, se fue esta mañana y no le he visto hasta ahora. Apenas se aparta de mí otros días. Dale algo.

Gervasio arranca un trozo de pan con su navaja y se lo da en la mano. El perro hace ruidos guturales mientras lo come.

—¿Cuándo se viene? — deja él la cuchara metida en la cazuela de barro.

—No, no volvamos a empezar.

—Pero, madre...

—Soy vieja y estoy loca, ya lo sé. — Ella ha sollozado extrañamente al hablar —. Pero... — se interrumpe — no quiero irme de mi pueblo.

—¿Por qué?

—Qué sé yo. No quiero irme.

El perro ha comido ya el pan. Dobla sus patas y se acomoda, semitumbado, junto a Gervasio.

XXIII

EL agua sigue subiendo. Ya no se ven espigas sobre la superficie. Sobresalen aún algunos árboles, las "cortinas" primeras a medio cubrir y las rocas junto a la carretera que asoman sólo la punta. Hay una extrañeza en todo. Parece notarse en las rocas, en los árboles, en todo el contorno, que el paisaje no está hecho para tener en medio un mar. A lo lejos, sobre el agua, el paredón blanco de la presa cerrando el valle.

XXIV

HAN venido por la carretera con antorchas, en silencio, pisando sus propias sombras, que avanzan también, alargándose y acortándose. Piedras en las manos, en los bolsillos y en el pecho, debajo de la camisa. Una caravana que avanza entre la noche, desgarrada por el fuego de sus antorchas. Un rito misterioso y antiguo. Un pueblo entero en lucha contra el orden de las cosas. Cien hombres rebelados contra la oscuridad, queriendo amanecer en medio de la noche a fuerza de antorchas. Cien hombres caminando por una carretera, cruzando sisiglos y siglos, desde la época oscura en que ellos viven hasta este tiempo de luz. La piedra contra la luz.

Se han detenido en lo alto de la carretera. Desde este sitio se ve todo el poblado del Salto. Las sombras largas y paralelas de los pabellones a la izquierda. A la derecha, los chalets de los ingenieros. Más a la derecha, el edificio de la Dirección. Todavía hay algunas luces. Delante de ellos, el Cuartel de la Guardia Civil.

—Hay que ir por detrás — dice alguien —. Bajaremos entre las peñas, para que no nos vean los guardias.

Un movimiento se inicia en la masa de hombres. Hombres y sombras se mezclan con la luz roja y amarilla de las antorchas, que les disuelve sus siluetas hasta formar una sola masa humana avanzando. Parece una célula que lanza un seudópodo hacia las peñas. Se mueve lentamente, destacándose uno delante de todos, con su antorcha y con algo brillante en la otra mano, y haciendo gestos a los demás con la misma antorcha, gestos que gritan voces rojas de odio, materializadas en llamas. Vuelve a unirse a todos en seguida, como si una ley natural quedara sin cumplir cuando alguien rompe aquella unidad, como si fuera inexorable aquel avance de la masa de sombras

y brazos con antorchas, de la que destacan algunas cabezas contra las luces.

Llegan a las rocas. Más de cuarenta metros con una inclinación mediana y llenos de peñascos de formas extrañas y amontonados irregularmente, les separan del edificio de la Dirección. Las antorchas se elevan, descienden, con un ritmo suave, lento, que a veces se interrumpe cuando una antorcha sube o desciende más que las otras o más bruscamente. Breves siluetas aparecen y desaparecen sobre los peñascos, cuyas sombras han encontrado algo que las límite, algo que las destaque de la gran sombra de la noche. Todo baila: luces, sombras, siluetas, brillos metálicos de azadas y hoces. Parece una escena irreal, algo de brujería o magia. Sin embargo, nada más natural: hombres, noche, fuego, piedras. Ahora, el silencio ha dejado paso a un rumor de saltos, de pana rozada, de respiraciones contenidas que resoplan de pronto, de pequeños gritos y de piedras que se desmoronan bajo los pies de los hombres. Al fondo, recortada ya por las cien antorchas, la silueta de la "Dirección".

Un mar de brazos, casi instantáneamente, se alza con una piedra apretada en cada puño, que un instante después vuela por el aire. Luego los brazos — los mismos u otros — vuelven a elevarse y lanzan otra descarga. Antes se ha oído ya el ruido de cristales rotos, algo líquido e irremediable. Los brazos se alzan ahora desacompasadamente. Varias ventanas se encienden. Inmediatamente una nube de piedras las hace apagarse. Algunos campesinos lanzan las piedras con hondas. Se oyen gritos, voces, impactos. Los campesinos han empezado a gritar. Siguen volando las piedras. Los campesinos gritan más. A veces, una palabra logra quedar entera, por un momento nada más, en el aire. En seguida, una piedra, el ruido de un cristal, los chillidos femeninos, los gritos de los hombres, algo de esto o todo a la vez, la rompe, la deshace en pedazos como si fuera un cristal más. "Canall... llamar a los vues... a ell..." Varios campesinos avanzan hacia el edificio, dispuestos a incendiarle con sus antorchas. La noche parece estar llena de estas luces, agitándose, saltando, agachándose, de estos ruidos estridentes, y del movimiento turbio de las siluetas humanas entre las sombras histéricas. Un campesino lanza su antorcha hacia una ventana. Saltan chispas y trozos de fuego en todas las direccio-

nes. Algunas chispas quedan en el alféizar y en el marco después de que la antorcha ha caído fuera del edificio.

Ahora no se oyen gritos de mujeres. Dentro parece no haber nadie. Siguen las piedras chocando contra el muro. De cuando en cuando, todavía, un cristal rompiéndose. Los campesinos lanzan sus antorchas contra los muros de piedra, queriendo colarlas por las ventanas. Las ventanas bajas están separadas por un jardín, al que rodea una verja de hierro. Una sombra está intentando subir por ella. Los golpes secos de las piedras contra la pared. Las antorchas caídas en el jardín, donde empiezan a arder setos y arbustos. Los gritos, los movimientos de las sombras, de tamaños gigantescos contra la pared. Está acabando o va a empezar algo.

Unos fusiles disparan.

—¡Los guardias! — se oye gritar.

Se reanudan los gritos entre los campesinos. Corren saltando sobre las peñas, con muy pocas antorchas ya. Varios guardias empiezan a perseguirles y se detienen delante de las piedras. Forman una cadena junto a las rocas y esperan. A lo lejos se ven las pocas antorchas saltando sobre las rocas.

—¡Alto o disparamos!

Las antorchas se detienen. Otros guardias están arriba, en la carretera. Silencio. De pronto, caen al suelo las antorchas y no queda sobre las peñas ni una luz. Varios disparos. Pero ya sólo hay noche y disparos agujereándola inútilmente.

Están apagando el fuego en el edificio de la Dirección. Dos mangas en las ventanas bajas y cubos desde las altas.

Sacan a la señora del Administrador en una camilla, desmayada. Al recibir en la cara el fresco de la noche y en los hombros los empujones de don Ramón, el médico, vuelve en sí.

—¿Qué es esto? Dios mío, si estoy en camisón — gesticula histéricamente —. Pero ¿qué ha pasado?

Se lo explican.

No, ella no está desmayada. Ella tiene el sueño muy profundo.

—Duermo como un tronco — dice, riéndose —. ¡Qué gracia, y no me he enterado de nada!

Don Ramón se aleja hacia otros grupos. La señora del Administrador ha permanecido dormida, mientras los campesinos, desesperados, han intentado quemar el edificio de la Dirección,

para vengarse de que les hayan inundado sus cosechas, después de expulsarles de su pueblo y de sus tierras, y de llevarles a un nuevo pueblo, donde ya no tendrán tierras para cultivar y donde no podrán encontrar pastos para el ganado. Ella sigue en la camilla, semitumbada, tapándose el escote con las manos y oyendo las explicaciones que le dan, divertida y asustada.

—Los guardias les están persiguiendo ahora... ¿Cómo es posible...?

—Ya ve, es una enfermedad. A cualquier hora del día me caigo dormida, donde esté. Y de noche, ya puede caerse el cielo, que yo sigo durmiendo como un bendito. Por favor —bosteza—, perdonen... por favor..., ¿quieren subirme? Yo no puedo... así...

Se la llevan. Va durmiéndose ya.

Viene un hombre en pijama, corriendo. Es el Administrador.

—¿Y mi señora? —grita—. La dejé en la cama durmiendo y ahora voy y no está allí...

Un camarero le explica lo que ha pasado.

—¡Idiotas! —Corre hacia el edificio—. ¡Idiotas!

XXV

Recuerda ella que se veían espigas, otros años, más allá de las piedras que parecen toros encorvados, y árboles llenos de hojas, y coles, y pequeñas siembras que verdeaban la tierra seca. Era hermoso mirarlo todo con colores limpios y adivinar la hondonada detrás, por donde el río anda despacio, hacia otros pueblos que le esperan, que le tienen ya. El río siempre había estado allí, con su andar, peligroso para los mozos que se echaban al agua confiando demasiado en sus brazos; confidente de las mujeres que lavaban en sus orillas, inclinadas sobre él, como escuchando sus palabras llenas de tiempo, como hablándole ellas de sus propias penas repetidas; bienhechor de los campos y amigo del pueblo. Pequeños ríos hijos le nacían los campesinos en su orilla y por ellos iba su agua fructífera hasta los surcos, el agua que el cielo les negaba todos los años. Recuerda ahora historias desgastadas en relación con el río. Como si su memoria, su pensamiento de andar pausado como el del río, hubiera crecido también, aumentando su velocidad y, turbiamente, entre agua y espigas sumergidas, volvieran a surgir imágenes de otros tiempos. Aquel año en que se ahogaron dos, uno era un niño..., aquellas ferias en que se desmandó el ganado y sólo el agua pudo detenerlo..., y cuando se quedó sin agua casi y cogieron tantos peces...

Subió al tejado cuando el agua empezó a entrar por las grietas de debajo de la cama, inundando el piso alto. Gervasio vino ese mismo día con la barca y quiso llevársela casi a la fuerza. Ella se resistió, gritó, luchó con su propio hijo. Cuando le vio marcharse, volvió a entrar al piso alto por una de las ventanas y encontró, colgada en la pared, la vieja hoz, roñosa y mellada. La cogió, sintiéndose más segura sólo de tenerla en la mano.

"Cuánta agua..." Hace calceta todavía, sentada sobre las tejas de barro cocido, mirando obsesionada la superficie del agua, que se extiende ya, arrugándose de viento, hasta las últimas casas del pueblo. Aquí y allá sobresalen algunas. Las más cercanas al antiguo cauce del río sólo asoman ya el ángulo del tejado o su arista. Hacia fuera, muchas tienen todavía sobre el agua el piso alto, y todas son como islotes o como restos del inconcebible naufragio de un pueblo en medio de la tierra. Es extraña esa agua que cubre las casas, el paisaje entero tiene un aspecto de paisaje de sueño, con una tristeza inmensa, y hay algo en todo, quizá la luz gris del día sin sol, que hace pensar en una catástrofe total que hubiera terminado con toda vida.

Frente a ella, lejanamente, una cinta blanca sobre el agua: la presa. Parte queda oculta por el montículo que antes impedía ver la carretera. Ayer vino gente del Salto a verla. Se quedaron junto al camino, al borde del agua y, desde allí, la estuvieron mirando durante más de una hora. Había también muchachas y niños, hijos de los empleados y técnicos del Salto. Ella sintió odio. No dejó de hacer calceta, pero les miró mucho, pensando que la mirada se materializaba desde sus ojos hasta los que la miraban y les hería como una espada larga de acero. Luego gritó. Gritó sin saber qué, quizá necesitando llenar el silencio con su voz. El perro no estaba. Debió marcharse cuando ya no pudo estar a su lado, prefiriendo andar libre por el campo a quedarse en un tejado, rodeado de agua. Gritó largamente, haciendo gestos de amenaza con sus brazos. Enarboló la hoz después y, una vez, casi perdió el equilibrio. Temblaba. Le dolía la garganta y tenía la barbilla llena de saliva. Había gentes del Salto otra vez, empleados y técnicos. Todos la miraban, la miraban callados. Luego vio un coche parado doscientos metros más allá. Siguió gritando. Eran insultos y palabras queridas, palabras destrozadas en su alma por aquellos hombres y por el agua.

Hoy vendrán también. Recuerda cómo vio a su hijo subir a la barca, el otro día. Subió con otro hombre que no conocía y empezaron a remar hacia ella. Dejó de gritar, esperó sin soltar la hoz y gateó hasta lo más alto del tejado. Cuando estuvieron cerca, gritó:

—Te mataré, hijo, te mataré, y a ese también.

Alzó la hoz y la movió hacia ellos. Oyó después, sin comprender, la voz de Gervasio que le decía algo. Entonces fue cuando pensó que no era su hijo, que aquellos dos hombres que venían en la barca eran dos enemigos suyos que la querían matar. Cuando estuvieron cerca, muy cerca, aquel hombre que le parecía conocer de algo y el otro intentaron subir al tejado, diciéndole a la vez cosas que ni siquiera oía. Pero no pudieron. La barca se inclinaba demasiado y ella no les dejaba acercarse para saltar sin peligro. Con la hoz se defendió bien. No recuerda ya lo que pasó después. Sólo recuerda que se alejaron y que ella gritó mucho y se hizo de noche. Hoy le duele la garganta y la espalda.

"Cogí frío durmiendo en las condenadas tejas." Hoy vendrán también. "Tanta agua, tanta agua." El sol da calidad de miel al embalse. "Me quieren matar." Para un momento sus manos y les observa despacio. Vienen más todavía. Necesita gritar, se siente obligada a ello, sin saber por qué. Es la hora de la tarde en que cesa el viento y sube frío desde el fondo del embalse. "Están viniendo más que ayer." Dos coches y un camión acaban de pararse. Pero ella sigue oyendo un ruido de motor lejano. Apoya la calceta en la arista del tejado y coge la hoz. Se levanta.

—Ladrones..., las cosechas echadas a perder..., no llueve nunca... Hijos de mala madre..., nos echáis de nuestro pueblo..., los diablos se os llevarán...

Su cuerpo, sobre el tejado, se balancea a cada movimiento de la hoz. Hay algo en sus gritos de animalidad. Las palabras salen entre auténticos rugidos de una garganta cansada y ronca. Sigue oyéndose un motor a lo lejos.

—...perros..., perros..., ah, Dios mío... Ladronesss...

Se aferra a ciertas palabras que se le convierten en gritos. Prolonga otras como en un aullido que resuena extrañamente en la nueva ordenación de aguas y tierras. Todos sus gestos de amenaza van hacia la central. Sigue oyéndose el motor, cada vez más cerca. El sol traza sobre el agua el camino imposible del atardecer. La orilla está llena de gente que mira hacia la vieja. Acaba de aparecer junto al montículo que todavía sobresale, una lancha motora. Ella sigue gritando. Ahora, sus gritos recuerdan la música de una oración, entrecortada por los sollozos que lanza cuando le falla la respiración, pero con algo desgarrado y terrible. Oración que es devuelta por las pie-

dras de la orilla, oración sin nadie que pueda atenderla. La motora está cerca de la orilla.

Ha caído sobre el tejado. Por un momento, se ha balanceado su silueta, los brazos extendidos hacia arriba, y el peso de la hoz y la violencia de los gestos con que acompaña sus gritos, la han derribado y la han hecho caer sobre el tejado, llorando fuertemente. Pareció que iba a caer rodando hasta el agua. Pero ha logrado agarrarse a las tejas, y así está, gritando y sollozando todavía. Varias barcas avanzan llenas de hombres, hacia el tejado, que empieza a ser cubierto por el agua. La motora arranca y en un momento llega junto al tejado.

Ella vuelve a levantarse. Grita todavía una última vez y cae de nuevo, desmayada de hambre y desesperación. Su grito ha sido largo, cada vez más agudo, y ha caído con ella sobre el tejado, durante unos segundos, cuando ella ya estaba abatida, para terminar luego con un estertor ronco. La hoz resbala hacia el agua y se hunde sin ruido.

Varios hombres ayudan a Gervasio a subir a su madre en la motora. En seguida vuelve a gruñir, y se aleja hacia la orilla.

Quedan flotando una lagartija muerta, la madeja y las cuatro agujas de madera.

II

SALTOS DE ALDEASECA

I

El Gran Ruido

AQUEL ruido continuado, subterráneo, lo llenaba todo. Nacía de la tierra acaso. Más que el ruido producido por los alternadores, parecía el de las raíces absorbiendo vida de la tierra húmeda, el de la savia al ascender por los troncos, enormemente amplificado por la resonancia del valle.

Se oía vivir a las cosas, a las plantas y a los hombres desde kilómetros. Era un ruido de vida, bronco, alegre y trágico, a cada segundo muriendo y renaciendo a cada segundo. Lo producían los alternadores girando a miles de revoluciones por minuto. A todas las casas llegaba. Lo oían las mujeres mientras fregaban, cosían, hablaban: "Nuestros maridos, nuestros hijos y hermanos siguen trabajando. Nada pasa", quería decir. Los niños lo oían también, acostumbrados a él como a una manifestación de la naturaleza. No les impedía jugar, no les entristecía. Los alternadores eran seres míticos para ellos, tenían algo de monstruo gigantesco y algo de mago bueno repartidor de luz. Algunos domingos, después de la misa, iban de la mano de sus padres a verlos. Bajaban en el "plano inclinado" hasta el fondo del valle, al pie de la presa. El ruido deslizante por los cables de acero. El chirriar de las ruedas sobre las vías. La pequeña caseta gris, a mitad de camino, de la que salían hilos hacia arriba. Las finas tuberías que saltaban entre las rocas, apoyadas en soportes de madera o de cemento. Había algo irreal, extraño en aquel descenso. Crecía la presa, el ruido se hacía más potente y vibrado, iba adquiriendo una densidad maciza. Al otro lado de la presa, agua. Los niños se asustaban de esto, sobre todo. Saber que detrás de esa gran pared de cemento había agua, mucha agua que llegaba hasta muy lejos, todo por encima de sus

cabezas. Cada vez les parecía más alta la presa y menos pequeños los hombres que entraban y salían del edificio de la central.

—Papá, ¿por qué no se rompe?

Los niños tenían miedo a mojarse. Pensaban que, rota la presa, el agua saldría y mojaría a todos. Sólo esto. ¡Sus trajes nuevos de domingo! Además, ellos, no sabían nadar todavía. No pensaban que el agua apresada pudiera tener garras y dientes y músculos casi invencibles.

—Es de cemento, hijo.

Esto les tranquilizaba. "Cemento" era una palabra de prestigio en sus cerebros. Algo muy valiente contra lo que no se podía luchar. Para los hijos de los obreros, de los empleados y de los ingenieros del Salto de Aldeaseca no existían hadas, duendes, princesas. Seres y cosas mucho más misteriosas y extrañas les sorprendían diariamente. Muchos habían nacido en el Salto. El ruido monótono, profundo, el ruido que hacía vibrar continuadamente los cristales, el ruido que lo llenaba todo como una densa atmósfera, era para ellos familiar, sin dejar de ser algo extraordinario. Venía de todas direcciones, parecía ser mayor a cada instante, pero siempre era igual. Vivían en medio de lo colosal. Los gigantes de los cuentos hubieran resultado enanos para sus mentes acostumbradas a los cien metros de altura de la presa, a la extensión eterna del agua, a las máquinas enormes y girantes que despedían aire caliente por sus rejillas, a la cascada del aliviadero, alta y espumante. Las palabras que oían a sus padres eran mucho más asombrosas que las que podían leer en los cuentos: "alternadores", "revoluciones", "kilovatios", "amperios", "rotor", "stator", "turbina", "interruptor", "conmutador", "circuito", "alta tensión", "voltio"... Y siempre, mezclados a estas palabras, los números, el número mil, respetado por sus espíritus, cuya experiencia les hablaba sólo de unidades, decenas y sólo alguna vez de centenas. Ciertas frases de sus padres les hacían gracia: "transformador de aceite". Aceite era lo que se usa para freir los huevos. Transformador... Ellos vieron pasar aquella caravana de camiones estirando y empujando de una "galera" cargada con un transformador de cincuenta toneladas, cincuenta mil kilos. Oyeron las explosiones de las "pegas eléctricas" en las laderas del barranco. Vieron volar piedras como casas. Se asombraron de que un río pudiera desaparecer debajo de la tierra por un agujero, dejando vacío su antiguo

cauce. Jugaron entonces a coger peces en los charcos que habían quedado. Y vieron hombres mal vestidos que también jugaban a coger peces en capachos. Los niños del Salto de Aldeaseca no podían ser como los de otros sitios. Algunos habían hecho breves viajes a la ciudad más próxima, a los pueblos de los alrededores. Les dolía la cabeza en ellos, estaban de mal humor. No podían vivir sin el ruido, sin el gran ruido que era como el alma del poblado.

II

Es espantoso. Me va a estallar la cabeza — se la apretó con las manos. Estaba sentada en el sillón, debajo de la ventana, y oía el vibrar perpetuo de sus cristales, algo mínimo y seguro que le deshacía los nervios. Se sentía muy cansada. Aquel viaje interminable por carreteras malas, sin asfaltar, cruzándose a todas horas con carros de campesinos y con ganado, con ciclistas que parecían no ver al camión cargado de muebles. Día y noche. El olor a gasolina, el ruido del motor, las piernas encogidas para dejar sitio a la cesta con la comida, y al lado, su hija echada sobre su hombro para dormir, y el brazo del conductor, cuyo codo tropezaba con ella en todas las curvas hacia la derecha, ¡ah!

—¿Cómo puedes vivir aquí? — preguntó.

Juan Lobo estaba abriendo la maleta en la que venían sus carpetas, llenas de planos.

—Seguro que has olvidado algo — dijo.

Su mujer le miró. "Bueno ha sido el viajecito", pensó. Le molestaba el ruido del cristal, que confundía en el recuerdo con las vibraciones del camión. Su marido revolvía aún en las carpetas. Sonaban sus gomas restallando sobre el ruido lejano y total de los alternadores, sobre las vibraciones próximas del cristal.

—Seguro — repitió.

Su mujer le miró de nuevo, sin interés, viendo otras cosas o muchas otras cosas que no estaban allí, pero que pasaban ante sus ojos, vertiginosas, como reales. Árboles, árboles, árboles.

—Mamá, al armario se le ha roto la luna.

Había entrado su hija en el comedor, con la prisa de sus diecinueve años, no abatida siquiera por el viaje. Continuó el padre lo suyo, sin dar atención a nada que no fuera el esquema de la estructura de la central que había estado montando

hasta tres meses antes o las notas sobre las reparaciones realizadas en los grupos de tal o cual central. Su mujer tenía ojeras profundas, toda su cara estaba cubierta por el velo sucio que queda después de un viaje. Caída, hundida en el sillón único del comedor, que no era de allí, sino de la alcoba. Se le notaba fuera de su sitio, de acuerdo, sin embargo, con el desorden de la casa, sin distribuir todavía: quizá esto no fuera el comedor. "Habrá que ponerle masilla a este cristal", pensó ella.

—¿No para nunca este ruido? — le preguntó. Le preguntó también con los ojos, deseando alguna respuesta o alguna clase de atención.

—Mamá... — empezó la hija.

—Déjame ahora. Ya se arreglará —. Seguía mirando a su marido. La hija salió.

—¿Cómo va a parar? Deberías estar acostumbrada ya — dijo él. Luego: — ¿Y lo del Ebro? No lo encuentro.

Le dijo ella dónde lo había puesto. Ayudó con frases y palabras a las manos que buscaban en el fondo de las maletas. Sin parar de hablar, le contó el accidente.

—No sé cómo puede haber tantas curvas en esa dichosa carretera...

Llevaba ella tiempo dormitando sobre los brazos, apoyados delante. Charito iba distraída, mirando a través del cristal los cables de la luz y del telégrafo, y los postes, que se iban acercando despacio al camión y aceleraban de pronto, cruzándose con él a una velocidad vertiginosa. Subían y bajaban los cables, combados entre cada dos postes, y a veces, varios pájaros levantaban el vuelo al acercarse el camión. En el horizonte, casi recto, sólo había una nube alargada, con algo de pez. Dobló el camión a la izquierda y Charito volvió a sentir el miedo de las personas poco acostumbradas a ir en coches o camiones: ¿cómo podía estar seguro el chófer de que la rueda no entraba en la cuneta? Ella lo había creído así por un momento. El brazo velludo del conductor estaba cruzado sobre el volante. La silueta de su rostro se destacaba contra el cristal de la portezuela, más allá del cual pasaban árboles y postes, casi con furia. Giró el volante y el brazo bajó. Entonces Charito miró por la ventanilla de su lado, después de dejar sus ojos, un momento, sobre su madre.

—Estaba rendida — dijo ella, hacia su marido, que había encontrado las carpetas que buscaba y las estaba examinando. Le vio ligeramente borroso desde el sillón donde estaba hundida, velados sus ojos todavía por el recuerdo del viaje —. Estaba rendida, créeme. No había dormido desde dos o tres días antes casi nada... Las pensiones... Y menos mal que el chófer era un buen hombre y nos ayudó mucho. Como tú, que eres el que debía venir, no vienes nunca por no desaprovechar un día de trabajo... Te vas tan fresco dos o tres días antes o un mes, y los demás, a cargar con todo...

Estaban en una zona llena de curvas que evitaban los pequeños desniveles del terreno próximo al río. El camión se inclinaba hacia un lado y cambiaba bruscamente al otro, notándose el movimiento de los muebles en la caja. Charito hizo un esfuerzo y, sin despertar a su madre, se asomó por la ventanilla trasera. Chuchín aplastaba las narices contra el cristal, sonriendo. Luis debía ir sentado en el suelo de la cabina, formada por dos armarios y un tablero de mesa. Le preguntó, con un gesto, si iban bien. Chuchín sacó la lengua y la aplastó contra el cristal. Estaba riéndose de aquella cara deformada, con los mofletes, la nariz y la lengua transformados en superficies planas, cuando una curva hacia la izquierda la lanzó contra la portezuela. Se oyó un crujido de maderas detrás, un entrechocar de los muebles.

—Esos muebles... — empezó a decir.

Un nuevo viraje del camión la hizo chocar contra su madre. Se oyó un fuerte ruido, acompañado de crujidos, y, en seguida, el golpe de algo al caer a la carretera. El conductor frenó bruscamente.

—¿Qué ha pasado? — gritó la madre, despierta ya. El conductor había bajado casi antes de que el camión se detuviera. En la caja se oyó la voz de Luis, diciendo algo que no pudieron entender las mujeres. Charito abrió la portezuela y bajó también.

—¿Me estás oyendo? — dijo ella.

Levantó el hombre la cabeza del esquema que estaba examinando.

—Sí, sí — dijo —. ¿Qué se había caído?

—Se había roto una de las cuerdas que sujetaban los somieres, y allí estaba el grande, en medio de la carretera, detrás del camión —. Iba aumentando su cansancio, hablaba sin ganas, en un último esfuerzo para ganarse la atención de su marido. — Y una de las mesillas pequeñas también, imagínate cómo... A Chuchín y a Luis les cayó encima el tablero. Para que les hubiera abierto la cabeza, por lo menos... Por estas cosas es por lo que tú debías venir. Hace falta un hombre, no yo sola, con Chuchín y Charito y con Luis, que es un inútil...

—Pero estaba el chófer — dijo él.

—Sí, el chófer, pero el chófer no es el marido. Tardamos más de dos horas en volver a colocar todo, nos faltaban cuerdas y se nos venía la noche encima... Costó Dios y ayuda salir de aquel atolladero... Estoy harta de viajar, Juan, estoy harta. Y me va a estallar la cabeza con ese ruido.

Repitió el gesto de apretar sus manos en las sienes para que no le estallaran, como si creyera en la posibilidad de que ocurriera.

—¡Uf, qué viajecito! — dijo aún ella, soltándose la cabeza.

No hizo él ningún comentario. No se miraron. Separados por la mesa, la maleta llena y rodeada de carpetas y revistas, estaban unidos, sin embargo, por una costumbre de años, más real acaso que sus cuerpos distintos, y más una, algo físico ya, que les hacía mutuamente concebirse como parte propia, un miembro, un órgano. Era así, con la amistad surgida de la costumbre a cada beso, a cada noche, a cada hijo, era así como estaban unidos, como eran ya un solo ser, cansado de sí mismo en algunos aspectos, pero sin poder prescindir de ninguno de ellos.

Él sabía ya lo del accidente, pero no tenía conciencia de haberlo oído; lo sabía de un modo directo, sin necesitar conocer la fuente, el narrador o el medio por el que le había llegado. Como si mientras buscaba en el fondo de la maleta, hubiera encontrado aquellos hechos, su recuerdo vivido en el fondo de su cerebro. Por eso no era necesario comentar nada. No había allí otro ser que estuviera intrigado o simplemente interesado en oír sus palabras, estaba sólo su mujer que lo sabía todo también.

Ella había esperado algo. Una palabra fuerte, su indignación, quizá una regañina. Lo había esperado como una repetición en pequeño del largo esperar que era su vida desde que salió de su ciudad natal. No quería entonces viajar. El mundo se acababa en la última casa de su ciudad provinciana. Pero se casó con

un hombre bueno, trabajador, silencioso, que se había pasado quince años yendo y viniendo de una central a otra. Con lo feliz que hubiera sido ella en su ciudad, en su calle, en su casa. "Demasiado bueno — pensaba —, demasiado trabajador." No lamentaba haberse casado con él. Otro hubiera tenido todos los defectos que su marido no tenía. Pero era éste el gran defecto: la ausencia de los pequeños defectos, casi vicios, que hacen al hombre más humano. Fumar o beber. Algo que desviara un poco su pasión por las máquinas, por el trabajo, por el deber, un Deber con mayúscula, aprendido en libros de lecturas para colegios, y cumplido rigurosamente a lo largo de toda su vida. Juan Lobo tenía varios álbumes de fotografías de las máquinas que había montado o reparado, todas hechas por él. Eran magníficas, tenían efectos nocturnos de gran dificultad, detalles impensados, encuadres originales que presentaban a la máquina como viviendo. Pero las pocas veces que fotografió a personas — su mujer o sus hijos — las sacó sin expresión, con algo de máquina. Juan Lobo parecía comprender mejor a los alternadores que a las personas.

Sonreía su mujer recordando estas cosas, pensándolas como siempre por primera vez.

—Juan, ¿quieres comer?

—¿Eh? — hizo él.

—Que si quieres comer.

Estaba ahora sentado en la mesa, con una pierna en la silla, sujetando con la mano derecha un plano que tenía desplegado sobre la rodilla y la mesa. Lo estudiaba, recorriendo a veces ciertas conexiones con el lápiz que tenía en la otra mano.

—Venga, venga; poner la mesa — dijo —. Tengo que estar en la central en seguida.

"En seguida" expresaba más una necesidad suya, confundida en su subconsciente con el viejo deber de los libros de niños, que la orden de algún jefe suyo. Él era jefe de montajes. Pero era más: su experiencia y sus estudios espontáneos y desordenados le habían convertido en ingeniero, aunque no tuviera título. Comenzó como un simple obrero y ahora su cargo era ya casi equivalente al de un ingeniero. Ni siquiera se permitía el mínimo orgullo para reconocerse el mérito que esto suponía. Seguía siendo sencillo y bueno como un obrero. Un obrero de moralidad perfecta.

—Juan — le dijo —, si no te quitas, no se puede poner la mesa.

Charito, cargada de platos, estaba esperando a que su madre pusiera el mantel que tenía en la mano. María se sentó en el sillón, después de haber extendido el mantel sobre la mesa, dejándolo flotar sobre ella como una vela hinchada, y estuvo entonces mirando todo con la indiferencia de quien acaba de abandonar algo.

—Se me ha metido ese ruido en la cabeza — dijo — y no puedo parar.

—Eso es los primeros días, hasta que te acostumbres como en los otros saltos.

La hija ponía la mesa. Juan estaba sentado en el brazo del sillón de su mujer. Años pasaron ante sus ojos mientras habló. Los otros saltos, viajes cargados de muebles y de hijos, separaciones hasta de meses, vida en puebluchos, accidentes...

Entró Chuchín corriendo: cinco años.

—Papá, papá, desde la carretera se ve un mar y hay unas rocas muy grandes con cuevas...

—A comer, venga — se levantó el padre.

III

SALIÓ de su casa y bajó uno a uno los escalones, con cierta rapidez en desacuerdo con su aspecto pesado, casi grueso. La estrecha escalera sonó a cada pisada suya con el escándalo de la madera y los clavos nuevos. El ruido del último escalón fue distinto, algo más macizo y seco. Avanzó hacia la carretera por la calle que formaban los dos pabellones para viviendas de empleados. Vio algunos obreros que iban ya hacia la central. "Son los que comen en Aldeaseca, bueno, en Nueva Aldeaseca", pensó. Le saludaron cuando llegó a la carretera. Él iba dejándoles atrás, devolviendo el saludo a cada uno, con más prisa que ellos. "Voy a tomar las medidas personalmente, antes de que venga Buendía." El camión grande de la empresa estaba parado en la carretera. Buscó al chófer. Quizá fuera a la ciudad esta tarde. "Algún viajecito misterioso", pensó, recordando los frecuentes viajes que los coches y camiones de la C. E. D. E. hacían a la ciudad, a pueblos cercanos y a la capital, organizados por algunos jefes e ingenieros exclusivamente para sus fines particulares. Habían quedado atrás los de los ingenieros, con sus pequeños jardines delante. Sólo descendían hacia la central los obreros y él, el jefe de montajes. Llegó al "plano inclinado" al tiempo que un grupo de obreros iniciaba el descenso a pie por el camino en zigzag. El "plano inclinado" era sólo para jefes y empleados. De un modo espontáneo, se unió a los obreros y empezó el descenso a pie. En el fondo, junto a la base de la presa, la central parecía una caja de cartón blanco flotando sobre el agua, sin techo aún y rota por uno de sus lados, el que estaba sin construir. La pared opuesta del barranco era toda de rocas, con pequeños salientes rectangulares. Algunos parecían a punto de desprenderse. Se veían en ella, casi vertical, cientos de caras humanas superpuestas unas a otras, cada una con su

nariz de arista pura, su boca recta sin mentón, sus pensativas cuencas vacías y cuadradas. La nariz de un rostro dejaba una sombra, que era el ojo del rostro más próximo, y así se iban montando expresiones dolientes de contenida tristeza sobre risas geométricas y trágicas, desaparecidas o parcialmente ocupadas por la dureza indiferente o el amargo gesto de otros rostros, perdidos entre aquel vertical ajedrez de expresiones humanas. Las voladuras habían dejado allí la historia anticipada de la construcción de la central, con todo lo humano y lo inhumano de miles de hombres trabajando, la historia de cada uno de los músculos que movieron las herramientas, las máquinas, algo que resumía el triunfo y el dolor del hombre en lucha contra una fuerza desconocida, cuyo dominio había exigido, y exigía todavía, una epopeya de sudor y muerte.

Los altos ventanales de la central no eran ya las rayas verticales y negras que se veían desde arriba. Tenían ahora anchura, hasta se podía distinguir en ellos la armadura metálica donde iría la cristalería. Juan Lobo había adelantado al grupo de obreros y descendía por el camino estrecho, con los pequeños matorrales que crecían entre las piedras a un lado y el lecho de tierra desnuda, removida recientemente, por el que pasaban las vías del "plano inclinado", al otro. El continuo y brusco cambio de dirección le cansaba más que el mismo descenso. Todavía no se había acostumbrado a él. La cartera le golpeaba en la pierna en casi todas las vueltas hacia la izquierda. Cada vez pensaba evitarlo en la vuelta siguiente, pero siempre volvía a ocurrirle. Se dejaba caer aprovechando involuntarios resbalones sobre la arena suelta y las piedras menudas, sintiendo cómo algunas se le clavaban en la suela de los zapatos. Le parecía ir descalzo o, por lo menos, en zapatillas.

Abajo, empezó a caminar entre los rieles de la vagoneta, quizá usada meses antes para transportar los escombros que se sacaban de la base lateral de la presa, y hoy cubierta del óxido rojo y sucio, granulado, con arena pegada en su interior, abandonada al final de sus rieles. A la izquierda, en el antiguo cauce del río, el agua tranquila, después de haber atravesado las turbinas de los dos generadores que ya funcionaban. Observó su bajo nivel. "Cuando funcionen los otros tres grupos, el agua llegará – se dijo – a la altura del borde o acaso cubrirá el suelo sobre el que ahora ando." Necesitó decirse que entonces sería

urgente construir un pasadizo de madera o, mejor, rectificó al pensarlo, de cemento para el paso de empleados y obreros hacia la central: el agua pudría la madera. Imaginó el volumen de cemento que habría que emplear. A su derecha, tirada por el suelo, había chatarra roñosa: alambres retorcidos, trozos de vigas metálicas, tablones, restos de bidones, clavos, tuercas... Fue pensando en los posibles trabajos a realizar en aquella parte (volvió a lamentar, por ejemplo, la estrechez de aquella plataforma, por lo que era imposible instalar allí la estructura para salida de líneas; quizá se pudiera haciendo un gran socavón en la ladera, no tan vertical como la opuesta, lo que muy probablemente sería más costoso que poner la estructura arriba y llevar hasta ella las líneas que fueran precisas), hasta que llegó al breve puente de madera, con listones clavados para servir de peldaños, ya que no sólo unía la plataforma con la base de la central por encima de un pequeño canal, sino que salvaba también el desnivel no muy marcado de los dos extremos.

Todavía no había nadie en la "sala de máquinas". Vio arriba, en el puente del cuadro – habitación empotrada a cierta altura, en uno de los muros, con una barandilla metálica que la separaba de la gigantesca sala –, al oficial de turno leyendo algo. "Una novelucha", pensó. Pasó junto a los grupos en marcha y recibió el empujón caliente del aire que salía por sus rejillas. El ruido, en el interior de la central, era más denso, más apretado. Formaba una extraña mezcla con el olor a grasa consistente, a aceite de máquinas, a minio y a pintura reciente. Esta atmósfera era para él algo estimulante, una imagen exterior de su propio cerebro ensordecido y monocorde, obsesionado con su trabajo y casi apto sólo para pensar en él o, como más, en las cosas más directamente relacionadas con él. Era la invitación al trabajo, la llamada brutal e ineludible de las máquinas. Vivía en su interior, acompañándole siempre, y emanando una niebla o muralla que le impedía interesarse por la vida o conocer, al menos, la de los seres humanos que le rodeaban. No oía sus voces, tan ridículas y débiles comparadas con el arrullo monstruoso de los alternadores. No veía sus cuerpos insignificantes, ni percibía el latido vivo e insistente de los demás. Sin embargo, junto a un alternador, sumergido en el estruendo, era capaz de entenderse con un obrero, le daba órdenes, comprendía sus explicaciones, aunque ninguno de los dos pudiera oir al otro. Se observaban

mutuamente los labios agitados por inútiles gritos, como si observaran las indicaciones de la aguja de un "amperímetro" o de cualquier otro aparato de medida.

Juan Lobo pisaba ahora el suelo de chapas metálicas que cubría la cámara de las turbinas. Vibraba el metal bajo sus pies, dándole a veces la sensación de que oía el ruido a través de ellos. Llegó junto al grupo de montaje. La grúa, el interrogante a la polea múltiple por gruesos cables trenzados. La polea estaba sujeta al puente del carro, apoyado, a su vez, en los carriles laterales que recorrían, junto al techo, toda la longitud de la sala. Un manojo de cables unía la grúa al eje del "rotor", medio hundido ya en el pozo de cuatro metros de diámetro donde estaba el "stator". Brillaban negros los gajos verticales del "rotor", en los que iba todo el devanado de las bobinas. Él no lo sabía, pero un respeto sagrado le nacía dentro siempre que se acercaba a "sus" máquinas. Se subió sobre el borde del "stator" y comprobó con la vista la holgura que quedaba entre éste y el "rotor". Era necesario corregir la posición de la grúa. Había que desplazarla ligeramente hacia su derecha. Miró el reloj, el reloj de oro que había sido de su padre. Un minuto después – que él empleó en medir con su "calibre" la holgura en dos puntos diametralmente opuestos – empezó a sonar la sirena.

Fueron llegando los seis obreros que le ayudaban en la operación de introducir el "rotor". Luego vino Buendía, el montador encargado de dirigir este trabajo. Mediante sucesivas variaciones en el volante para el movimiento lateral de la grúa, se fue centrando el "rotor". Él dirigía la operación desde el borde del "stator", "calibre" en mano, midiendo de vez en cuando el movimiento realizado. Cantaba la cadena alegre que transmitía los giros del volante a los engranajes del puente, y se movía el carro entero. Pero sólo el obrero encargado del volante lo oía.

Habían ido llegando otros montadores y obreros que trabajaban en los grupos vecinos o en los andamios adosados a las paredes. Juan Lobo recorrió los diversos trabajos que de él dependían, inspeccionándolo todo, dando órdenes, participando él mismo en algunas operaciones.

IV

JUAN Morales estaba manejando el volante lateral de la grúa. Con los ojos fijos en la cara del señor Lobo, obedecía las órdenes que le daba. "Un poco más a la derecha", entendió lo que la boca le decía ayudándose con la mano. Giró el volante dos vueltas y media; la mano del señor Lobo se enfadó: "Menos, menos", dijo ahora. Obedeció. Higinio Galán, que estaba en el otro volante, recibió una orden. Siguió el trabajo. Juan Morales vio alejarse al señor Lobo. "Menos mal", le dijo a Higinio con la frente, los ojos y la boca. Buendía no era tan "tirano" como su jefe. Hasta los gestos del señor Lobo tenían algo de la autoridad rígida con que trataba siempre a los obreros. Fuera del trabajo era completamente distinto. Seco y amable, no muy conversador, pero atento a lo que decían, casi más cuando era un obrero el que le hablaba.

Juan miró a su compañero, amigo suyo desde que eran niños y pastoreaban juntos valle arriba, a varios kilómetros de Aldeaseca. Aquella ermita abandonada, de muros ruinosos, con un resto de techado, bajo el que se guarecían los niños pastores en las noches frías y en los días de viento. Recordó, sujetando el volante de un modo mecánico, el familiar rumor de las ovejas, un roce continuo y cálido, y sus esquilas, que marcaban el ritmo al que comían el pasto. Vio delante de él, otra vez, como en años lejanos, la calle del pueblo ante su casa, calle de tierra dura y coloreada por los excrementos y las meadas de las bestias. Se imaginó a sí mismo y a Higinio y a varios hombres de Aldeaseca, niños entonces, jugando alguna vez. Los últimos tiempos de su pueblo vivían todavía ante sus ojos: "El Cholo", las reuniones de los hombres, los apresurados trabajos de riego para adelantar en lo posible la cosecha, su inundación, el traslado al nue-

vo pueblo todo blanco, la caravana de carros y animales que vio alejarse conducida por las mujeres, sus discusiones con Emilio, que fue el primero en venir a trabajar para los que les habían echado del pueblo, o con los demás, discusiones en las que él siempre se negó a aceptar el trabajo que les ofrecían, pues sería como trabajar contra ellos, porque todas esas obras eran la ruina de sus vidas honradas y sencillas, decía. Su postura fue de las más firmes, y lo demostró siendo el primero en romper con Emilio, a pesar de su parentesco. No podía pensar entonces que él mismo tendría que traicionarse, como lo hizo, y como lo hizo Higinio, que protestó hasta última hora. El primer mes en Nueva Aldeaseca fue un continuo sufrimiento. Despertarse era algo que carecía de objeto: no había tierras para trabajar. Antes de que su ganado se muriera por falta de pastos, lo llevó a la ciudad y lo vendió. Casi todos hicieron lo mismo. Se encontraron así con un dinero que no les sirvió de nada. No habían tenido nunca sino monedas de diez céntimos para pagar en "El Salón" los vasos de vino o la entrada al baile de los domingos. En Aldeaseca el dinero tenía un valor y una función diferentes. No valía para vivir: sus tierras y sus ganados les proporcionaban todo lo necesario. Algunas mujeres tenían guardados en viejos arcones de madera montones de billetes. Eran el producto de la venta de algunas reses en las ferias y los guardaban allí sin tocarlos, junto a lo que habían heredado de los padres, dentro ya del arcón. Más tarde, el "Tío Muelas" empezó a hacer viajes y a traer cosas raras que vendía a todo el pueblo. Y todo el pueblo las compraba. Algunos hicieron también cortos viajes acompañando al "Tío Muelas" y, no se sabe cómo, la gente empezó a usar otras monedas y billetes. Cambiaban cosas por dinero y dinero por cosas. Años antes, había llegado hasta la plaza aquel coche negro. Se escondieron detrás de la "cortina" por miedo: un "carro" brillante que andaba sin bueyes, sobre unas ruedas pequeñas, haciendo un ruido espantoso. Años después la desgracia que este extraño aparato parecía anunciar se cumplió. Los campesinos de Aldeaseca tuvieron que abandonar su pueblo e ir a trabajar a la central para no morirse de hambre. El nuevo pueblo no les gustaba: era demasiado blanco, las habitaciones excesivamente grandes y, además, no necesitaban tantas. Las paredes muy finas, muy duro el suelo. Había dos edificios grandes que hubieran servido muy bien para pajares, pero no les per-

mitieron usarlos para ello. Les dijeron que eran la iglesia y la escuela.

Ahora, Juan, lo mismo que Higinio, Gervasio, Emilio y casi todos los del pueblo, trabajaba en la central. Tocaba la sirena y entraban a trabajar. Volvía a tocar, y salían. Las mujeres les traían la comida desde el pueblo y la comían con ellas, sobre la tierra, sin tiempo casi para terminar. La sirena volvía a tocar y entraban de nuevo. Anochecido ya, la sirena tocaba por cuarta vez, y entonces podían irse al pueblo. Sus mujeres tenían que venir al Salto a comprar las cosas para la comida. Vivían en medio de un vértigo de acontecimientos que sus abuelos, y aun sus padres, no hubieran podido sospechar. Tantas cosas extrañas y trágicas, tantos cambios en las costumbres, en sus vidas, les parecían todavía una pesadilla. No habían tenido tiempo de preguntarse qué era el nuevo orden de cosas en el que les habían metido. Más que haberles trasladado del pueblo viejo que quedó bajo el agua al nuevo, lo que habían hecho con ellos era transplantarlos de una época a otra, de la piedra al hierro, del arado al alternador. Realmente su situación era la misma que la de un clan prehistórico viviendo en medio de la civilización técnica.

Había sonado la sirena. Salían los obreros y empleados de la central, y se dividían en dos hileras al llegar a la plataforma que quedaba en la base de la ladera: la de los empleados y técnicos se dirigía al "plano inclinado" y la de los obreros se desviaba para tomar el camino zigzagueante. Lobo salía cansado, con unos minutos de retraso respecto a sus compañeros de categoría, la mayor parte de los cuales abandonaba el trabajo casi un cuarto de hora antes para no tener que esperar turno en el "plano inclinado". Detrás de él venían los obreros que había tenido trabajando hasta después del toque de la sirena. Nunca abandonaba el trabajo con la sirena, sino que esperaba hasta acabar la operación en que estaba ocupado.

Uno de estos obreros, casi un adolescente, que trabajaba de peón un mes antes – hasta entonces había estado en la ciudad buscando otro tipo de trabajo; en Aldeaseca no podía seguir viviendo con su vieja madre, sin campos ni ganados –, se acercó a Lobo antes de que éste se separara de la hilera.

—Señor Lobo... Mire usted... yo quería saber una cosa.

Se detuvo, con la timidez de su edad y la del ambiente en que había pasado sus dieciocho años.

—¿Qué quieres? – Fue seco. No demostró mayor interés que el que podría demostrar por los problemas humanos ajenos, por las injusticias que le indignaban en el momento de enterarse – era un hombre bueno –, pero con un tipo de indignación parecido al que le inspiraba un trabajo mal hecho, una pieza rota o un torneado defectuoso: la mayor injusticia social, el más terrible problema humano dificultaban el funcionamiento del gran alternador que era la sociedad.

El muchacho le miró, asustándose quizá de su propia audacia al dirigirse al "Lobo". Los obreros le llamaban así por la violencia de su energía en el trabajo, no porque tuviera ninguna característica que le hiciera semejante a este animal.

—Cuando se acabe la central – dijo –, darán luz a mi pueblo, ¿no?

Lobo le miró. No le comprendió.

—Darán luz, ¿no? – repitió.

No estaba él muy seguro de esto, a pesar de haber oído que en el pueblo de Nueva Aldeaseca se había hecho la instalación. Luego estuvo seguro: sí, darán corriente. Si no, ¿por qué gastarse en una instalación? Recordó que una vez habló de esto con el ingeniero jefe, el cual le dijo que él mismo se encargaría de montar el transformador necesario para ello.

—Claro, Pedro – le dijo –. ¿Para qué crees que se puso la instalación?

No le dio más importancia. Hubo un gesto de duda en el muchacho, como si quisiera decirle aún algo. Inició ya la marcha, separándose de él, quizá sabiendo que le quería decir todavía algo, y queriendo no oírlo o, acaso, prefiriendo evitar el oír ingenuidades sin sustancia de un muchacho.

Atardecía. Llegó el "plano inclinado" a lo alto de la ladera, y los empleados, continuando las conversaciones iniciadas en la plataforma, mientras ascendían, salieron a la carretera y subieron por ella hacia el poblado del Salto. Se cruzaron con muchachas, hijas de los empleados, que iban, precisamente a esa hora en que los hombres salían del trabajo, a pasear por la explanada, delante de la "Dirección". Algunas saludaban a sus padres.

Brillaban ya luces. Antes de llegar a los primeros pabe-

llones, el atardecer se había hecho anochecer. Se oían los grillos más cercanos, un chirriar que ni el ruido de la central lograba matar. Fueron sucediéndose los "buenas noches", los "hasta mañana"... a medida que cada uno iba llegando a la altura del pabellón donde vivía. En el grupo de Lobo vivían varios montadores y Ramos, encargado general de obras. Los montadores se despidieron.

Lobo y Ramos eran amigos. Les unió desde el principio lo parecido de sus carreras: desde obreros, habían llegado a importantes cargos. Pero también desde el principio les separó el hecho de que Ramos bebiera, fumara y fuera aficionado a los juegos de cartas.

Por lo demás, siendo idéntico el camino recorrido por ambos, Ramos tenía características humanas semejantes a las de Lobo. Hombre trabajador y sencillo, de una bondad extraña a su edad. No hablaban casi. Recorrían juntos el camino hasta que Ramos se despedía de su amigo para ir al Casino. Lobo continuaba hasta su casa. Así ocurrió también esta noche.

V

RAMOS entró en el Casino. Iba a la mesa habitual, donde le esperaban los amigos de siempre, quizá sólo amigos para jugar a las cartas y comentar el tiempo, el trabajo o la última partida de frontón, amigos especializados que no le hubieran servido fuera de aquel ambiente de mesas bajas, rodeadas de pequeñas butacas que recordaban las de un café moderno de ciudad, blancos visillos en las ventanas altas, y alfombra grandes de colores chillones, todo ello rodeado del falso calor de la calefacción. El ruido de los alternadores era más denso, parecía como si naciera de las mismas paredes, especialmente acondicionadas para evitar calor, frío y ruidos exteriores. En uno de los salones ante los que iba pasando Ramos, dos empleados jugaban al billar. Llegaban hasta él los golpes secos del taco contra la bola, de las bolas entre sí, envueltos en palabras sin forma, turbias y rotas por los golpes, que él entendía, sin embargo, por una coincidencia en su recuerdo de la melodía o ritmo de las palabras inoídas con el de las palabras que él mismo había pronunciado otras veces entre carambola y carambola. Alguien silbaba. Quizá uno de los que jugaban al billar, u otro cualquiera, que acaso estaba sentado en el mostrador. Habría pedido una "combinación" — estaba de moda tomar "combinaciones" —, sin duda impuestas por el *barman* que, "ha servido en los mejores bares y hoteles de la capital" — y estaría bebiéndola lentamente, sin objeto, o acaso con el único objeto de que la gente le viera subido en el taburete, con esa postura aprendida en las películas americanas, mientras tomaba su "combinación" elegantemente. El *barman* se acercaba a él de vez en cuando, inclinado su busto, haciendo algo con las manos detrás del mostrador. Sería Ruiz, el ingeniero más joven del Salto, pensando en los eternos problemas de su salud, que él creía en peligro a

cada instante, o en sus raras lucubraciones pretenciosamente científicas sobre la electricidad o la cultura. Pasó junto al mostrador Ramos y vio, sí, a Ruiz, solo, sentado en un taburete, silbando. Silbaba despacio, sin llegar a formar el silbido, que en algunos instantes era sólo un ruido de aire saliendo. Una melodía sin forma, compuesta de otras muchas, viejas y modernas, y de melodías posibles que nunca serían creadas. Ruiz miró a Ramos en cuanto apareció en la puerta. Le saludó, pidió con el tono de su saludo que viniera. Se cruzaron entre ellos las primeras frases de una conversación sin tema.

—He leído un libro muy curioso — dijo luego Ruiz.

Ramos se asombró una vez más. "Libro muy curioso", dicho por Ruiz, significaba "libro de historia, de filosofía, de literatura". El joven ingeniero era muy aficionado a ellos. Se asombró Ramos por el contraste entre aquel ingeniero real y la idea que él tenía de los ingenieros, no gratuitamente, sino basándose en sus numerosas experiencias con "esta fauna", como hubiera dicho Lobo. No sólo no leían libros no técnicos, sino que, salvo excepciones muy raras, no leían ni aquellos libros que estaban relacionados con su carrera. Parecían dar a entender que ellos habían estudiado todo lo que tenían que estudiar en el ingreso y durante la carrera. No estaban obligados a saber demasiado, puesto que nadie podía dudar — habían ingresado en una escuela especial — que en el momento necesario supieron mucho. En general, los ingenieros que Ramos había conocido — Lobo decía lo mismo — se limitaban a firmar proyectos y a preguntar a sus ayudantes cosas demasiado elementales para ser preguntadas, no por un ingeniero, sino por el peor perito. Ramos se admiraba de las ideas de Ruiz, quizá no por la calidad de éstas, sino por el hecho de que un ingeniero tuviera ideas.

—Es un libro sobre mitología — dijo. Había dicho antes algo que Ramos no pudo entender. — Los dioses son como los hombres y los hombres tienen algo de dioses. He pensado en nosotros, en nuestra vida aislada en este Salto. Somos como sacerdotes de un viejo rito, algo mantenido a lo largo del tiempo bajo formas cambiantes. ¿Sabe usted que el fuego, la luz, era un dios? Se le adoraba en santuarios gigantescos, muchas veces situados en islas, y los sacerdotes vivían en ellos sin salir jamás. Nuestro dios es ese que estamos oyendo a todas horas.

Continuó hablando. Citó nombres que Ramos oía por vez primera: Febo, Igni, Hefaistos, Zarathustra, Prometeo...

—La central es el santuario. Hay algo sagrado y misterioso en nuestro trabajo. Creo que estamos condenados a no salir jamás de aquí. ¿Oye usted ese ruido, ese grito de un dios que vive en el agua y, sin embargo, es fuego y luz?

Habló de las vestales, sacerdotisas que eran enterradas vivas si perdían su virginidad. Su misión era mantener el fuego sagrado. Les estaba prohibido cualquier otro fuego.

—Me sorprendió también el mito de Anteo. Era un gigante invencible mientras pisaba tierra... Toda la vida, toda la fuerza de la tierra ascendía por sus pies. ¿Se da cuenta? Invencible mientras pisaba tierra... Es una lección.

Bebió de su "combinación". Un momento retuvo el líquido en la boca, saboreándolo, y luego se secó, mutuamente, los labios. Miró fijamente algo que no debía ver Ramos o que, por lo menos, no le hubiera interesado tanto como expresaba su mirada.

—¿Sabe lo que pasó? Fue vencido por otro gigante, un dios, que le estranguló manteniéndole en vilo.

Ramos se asombró. Nunca había oído hablar así. Hubo una pausa.

—No quiero aburrirle — dijo —. ¿Qué tal va ese túnel?

El túnel que serviría de aliviadero de seguridad era la obra más importante de las que dirigía Ramos.

—Bien, bien — pensó —. Realmente, no muy bien. Me falta cemento y todavía no me han proporcionado los camiones que necesito.

—¿Y cuándo?

—Cuándo, cuándo... Le digo que no depende de mí. Necesitaría más mano de obra, más cemento, más hormigoneras... En estas condiciones es imposible hablar de fechas.

Hizo una pausa. El *barman* se acercó y, con las manos siempre hundidas detrás del mostrador haciendo algo, le preguntó que qué iba a tomar.

—No, nada, gracias. Voy a sentarme — dijo Ramos. Luego continuó hacia Ruiz —: ¿Y sus experimentos? Lobo dice que el día menos pensado quema toda la central.

Rio sin risa el ingeniero.

—Forman parte de mi obsesión. No puedo evitarlos: el trabajo de un ingeniero es bastante descansado, hay mucho tiem-

po libre, ya lo sabe usted, y yo lo empleo en comunicarme con el dios.

Se despidió de Ruiz y fue hacia su mesa. Pasó ante la puerta y vio por ella al ingeniero jefe, inclinado sobre la mesa verde, a punto de tirar una bola. Cruzó la puerta. Oyó un golpe seco. Luego, otro más duro. "El taco contra la bola y la bola blanca contra la roja." Esperó. Debía oírse un tercer golpe. Sonó. "Ha hecho la carambola." Llegó a la mesa, donde le esperaban sus amigos de juego. Vio otros empleados en otras mesas, jugando a las cartas o hablando.

Fue el mismo Ramos el que planteó el tema "Ruiz".

—Es un hombre raro — dijo Buendía, un montador casi calvo, de nariz gruesa —. Me han dicho que está mal del pecho.

Preguntó Ramos si no había partida hoy. Ni siquiera se habían pedido las cartas.

—No hay ambiente — oyó.

No tenía interés para Ramos aquella respuesta, ni lo hubiera tenido cualquier otra. Miró a Buendía, un hombre viejo. Sin porvenir en su profesión debido a que, falto de conocimientos, no podía convertir su larga experiencia en algo creador. Estaba sentado enfrente de él, junto a Castaños, el más joven de la tertulia, un empleado de la administración. Recordó entonces, es decir, segundos después de oír las palabras de Buendía "que está mal del pecho", a su mujer, seguramente sentada en el comedor, leyendo la revista para mujeres a la que estaba suscrita, una revista de novelas ñoñas que a veces, sin dejar de despreciarlas, leía él mismo. No supo por qué la recordaba. Quizá, pensó en seguida, por la obsesión que ella tenía de hacerle un chaleco de lana, porque "en este condenado Salto — decía — hace un frío de muerte".

—¿Quién se lo ha dicho? — preguntó.

—No creo que tenga nada — dijo Castaños —. Es aprensión suya. Todas las mañanas hace gimnasia, ejercicios respiratorios, ¿sabe?

Castaños hubiera comentado más. Castaños no era ingeniero. Sabía que Ruiz vivía también preocupado por su estatura. El último domingo, en el baile del casino, al que asistían los empleados jóvenes y casi todas las muchachas de cierta categoría del Salto, Castaños observó que Ruiz sacaba a bailar a muchachas casi siempre más altas o por lo menos como él, y se estiraba de un modo ridículo para igualarse a ellas. Era conocido y comentado en todo el Salto el modo de andar de Ruiz. Daba la sensación de que iba de puntillas y de que tenía un grano en el cuello. Pero Castaños no dijo nada de esto. Siguieron hablando, cambiando de tema continuamente. Se aburrían, fumaban mucho, pero nadie deseaba marcharse. Era ya el quinto día que no jugaban. El ruido de los alternadores llenaba la sala del Casino. Volvió a oírse el silbido hacia el mostrador.

—Va siendo hora — dijo el cuarto de los asistentes, un vasco fuerte que jugaba al frontón.

—Sí — dijo Ramos.

La noche estaba llena del ruido de los alternadores.

VI

El invierno había sido de muchas lluvias, aunque no para la comarca donde estaba el Salto. Venía el río con una crecida turbia, y el aliviadero apenas daba abasto para librar el agua precisa. Las mujeres hablaban de que la presa iba a ser rebasada por la crecida del embalse. Se lo decían diariamente a sus maridos: "Es una locura... No bajes a la central hasta que no acaben el túnel." Como si pudieran ellos decidir no bajar. La urgencia del túnel iba aumentando de un modo angustioso. Ramos tuvo todo el cemento que necesitaba, le proporcionaron más hormigoneras, más camiones, más mano de obra. Se trabajaba intensamente. El proyecto del túnel era muy costoso. Un año de trabajo o más se había calculado para él. Cilíndrico, tres metros de diámetro, totalmente recubierto de cemento. La entrada requería varias voladuras de cientos de toneladas. Ahora, a los cinco meses de empezadas las obras, se imponía acabarlo en menos de cuatro meses más. Se estaban reforzando rápidamente las compuertas de los tres grupos que aún no funcionaban. Existía el peligro de que el aumento de presión las hiciera reventar.

Siguió la vida en el Salto, esa vida monótona de los poblados ocupados por gente de la misma profesión o que trabajan en una misma cosa. No se hablaba apenas de nada exterior. La central, el último accidente de trabajo, la próxima siempre, pero nunca actual, subida de sueldo, las partidas de frontón, el Casino, el paseo por la explanada de la "Dirección", la crecida del río. Hasta los ingenieros y los empleados que estaban acostumbrados a vivir en ciudades habían perdido la costumbre de hablar y resolver, entre sorbo y sorbo de café, los problemas del mundo. La ciudad era otro mundo, algo que lentamente se iba diluyendo en sus memorias. Anchas calles antes, autobuses, tranvías, gente desconocida llenándolo todo, cines, teatros, bares, par-

ques, todo esto, que les había formado un modo de ser, una especial manera de mirar, de interpretar y hasta una entonación de su hablar, estaba sustituído ahora por la estrechez de todo, calles, habitaciones, cerebros, ese absurdo hecho de conocer a todas las personas que habitaban la misma población, el continuo saludo a derecha e izquierda, los edificios reconocidos siempre, la igualdad de las horas, de los días, de los años. La influencia del ambiente, el aislamiento, el trabajo, les iba haciendo híbridos de ciudadano y paleto. Hombres educados, quizá, en universidades, o en escuelas especiales, todavía llenos de ambiciones de su juventud, truncadas, pero no calladas por la sensación angustiosa de hallarse en un pozo desde el cual se ve todavía el cielo, inalcanzable por la desnudez absoluta de la pared circular. Presumidos delante de los nativos y apocados al hablar con el más insignificante forastero. La máxima envidia era para los ingenieros y sus señoras, que, de vez en cuando, marchaban a la ciudad, y hasta pasaban breves temporadas en ella. Una pequeña posibilidad económica era suficiente para que los padres enviaran a sus hijos a estudiar carreras que ellos no habían podido hacer o superiores a las suyas. "No quiero que te pase lo que a mí. Ya me ves, condenado a ir de Salto en Salto para toda la vida. Si fuera ingeniero, no me pasaría esto. No desaproveches esta oportunidad y estudia, estudia, que luego te arrepentirás de no haberlo hecho." Las mujeres presumían de las notas de sus hijos, ocultaban sus suspensos, mostraban las papeletas de sus mejores exámenes. Las que no tenían ningún hijo estudiando en la ciudad sospechaban siempre la falsedad de estos éxitos, y a veces acertaban. También había chicas educándose en colegios de monjas de alguna ciudad importante. Cada verano regresaban los estudiantes. Era el momento de la vengaza, de la crítica cruel: "No tiene dinero para comer y se gasta la mitad en que su hijo, que es un gandul... porque el hermano de una cuñada que tengo en Madrid, que le conoce, me ha escrito que le suele ver por los "cabarets"... Y él venga a pedir dinero para "estudiar"... Sí, sí, para estudiar... ¿Tú te crees que ha sacado todas las notas que ella dice? ¡Quita allá, mujer!..."

Los naturales, a su vez, recibían también la influencia, cada día más atenuada, de los que habían venido de la ciudad. Se les notaba un falso refinamiento, algunas palabras, frases, cuyo

origen no podía ser otro que las conversaciones con ingenieros y altos empleados, no demasiado prodigadas por éstos, pero generalmente logradas a fuerza de insistencia y de buscar la ocasión. Todos vivían como flotando en aquel ruido igual, inevitablemente arrastrados por su torbellino sonoro, gotas de agua en una turbina monstruosa que los usaba ahora, les exprimía fuerzas y salud, para dejarles ir corriente abajo cuando ya, con el cerebro ensordecido, fueran casi incapaces de vivir otro ambiente. Parecía que hasta las cosas tuvieran un color progresivamente uniforme, color de ruido continuo.

Las mujeres iban por la mañana a comprar a la tienda de Patricio o a la de "Corazonsanto", un hombre bajo y carnoso, que instaló su comercio después que Patricio. La historia del porqué el mínimo don José llegó a ser "Corazonsanto" era todavía uno de los temas, una de las anécdotas o, más bien, una de las colecciones de anécdotas, más usada en las conversaciones, femeninas principalmente. Cada uno, todos y el tiempo, la había ido moldeando hasta que, realmente, podía considerarse gracioso lo que en un principio no fue más que un pequeño acto humano, sincero o calculado, sin importancia trascendental para nadie, ni siquiera para él mismo. Don José, en medio de la gente que se apretaba aquel día para esperar al obispo, se hizo paso hasta llegar a la primera fila. Se arrodilló. Fue entonces cuando se pudo empezar a dividir el pueblo en dos bandos — el que le llamaría "Rodillaentierra" y el que le llamaría "Corazonsanto" —. Avanzaba el coche del obispo que venía a bendecir la central, cuando todavía le faltaban muchos años para empezar a funcionar; acaso por esto hubo de venir luego, al ser inaugurado el grupo tercero, para revigorizar aquella bendición, ya desgastada por los años transcurridos, acto inaugural al que asistieron importantes autoridades, las mismas, incluso el mismo obispo, que asistieron a otro acto semejante, esta vez referido al grupo cuarto, varios meses más tarde. Se contaba ya con la seguridad de que asistirían también a la inauguración del grupo quinto, a la del túnel, a la del túnel de la orilla, quizá a la de los nuevos pabellones para empleados y, desde luego, a la más solemne de la nueva iglesia de la Virgen del Monte. Avanzaba ahora el extenso coche negro seguido de varios más. "Rodillaentierra", o "Corazonsanto" ya, empezó a caminar de rodillas hacia el obispo, que estaba bajando ahora del coche. La gente, entonces, exteriorizó una emoción que quizá interiormente fuera burla de algo que no comprendían o comprendían demasiado. "Corazonsanto", rodilla en tierra, llegó cansado, con un trozo de camisa fuera del pantalón, hasta el obispo, y le besó el anillo, ojos bajos y sufrida cara. Pasados días, semanas, meses, fueron naciendo las demás anécdotas, probablemente por el contraste entre aquella escena y la costumbre que la balanza de "Corazonsanto" tenía de pesar kilos de novecientos cincuenta gramos. Quizá sólo esto. O, si es que no fue sino una maledicencia, por el excesivo desengaño que el dulce, el encogido, el buen don José tuvo al enterarse de que su hijo ("que es más listooo...") no había conseguido el empleo de jefe de contabilidad ("¡sabe más de números!...") que había solicitado para él. Según se dijo, el administrador recordaba aún que el hijo de don José ("¡que es más buenooo!...") se había escapado, dos años antes, con treinta y cinco mil pesetas pertenecientes a un comercio de la ciudad donde trabajaba de cajero.

El "Tío Sólido" vendía telas. Vendía también otras cosas que entraban en el campo escogido por "Corazonsanto" — carne, pescado, ultramarinos... — y por Patricio — ultramarinos, mercería, papelería, farmacia... —. El apodo le venía de su frase favorita, de la hipérbole comercial que solía emplear para resaltar la calidad de la tela que vendía: "Es un color sólido, muy sólido..."

El cuarto puesto, más pequeño que los otros tres, sin vivienda adosada, era el de "El Periodista". Su clientela más numerosa era la de los chicos. Les vendía "tebeos", paloluz, regaliz, pipas de girasol, bolas de "guá", tiradores... Las jovencitas le compraban también las páginas adonde trasladaban su propia vida por una hora. Allí las amaban, viajaban, eran besadas — nada más — por jóvenes altos, siempre buenos al final, por malos que hubieran parecido al principio. Algunas mujeres, después de realizar sus compras, adquirían el periódico del día anterior, acabado de recibir, para tener un tema de discusión — quizá era éste el motivo inconsciente — cuando sus maridos se ponían a leerlo mientras comían.

Delante de estos cuatro puestos que formaban el mercado, junto a la carretera, donde a veces había un carro en el que se vendía fruta, las mujeres hablaban, se atacaban con esa ferocidad de sus lenguas, única en la naturaleza, y se enteraban

de lo que luego, en la comida, dirían a sus maridos de los maridos de las demás. Esta obligación femenina, esta fuerza que hacía sufrir los escalafones y la autoridad de los hombres, sus ascensos, las subidas individuales de sueldo, la realizaban las señoras de los altos empleados a través de sus criadas.

Mientras tanto, los niños estaban en la escuela, un edificio que había servido de almacén de material durante los dos primeros años de la construcción de la presa. Oían y grababan para siempre las vanidades oficiales de su patria a través de los tiempos, la rutina cuadriculada con la que algún día comprenderían que su sueldo no era suficiente, la lógica absurda del lenguaje elemental, la dura y amada geografía que no llegarían a conocer jamás. Doña Carmen y doña Luisa, las maestras, eran dos hermanas de treinta y tantos años cada una, sin esperanza de convertirse en mujeres alguna vez. Quizá tuvieron su ocasión, y les pareció demasiado parecida a lo que ellas llamaban y llaman "pecado", o quizá no la tuvieron nunca y, por esto mismo, lo empezaron a considerar pecado. Daban clases particulares de piano a las hijas de los ingenieros, y de contabilidad a los hijos de los empleados inferiores. Para ellas, el ruido de la central era su propia obsesión por algo inalcanzado y desconocido, sus vidas inútiles, no salvadas siquiera por el sagrado ministerio que desempeñaban, la protesta de sus cuerpos sin objeto, consumidos en aprender para, algún año — ahora — enseñar a niños sin haber llegado a comprender, e incluso a veces a saber, aquello mismo que enseñaban. Para doña Carmen y doña Luisa — todo el mundo las nombraba así, aun para nombrar a una sola —, el ruido de los alternadores era el consejo, la orden obedecida desde niñas que les impedía oir la voz, todavía joven, de sus cuerpos, encogidos de juventud no usada.

VII

Le digo a usted que este Salto es cosa del demonio. Ha tenido suerte, porque ha venido cuando ya se había acabado la presa y muchos obreros se han marchado, esos obreros que trabajaban en el cemento. Eran andaluces casi todos y vivían juntos en la calle que está detrás del pabellón de usted, en esos pabellones más bajos, sin escalera. Había días que les daba por cantar y cantar delante de sus puertas, y venga a cantar, y las mujeres bailaban, y no paraban desde que salían del trabajo hasta la madrugada. La llamaban la "calle de los Andaluces", y créame que no es de extrañar que más de una noche salieran a mamporros con los vecinos, hartos de guitarra y "alegrías". Su marido también tuvo alguna trifulca con ellos, supongo que él se lo habrá contado.

La señora Lobo la miraba un poco asustada, sin comprender todavía cómo había entrado en aquella cocina sucia, con cacharros por el suelo casi cubierto de restos de comida de varios días, las paredes llenas de manchas de humedad y escurreduras de frutas y huevos que debieron ser lanzados contra ellas. Miró la cocina unida a la pila y no pudo evitar un gesto de asco: el fogón estaba, no sólo completamente oxidado, sino cubierto en gran parte también por una capa rugosa de apariencia blanca, con algo de moho entre las grietas, formada por leche desbordada al cocer, por pequeños trozos de mondas de patatas incrustados en la tierra que conglomeraba todos aquellos vestigios sucios de guisos de meses y quizá de años. La cocina metálica estaba adosada a la pared. En las aristas y en el vértice que formaba con las baldosas blancas, la tierra, la capa mohosa de tierra y comida vieja, ascendía un poco hacia la blancura de las baldosas. La señora Lobo no pudo creerlo.

Pero lo estaba viendo: allí, en el rincón, crecían ya unos raquíticos brotes de guisantes.

—Eran lo más cochino del mundo — siguió hablando "La Pinilla".

La señora Lobo la miró asombrada.

—Se bañaba toda una familia en la misma agua, en unos barreños grandes que trajeron de su tierra. Yo no sé si son así todos los andaluces, pero la digo que aquellos eran una cosa mala. Y luego eran los más "protestantes" de todo el Salto: si usted viera qué huelgas armaron. Una vez, cuando les echaron..., porque siempre estaban pidiendo más sueldo, ¿sabe?, claro, como se lo gastaban todo en vino. Yo creo que se pasaban borrachos la mitad del día, y las mujeres y todo, no vaya a creer. Mi pobre marido, ya estará tranquilo en el infierno, con aquella "pachorra" que tenía para todo... ¿A usted no le han contado lo de mi pobre marido? No, si lo que no haya pasado en este Salto... Los andaluces aquellos armaron una huelga que ni el fin del mundo... ¿Por qué no se sienta usted un poco? Aún falta para la sirena un buen rato. Los hombres no llegan hasta la media.

Miró la señora Lobo alrededor y vió sólo una silla con el respaldo roto, sobre la cual, una pila de platos sucios se mantenía en un equilibrio casi imposible. Ninguna otra posibilidad de sentarse, exceptuando el suelo. Recordó que aún tenía que ir al zapatero, antes de regresar a su casa para preparar la comida. "Las judías ya estarán cuando llegue", pensó. Había salido por la mañana al mercado y aún estaba fuera. "Danzando toda la mañana de aquí para allá y al final este "tostón". Menos mal que su hija mayor sabía hacer las cosas. Pero ella llevaba los huevos que compró en la tienda de Patricio y había que freirlos para la comida.

—No, muchas gracias — dijo —. Se me está haciendo tarde.

—No se marche. No le he contado aún lo de mi marido. ¿Usted cree que me ayudó la Empresa? Jajay, me dió cuatro perras y con eso me tuve que conformar. El tal señor Jáuregui ese no crea que no es un buen bicho. Sabe lo suyo.

—¿Quién es el señor Jáuregui? — aprovechó ella la obligación que creía tener, a pesar de todo, de interesarse por los retazos deshilvanados de "La Pinilla", para enterarse de quién era el señor Jáuregui, del que ya había oído hablar mal a otras mujeres.

—Que quién es el señor Jáuregui... Ya lo sabrá usted. Pregúntele a su marido y verá.

Le preguntó, más tarde, acabada aquella situación ridícula de la que no sabía cómo librarse, y oyó sólo tres palabras: "Es el cajero".

—Es un tío que trae de cabeza a todo el Salto — siguió ahora la mujer sin peinar, con una bata de dibujos chillones, dada de sí, demasiado ajustada por el busto —. Mi marido era un buen hombre que nunca se metió con nadie. Todavía me acuerdo de aquel día que vinieron a preguntar por él y él creyó que era por algo malo. Porque aquí, no vaya a creer usted, hay más envidia de la que parece. Pero yo no me marché del Salto después de lo que le pasó al bueno de Luis. Afortunadamente, tengo un hijo que puede mantenernos con su trabajo, y mi hija está en la ciudad trabajando también. Esto es lo que les da rabia: que una se defienda a pesar de todo.

La señora Lobo supo después — fue la señora Ramos quien se lo dijo — que la hija de "La Pinilla" era una muchacha de unos veinte años, guapa, de cuerpo bien formado, quizá excesivamente bien formado, que venía de la ciudad un par de veces al mes a pasar el fin de semana con su madre y su hermano. Vestía bien, demasiado bien, desde luego, para el dinero que una muchacha de su edad suele ganar "de secretaria", como decía su madre. Lo que al principio fué una sospecha se convirtió rápidamente en algo seguro: Luisita Pinilla no trabajaba de secretaria en la ciudad.

—Los dos primeros años fueron de muerte. Los andaluces aquellos armando lío a todas horas... Por algo les echaron al final, a pesar de las barricadas que pusieron en su calle, dispuestos a qué sé yo, pero nanai, en cuanto llegaron los guardias con el camión y empezaron a cargar los muebles de la primera casa, todo se acabó y tuvieron que irse. Ni subida de sueldo ni nada. Y luego lo de llevar el río por otro sitio: ¿Usted sabe los que murieron allí? Y todo el día poniendo "pegas eléctricas" en la ladera de allá, y pum, y pum y pum... Nos tenían sordos. Era peor que este ruido continuo, al fin y al cabo, a esto se acostumbra una; pero aquéllo, cuando menos se lo esperaba una: pum... Mi pobre marido... si usted le hubie-

ra visto, parecía que en su vida había matado una mosca, y era verdad, porque hasta le molestaba que yo las matase dándoles con un periódico doblado contra la pared.

La señora Lobo miró a la pared. Le estuvo dando asco hasta el final. "La Pinilla" estaba riendo.

—¿Qué le pasó? — preguntó.

—¿Que qué le pasó? ¡No lo sabe usted bien! Fué algo horrible, yo no sé qué habría hecho aquel pobre de mi marido para merecer una cosa como ésa. Es lo que yo digo; viva usted toda su vida como una persona honrada y al final, ¿de qué le sirve? De nada. Mi hijo espero que tenga más suerte, porque lo que es mi marido, que no es porque fuera mi marido, pero era un hombre tonto de tan bueno que era, como yo digo, "hazte de miel", aunque a él no fueron precisamente las moscas las que se le comieron. Pero ya ve usted cómo son las cosas: mi pobre Luis me servía muy bien de compañía, me había acostumbrado a él, y aunque no decía ni pío casi nunca, era agradable verle tan quieto siempre, junto a una. Jamás discutí con él, siempre hizo lo que yo decía sin protestar. Los hombres demasiado listos siempre me han cargado.

La señora Lobo buscaba ya desesperadamente una pausa en la interminable charla de "La Pinilla", para decirle que se tenía que marchar. Era infatigable, parecía que hablaba sin tener necesidad de respirar. Una mujer de unos cincuenta años, muy arrugada, con algo de lagarto estúpido en la expresión de su cara: frente huída, ojos redondos y fríos, labios abultados, sin color apenas. La señora Lobo (que había cogido la bolsa del suelo, junto al mostrador de la tienda de Patricio, ya cargada con la carne, la verdura y todas las cosas necesarias para la comida y la cena de aquel día, encontrándose luego con aquella mujer a la que, no supo entonces ni sabía ahora por qué, miró demasiado, quizá — hubiera podido pensar — por un rasgo o armonía de líneas en su cara que le recordó a alguién, aquella mujer sucia que la saludó con la confianza que creyó recibir a la vez que la mirada, y que ya luego no se había apartado de ella hasta obligarla a ir hasta la cocina de su casa, creía recordar que para que le prestara algo — sal, ajos, vinagre... — que en el mercado no tenían (ofrecimiento que no debió haber aceptado nunca, comprendía ahora), vio entrar en la cocina, cuyos olores fuertes y desagradables empezaban a hacérsele in-

aguantables, un perro grande, de orejas caídas, con una pata enferma.

—Es "Luis" — dijo "La Pinilla".

—Yo...

—Le puse este nombre en recuerdo de mi pobre marido.

"Su pobre marido", pensó y rió, harta ya, la señora Lobo.

El perro, con andar cansado, fue hasta la pila y se metió debajo de ella. Se acurrucó junto al montón de basura que había allí y empezó a buscar con el hocico.

—Yo creo que le hicieron un maleficio. La bruja esa de la mujer del carpintero, ¿le conoce usted?, ese carpintero rubio que tiene la mujer más vieja que él, que tiene "un espíritu superior". Porque en este Salto, hay hasta brujas, ¿qué no habrá?, Dios mío. Dicen que los "espíritus superiores" pasan de madres a hijas, y a veces de abuelas a nietas directamente. Porque ¿cómo se explica, si no? Mi pobre Luis no fumaba y no le creo capaz de haberlo hecho aposta, ¿para qué? El pobre... Algún día me las pagará esa bruja.

—¿Qué le pasó a su marido?

La pregunta de la señora Lobo fué hecha con impaciencia, con la suficiente brusquedad para cortar a "La Pinilla".

—Era guarda del polvorín, que estaba entonces en una caseta de madera, en lo más alto, cerca de la carretera. Se pasaba allí las horas muertas, leyendo un periódico, yo creo que era siempre el mismo. Entonces mi hijo no trabajaba todavía en el taller y mi niña vivía con nosotros. Y ya me ve usted ahora, sin poder arreglar la casa, yo sola, que no es porque lo diga yo, pero siempre me ha gustado tener las cosas limpias como los chorros del oro.

Inició la sirena su grito fuerte y ascendente.

—Perdone... — dijo.

—Sí, claro. Qué pronto toca la sirena, me parece más pronto que otros días. ¿Pues sabe usted lo que le pasó a mi marido? Fíjese: él no fumaba. Un día se oyó una explosión muy grande. Yo me dije: "El polvorín". Cuando llegamos, no había nada, sólo restos de tablas y cosas negras. Si hubiera usted visto cómo grité. Mi pobre hijo, llorando, recorrió la explanada con una carretilla por si encontraba restos de mi pobre marido. Y encontró, ¿qué cree usted que encontró? — "La Pinilla" sollozó bruscamente, casi una tos sin acabar, y continuó, tranquila otra

vez. La sirena estaba muriendo ya prolongadamente –. El corazón de aquel pobre marido mío, que latía todavía dentro de la carretilla cuando mi hijo me lo trajo, ¡ay!, Dios mío.

–Debió ser terrible – dijo la señora Lobo, detenida en la puerta –. Pero el corazón...

–Sí, sí – dijo "La Pinilla" –, latiendo todavía.

Salió María del pabellón donde vivía "La Pinilla" y fue hacia la carretera. Varias mujeres venían del mercado con sus característicos capachos, inclinadas hacia el lado contrario del que lo llevaban. Saludó a la señora del Jefe de Talleres. Un poco más adelante, se cruzó con ella un grupo de niños que venían de la escuela, con sus jorobas de cuero repletas de libros. Los tapabocas sueltos, unos arrastrándole, otros sin anudar delante, flotando detrás de su carrera inútil y alegre. Tuvo que apartarse cuando uno de ellos, sin verla, lanzó una piedra con la intención de que quedara a menos de un palmo de la piedra que acababa de lanzar un compañero suyo.

–¡Niños! – dijo.

Pero siguió sin mirarles, casi apenas mirada por ellos, que siguieron su juego.

–"¡Herida!" – dijo el que acababa de lanzar la piedra, corriendo hacia el lugar donde había caído.

–No le ha tocado, no le ha tocado – dijo el otro.

–Mentira, sí que le ha tocado – gritó el primero, junto a la piedra.

–¿Verdad usted que no le ha tocado? – Por un momento, María se contagió de la preocupación de los niños, estuvo a punto de concederle a su juego la enorme importancia que ellos le daban.

–No – dijo –. No me ha dado.

Una feroz discusión surgió entre los dos niños. María vio a su hijo.

–¡Cuchín! – le llamó –. A casa, ¡venga!

Cuchín vino corriendo hacia ella. Se dejó limpiar los mocos. Después, la madre le envolvió con la bufanda hasta la nariz.

–Te he dicho que vengas corriendo a casa en cuanto salgas de la escuela. Con el frío que hace...

Se ajustó ella el abrigo.

–Vamos – dijo.

Al final, se veían ya los primeros empleados y obreros que regresaban del trabajo.

Cuando llegó su marido, María había frito ya los huevos.

–Juan, tenemos que coger una criada. Yo no puedo ir a la compra y preocuparme de la casa y de los chicos al mismo tiempo.

Juan se quitó el abrigo. Dijo:

–Ya hablaremos.

VIII

Miró el cigarrillo cuando empezó a notar calor en los dedos que lo sostenían. Estuvo viendo la excavadora mecánica, la aburrida exactitud de sus movimientos. Se agachaba el brazo largo, al final del cual estaba aquella especie de gigantesca boca que mordía la tierra con sus dientes metálicos, un movimiento de sumisión inútil, acompañado de un ruido de engranajes, de cadenas que cedían un determinado espacio a cada metro de descenso del brazo. Luego, la mordedura, el hambre de aquella máquina con algo de animal prehistórico, el ruido, tenso ahora, de los engranajes, unido ya al del motor, venciendo la tonelada de tierra que levantaba, y después, antes de que terminara el movimiento ascendente del brazo, el giro de toda la excavadora, con la cabina que parecía una casa sobre el enorme tractor, dentro de la cual había un solo hombre, sin el que toda la excavadora mecánica hubiera sido algo muerto, algo sin nacer.

Mariano vio al maquinista haciéndole un gesto desde la cabina. "Se acabó el descanso. Ya viene", pensó. Cogió su pico y continuó, junto a sus compañeros, el trabajo de igualar la salida del túnel. Un nuevo ruido le dijo que la excavadora había descargado sobre la caja metálica del camión. Comenzó a repetirse la serie de ruidos. El arrancar del camión mezclado a la marcha atrás del otro camión que había estado esperando, el motor de la excavadora, y luego, más débiles, las voces humanas, gritos, palabras que no llegaban a él, pero cuyo significado conocía.

—¡Dale...!

Lentamente el camión retrocediendo.

—¡Más..., más..., más...!

El conductor, con una mano al volante, sujeta con la otra la

puerta abierta por la que asoma medio cuerpo para mirar hacia atrás.

—¡Más..., más...! ¡Basta...! ¡Eeeh...!

El camión detenido, colocado ya en el sitio exacto para recibir la carga de la excavadora. Ya esperando, el nuevo camión. Ahora el conductor puede liar un pitillo y encenderle. Con la primera bocanada de humo, la excavadora dejará caer su carga en la caja y tendrá que acabar de fumarle por el camino. Todo el día así.

Mariano seguía picando. Era mejor moverse en medio de aquel frío, con la humedad que subía del río y la corriente de aire que salía del túnel. Se vació de algún odio oculto a través de los brazos y el pico. Lo clavaba en la tierra con excesiva fuerza, sintiendo fuego en sus brazos. Pero había notado más calor mientras fumaba y bebía de la botella de todos. Un calor de otro tipo, sin tanta relación con el cuerpo, aquel cuerpo suyo agachándose con un ritmo más rápido pero no menos exacto que el del brazo de la excavadora, unidos ambos — hombre y máquina — por el mismo gesto cargado de un amargo simbolismo, nacido oscuramente y oscuramente mantenido en correspondencia con una situación real a lo largo del tiempo de los hombres. Había sentido el calor que da la alegría del hombre que está de pie. Pero quizás él no lo supo sino de un modo elemental. Vio venir al capataz, anunciado por el maquinista con el gesto convenido. Continuó picando, uniendo su esfuerzo al de sus compañeros.

"El Asturiano", un obrero de piel terrosa, de cara aguda y ojos grandes, venía por el interior del túnel empujando la vagoneta cargada de tierra. Salvaba los travesaños de los rieles sin mirar, empujando con todo su cuerpo, las manos aferradas a la chapa posterior de la vagoneta. Cada dos travesaños se apoyaba con el pie derecho en uno. Su cuerpo emergía después, al terminar la presión de una de sus piernas. Luego volvía a hundirse, agachando la cabeza para aprovechar toda la tensión de sus músculos. Se alargaban los brillos en el túnel cilíndrico casi hasta la salida, hasta el círculo de claridad final donde se veía parte de la excavadora, un trozo de la ladera opuesta y el río. Vio a otros obreros picando en la misma salida. Había llegado al punto en que empezaba el descenso más pronunciado. Se irguió y fue, junto a la vagoneta, más que empujándola, frenándola

con una sola mano. El túnel no brillaba en este trozo. Pasó entre los maderos que sujetaban los encofrados para el cemento. Luego llegó al último tramo del túnel, sin enfoscar todavía.

—¿Aún hay tierra por allí? — le saludó uno de los obreros que picaban la salida.

—Y la que habrá — dijo.

Siguió con la vagoneta hasta donde debía volcarla y, después de hacerlo, regresó. La vagoneta sonó más alegre, con vibraciones libres.

—Eh, tú, pigmeo — oyó.

Vio al maquinista de la excavadora haciéndole gestos. Se detuvo.

—¿Qué quieres?

—Se saluda, por lo menos. ¿Y tu mujer? — Sus gritos dominaron todos los ruidos, un poco ahogados en el lejano rumor de los alrededores.

—Así, así — dijo "El Asturiano" —. Gracias, chico.

Siguió. Pasó por delante de los que picaban. Le preguntaron también.

—Gracias — dijo él.

Mariano le dio un pitillo liado.

—¿Será verdad eso de la "semana inglesa"? — le preguntó Mariano.

—Psché... — Soltó a presión la primera bocanada —. ¿Tú qué crees?

—Pensar que a estas horas estaríamos en casa...

Se oyó toser. Era un obrero joven, de aspecto fuerte y tosco.

—¿Qué le pasa a ese?

"El Asturiano" fumaba casi sin interrupción.

—Tendría que estar en un hospital o sanatorio... Creo que se lo están arreglando... ¿Tú sabes el frío que se pasa aquí...? Echa un trago.

"El Asturiano" bebió empinando la botella. El vino cantó alegremente en su garganta. Se limpió con el dorso de la mano.

—Me voy a mi "hogar" — rió. Empezó a empujar la vagoneta —. ¿Y el capataz?

—Estuvo aquí antes.

Volvió a entrar en el túnel. Mariano le vió hundirse en la progresiva oscuridad.

—Chico, ven aquí a echar un trago — llamó con la botella al muchacho que había tosido antes.

—¿Qué le pasa a su mujer? — preguntó Matías. Bebió.

Mariano fumó.

—Nada — dijo. Se le cayó la lumbre del cigarrillo, mal liado. Sacó el encendedor de mecha larga y amarilla, y encendió. Habló entonces —: Su mujer, que está por abrirse y tiene dificultades. Está malucha.

—Sí — dijo el muchacho, después de beber por segunda vez —. ¡Uf, qué frío!

Taconeó el suelo. Mariano vio a los otros obreros descansando también. Uno de ellos tenía otra botella. "Pensar que podríamos estar a estas horas en casa..."

—Hoy es sábado, ¿verdad? — preguntó.

—Sábado inglés — rieron varios obreros.

Matías volvió a toser.

—A picar — dijo uno —. Nos moriremos de frío aquí charlando.

IX

Hoy ha vuelto a acercársele ese muchacho, Pedro. No sé lo que puede querer. Está como obsesionado con algo.

—Es extraño — dijo Ramos. Siguió andando junto a Lobo. Llegaron a su casa. La mujer de Ramos estaba a la puerta, sujetando al hijo de Lobo, Chuchín, sobre el lomo de "Boby", el gran perro lobo que guardaba la casa.

—Buenas tardes — dijo ella —. Su hijo está hecho un magnífico jinete.

—Papá, papá... — corrió Chuchín hacia su padre, que se inclinó para besarle.

—Pero, ¿qué haces tú aquí?

Le cogió en brazos, le elevó y le dejó en seguida en el suelo. Luego preguntó.

—¿Y su hijo, saben algo de su hijo?

Flotó, en el recuerdo de los tres, Manolo, que trabajó en el almacén hasta los dieciocho años, adquiriendo fama de muchacho divertido en el Casino, en el frontón y en la explanada, donde paseaban los chicos y chicas del poblado. Entonces, cuando acababa de cumplir sus dieciocho años, decidió irse voluntariamente al ejército, antes de que le llamaran. Desde allí continuó creando la imagen que ahora flotaba en la memoria de sus padres y de Juan: el muchacho que se afeitó la mitad de la cabeza por una apuesta, el muchacho que contaba los chistes más explosivos, el muchacho que ganaba en el frontón hasta a los vascos del Salto, el muchacho que se pegó con el almacenista "El Negro" y no perdió, el muchacho que atravesó a nado el embalse. Chuchín también le recordaba como el que le hacía las espadas y las hachas de indio, ahumadas y todo. Ahora mismo llevaba colgado de la cintura el tirador más famoso de todo el Salto, hecho y regalado por Manolo.

Colgado de un hombro llevaba también aquel fusil de madera que disparaba con unas gomas. Y en el cinturón, la envidiada pistola con funda. Eran, los tres, obra de Manolo.

—En la última carta nos decía que estaba en el calabozo — dijo la madre —. Pero ya le habían cortado el pelo al cero antes. Nos envía una foto, si usted viera, de la nuca pelada, que es que da verdadera pena. Se la tengo que enseñar.

—¿Y el suyo? — dijo Ramos. Estaban riendo los tres.

—Sigue estudiando... Eso nos dice. Ya veremos al final qué pasa — dijo Juan.

—Este hijo mío no sé a quién habrá salido — dijo la mujer de Ramos. Había orgullo en sus palabras, un orgullo de madre dispuesta a admirar en su hijo hasta los vicios, sin dejar de lamentarlos al mismo tiempo. Ramos rio.

—A mí, desde luego — dijo —. Ya verás cuando le dé por ponerse serio.

Lobo se despidió. Con Chuchín de la mano, cruzó la carretera. Vio a su hija que iba hacia la explanada.

—En casa a las nueve y media, ¡eh! — le gritó.

La hija le hizo un gesto de obediencia y le contestó:

—Sí, sí..., bueno, papá.

Se apresuró, sin volver ya la cabeza.

Su mujer le abrió la puerta antes de que él llamara.

—Te vi venir desde la ventana.

Le ayudó a quitarse el abrigo. Él dejó la boina en el perchero.

—¿Qué tal la nueva criada? — preguntó.

La nueva criada era Vitorina, que hasta entonces había estado sirviendo en casa del ingeniero jefe.

—Muy bien, aunque no sé todavía si sabe hacer las cosas — dijo ella.

—¿Por qué la echó la señora del ingeniero jefe?

—Ah, no creas, por nada. Fue que trajeron una cocinera y dos doncellas de la ciudad, ¿comprendes? Hay que presumir...

Al final del pasillo asomó la cabeza de Vitorina.

—Las patatas están cociendo ya, ¿qué hago? — dijo.

—Apártelas.

Entraron y se sentaron en el comedor, que era a la vez cuarto de estar, ya convenientemente distribuido, los muebles en su sitio, incluso los cuadros en las paredes, unos cuadros que en-

marcaban fotos de su boda, de la primera comunión de los hijos, de las bodas de los familiares cercanos... También había un cuadro, en cartón y con marco de madera, que representaba a un pescador vencido por el pez.

—Juan, ¿cuánto durará tu trabajo aquí?

—No lo sé — dijo él —, dos años más... o quizá tres o más... No sé.

—¿Y qué piensas hacer luego? Ya sabes por qué te lo pregunto. Me gustaría que alguna vez dejáramos esta vida de gitanos, de aquí para allá... Ir a vivir a algún sitio, una ciudad pequeña, pero para siempre.

—Eso no depende de mí — dijo él.

Siguió descalzándose.

—Sí, sí, ya lo sé... Pero tampoco pones nada de tu parte. Si pidieras un puesto fijo...

—En una central, tendría que ser.

—Bueno, quizás eso sea mejor que estar toda la vida de un lado para otro.

—No sé — dijo.

Se puso las zapatillas que le había traído Chuchín. Su mujer cogió del suelo los zapatos y los llevó a la alcoba. Tardó un instante en regresar.

—Juan — habló desde la puerta.

—Ya veremos — dijo él.

Juan se acomodó en el sillón. Su mujer salió para mirar la cena. Sentía de un modo impreciso la necesidad de paz, de quietud, que su mujer le pedía. Oía a todas horas la interior, lejana e inexcusable llamada del trabajo, la voz familiar de la máquina dominando las ambiciones materiales y espirituales que le invadían en algunos momentos. Apenas se daba cuenta de ellas. Había que trabajar. Después vendría el descanso. "Descanso", para él, no era lo que para otros hombres. En toda su vida muy pocos días había dejado de trabajar. Fueron los peores, los más aburridos, los más cargados de esa quietud terrible que le angustiaba. Porque él trabajaba con alegría, quizá disfrazada a veces de resignación — y en el fondo lo era — para no resultar demasiado extraño ante los demás y, acaso, ante sí mismo. Indudablemente, descansar no era para Lobo dejar de trabajar. Identificaba de tal modo vida y trabajo que su miedo al descanso era equivalente al miedo a la muerte de los otros.

Algo trágico le acechaba cotidianamente a la salida de la central, cuyo temor crecía dentro de él a medida que el ruido de los alternadores decrecía al alejarse. Juan puso la radio a toda potencia. "Hasta que no acaben el muro no podré montar la turbina del Grupo IV. Necesito la grúa", pensó. La habitación estaba llena de los ruidos de dos emisoras, música y palabras mezcladas a extraños silbidos intermitentes. Juan seguía hundido en sus pensamientos, sin darse cuenta del escándalo de la radio. "Necesito la grúa." Estaba silencioso y quieto en el sillón, en actitud de honda meditación.

X

GERVASIO la besó debajo de la escalera.

—Es tarde — murmuró ella.

El último trozo del domingo iba muriendo entre ellos, entre sus cuerpos abrazados, en aquel rincón de oscuridad y abandono, refugio y templo no sólo de los ritos prohibidos del amor, sino, por la mañana, escenario también de los juegos más secretos de Chuchín y sus amigos.

—No, Gervasio — se oyó.

La actitud de sus cuerpos era prolongación y consecuencia del baile en el nuevo "Salón", en el "Gran Salón" como se llamaba ahora. Tenía a la entrada la taberna y desde ella se pasaba a un local, más grande que el que quedó bajo el agua, en el pueblo viejo. Pero era la misma música del organillo, los ritmos rápidos de siempre que hacían saltar a los pies toscamente calzados o deslizarse sobre las baldosas brillantes, con más facilidad que sobre la tierra aplastada del viejo local. Gervasio había bailado toda la tarde con ella. Luego la acompañó hasta el Salto, mucho antes de lo que él tenía pensado. Pero ella quería llegar "antes que los señoritos".

—Van a venir... Gervasio — se estaban entreteniendo demasiado en la despedida. No hizo ningún movimiento para separarse. Algo, el viejo miedo, mezcla de placer y muerte, tantas veces sentido con Gervasio desde aquella primera noche en que "El Cholo" le interrumpió y heredó. No pensó ella nada. Siguió abrazada a él, inmovilizada por una sensación física más fuerte que su deber, o lo que ella consideraba su deber.

—Vitorina — dijo él. "Vitorina" nada más.

Se arrancó de sus brazos y subió la escalera corriendo, notando la mirada de él en sus piernas. Quedó entre los dos, en

la distancia que fue creando el golpeteo menudo de sus pies sobre los escalones, una sensación material de algo frustrado, inacabado, por lo menos. Él la odió como nunca con aquel amor directo, sin palabras, que le producía dolor de cabeza cada noche de domingo. Aquella necesidad de mujer, de aniquilamiento mutuo con otro cuerpo. Fue como herir la tierra con la azada sintiéndose uno herido y alegre, los pies cubiertos, no por la posible cosecha, en la que no se piensa, sino por el gozo masculino de sembrar. Vitorina llegó al rellano y, quizás arrepentida, se volvió. Él estaba abajo todavía, mirándola, en la misma postura sin acabar en que le dejó. Le saludó brevemente y abrió la puerta. Había visto sus ojos demasiado abiertos, y ella sabía lo que significaba esto, sabía, sobre todo, que no podría resistir muchos segundos viéndolos sin bajar otra vez la escalera.

Se detuvo. No se atrevía a entrar, una masa de oscuridad delante de ella, se oponía a su avance. Sabía que a la derecha estaba el perchero, con la boina del señor (hoy, por ser domingo, no la habría usado), a la izquierda los dos cuadros grandes que tanto la divertían. Podía ir sin tropezar con nada, todo recto, hasta la última puerta del pasillo, la de la cocina. Pensó que podía encender la luz girando el interruptor que había junto a la puerta de entrada, pero lo pensó de un modo superficial, bajo el supuesto de que ella no hubiera sido ella. Lo había visto hacer a su señora muchas veces. Hasta Chuchín, recordó, se empinaba y giraba los interruptores. De haberlo hecho ella entonces, hubiera sido por primera vez en su vida. "No tocaré yo esos "chismes" del demonio." Su cerebro no podía admitir que aquel hecho extraño se realizara sin peligro: tocar en un aparato que está en una pared para que se encienda una cosa ("lámpara", "bombilla") que está en el centro del techo, de un modo instantáneo, casi milagroso. Toda la habitación se llena de luz. Sentía miedo y no trataba de justificarlo, quizá lo tenía justificado o, simplemente, no tenía necesidad de ello. El contacto de sus dedos con el interruptor lo imaginaba ella como agudamente doloroso. Su imaginación, borrosamente, calculaba para después consecuencias fabulosas. Estaba detenida en la puerta, pero su duda no era respecto a si encendería la luz eléctrica o no, sino sobre su decisión de entrar y hundirse en la oscuridad del pasillo. Cerró la puerta y avanzó, después de haber recordado que en el cajón de la mesa de la cocina había

una vela. No tropezó con nada, a pesar de la sensación que tenía de irse desviando hacia la derecha. Buscó en el interior del cajón hasta dar con el tacto untoso de la vela. Encontró también la caja de cerillas. Encendió la vela y el progresivo crecimiento de la llama no contrastó con la idea que ella tenía forjada de la luz por el uso diario de candiles en Aldeaseca. La luz de la vela era viva, palpitaba continuamente haciendo temblar los límites de las sombras y produciendo en torno a ellas una zona de penumbras. Todo natural, como siempre. No aquella luz extrañamente quieta, dura e igual, que emanaba del interior de una pompa de cristal. Vitorina colocó la vela sobre el fogón soldándola al metal con un poco de cera, y se puso a preparar la cena. Empezó a cantar en voz baja. No pensó "voy a cantar esto o aquello", sino que, sencillamente, empezó a cantar en voz baja, sin dejar de cortar la verdura. Habría oído, quizás, aquella canción en la feria de su pueblo, algun año, al hombre viejo que venía siempre por aquellas fechas, lleno de andrajos, acompañando la melodía monótona de los versos con un pequeño banjo.

Estando Elena
bordando corbatas,
estando Elena
bordando corbatas,
con dedal de oro
y aguja de plata...

Se iba emocionando con su propia voz, dejada escapar entre los labios apenas separados. Casi no articulaba los sonidos, su cantar era algo intermedio entre el tarareo y el lenguaje.

pasó un caballero
pidiendo posada,
pasó un caballero
pidiendo posada:
—Si mi madre quiere,
yo de buena gana,
—Si mi madre quiere,
yo de buena gana...

Vitorina seguía cortando la verdura con una precisión inconsciente. El cuchillo le rozaba las yemas de los dedos, y sus ojos estaban en la vela o en las sombras vivas de las cosas de la cocina. No imaginaba nada. Crujían las hojas de la verdura entre sus manos y casi era más fuerte este ruido que las palabras deformadas de su canción. Cuando acabó, dejó el cuchillo en el fondo de la pila y colocó el barreño de la verdura debajo del grifo.

y cogió un cuchillo
y la degolló,
y cogió un cuchillo
y la degolló...

El agua hizo un ruido hueco y blando al caer sobre la verdura. Poco a poco se convirtió en un ruido de agua sobre agua. Frotaba Vitorina las hojas de la verdura apretándolas entre sus manos, la escurría y la dejaba luego en un plato que tenía roto el borde.

y en mitad del campo
allí la enterró,
y en mitad del campo
allí la enterró...

Dejó el puchero, la verdura ya dentro, junto al hornillo eléctrico que tampoco se atrevió a encender. Empezó de nuevo a canturrear el viejo romance, sentada en la silla blanca.

Estando Elena
bordando corbatas...

—Vitorina — oyó. Había oído antes el ruido de la puerta al abrirse. Luego el chasquido de un interruptor. Chuchín apareció en la puerta de la cocina.

—Hola.

—Pero, Vitorina, ¿por qué no ha encendido la luz?

—Ay, señorita, me dan mucho miedo los "chismes" esos. No los he tocado en mi vida. Con su permiso, me voy a traer un candil del pueblo.

—Eso son tonterías — dijo la señora Lobo. No se había quitado el abrigo todavía —. Mire — giró el interruptor de la cocina. Desaparecieron las sombras y penumbras que producía la

vela. "Qué gente tan atrasada", pensó. "Son todos así o peor", le dijo luego su marido —: ¿Todavía no ha puesto la verdura?

Enchufó el hornillo con un movimiento seguro. Sonrió.

—Le da miedo también, ¿eh?

Puso el puchero sobre el hornillo.

—Qué sé yo lo que puede pasar — dijo Vitorina.

María salió. No quiso contestar, le pareció demasiado absurdo aquello.

XI

Vio alejarse a su marido por la carretera. Hacía más de un cuarto de hora que la sirena había tocado y aún pasaban obreros de regreso del trabajo. Desde la puerta del pabellón, la mujer de Ramos miró las últimas luces de la tarde arrastrándose hacia la silueta de las colinas de la orilla opuesta. Parecían sin fuerza, luces cansadas que iban quedándose en sombras antes de llegar al río. Los empleados desaparecían en pequeños grupos por las calles, entre los pabellones alineados. La mujer contempló a su marido, el único hombre que iba a la central, y creyó oír los saludos de los que se cruzaban con él. Luego le vio detenerse con alguien que no pudo reconocer en la distancia. "Ruiz", pensó. Recordó las últimas palabras de él: "Voy a dar una vuelta al túnel. A ver si los vigilantes vigilan de verdad". Le había llamado, antes del toque, el ingeniero jefe, y fue al regreso de su entrevista con él cuando pasó por su casa para decirle a su mujer que tenía que bajar al túnel. "¿Qué te quería?", le preguntó ella. "Nada, que cuándo era la voladura. Esta tarde hemos acabado de colocar las cargas en la entrada." Aún seguía ella mirando hacia donde su marido hablaba con alguien que no podía reconocer. "No es Ruiz", pensó ahora.

—Lobo tenía razón — dijo Ruiz —. El aliviadero está socavando la base izquierda de la presa demasiado de prisa.

—La única solución es la cuchara de cemento. La erosión es terrible.

Ramos miró a Ruiz con interés. Recordó algo oído en el Casino.

—¿Cómo va ese catarro? — preguntó.

—Mañana voy a la ciudad. Me preocupa un poco, por si no

es sólo catarro –. Se tocó inconscientemente el pecho. Siguió –: Pero me dará tiempo a hacer unas fotos de la voladura. Será algo impresionante.

Se imaginó la avalancha de agua, volada la gruesa pared de tierra que le impedía entrar en el túnel.

–Ya lo creo – dijo Ramos.

–¿Pero ahora baja al túnel?

–Sí. Quiero comprobar que está todo preparado para la voladura. He puesto unos vigilantes, pero sólo me fío de mí.

–Eso se llama amor al trabajo – dijo Ruiz.

–Hasta luego – rio Ramos –. Que no sea nada eso.

La noche era sin luna. Las estrellas parecían más grandes que otras veces. Anduvo unos pasos desde el pozo por el que había salido hasta las piedras que estaban sobre el borde del embalse. Tranquilamente, lió un pitillo sentado en una de ellas. "La de agua que debe haber aquí", pensó. Buscó un brillo o una claridad en la gran mancha negra del embalse, que parecía moverse pequeñamente sin romper su amenazadora y grande quietud. Respiró hondo. Con la caja de cerillas cerró el hueco que había formado con las manos. Hacía aquello por costumbre, aunque esta vez no había viento. Al resplandor de la cerilla sus manos parecieron de sangre endurecida. Tenían los bordes y las uñas llenos todavía de tierra seca y polvo de cemento. La mano derecha completaba por debajo la cavidad, sujetando en el centro la cerilla. Era como un pequeño hogar, al que acercó el pitillo. Las dos manos y la caja de cerillas se separaron al mismo tiempo que el primer humo quedaba delante de los ojos y lentamente se alejaba sobre una brisa imperceptible. "Uf, si hago esto allá abajo", pensó, "la que se arma. No hay quien aguante allí abajo, sin poder fumar". Recordó con la piel la humedad pegajosa del túnel, aquella sensación de estar bajo toneladas y toneladas de agua, sólo sostenidas por una pared de tierra y dinamita. Horas sin fumar, la superficie curva del túnel, las cajas vacías de los paquetes de dinamita, el explosor, y aquella resonancia extraña de las voces, de los ruidos pequeños, que le hizo preferir el silencio y la quietud. El olor a tierra interna le obsesionaba. Parecía como si estuviera rodeado de cadáveres recientes, envueltos en grandes montones de flores marchitas y tierra removida, blando todo

por la última lluvia. Se oía el ruido de los alternadores filtrado, lejano y próximo. Estuvo lleno de estas sensaciones, no pensando, sentado sobre las piedras ante el embalse y la noche. El cigarrillo se alegraba a intervalos, veía él su resplandor mínimo aumentar cada vez que daba una chupada, o cuando le golpeaba haciendo caer la ceniza. Pensó luego en algo poco concreto, un paisaje vivido hacía años, con rumor de ovejas triscando y de espigas que negaban con una insistencia amarilla lo que el viento les pedía. Miró con fuerza contra el agua, trató de descubrir su pueblo hundido. Con el cigarrillo entre los labios se agachó para descalzarse la bota que le hacía daño. "Las "cholas" eran más cómodas", estuvo pensando mientras movía los dedos del pie y se lo acariciaba con las manos. Notó húmedo el cigarrillo entre los labios, la saliva le fluía sin querer en la postura que tenía. Cogió el cigarrillo con la mano que había acariciado el pie. Se lo puso otra vez en los labios y se calzó. El último humo del cigarrillo salió de su boca con lentitud, casi con voluptuosidad. "Tengo que bajar ya, se me acabó mi turno". Quiso recordar la dinamita que había colocada en la entrada del túnel. "Mucha, desde luego". Fue hacia la boca del pozo y, sin detenerse, tiró la colilla, que pareció protestar haciendo saltar sus chispas. "La que se armaría allí abajo con esto". Siguió andando hacia la boca del pozo.

Ramos llegó hasta la entrada del puente sobre el aliviadero y se desvió hacia su derecha. Caminó un rato a través del campo, viendo delante de él, entre los árboles, el brillo triste de la superficie del embalse. El humo de su cigarrillo se mantenía un momento delante de su cara, resbalaba luego por ella, y se deshacía en jirones azules detrás de él. Sintió frío. Se cerró la cremallera de la cazadora y se caló la boina. Llegó hasta la boca de uno de los pozos con escaleras metálicas que servía para bajar al túnel. Tiró lejos el cigarrillo, apenas mediado. "La dinamita...", pensó. Levantó la tapa y apoyó un pie en el primer escalón. Se detuvo un instante, con la cabeza a ras de tierra. Le había parecido oir algo. Nada, era su propio brazo que había movido unas piedras pequeñas junto al pozo. Comenzó a descender, alternando pies y manos, notando la corriente de aire cálido que subía. Supo que llegaba al túnel, no por cualquier dato exterior, sino por una costumbre de varios

meses, algo como un instinto provisional que se le había ido creando. Oyó entonces una voz debajo de él.

—¿Quién es?

Era Mariano.

—¿Por qué te has quedado tú? — Bajaba ya el trozo de escalera que colgaba, al aire, desde el final del pozo hasta el suelo del túnel.

—Es que la mujer del "Asturiano" está para dar a luz y ya vé.

Ramos vio a otro obrero sentado sobre un cajón, leyendo una novela a la luz mortecina del candil de minero.

—Y el otro... Teodoro... ¿dónde está? — preguntó a Mariano.

—Le ha tocado el turno para subir a fumarse un cigarro. Toda la tarde aquí... Nos hemos sorteado y le ha tocado a él el primero, ¿no le parece mal?

—Nó, nó, — dijo Ramos —. Ya os vá quedando menos, los otros vienen a las dos.

Fue hacia el otro obrero, que al verle acercarse, se levantó sin dejar la novela.

—Aburrimiento, ¿eh? — le dijo.

Sonrió el obrero sin contestar, estiró su cuerpo. Quiso dejar la novela sobre el cajón, se le cayó al suelo, pero no la recogió. Ramos vio en la pared cilíndrica su propia sombra agrandada y deformada, algo monstruoso que por un momento le causó una desagradable impresión. Regresó junto a Mariano.

—Ninguna novedad, ¿no?

No fue creado el silencio por ellos, después de la respuesta esperada de Mariano. Existía desde antes y sus voces no lo habían roto, simplemente habían servido para comunicarse unas noticias más o menos importantes. Ahora callaban los tres. El obrero que dejó de leer al acercársele Ramos seguía de pie, sin atreverse a continuar la lectura, a sentarse por lo menos, extrañado de la situación creada por un respeto inútil, pensaba, que para lo único que servía era para dejarle impaciente hasta que el señor Ramos se marchara o le autorizara a sentarse. "¿Qué pasará con Jones?". Su impaciencia, su intriga, tampoco sonaba en el silencio cilíndrico del túnel. Ramos fue hasta el tapón de tierra que aún, durante catorce horas, continuaría impidiendo la invasión del túnel por el agua del embalse. Tierra sembrada ya de dinamita, madurando sordamente la cosecha

de violencia que la haría volar en pedazos para dejar paso al agua. Examinó las perforaciones donde estaban depositadas las cargas de explosivo. Comprobó algunos cables. Se volvió de pronto.

—Mariano — dijo. No habló hasta que Mariano llegó cerca de él —. ¿No se pudo encontrar otro cable, por fin?

No le pedía respuesta. Sabía que no se pudo encontrar otro cable, y lo preguntaba ahora para justificar, una vez más, en su cerebro, aquella respuesta única que valía para todas las preguntas de ese tipo. "No se puede trabajar así. Con materiales malos y viejos, sin medios apenas..." Ramos notó el calor y la humedad que se desprendía de la tierra.

—¿Has notado ese olor? — dijo —. ¿A qué huele?

Exageró la expresión de oler, haciendo ruido con el aire que aspiraba.

—Vaya si lo he notado. Cuatro horas seguidas aquí... No sé a qué olerá, pero desde luego a nada bueno. Es inaguantable.

Bruscamente, empezó de nuevo el silencio, ese silencio táctil de los locales subterráneos, hecho de imperceptibles ruidos de vida. El rumor de los alternadores funcionando parecía ser segregado por la tierra como la humedad cálida y aquel olor extraño. Desde donde estaba veía Ramos al obrero sentado en el cajón, leyendo otra vez, cerca de la luz que proyectaba su sombra oblicuamente sobre la pared cilíndrica. Un cuadro sin decorado, duro, con algo irremediablemente inhumano. Pero no lo pensó. Se volvieron los dos hacia la pared de tierra y vieron sus sombras, no pudieron evitar verlas, porque se movieron con su giro y quedaron luego quietas, dejándose observar. Tenían una inmovilidad irreal que no creyeron suya y que les impresionó más, porque las sombras tenían el mismo tamaño que sus cuerpos. Fue un instante casi de temor. Ramos miraba su silueta sobre la pared de tierra que, ahora mismo, estaba sosteniendo la avalancha de miles de toneladas de agua: la cabeza demasiado redonda, como si fuera calvo, a causa de la boina que llevaba siempre; el torso como inflado con la cazadora de cuero; las piernas se arrastraban un trozo por el suelo y ascendían luego por la tierra hasta llegar a la sombra del cuerpo. Como si estuviera arrodillado contra la pared, como si él, su sombra, estuviera soportando también, ahora mismo, todo el empuje del agua. Se volvió para decir algo, quizá para

marcharse. El obrero no estaba sentado sobre el cajón, se había levantado y les miraba, a Mariano y a él, asustado, enmudecido por algo que él no había visto todavía. Ramos comprendió de pronto. Giró la mirada hacia el rincón y lo vio. Mariano empezó a gritar.

La viuda de Ramos gritó al oírlo. Cayó al suelo la revista para mujeres que estaba leyendo. "Boby" ladró.

Teodoro venía corriendo desesperadamente, sin notar la bota que le hacía daño. "Y pensar que estuve a punto... el pie en el primer peldaño del pozo... Casi me mata el aire..."

—¡El túnel! —dijo Lobo, dejando la cuchara, y salpicándose de sopa al apartarse de la mesa.

Ruiz comprendió inmediatamente lo que había pasado. No se marchó del sitio al que había llegado en su paseo nocturno. Desde allí veía la salida del túnel. La excavadora estaba cerca. "No les ha dado tiempo a quitarla", pensó. Y en seguida: "No importa... ¿Y si hubiera alguien?".

—¡Eeeeh...! —gritó.

Recordó a Ramos. "Ya no se puede hacer nada, si estaba dentro".

Doña Carmen y doña Luisa interrumpieron su rosario.

—Dios mío —dijeron.

Se miraron. Tenían la misma expresión de terror.

"La Pinilla" salió de su casa corriendo, sin abrocharse la bata.

—¡Ha reventado la presa...! ¡Ha reventado la presa...!

—¡Una imprudencia! —dijo el Ingeniero Jefe. Salió de su casa sin apagar la radio, poniéndose la corbata.

El Administrador preguntó a su mujer.

—Maruja, ¿has oído?

La señora del Administrador dormitaba en un sillón.

La viuda de Ramos lloraba y gritaba todavía. La rodeaban varias mujeres que hablaban a la vez, a borbotones superpuestos, interrumpidos de cuando en cuando por un "Vamos, vamos, doña Isabel".

—...el pobre...; —tan tranquila friendo las patatas...; —...fíjese usted...; —...horrible, horrible, horrib...; —...si es que no puede ser...; —...este Salto del demonio...; —...Creo que se ha salvado uno de los...; —...no lo sabe usted bien, vamos, vamos, doña Isabel, pues sí, como le decía...; —...desde luego, se puede decir que ha nacido... vamos, doña Isabel...; —vamos, vamos...

Isabel lloraba, gritaba, apretaba las manos contra la cara. Había dos mujeres de bastante edad, medio abrazadas a ella, que lloraban y gritaban también. La pequeña sala-comedor, otras veces tan llena de claridad, los muebles coloniales reflejando cualquier luz y convirtiéndola en miel, la pequeña lámpara de madera detenida en aquella postura casi de circo, la alegría de los visillos, de los pequeños paños de colores sobre los muebles, parecía oscurecida ahora por las mujeres que tapaban con sus trajes el barniz claro de los muebles. Se oía de vez en cuando el violento ladrido de "Boby", los estirones que daba de la cadena que le sujetaba en el pequeño jardín.

Acababa de salir Ruiz de la casa y caminaba con Martínez, aún bajo la impresión de las palabras de la mujer. Recordaba aquella cara preguntándole al obrero, mientras le sujetaba por los hombros. "¿Y mi marido?". Como si él fuera culpable y, después de su confesión, fuera ella a hacer justicia con sus propias manos, allí, en medio de la carretera. El hombre dijo que estaba fumando arriba, que él no sabía nada, no le había visto entrar. Agachó la cabeza y tuvo un golpe de llanto nervioso. Ella se abrazó a él gimiendo, débil, olvidada de cualquier norma o conveniencia social por la que le estuviera prohibido abrazarse a un obrero, siendo la esposa o la viuda —aún tenía una duda y una esperanza— del Encargado General de Obras. El obrero se alejó luego, riendo con la garganta entrecortadamente, sin poder evitarlo. Entonces habló Andrés: "Yo me despedí de él cerca de la entrada del puente. Me dijo que iba a bajar al túnel". Llegó la mujer cuyo marido había muerto años antes en la explosión del polvorín. Tenía los ojos desencajados y gritaba continuamente, sin dirigirse a nadie, bajo un fuerte ataque de histeria: "¡Ha reventado la presa...! ¡Ha reventado la presa!". Varias mujeres se llevaron

a la señora Ramos. De lo alto de la carretera venían campesinos de Nueva Aldeaseca, mujeres y hombres, preguntando desde su terror. Las calles del Salto se habían llenado de grupos que comentaban en voz alta la tragedia.

—Ha sido una imprudencia — dijo el Ingeniero Jefe.

Caminaban juntos Andrés y él, carretera abajo. Oyó la frase sin darle atención, obsesionado con algo que empezaba a comprender. Recordó el puño de agua que salió de la boca del túnel derribando a la gigantesca excavadora. Tuvo un escalofrío. Tres hombres, quizá destrozados ya, iban en aquella furiosa masa de agua. Quiso alegrarse de la derrota de aquella máquina alta que trabajaba haciendo reverencias. Le pareció un símbolo. Algo que representaba todo lo que no merecía ni siquiera tocar la tierra. Algo que debía morir irremediablemente. Pensó en los hombres, en Ramos sobre todo, aquel magnífico trabajador y hombre.

—Una gran pérdida — dijo.

—Sí — dijo el Ingeniero Jefe —. La excavadora costó más de medio millón de pesetas, no sé cómo habrá quedado.

Seguían andando, cruzándose todavía con obreros, empleados y mujeres que comentaban los detalles de la catástrofe. Andrés pensaba en los tres hombres. Dos obreros y el Encargado General de Obras. Tres obreros. Fue ahora cuando se dio cuenta de las palabras que había oído un momento antes al Ingeniero Jefe. "No me entendió, ni siquiera me entendió". Le dio asco. "Cuando yo pensaba en los hombres...". Fue como una revelación.

—Por lo menos el túnel no falló. Lástima de Ramos... Habrá que compensar a la viuda.

Andrés sintió el asco en las manos, una necesidad de apretar algo, gritando a la vez hasta quedar vacío de ideas. Eran demasiado opuestas sus dos concepciones, dos mundos, dos modos de entender la vida y de vivirla.

—Perdone — dijo —. Me ha afectado mucho.

No dijo más. Le dejó allí, en medio de la carretera, y fue hacia la residencia. Tenía la sensación de que le acababan de insultar. "Compensar, compensar...". Se hizo las antiguas preguntas sobre el destino. Le era difícil comprender aquel hecho estremecedoramente sencillo: dos hombres se despiden ("Eso se llama amor al trabajo", "Hasta luego. Que no sea nada eso") y, un cuarto de hora después, uno de ellos, no el que cree estar más cerca de la muerte porque le ha parecido notarse los primeros síntomas de una terrible enfermedad, sino el que desea al otro que no sean ciertos aquellos síntomas, muere. "Ramos ha muerto", dijo en voz alta. Recordó que su mujer siempre estaba deseando que viniera su hijo de permiso. "Ahora tiene una razón para que le den permiso a su hijo". Se arrepintió de haberlo pensado. Y aquella extraña impasibilidad de Lobo, el mejor amigo de Ramos, que apenas dio el pésame a la mujer corrió a poner un telegrama al hijo de su amigo. Pero su cara no era impasible. Le pareció haber visto en ella una expresión de dolor vencido. Se preguntó qué podría ser lo que hacía a aquellos hombres elementales vencer de un modo tan absoluto las emociones más fuertes y empezar a obrar, con una aceptación natural, animal, había pensado otras veces. "No", pensó ahora, "hay algo profundamente bueno en estos hombres en apariencia incapaces de sentimientos". Le habían parecido crueles, y ahora sabía que, efectivamente, se portaban de un modo tan cruel, tan necesariamente cruel como la naturaleza. "Tienen tierra en el corazón y dan cosecha una vez al año, pero sólo cuando se les ha herido antes". Le gustó la idea. Comprendía la razón de aquella dura amistad entre Lobo y Ramos. Habían recorrido los dos el mismo camino, los dos habían sido obreros. Más aún, los dos seguían siéndolo. "Ramos ya no", pensó, entristecido. "Pero, ¿por qué?", gritó mudamente. Encontró en su cerebro la posibilidad de una idea pura de la vida que excluya toda suciedad y el incomprensible miedo a la muerte. Estaba detenido ante la puerta de la residencia. Levantó la cabeza. Notaba como si le fuera necesario pisar la tierra y respirar la noche a pleno pulmón para seguir pensando. Se extrañó, de pronto, de la serie de coincidencias que habían hecho que "El Asturiano", el obrero que debía haberse quedado en lugar de uno de los que habían muerto, no sólo se hubiera salvado, sino que hubiera visto empezar a vivir a su primer hijo. "Su mujer dio a luz unos minutos después", le dijo alguien. Sonrió ahora. "Hay una sabia compensación en la naturaleza", pensó. Sintió hambre. Pero no se avergonzó de ello, subió rápidamente los escalones de la residencia, sintiendo una gran alegría por encima de las ideas que aún le preocupaban, por encima del hecho indudable

de la muerte de tres hombres, que él lamentaba sinceramente, y por encima de la preocupación por su salud. Quedó fuera la noche, el ruido de los alternadores, quizá lo único que permaneció impasible en el Salto cuando sonó la explosión en la entrada del túnel.

XII

HABÍA pasado el peligro. Con el túnel funcionando, el desagüe del embalse estaba asegurado. Hasta hubo que cerrar el aliviadero. Se continuaron las obras en la "casa de máquinas", a la que ya le faltaba nada más el muro del lado de la presa y uno de los laterales. Estaba en instalación el Grupo III, y se trabajaba ya en las bancadas para las turbinas de los Grupos IV y V. El embalse se cubrió de una gruesa capa de hielo que duró casi un mes. Lobo escribió en su "Diario del Montaje de los Alternadores de Aldeaseca":

"Día 11, miércoles.

Metí el tercer disco en el eje a las 3,5 tarde. Entró perfectamente y con 200° C. tenía de 5 a 6 décimas más que el eje.

Día 12, jueves.

Puse en la estufa cuatro polos para secar.

Día 13, viernes.

Saqué los primeros cuatro a las 24 horas y puse otra partida. Subí la 2.ª mitad del stator a la bimentación y Buendía empezó a poner los topes en el disco inferior del rotor para los polos. Estos se soldaron con autógena. El punto medio del polo viene marcado por un granetazo en el disco del centro.

Día 14, sábado.

Empecé y cerré el stator. Por la tarde empecé a meter polos, y del primero, por su peso, no entró más que el primer disco. Se clavó allí. Este polo número 2 fue de los que estuvieron en la estufa con 40° C. y yo noté que había algo de deformación. En vista de esto, metí el número 10, que no había estado en la estufa. Este entró por su peso hasta casi dos discos. Después, con pequeños golpes, entró hasta su sitio. En vista de esto

empecé a preparar unos tensores para meterlos a presión.

Día 15, domingo.

Descanso."

Después de misa, los hombres iban al frontón. La taberna "El Voltio" estaba enfrente y en ella se reunían los hombres para beberse el vino apostado sobre el resultado de algún partido de pelota. Jugaban "El Negro", un hombre alto y fuerte, de pelo rizado, que trabajaba en el almacén; Raúl "El Vasco", capataz de obras; un carnicero, y un empleado de la Administración, de poca estatura, delgado, con rostro pálido, cargado de hombros, pero que permanecía imbatido. Sus enormes manos, desproporcionadas con su cuerpo, parecían ejercer una atracción sobre la pelota. "El Negro" se desesperaba con sus saques de "efecto". Después del bote, la pelota salía rodando por la arista de la pared y el suelo. "El Negro" se había roto más de una vez las uñas de su mano izquierda tratando de devolver un saque de estos. La gente rió mucho viendo al gigante del almacén correr de un lado para otro. Saltaba, se agachaba, iba arrastrándose hasta donde calculaba que botaría la pelota y, mientras tanto, el escuálido "Truquitos", así le llamaban, estaba en medio del frontón, apenas sin cambiar de sitio, con una tranquilidad asombrosa que contrastaba con los sudores de su rival. Desde entonces sólo le dejaban jugar contra tres como mínimo. Si jugaba contra uno lo hacía sólo con la mano izquierda o con las dos manos, pero sin moverse de un pequeño espacio señalado con tiza. Nunca perdía: la pelota salía recta de su mano, rebotaba en el frontón con un ángulo inesperado, botaba oblicuamente, cambiaba de dirección en el aire... Las cabezas de los espectadores giraban de un modo exacto siguiendo a la pelota desde la mano a la pared, desde la pared al jugador. Un movimiento pendular, igual, en todos. Sus respiraciones creaban pequeñas nubes que se mantenían un momento delante de sus rostros, y luego se desvanecían despacio. Los jugadores, en alpargatas, con las camisas remangadas, daban gritos para ayudar a las manos en el momento de lanzar la pelota. En la pared lateral, cerca de donde acababa el frontón, varios niños jugaban con una pelota de goma, imitando a los mayores. Sonaban como estallidos los golpes de las manos sobre la pelota, alternados con los botes y con

los choques de la pelota contra el muro, más secos, con una resonancia que se iba perdiendo hasta hundirse en el gran silencio del Salto. Porque el tiempo y la costumbre habían convertido el ruido continuo y enorme de los alternadores en un gran silencio que parecía estar pegado a la tierra y a la madera gris de los pabellones. Era ya un ruido que nadie notaba, no se pensaba en él como los primeros días. Formaba parte del ambiente, como la niebla que ascendía del embalse en los días de invierno.

Después de comer, los vascos de la residencia, todos técnicos y empleados, cantaban a coro y acababan persiguiéndose por la carretera, en camisa, entre grandes risotadas.

A media tarde, los obreros del Salto iban a Nueva Aldeaseca a bailar en el "Gran Salón". Dos pesetas la entrada. A la misma hora, los empleados e ingenieros del Salto iban al Casino, con sus mujeres e hijas de más de veinte años. Jugaban ellos al billar, a las cartas, al dominó, mientras las mujeres hablaban con una continuidad semejante a la del ruido de los alternadores y las hijas bailaban con los ingenieros y empleados jóvenes, vigiladas por sus madres que, sin distraerse de la conversación, participaban con miradas y gestos disimulados en la futura elección de ellas. No todos los empleados podían entrar en el Casino. Había una "junta" que admitía o rechazaba a los posibles socios. Se exigía un mínimo de "categoría" para ser admitido. Esto había provocado conflictos como el de "La Pinilla", cuando fue rechazada. Todo el mundo reconoció que ni ella tenía ni su marido había tenido suficiente categoría como para ingresar en el "Club-Casino". "Dónde vamos a parar... la mujer de un guarda...", dijo la señora del Administrador. Pero "La Pinilla" gritó, insultó y llamó criminales a los que olvidaban que su marido había muerto como un héroe. "No como esos señoritos que sólo les engorda el culo de estar sentados". Indudablemente, fue una osadía por parte de "La Pinilla" solicitar su ingreso en el "Club-Casino". No sólo por el asunto de la categoría, sino también por su escasa educación, por su histerismo, y por su hija, sobre todo. "Un día se nos presenta en el Casino esa pindonga ¿y dónde llevamos a nuestras hijas?", se preguntaban las señoras. Los hombres no tenían tampoco ningún deseo de que ingresara. Muchos aprovechaban los viajes de los camiones de la C. E. D. E. para ir a la ciudad a pasar

el fin de semana. Luisita Pinillo, los domingos que venía a ver a su madre, saludaba a casi todos los empleados solteros del salto e incluso a algunos casados. Ellos se turbaban de un modo especial, creyendo descubrir algún secreto sólo con devolverle el saludo a aquella muchacha. Algunos disimulaban haciendo como que no la veían. Su madre sonreía y presumía de hija admirada por todos los hombres. Parecía querer emplear a su hija como base de algo que se proponía. "Si mi hija quisiera...", decía.

Las maestras pertenecían también al "Club-Casino". Pasaban en él todos los domingos, disimulando sus insatisfechas ganas de bailar, en una mesa donde varias señoras hablaban ininterrumpidamente, jugando de vez en cuando a las cartas. La que tocaba el piano, doña Carmen, al final de la tarde, interpretaba los dos valses de Chopin que sabía. Los jóvenes la obligaban a tocar después "El piccolino", "Continental" o alguna otra pieza bailable de moda. Sus dedos recorrían el teclado con movimientos bruscos, casi agarrotados, con la falta de agilidad que parecían tener sus manos, chatas y gordezuelas, una rara mezcla de manos de niña y de mujer.

Este invierno, Andrés no jugaba al ajedrez en un rincón con don Ramón, el médico, mientras bailaban los demás. Infinitas partidas en las que el pequeño doctor, un hombre nervioso, con el cigarrillo mal liado siempre en la boca, que se sacudía la ceniza de los pantalones cada medio minuto, que silbaba una melodía irreconocible, muy bajo.

(—Le toca a usted, doctor),

enlazando el final con el principio, que movía de un modo inesperado, repentino, tirando siempre alguna pieza, con lo que asustaba a los espectadores, que no lo eran de toda la partida, sino del saque nada más o, como máximo, de la primera parte hasta el momento en que el doctor, después de pensarlo mucho, comía el primer peón, y entonces, el último espectador, que había permanecido en una silenciosa espera contemplando indignado cómo el doctor no veía el peón que le estaban regalando, se separaba del rincón sin poder resistir más aquel silbido, aquella especie de rasgeo de guitarra con que el hombrecillo se sacudía la ceniza, aquel menudo temblor continuo de sus rodillas. Este invierno, las partidas empezaban después de comer y acababan cuando la gente venía para bailar. Entonces el ingeniero bailaba con Charito, la hija de Lobo. Un hecho tan simple había provocado comentarios en el Salto, comentarios que, por otra parte, no perjudiciales para ninguno de los componentes de "la nueva parejita", ya que, salvo las envidiosas, a todos les parecía bien aquellas relaciones, que ni siquiera habían sido denominadas así por los interesados. "Mira la gatita rubia de Charo, mírala cómo ha pescado a un ingeniero". "Debía asegurarse antes de si "está del pecho" o no". Por ahora, ellos se limitaban a bailar los domingos y sábados, y a pasear delante de la "Dirección" algunos días.

Desde que la empresa instaló un proyector de cine en una de las salas del Casino, los sábados por la tarde, después de comer, los chicos iban a ver películas de Charlot, de Jaimito o de Tom Mix. Persecuciones accidentadas, baños imprevistos, explosiones, "cow-boys", puñetazos, beso final del bueno, y la joven secuestrada por los malos. Antes de empezar la película, rítmico pataleo pidiendo que fuera "cómica", como anunciaban a veces los carteles.

—¡Có... mi... ca! ¡Có... mi... ca!

Se apagaban las luces y el silencio surgía de pronto. A veces, empezaban de nuevo el pataleo y los gritos protestando de que las imágenes "salieran" al revés. Luz y nuevo apagón. Silencio otra vez, interrumpido de cuando en cuando por risas, aplausos animando al joven vaquero que corre sobre su caballo para salvar a la muchacha rubia, silbidos a la cara del "malo"...

A media tarde empezaba la sesión para los mayores. Los chicos se iban a las rocas, detrás de la "Dirección", y se escondían en las cuevas, espiándose, persiguiéndose, matándose y levantándose luego: "Eso no vale, te he disparado yo antes". Chuchín estaba empeñado en luchar con su hacha de indio y moría siempre antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Los hijos del ingeniero jefe, Carlitos y Toño, hacían siempre de capitanes de banda. Todos estaban de acuerdo en que no valían para este cargo, pero tenían un "meccano" estupendo y un triciclo, y pistolas que disparaban, y un lagarto mandado disecar por su padre. Uno de los juegos preferidos de los chicos era ir a cazar lagartos. Les esperaban mucho tiempo tumbados sobre las madrigueras y cuando asomaban la cabeza se la sujetaban contra la tierra con una rama de árbol en forma de horquilla. Luego se los vendían a "El periodista" que, según les decía, se los comía. Ellos le miraban con cierto asco. La realidad era que el Admi-

nistrador le gustaba mucho la carne de lagarto y se los compraba a buen precio, mucho mejor, desde luego, que el que él pagaba a los chicos. Los niños no decían nada a sus padres para mantener en secreto una fuente de ingresos que les permitía comprar más regaliz del que sus madres les dejaban.

Los hijos del ingeniero jefe tenían también una bicicleta cada uno. Se las habían traído los Reyes el último año. Pero ya las tenían estropeadas. Fue por una tontería. Las tenían en su cuarto y estaban asomados a la ventana, en el cuarto piso del edificio de la "Dirección", donde vivían. Su padre les había castigado a no salir y estaban aburridos. De pronto, se les ocurrió una idea: "¿Cómo quedarán al llegar abajo?". No pudieron resistir la tentación y la curiosidad. "Qué originales son sus niños", dijo la señora de un montador cuando se lo contó la señora del ingeniero jefe.

XIII

BAJABA Andrés despacio hacia la central, más alegre que otros días, silbando y tarareando una canción que había oído en el Casino. Iba sin gabardina, con la cabeza alta, observando cómo la orilla opuesta del río se elevaba a cada paso que daba. De pronto supo la verdadera razón de su alegría, el motivo que, sin darse cuenta, le había hecho no ponerse la gabardina. Era primavera. Le alegró más aún este modo súbito de descubrirlo. No recordaba que le hubiera ocurrido igual otros años. Siempre le fué comunicado por alguien el alegre y sencillo hecho de la primavera. Vio los árboles a los lados de la carretera, con hojas ya, con pájaros que trabajaban sus trinos con un entusiasmo nuevo. Le gustó el azul del cielo, el blanco de las nubes, el marrón y gris de la tierra, el verde de las hojas, reflejados todos en el agua asombrada del embalse. Todo parecía nuevo o distinto, había un perdón en el aire, una frescura joven que hacía olvidar cualquier encrucijada o rincón demasiado oscuro que pudiera llevarse en el cerebro. Sobre el horizonte, se recortaban ahora las columnas metálicas de la estructura. Un bosque de hierro de color purpurina. Los aisladores de porcelana, blancos y negros, parecían extraños frutos de aquel bosque extraño. Andrés no odió aquella vegetación metálica, impulsado por cualquier idea romántica de la naturaleza. Sabía que también a ésos árboles de metal había llegado la primavera. Ascendían desde la central los cables por los que venía la corriente eléctrica hasta la estructura. Por las barras se distribuía luego a las diferentes celdas, formadas por cuatro esbeltas columnas purpurinas, donde los transformadores, los interruptores, los seccionadores y otros aparatos, la preparaban, la controlaban y la dejaban luego huir por los cables que salían hacia la prime-

ra gran columna, cuya forma recordaba a la de la Torre Eiffel, y desde esta primera, los cables volvían a saltar a la siguiente, luego a otra más alejada, y así hasta perderse en el horizonte. Una hilera de columnas entre las que colgaban, combándose, los gruesos cables de alta tensión, que se alejaban hacia las ciudades, con un ruido continuo, mezcla de silbido y canto, algo como el himno al triunfo inevitable del hombre. Andrés vio brillar el sol en uno de los transformadores, un aparato alto y esbelto, con un chasis de hierro pintado en negro. Los aisladores cónicos terminaban en unas barras metálicas, semejantes a las antenas de algunos insectos. La figura de los interruptores era menos esbelta. Sus aisladores tenían un bello color de caramelo tostado. Cada aparato estaba colocado sobre una bancada de cemento, separadas todas ellas por espacios cuyo suelo era también de cemento. Estaba Andrés detenido delante de uno de los letreros metálicos: "No TOCAR. PELIGRO DE MUERTE". La calavera y las dos tibias no eran exclusivamente de hueso, sino que parecían tener todavía carne pegada, como si pertenecieran a un electrocutado. Bordeó la zona peligrosa y llegó a la parte nueva de la estructura. Varios albañiles trabajaban en las bancadas. Uno de ellos era Pedro, el muchacho del que le había hablado Lobo. Se acercó a él.

—Buenos días — dijo.

Los obreros le saludaron sin dejar de trabajar. Llamó a Pedro con la mano.

—¿Qué hay, muchacho? — Le pareció inteligente, por lo menos tenía una expresión más viva y humana que la de los demás obreros de Aldeaseca. — Has ascendido, ¿eh? Hace unos meses estabas de peón.

—Sí, señor — dijo Pedro.

El muchacho era moreno, vestía con el típico mono azul, camisa campesina y alpargatas obreras. Le miraba asombrado de haber sido llamado por un ingeniero, quizá un poco asustado. Recordó Andrés la frase de Lobo: "Está obsesionado con algo".

—¿Manda usted algo? — preguntó el muchacho para salir del silencio incomprensible en que permanecían los dos, uno frente a otro. El sol empezó a iluminar su cara, haciendo más vivos sus colores de campesino. Se oyó el rugido de la hormigonera girando.

—No, nada — dijo Andrés —. Quería hablar contigo sobre lo que le preguntaste al señor Lobo, ¿recuerdas? ¿Por qué le preguntaste eso?

Se ruborizó el muchacho.

—Perdone — dijo.

—¿Por qué? — Andrés le animó a hablar. — No te regaño, hombre. Simplemente estoy interesado en que me lo expliques.

"¿Acaso?"... Le pareció haber comprendido. Pero era imposible. Conocía el atraso de los campesinos de Aldeaseca, aún vivía bajo la impresión que le causó entrar en aquel pueblo con el coche del ingeniero jefe, varios años atrás. Él no había conocido una situación social semejante. Un pueblo verdaderamente primitivo, sin relaciones apenas con los más próximos, no ya con la civilización o lo que se suele llamar así. "Cuando se acabe la central, darán luz en mi pueblo, ¿no?". Recordó que el muchacho le había preguntado esto al señor Lobo. Le preguntó, directamente ahora, si lo que quería saber era si darían luz en su pueblo cuando acabaran la central.

—Era eso lo que le preguntaste al señor Lobo, ¿no? — sonrió Andrés —. Pues sí, la darán. ¿Es que te gustaría a ti hacerlo?

Pedro permaneció en silencio unos segundos. Luego, bruscamente, levantó la cabeza y habló.

—¿Pero se podrá dar a todo mi pueblo a la vez? Yo no sé cómo se hace.

Andrés descendía sólo en el "plano inclinado". Miró todavía hacia arriba y vio la parte alta de la estructura. Le emocionó el recuerdo de su conversación con Pedro. Un campesino de dieciocho años que apenas hacía unos meses que trabajaba en la central de albañil, obsesionado con la idea de ser él quien cierre el interruptor para dar luz a su pueblo. Algo sencillo y esperanzador que, en medio de aquella realidad de vida renovada por la primavera, le pareció un motivo más de fe en la naturaleza, en el luminoso destino final del hombre sobre la tierra. Parecía inexplicable, sin embargo. Intentó imaginarse el proceso mental del muchacho para llegar a concebir una idea aparentemente tan simple, pero que suponía en él una capacidad de pensar, ciertos conocimientos, la superación del miedo ancestral de su pueblo por todo lo inexplicable. "Querer dar luz a su

pueblo". Le pareció poética la idea. Era como si el mismo pueblo se quisiera dar luz a sí mismo.

Había entrado en la central. Tomó en el cuadro de mando los datos que necesitaba y fue luego hacia el ala en construcción. Vio varios andamios y carpinteros que trabajaban en los muros. Otros obreros estaban trabajando, también sobre andamios, en la prolongación de los railes de la grúa. Pero donde había más era en las cámaras de las turbinas para los nuevos grupos. De regreso, pasó ante Lobo, que dirigía el trabajo de varios montadores y obreros, en el Grupo III. Llevaba mono, como un obrero más.

—El muchacho ese, Pedro, ¿sabe?...

Lobo miraba su boca, leyendo lo que decía, imposible de oir a pesar de los gritos. Los alternadores seguían gritando con la locura de sus miles de giros por minuto.

—Es curioso — le pareció entender a Andrés.

En torno al generador en montaje, papeles y trapos, impregnados de aceite o grasa de máquinas, despedían un fuerte olor. Continuó hacia la salida, despacio, observando los manómetros que había junto a los dos grupos en funcionamiento. Se detuvo ante uno de los cuadros de madera en la pared con la "Legislación de Accidentes del Trabajo". Leyó algunos párrafos.

"I. — Síncope por parálisis respiratoria.

Si es posible enviad, por un médico..."

Rió.

"... y sin pérdida de tiempo a la víctima, aunque parezca estar muerta.

a) Interrúmpase inmediatamente la corriente: con un movimiento firme y rápido, separar al accidentado del conductor eléctrico...

b) Comiéncese seguidamente la respiración artificial: ... en cada momento de retraso se pierde una posibilidad de salvación...

El personal debe adiestrarse en estas prácticas de salvamento."

Examinó los dibujos representando los dos momentos de la respiración artificial.

"II. — Primer tratamiento de las quemaduras.

Recomiéndase un ungüento básico o aceite espeso o harina y agua... Las quemaduras carbonizadas se cubren con algodón sólo..."

"III. — Ceguedad por arco voltaico.

Si se expone la vista a la luz de un arco eléctrico, a veces se produce una inflamación seguida de escozor. Para aminorar éste..."

Andrés se alejó de allí. Había recordado los accidentes de trabajo presenciados por él. "Luego nadie sabe nada, nadie se preocupa de nada hasta que ocurre algo", pensó. Al salir de la central miró hacia arriba. Sobre los cien metros de la presa estaba la pequeña "casa de compuertas". Dos hombres habían quedado hundidos en aquella mole de cemento. No pudo reprimir un gesto de horror. "Quizá son ya cien los que han muerto... Y aún no se ha terminado". La presa, la central, la ladera cortada a pico con dinamita, el túnel que se abrió explotando un día antes, la estructura que brillaba en lo alto de la ladera izquierda..., todo le pareció impresionante. Una epopeya de dos mil héroes.

Por la tarde, Andrés fue con Charito hasta la salida del túnel. Sentados en una piedra contemplaron durante largo rato el enorme chorro de agua que saltaba sobre el río. Andrés pensó en algo inevitable, quizá en su propia obsesión por la salud que le hacía ir todos los meses a la ciudad para mirarse por rayos X. Tenía la mano de ella cogida, sin mirarla. Una costumbre de dos meses dedicados a pasear.

—Andrés, qué bonito es.

La miró, sabiendo que encontraría los ojos grandes vueltos a él, bañándole en aquella confabulación de ternura y desmayo posible que flotaba entre ellos y los labios abultados y entreabiertos como en una promesa y un aplazamiento constantes.

—Sí — dijo él.

Acababa la tarde. Siguió mirándole cuando él la abrazó sin levantarse de la piedra. Aquel gesto dulce, aquella postura que, en cierto modo, era una síntesis del mundo, desde el oscuro tiempo en que el agua y los gases llenaban la superficie del planeta, hasta hoy, a través de todo el proceso inimaginable y va-

riado de cambios, catástrofes, invenciones y victorias que supone la posibilidad de decir "hoy". Aquel gesto dulce del beso y el abrazo.

—Mi padre me lo ha preguntado — dijo, con la cabeza apoyada en el pecho de él, girada hacia arriba para verle.

A Andrés le divirtió el recuerdo del señor Lobo. Desde que sabía o imaginaba o le habían dicho o todo a la vez, que su hija era novia de él, se creía obligado a tratarle menos y con una forzada objetividad. Sonrió, haciendo una leve presión con su mano en el hombro de la muchacha. Se preguntó qué le había llevado hasta aquella situación. Prefirió no buscar respuesta y aceptó todo lo ocurrido. No era resignación. "Amar, ser amado, casarse...", pensó, "una casa llena de mujer, las flores, los detalles..." Quizá fuera todo esto una importante parte del proceso lento que había experimentado desde que salió de la escuela como el ingeniero más joven del país, aquella masa de recuerdos numéricos o gráficos, cuyo estudio le había impedido durante años hacer cosas que siempre apeteció. Ahora veía cierta inutilidad en todo aquello, algo falso en su título y en su posición social.

—Charito, ¿sabes?, tu padre, yo, todos los ingenieros, empleados y obreros de este Salto estamos haciendo algo grandioso. Y te digo que a veces preferiría ser un simple obrero, en vez de este... "firmante del trabajo ajeno", porque apenas soy otra cosa, créeme.

—¿Por qué dices eso, Andrés? — Ella le acarició la cabeza. Conocía este tipo de arrebatos suyos.

—¿No comprendes? Número uno de mi promoción, "niño bonito" de la C. E. D. E..., es decir, participar en un par de proyectos al año, que realizan otros, firmarlos y cobrar un buen sueldo. Picar la tierra, empujar vagonetas... o lo que hace tu mismo padre... Un hombre necesita darse cuenta de que trabaja, es su única justificación... Y hay una curiosa tendencia a darnos cuenta de ello a través de las manos, precisamente... Tu padre no está obligado a ponerse el mono y la boina, a manejar él mismo la grúa o, como le he visto hacer esta mañana, a martillar...

—Mi padre no puede resistir sin trabajar. Es equivalente a vivir, para él. Nos olvidaría a todos, antes que olvidar un tornillito de una de sus máquinas.

—Sí — habló y pensó —. Es equivalente a vivir...

Era noche ya. De nuevo vio Andrés, esta vez más cerca, los labios abultados de ella. Tenía su cabeza rodeada con el brazo, apoyada en su pecho, algo suyo definitivamente. Le acarició el pelo con la otra mano. Tan pegada a él como si fuera una parte de su cuerpo, otra cabeza suya con la que pudiera realizar todos los dulces gestos derivados de la dualidad de bocas, de caras.

Los prolongados y alegres juegos de sus labios, la honda atracción de sus cuerpos, el grito próximo y lejano de sus sangres, más fuerte ahora que la voz de los alternadores.

Era demasiado tarde. Regresaron al Salto.

XIV

A lo mejor ha llegado ya, tengo que darme prisa, porque ese estúpido de Teo se va a la taberna en cuanto reparte las cartas, y ya no queda nadie allí para darle su carta al que llega retrasado, bueno, queda la pánfila de su mujer diciendo siempre que no sabe, que no puede, que no tiene, que es tarde, que..., que soy tonta de remate, es lo que debía decir, pero quizá no ha llegado todavía, porque ese "correo" del demonio es un cascajo que ni para un museo, y lo mismo llega a las doce que a las doce y media, yo creo que según si el viento sopla a su favor o en contra, y mientras tanto, venga a fumar los hombres, y las mujeres chacachá, chacachá, chacachá, sentadas en el banco de piedra y poniendo como un trapo al chofer, al dueño de la empresa, al ingeniero jefe, que no tiene nada que ver..."

María subía por la carretera hacia el pabellón donde estaban instalados los servicios de correos.

"... qué vida; Señor, si parecemos culebras, todo el día soltando veneno, y todo porque nadie está a gusto donde está ni con lo que tiene, menos mi pobre Juan, que es el hombre mejor del mundo y yo creo que de bueno que es olvida que hay que ser bueno con uno mismo y con los suyos, no es todo trabajar y trabajar, sino pensar también con cierto egoísmo, ¿quién le va a pagar las horas extraordinarias que hace sin que nadie le diga nada, las que se pasa en el comedor dale que dale, delante de sus papeles y de sus cosas preparando cualquier cosa para el día siguiente?, y todo, ¿para qué?, si luego el que lo ha hecho todo es el ingeniero ese que no sabe una patata..."

—Buenos días, doña María.

Había llegado. Varias mujeres estaban sentadas en el banco de piedra adosado a la pared del pabellón.

—Hoy se retrasa más — dijo alguien.

Vio, más allá de la puerta, a "La Pinilla" y se sentó lo más lejos que pudo de ella. "Debe estar esperando a su hija, que vendrá a pasar el fin de semana. Como es sábado..." Dejó el capacho con la compra a sus pies. Empezó la espera del desvencijado autocar que hacía de correo, aquellos quince o treinta minutos de engañarse sin saberlo. La situación, el lugar, la llegada del autocar, los bultos, las maletas..., había en todo esto una posibilidad de interpretación contraria, es decir, una sugestión de partida, acaso definitiva, que les consolaba diariamente de la diaria sensación de estar encerrados en un pozo. Por eso le gustaba venir a esperar el correo. Quizá los demás sentían lo mismo, y ésta era la razón de que fueran todos los días, no el esperar la carta del hijo o del hermano, la llegada de tal o cual persona o del paquete anunciado. Iban a esperar, a vivir su propia partida, a corroborar la existencia de otros lugares donde vivía gente también. El efecto más notable del Salto, sobre todo de su gigantesco ruido, era la anulación de lo exterior. Un mundo lleno de la locura girante de los alternadores, casi subterráneamente emanando un ruido tan igual, tan denso, que formaba parte del aire y de ese hueco interno, calculador y, alguna vez, imaginativo, que era el cerebro de cada habitante del Salto. Un mundo limitado por dos horizontes próximos y paralelos: la orilla cortada a pico, y la carretera que terminaba en el cielo, como una ironía sobre el deseo de evasión.

Estaba "La Pinilla" al otro extremo del banco, contando algo, de un modo inevitable, a la mujer de un montador. Hablaría de los "espíritus superiores" que hacían mal de ojo a la gente y eran los culpables de todas las desgracias que ocurrían en el Salto. O de su hija, que estaba trabajando en la ciudad. O de su hijo, sin el cual no se hubiera hecho la presa, según ella. Hablaría, quizá, de su marido, el pobre. María la miró un momento, más por estar en la dirección por la que debía venir el correo que por cualquier interés.

Venía ya el viejo autocar sin "capot", precedido y rodeado de polvo. Cesó el ruido del motor y la gente se arremolinó en torno suyo. "La Pinilla" abrazaba a su hija histéricamente. Los demás, los que sólo habían venido a esperar cartas, estaban de pie, debajo de las ventanillas, como si esperaran a alguna persona o ellos mismos debieran subir al autocar cuando regresara.

La saca del correo estaba ya dentro del pabellón. Cinco minutos después, desde detrás del mostrador de madera, Teo repartía las cartas.

"Queridos padres y hermanas:" – iba leyendo María la carta de su hijo, carretera abajo, junto a otras mujeres que leían también, olvidadas unas de otras – "espero que os escontréis bien. Por mi parte estoy estudiando mucho ahora, pues pronto tendré los exámenes finales..." Juan Lobo también había enviado a su hijo a estudiar a Madrid, por su deseo de evitarle lo que él no se había podido evitar. "Tía Clara estuvo mala hace poco, nada de importancia, ya sabéis, lo de siempre..." Otra vida, una posibilidad que él no había tenido, un diferente modo de ver las cosas, quizá la casa, el coche, el pequeño jardín, el veraneo anual. Lobo pensaba que todo esto era lo que él ofrecía a su hijo mandándole a la ciudad. La carrera era buena y podría vivir muy bien, mejor que él, desde luego, sin tener que ir de un lado para otro toda la vida. "Me encontré el otro día con el hijo del ingeniero jefe y hablé un momento con él. Sigue tan imbécil como siempre. Sólo por ser hijo de su padre se cree que no puede rozarse con los demás..." El hijo del ingeniero jefe estudiaba la carrera de ingeniero. La posibilidad de ser ingeniero pasaba de padres a hijos. El actual era hijo de otro ingeniero y, muy probablemente, su nieto estaba ya, antes de nacer, destinado a serlo también. Como un título, una nobleza o un celeste color de sangre traducido al presente dominado por la técnica. El hijo de Lobo – obrero, obrero especialista, montador, jefe de montajes – estudiaba la carrera de perito industrial y, quizás más adelante, si podía, estudiaría la de ingeniero. La meta que el padre no había podido alcanzar (no por falta de conocimientos, puesto que él siempre había estudiado sin necesidad de asistir a ninguna escuela especial, sino por falta del título que sólo en ellas se obtiene, junto con todos sus privilegios) iba a ser conseguida por el hijo. Un sentido ascensional, a pesar de todo, en contra de todo, que se transmitía también de generación en generación. "Papá, vuelvo a decirte que son inútiles tus consejos, porque apenas salgo de casa. Tía Clara te lo puede decir, pregúntale a ella. Hace un mes que no voy al cine, por ejemplo". Este era el miedo del padre. La ciudad, esa especie de turbina que funcionaba con chorros de vicio, esa podredumbre

lejana, secretamente deseada y temida (por él sólo temida), y en ella su hijo, apenas un muchacho, rodeado de todos los peligros, de todas las tentaciones. Si aprovechaba esta oportunidad y se dedicaba sólo a estudiar, pensaba él, todo iría bien. Pero si no... "Clara no es muy enérgica de carácter", pensaba, con miedo. "Pero parece que estudia". Era su salvación, casi su venganza de ese destino que le había lanzado de agujero en agujero. "De un agujero con ruido a otro agujero con ruido", decía su mujer. Pero él no lo sabía; "... y por hoy nada más. Muchos besos y abrazos de vuestro hijo y hermano."

María había llegado al pabellón. Vio a su marido en el rellano de la escalera. Acababa de llegar del trabajo.

–Carta de Luis – le dijo.

XV

Sabía él que aquello era una broma, pero había preferido dejar el trabajo para ir al almacén, provisionalmente instalado junto a la central en un pabellón de madera, para traer la herramienta que le pedían. "Tornapuntas", rió. Un día de esos raros en que el capataz está de buen humor y ríe junto a los obreros. Pedro comprendía esto. Comprendía la intención del capataz al enviarle a por una herramienta que no existía, y la de sus compañeros, que, con una seriedad lograda a base de contener la risa, le decían: "Sí, hombre, tú vete al almacén y dile a Ramón, "El de las Tres Erres", Ramón Redondo Rodríguez, que te dé un "tornapuntas"... Un "tornapuntas", ¿comprendes?..." Le miraban todos, riéndose hacia adentro, anticipando su regreso, las risotadas, los golpes en la espalda, la botella de vino pasando de mano en mano, las conclusiones dichas con aire de suficiencia: "Hay que ser más avispado, muchacho...".

Pedro llegó a la central. Era distinto el ruido oído desde tan cerca. Notaba casi las vibraciones de su cuerpo, como si la causa del ruido la tuviera dentro de él, en el estómago. Vio la puerta enorme de la "sala de máquinas" y un estremecimiento le ocupó todo el cuerpo mientras estuvo pensando o, más bien, temiendo, algo desconocido que se remontaba en su recuerdo hasta los años de pantalón corto y mocos en la nariz. Se encontraba otra vez delante de la puerta de la iglesia, en el pueblo de su tío, donde vivió dos años cuando niño y fue a la escuela. No oía entonces este ruido, pero el respeto, las advertencias de su tía – recordó su nariz nada más, algo muy parecido a una berenjena – que lo crearon, le hacían entrar en la iglesia con la misma sensación aplastante que tenía ahora, parado ante la

puerta de la central. Era el mismo ruido. Le oía entonces también. Pedro entró. Permaneció mirando al techo un momento, asombrado del puente metálico de la grúa, viendo los ventanales cuadriculados y las siluetas de los dos generadores recortadas contra el paredón de rocas de la ladera opuesta, visible desde dentro porque aquel ala no estaba construida todavía. Se asustó al recibir el chorro de aire de la rejilla de uno de los alternadores. Siguió andando hasta llegar a las escaleras por las que se bajaba a las celdas. Había trabajado en ellas. Recordó los pequeños compartimientos que luego llenaron de aparatos extraños. Recordó también que uno de esos aparatos extraños se llamaba interruptor. Se lo había dicho el ingeniero que habló con él cuando estaba trabajando en la estructura. "Cerrando un interruptor", le dijo, entonces, al preguntarle él cómo se daría la luz a todo el pueblo a la vez. Se descubrió descendiendo por las escaleras hacia las celdas, irresistiblemente atraído por la posibilidad de ensayar el acto de dar luz a todo su pueblo. Reunidos todos en la plaza de la iglesia, él esperaría la señal de... ¿de quién?... del señor Lobo, por ejemplo, y, de pronto, en medio de la noche que pesaría sobre el pueblo... Pedro llegó delante de la celda. Era un pequeño compartimiento, separado por tabiques de otros iguales a él. Desde la entrada, miró a los aparatos con esferas y agujas, llenos de signos y letras: "A", "W". Por el techo del corredor al que daban todas las celdas, iban unas barras metálicas paralelas que se introducían en la pared, al fondo. Pedro identificó una especie de mango negro como el interruptor. Comprendió cómo se hacía, recordando el gesto que el ingeniero hizo con la mano al decírselo. "Cerrando el interruptor". Debía consistir todo en empujar ese mango hacia la pared para que las piezas de metal que tenía debajo tocaran a las que había en el tablero negro. De nuevo, Pedro imaginó su pueblo, reunidos todos en la plaza de la iglesia, él esperaría la señal del señor Lobo y, de pronto, en medio de la noche que pesaría sobre el pueblo, al apretar él el interruptor...

—Chico, ¿qué haces ahí?

Se oyó el grito del obrero desde el final del corredor, retumbó, y se multiplicaron sus ecos. Pero él no le oyó. Entró al fondo de la celda y cogió el mango del interruptor. Hubo entonces un resplandor, sonó un latigazo instantáneo, seco. El obrero había corrido hacia Pedro. Intentó separarle del inte-

rruptor, agarrándole por la cintura, y cayó, unido a él. Una sola muerte para dos hombres. Quedaba sólo un olor a quemado, a humo de carne, los dos cuerpos violáceos en el suelo, retorcidos, doblados uno sobre el otro. Sobre la celda había un letrero. "PELIGRO DE MUERTE. ALTA TENSIÓN".

—¿Quién le dejó entrar? — preguntó Lobo.

Había ordenado que hubiera siempre alguien vigilando. No sabían. Los cuerpos estaban ahora en el corredor. Un obrero trataba de oir el corazón de Pedro, apoyando el oído en su pecho.

—Hágale la respiración artificial, venga — le gritó Lobo, inclinándose ya sobre el otro cuerpo.

—Es inútil — dijo alguien.

—No sé, yo... — dijo el obrero.

Lobo se indignó.

—¿Es que no ha leído las instrucciones?

—No, es que no sé leer — dijo, y tenía miedo, se sentía terriblemente culpable por su ignorancia.

—Otro, otro... — giró Lobo, agachado, con el cuerpo entre las rodillas, buscando con la mirada. Nadie dio un paso, nadie sabía hacer la respiración artificial —. Llamen al del cuadro, venga, deprisa.

Los obreros contemplaban los dos cadáveres con un terror sencillo, sin notar la presencia del jefe.

—Y ese otro, ¿es que no sabía que el cuerpo humano es conductor? ¿No se le ocurrió pensar que él también...? Bueno, bueno, vamos a dejarlo, y que vaya uno a toda prisa a llamar a don Ramón... — Lobo estaba tratando de oir el corazón de Pedro.

—Están muertos — se oyó.

XVI

REANUDÓ sus paseos frente a la cama. Aquella inquietud antigua, aquella sospecha nunca totalmente confesada y confirmada ahora de un modo espantoso. Años levantándose temprano, haciendo ejercicios respiratorios, dando paseos al atardecer, la regular prueba semanal que consistía en ir corriendo desde el puente del aliviadero hasta la residencia. Años como un cazador que espera, en silencio, agachado, medio oculto por las ramas, un cazador horrorizado ante la posibilidad de que la pieza salte. Allí estaba: se había levantado temprano, con ese dolor pequeño, igual en todo el pecho o, más bien, había notado el dolor y sólo entonces había sabido que estaba despierto. "Se me pasará", dijo. Pero pensó que no. Era demasiado tiempo el que llevaba esperando con terror aquel síntoma. No se le había pasado todavía. Al hacer los ejercicios respiratorios le aumentó el dolor. La frente le pesó más, le dolió, sintió una necesidad de entrecerrar los ojos. No hizo más ejercicios. Se estuvo mirando en el espejo varios minutos, levantándose los párpados para examinar las venillas rojas del ojo. "No sé nada, tengo que ir al médico inmediatamente". Respiró hondo. Parecía que el dolor fuera algo del aire, que entrara con él ocupando todos los huecos del cerebro para llenárselo de latidos siniestros. Luego paseó hacia la salida del túnel. Cuando regresaba, vio a Charito, que volvía del correo. "¿Qué te pasa?" "¿Por qué, por qué va a pasarme nada?", pensó. "¿Cómo me lo habrá notado?" Bromeó para disimular. "Me molesta que no sean las siete", dijo. A las siete la veía todas las tardes. Le estaba mirando y él no podía resistir sus ojos cargados de todo lo que ya sabía apetecible, en aquel momento, precisamente cuando empezaba a aceptar su pérdida. "Lo serán", le dijo ella mirándole a los ojos. "Si los

relojes no existieran..." Le seguía mirando. Bromas dichas con voz temblorosa, que le hacían daño, que provocaban latidos más fuertes en su cerebro. "No debe notar nada", se dijo. Luego habló. No sabía ya lo que dijo entonces. Creía recordar luego — le latía mucho la cabeza — que se despidió extrañamente.

Se detuvo. Miró por la ventana de su cuarto. Durante un rato permaneció así, pensando en algo anterior al último despertar. Luego no. Luego retrocedió sin volverse, sintiendo miedo de que el rectángulo del paisaje que veía se fuera haciendo más pequeño. "Debo echarme la siesta". Huía de él aquel día de marzo, su luz, la salud verde de la primavera. No había árboles ya en el rectángulo, sólo la tierra desnuda próxima al embalse. "Cuando ella es ya justificación y objeto de tantos años secos, ahora", pensó. Pensó de nuevo: "Cuando ella me quiere como nunca nadie ni antes". No pensó ya, sino que lloró, contuvo el llanto haciéndose daño al apretar los dientes, arrugó la colcha de la cama — tirado en ella boca abajo —, pensó otra vez que debía echarse la siesta, y tosió largamente, sin poder evitarlo, sobre la blancura de la sábana, sin cubrir ya por la colcha. Había sangre en ella. "Precisamente ahora", pensó, mientras gritaba: "No, no, no". Pero era verdad.

XVII

Era verano ya. Hubiera cantado, ahora, sentada sobre las piedras, mientras miraba la superficie del embalse, los árboles de la orilla opuesta, la tarde roja de sol caído. Pero no cantó. Recordaba Charito la última tarde con él, aquel momento desesperado de amor sin intimidad, cuando no la besó, cuando ella lloró, a pesar de las frases y del silencio de él, cuando sus manos tardaron en soltarse dos horas. Aquello no podía haber ocurrido. Pero él no estaba allí. Había ocurrido. Era posible en el mundo — no debería serlo, pensó ella — desear estar siempre junto a una persona y vivir separada de ella. Separada. Charito estuvo pensando tiempo en esta palabra. Miró cómo el sol fue una explosión de sangre entre los árboles y luego una ausencia luminosa que desaparecía, un resplandor separándose del cielo. "Me dijo que había tenido un vómito". Le pareció más fuerte el ruido de las chicharras. No lloró. Necesitó gritar que no, vencer con gritos la espantosa música de la central, vaciar de golpe el embalse, o acabar el mundo al arrancar la hierba que, sin haberse dado cuenta — ahora lo notó — estaba arrancando. Nunca había sentido tanto amor, era la primera vez que un hombre se había convertido en algo necesario para ella. Fue revisando en su memoria momentos en los que aquella sensación nueva — sus besos, el brazo de él en su cintura o en sus hombros, la lenta caricia de su mano — la había elevado hasta un olvido absoluto de todo lo que la rodeaba. Lloró ahora, se dejó llorar despacio hasta que supo — se estremeció: aún refrescaba por la noche, sobre todo cerca del embalse — que tenía que marcharse.

Cuando llegó a casa, su madre había puesto ya la mesa.

—¿Dónde has estado?

La misma pregunta de siempre. Hoy no podría resistirlo, debía evitar la discusión.

—Anda, lleva los vasos. Ahí tienes una carta.

Cogió la carta luego, cuando terminó de poner los vasos en la mesa, uno delante de cada plato ("el de cristal más fino para mamá, no le gusta beber en ningún otro"). Aún tenía llenos los oídos del tintineo del cristal. Se sentó, con la carta de Andrés en la mano. "Sanatorio Antituberculoso", leyó en el sobre. Lloró otra vez. "Me habrá escrito con guantes, es tan escrupuloso". Recordó algo impreciso, alguna decisión tomada y no realizada un día, una palabra no dicha, algo deseado y reprimido alguna vez. "Le hubiera besado aquella tarde, qué importa todo, le quiero, le quiero, le quiero, él no puede estar enfermo, él se curará en seguida porque yo le quiero". Estaba llorando otra vez, y sólo había leído "Querida Charito".

—Venga, a la mesa — dijo entonces el padre.

XVIII

A las 7 de la mañana diana floreada a cargo de...", ponía el programa.

Se tapó la cabeza con la sábana. Seguía oyéndose. Una música penetrante, de cornetas, bandurrias, guitarras y panderetas. Y el tambor. Pom, pom, pom. "Maldita sea. Condenado pueblo lleno de ruidos". Levantó un poco la sábana y miró hacia la ventana. Hacía más de cinco meses que no se despertaba en su cuarto. Desde las vacaciones de Navidad. Todavía le duraba el cansancio del viaje, tenía en los ojos como una capa de chicle. Dejó los ojos turbios en la ventana y estuvo viendo la luz, la esquina del pabellón de enfrente, una nube, y parte del cielo. "Ojalá llueva y no haya fiestas". Luis odiaba las fiestas del Salto, los tres días de estupidez, baile, vino gratis y trajes nuevos, durante los que se cansaban más que en todo un año de trabajo. Era lo único molesto de las vacaciones. Luego vendría la bicicleta, las excursiones, los bailes en el Casino, los paseos por la explanada al atardecer, y ese placer hondo de ver los libros cerrados mientras se fuma leyendo una novela. Cambió de postura. Ahora se alejaba la rondalla encargada de la "diana floreada" por las calles del Salto". Pero era ya más ligero el chicle de los ojos. Intentó dormir. Algo, un ruido, le hizo volver la cabeza hacia la puerta.

—Luis, Luis..., ¿has oído la música?

Era Chuchín.

—Déjame dormir, vete — le dijo.

Venía con su pijama de rayas rojas, los pelos revueltos y los ojos enrojecidos todavía por el sueño. Un hombre de poco más de un metro. Rió.

—Anda, anda.

Ya no se oía la música.

—Mamá está preparando tu desayuno. Dice que te lo va a traer a la cama para darte una sorpresa. Oyes, y el tanque que me has traído no dispara. Porque los tanques disparan cuando van andando, ¿verdad?

"La misma sorpresa de todos los años, chocolate y churros", pensó.

—Tienes que ponerle una cabeza de cerilla detrás del cañón. Anda, déjame dormir.

—Te va a traer chocolate con churros —lo dijo misteriosamente.

—Pero, ¿por qué no te vas a la cama? ¡Cómo te vea mamá!

Miró a la ventana. El trozo de cielo estaba cubierto por una nube oscura. "¿Será muy grande? Ojalá llueva", pensó.

No llovió. Repicaron las campanas, estallaron las anunciadas bombas y cohetes. El programa se cumplía. Hubo la "solemne Salve a la Virgen del Monte entonada por el coro y pueblo en general", el "animado pasacalle a cargo de la afamada orquesta "Jazz-Blue". Pero no se descubrió el "secreto" de los vestidos. Las mujeres, desde un mes antes de las fiestas, ricas y pobres, jóvenes y menos jóvenes, estaban preparándose y haciéndose unas, otras dirigiendo cómo se los hacían, vestidos nuevos, a la última moda de la capital. Se establecía siempre por estas fechas una tensión producida por el espionaje y el contraespionaje. Las señoras de los ingenieros eran las más imitadas, pero también las más difíciles de espiar: casi todas encargaban sus vestidos en la ciudad. Esta situación provocaba cada año más envidias y odios que las subidas de sueldo al marido ajeno. Saber que la modista la había traicionado, ser sorprendida por una señora vecina cuando se estaba probando el modelo secreto: ocurría, a pesar de las precauciones y los cerrojos. No eran menores estas tragedias que las producidas por algunos accidentes de trabajo. Con mucho disimulo, algunos maridos se veían obligados a participar en esta lucha sorda. Ellos y los niños eran enviados a las casas vecinas, bajo el pretexto de hablar con el otro marido, que era amigo suyo, o de jugar con los niños de tal o cual señora. "¿Por qué no nos dejas solas a las mujeres, cariño, y vas a tomar café con tu amigote del cuadro? De paso, procura echarle un vistazo al vestido de su mujer. A ver si te fijas en las mangas, yo creo que se las hará largas este año, no sé, pero como tiene tantas pecas en los hombros..." Lo decían sin darle importancia, dirigiéndose al marido sólo al principio, y con una seguridad en la obediencia del hombre que hubiera producido en él la rebeldía inmediata. Pero eran los años, la costumbre, el clima bélico de aquellas fechas, lo que postergaba su dignidad varonil y le hacía coger la chaqueta y salir. Sin dar portazo siquiera. Dos o tres mujeres cosiendo, cortando tela, haciendo uso de reglas y escuadras eran suficientes para echar al hombre de su casa. No podía oír la radio ("Apaga ese trasto, no hay quien se entienda aquí"), no podía fumar ("Vaya humareda que estás armando"), no podía leer el periódico ("Pero, ¿por qué no te vas a pasear en vez de estar ahí aburrido, leyendo el periódico? Nosotras no podemos atenderte, estamos sin parar desde hace una semana"), no podía escribir o hacer algún plano (la mesa estaba ocupada por la tela de color secreto para el modelo secreto). Además, el misterio con que rodeaban las mujeres la construcción de los nuevos vestidos, obsesionaba también a los hombres. Ellos mismos, sin obedecer en este caso a la presión de las mujeres, acudían menos al Casino, y cuando lo hacían, no traspasaban un límite de confianza en las conversaciones, mucho más superficial que el acostumbrado cuatro o cinco días antes. Acaso habían recibido una advertencia de la mujer: "No se te vaya a escapar que me estoy haciendo un vestido así, eh... Como en el Casino debéis tenerlo todo hablado..." Los hombres se sentaban, solitarios, en los butacones, fumaban, se miraban con recelo. Una mirada, un intento de provocar una conversación eran indicios bastantes para ponerse en guardia. Las mujeres habían hecho imposible el trato amable, distraído, la conversación descuidada sobre cualquier tema, llena de incisos para no comentar frases o sucesos recordados o recientes, el diálogo interrumpido continuamente de las partidas de cartas. Dominaban ellas en el Salto durante las fiestas, y su dominio se sentía en los hombres, que hablaban poco o nada de su trabajo. Los vestidos se convertían, por unas semanas, en algo más importante que los alternadores: "Déjanos ahora de tus alternadores y tus kilovatios... ¿no ves que estamos cortando el vestido?". Las fiestas eran una gran ocasión en muchos aspectos. Ocasión para la vanidad femenina, aparentemente sin causa, pero justificada por el deseo de mejorar materialmente, trans-

formado por ellas en una necesidad de aparentar poseer lo que realmente no poseían todavía. Los vestidos debían ser caros, lujosos, o, por lo menos, parecerlo.

A las once de la noche del primer día de fiesta, se descubrieron las hechuras y los colores de los trajes. Los hombres recuperaron su libertad. Disimularon queriendo hacer creer a los demás que habían participado menos de lo que en realidad lo habían hecho en el clima de misterio y espionaje. Algunas mujeres se indignaron: "Ya me imaginaba yo que aquel día que se le acabó la sal y vino a pedirnos a las tantas de la noche era porque había visto luz y se imaginó que me estaba probando el vestido. Si te lo dije, ¿no te acuerdas? Fíjate: las mismas mangas, el mismo escote. Y menos mal que la tela me la han traído de Madrid... "Esa" es capaz de todo". Un mes después no quedaría ni uno de los modelos que triunfaron en las fiestas por su originalidad sin imitar. Pero el haber sido descubiertas antes era una ofensa que no olvidaban en muchos meses, algo que obligaba a las mujeres a tomar medidas especiales al año siguiente.

El baile se celebró en la plaza del poblado. El frontón, que formaba parte de la plaza ocupando gran espacio de ella, servía de pista. Rodeándola, habían colocado sillas y mesas, servidas por camareros del Casino, del "Bar Mirador" y de la taberna. Las más cercanas a la pista, casi bajo el soportal de la iglesia, estaban reservadas para los ingenieros y eran servidas por los camareros del Casino y el bar. Era el área del champán. Unos metros más allá empezaba el área de la sidra y la cerveza con tapas. Otros metros más allá, la del vino y las gaseosas sin tapas. Había mucha gente sin sentarse, hablando con las chicas que estaban en los bancos de cemento del frontón, o en torno a la tarima de madera, donde tocaba la orquesta, traída el día anterior de un pueblo cercano. "Creo que ha actuado en un "cabaret" de Madrid", decían. Eran seis, chaqueta azul y pantalones blancos, perfectamente planchados. Los bustos inclinados ligeramente hacia delante y la cabeza un poco hundida entre los hombros, seguían el ritmo de las piezas con los pies, la cabeza y los hombros, llenos de sonrisas blancas e iguales, ondulando sus pantalones al doblar las rodillas, echando bruscamente la cabeza hacia atrás a cada golpe de la música. Todo ritmo, muchachos nacidos en tierras secas, que se sentían liberados de la miseria por la vacuidad de la música norteamericana. Los dos que cantaban sabían coger el micrófono admirablemente, con ese difícil sentido de su inclinación para compensar la del cuerpo, mientras entornaban los ojos, la cabeza inclinada, y sonreían a la muchacha que les miraba desde el desmayo del séptimo baile con la misma pareja, o le hacían una mueca triste, casi desesperada, aprendida de un actor de cine. "Y ahora, vamos a presentar a ustedes (gran sonrisa) a la magnífica estrella de la canción moderna (pausa, y luego, elevación brusca del brazo derecho, descenso rápido para buscar, sin mirar, la mano de una chica delgada, guapa, a pesar de la excesiva longitud de la nariz, a la que trae junto al micrófono y se lo ofrece como si fuera un bombón, gritando al mismo tiempo) ¡MIRIAM SANTOS! (Redoble en la batería coincidiendo con el grito).

"¿Por qué tiene que ser al revés?", pensó el ingeniero jefe. Miró luego a su señora, pero no pudo continuar recibiendo su sonrisa con dos dientes de oro. El administrador dejó de despertar a la suya y no lo intentó ya más.

Miriam Santos cantó. La lenta melodía era distinta apenas de sus palabras, como en una corriente de agua el agua y los brillos de la tarde muerta no son distintos, no pueden existir separados. Hablaba de amor, parecía imposible cualquier falsedad o ese frecuente dominio de las "estrellas modernas" para reproducir emociones, más bien apariencias, gestos, una expresión total de emociones, sentidas cinco o diez o, muy probablemente, quince años antes. Cantaba muy despacio, y nadie hubiera dudado de que aquel problema amargo, vulgar, era suyo. En este aspecto, parecía como si cantara por primera vez, por un movimiento inevitable de su ser, esa necesidad de comunicación que en ciertos momentos le hace a uno llorar, cantar o gritar.

Luis la estaba mirando desde que apareció detrás del locutor. Se había sentado solo, cerca de la tarima, y estaba hundido en un recuerdo físico, algo turbio y cálido que le producía un dolor pequeño en la cabeza y una irritabilidad por toda la piel. La miraba, sin ser visto por ella, y oía su voz como fondo a la escena que vivía, realmente, en aquel momento: "Pasaremos todo el día juntos", "mi madre se va a dar cuenta", "di que tienes que ir a...", "sí, sí, sí, sí, sí..., María, el motor dice sí, sí sí, sí..., ¿oyes?", "mira aquel árbol, qué bonito, recortado así pa-

rece una nube", "María, María...", "no, no, no...", "Creo que deberíamos volver ya...", "No", "Está anocheciendo...", "Podemos dormir aquí...", "Tú y yo, el mundo...", "Bésame...", "Te toca a ti"...

Continuaba la canción, pero Miriam Santos no le había visto todavía. Luis estaba aún junto a la tarima. Había permanecido oyendo aquel motor, aquel mutuo conversar a media voz, tumbados sobre la hierba, atardeciendo, otro año.

—María — dijo.

No le oyó. Era otra canción ya. María pronunciaba el francés de una forma graciosa. Había vivido en Francia un año. Le gustaba más — le decía entonces — cuando le hablaba en francés. "Tu boca es más "besable" cuando habla en francés, sólo de verla me pongo nervioso..." Seguía cantando. Regresó él desde la orilla del río, aquella orilla.

No le había oído ella. O acaso le oyó, creyendo que la voz nacía de su propio recuerdo. "Soy yo...", murmuró. Las manos dejaron las cinturas y comenzaron a aplaudir.

—María — dijo otra vez. Decidió subir a la tarima.

—Canta bien esa chica, ¿eh? — sonrió.

La elegancia del dedo dando golpecitos en el cigarrillo para hacer caer la ceniza, los reflejos de las luces en las copas de champán, el paquete de tabaco rubio olvidado entre el plato de las aceitunas y el servilletero, la caída recta de la raya del pantalón, una pierna cruzada sobre la otra, vuelto él más hacia la orquesta y el baile que ella, de tal forma que era ella, precisamente, quien tenía que inclinarse y girar un poco el cuerpo para poder oir sus palabras o apreciar la sonrisa insinuante y mundana que colocaba en su boca cuando decía una frase como "Canta bien esa chica, ¿eh?". Ella entendió. "Se ha fijado en su escote", pensó. Tenía diecinueve años y, por lo tanto, mantenía con todo rigor la frontera entre lo que pensaba, sentía y deseaba, y lo que estaba permitido pensar, sentir y desear.

—Tiene una bonita voz — continuó el hijo del ingeniero jefe, que había venido en vacaciones de sus estudios, después de un silencio.

Pensó: "Le gusta su cuerpo". Pero lo pensó a pesar suyo, como un enigma más de los que golpeaban su cerebro y su sangre. Preguntas, impulsos domados, gritos de su cuerpo desde tiempo oídos y desde tiempo secretamente gozados, el placer de prohibirse todo, y el más largo, inagotable para ella hasta entonces, de comprender día a día pequeños detalles, comprobar o desechar suposiciones tempranas, y siempre preguntarse y desear y prohibirse todo, menos su soledad secreta de adolescente.

—¿Quiéres más champán? — Se inclinó hacia ella para servírselo con más comodidad.

"Me mira el escote", pensó.

Él estuvo pensando en algo más hondo, en relación con la hija del Administrador, salida hacía unos meses del colegio de monjas donde se había educado. "Con esta tonta no se puede hacer nada. Con la otra, sí".

—¿Quieres que cante algo que te guste? — dijo —. Si voy a pedírselo seguro que lo canta. Yo la conozco de Madrid, ¿sabes?

Miryam Santos no había estado nunca en Madrid, a pesar de lo que creía la gente.

—No, gracias.

—Un tango, ¿bailamos? — "Es imbécil, desde luego. ¿Cómo me libraría de ella? Mi papaíto ya podía darme otros encarguitos... ¡Menudas fiestas!".

—Bailas muy bien — le dijo. "¿Dónde habrá aprendido a bailar esta beata, entre monjas toda su vida?"

Bailaban, pendiente él de la proximidad del cuerpo joven del otro sexo, provocada casi siempre por sus esfuerzos para tropezar con otras parejas, ganando así un centímetro, que ya no se dejaba arrebatar manteniendo para ello la necesaria presión de su brazo derecho en la cintura. Lo sabía ella, su único problema era consentirlo de tal modo que él no creyera que lo consentía. Estaba dominada por una sensación cálida que llenaba su cuerpo y enturbiaba sus ideas. Elevó él su brazo hasta la mitad de la espalda de ella. "Es mejor así, no podrá separarse". Movió la cabeza la chica como si quisiera quitarse el mechón de pelo que tenía cerca de un ojo. Quería verle, quería saber cómo estaban sus ojos.

—María — dijo de nuevo.

Ella le vió. Había terminado su último número y bajó de la tarima. Hubo un silencio, mientras se leían mutuamente los

ojos, sus manos cogidas, ajenos los dos a aquella noche falsa de desahogos decentes.

—Vámonos de aquí — dijo él.

Continuaba la música. El ritmo torpe y excesivamente fuerte dominaba la melodía. La pista estaba adornada con farolillos de papel. Por el micrófono, empezaron a subastar las últimas papeletas de la rifa.

Entonces se apagó la luz sobre el baile, sobre todo el Salto.

Se apagó sobre María, sentada ante una mesa con su marido, callados los dos desde que empezó el baile, ella pensando en algo irremediablemente perdido ante aquella prueba de juventud y alegría — el baile, las parejas, la animadora, el vino, el ir y venir de la gente, las risas que llenaban el ambiente sin que se pudiera saber quien las reía, e incluso su propia hija sentada entre amigas que la protegían de que la sacaran a bailar —. Sobre todo, le gustaba mirar a los farolillos, que el pequeño viento movía llenando la pista y las paredes del frontón de sombras y reflejos temblorosos y tristes, demasiado parecidos a los que ella veía, muchos años antes, en las fiestas de su ciudad. De un modo inevitable, acababa siempre volviendo sus ojos hacia la tarima de la orquesta, hacia la gran mancha blanca de luz que la envolvía. Sin saberlo, la luz era parte de lo que ella necesitaba para ser feliz, una parte muy importante. El callado, quieto, mantenido y bienhechor descenso blanco desde una bombilla, hablando de seguridad, descubriendo las cosas que le rodeaban, impidiendo secretos rincones de sombra capaces de contener la muerte o la desgracia. Era niña: el beso de su madre, sus cuatro pasos hasta la puerta, la oscuridad súbita, y el llanto suyo que empezaba de un modo automático y duraba hasta el regreso de la madre, la súbita luz, los cuatro pasos hasta la cama, donde lloraba todavía, tapada hasta la cabeza con las ropas de la cama. Era mujer, casada ya con aquel hombre bueno, y su miedo infantil a la oscuridad fue lentamente convirtiéndose en una conciencia del valor de la luz, de lo que la luz significaba en relación con el trabajo de su marido: seguridad, vida, volverá a las ocho. Pero ella no lo sabía. Sentía miedo de la oscuridad. "Me asfixio sin luz", decía. Porque la falta de luz quería decir avería en la central, catástrofe, muerte o, por lo menos, peligro. Gritó, se agarró al brazo de su marido — estaba allí, pero tuvo miedo a pesar de ello — y lloró sobre su hombro al apagarse la luz, hasta que él, casi instantáneamente, se soltó con suavidad de su mujer y se levantó.

—Voy a ver qué ha pasado — dijo —. No es nada, tranquilízate y llama a Charito. Tengo que ir.

Lobo se alejó, con las manos adelantadas para no tropezar. Desapareció entre la oscuridad, hacia el ruido de la central, que no se había detenido. Simultáneamente, habían sonado gritos de mujeres. La orquesta terminó de tocar unos segundos después de que se apagara la luz. Había cesado de pronto el rumor de risas, las conversaciones. Al terminar la música, se oyó mejor, durante unos segundos todavía, el ruido de los pies arrastrándose sobre el cemento de la pista: las parejas no habían dejado de bailar inmediatamente.

Se había apagado también la luz decisivamente sobre momentos de hombres y mujeres jóvenes, apartados de la gente después del pequeño juego diplomático entre el disimulo y el deseo, el "me ahogo entre tanta gente, me apetece un poco de fresco" y el "por ahí no, está muy oscuro", entre el "qué importa, tonta, no te voy a comer" y el "bueno, un paseo nada más y volvemos al baile"; momentos que se viven con una avergonzada sinceridad, superior a todas las reglas grabadas por la educación y la rutina, momentos puros de hombres y mujeres, sin palabras, sin cálculos interesados, en una progresiva violación de las prohibiciones, que van muriendo asfixiadas en la cerrada y difícil respiración del beso y el abrazo inacabables. Sin embargo, el temor surgió con la oscuridad. Porque no era oscuridad de luz eléctrica lo que necesitaban. Necesitaban la falta de luz natural: girar el interruptor de una habitación hubiera sido un gesto demasiado crudo para el amor de los jóvenes del Salto. Significaba demasiado. Mucho más que ir por la carretera, alejándose de los pabellones, dejando atrás las luces de las bombillas, hasta llegar a la oscuridad, casi sin darse cuenta. Pero apagar la luz no les hubiera producido temor. Era otra cosa. Era "apagarse" la luz. Aquello negaba la razón de existir del poblado, era el fracaso del trabajo de todos sus hombres. De ahí los gritos de las mujeres, la prisa de los hombres, el temor que impidió a los jóvenes aprovechar más la oscuridad, llegada en el momento más oportuno. La pista fue quedándose vacía. Regresaban chicas solas de la carretera, mientras los jóvenes

empleados, los técnicos y los obreros especializados corrían detrás de sus padres o jefes hacia la central.

—Me asfixio, me asfixio.

Era su cerebro, cerrado por el temor inconsciente, lo que la asfixiaba. María no había dejado de llorar desde que su marido la abandonó. Corrió hacia ella su hija, y junto a ella estaba ahora, abanicándola, soltándole la faja, soplándole en la cara y llorando también.

—Un vaso de agua.

Se oyó algo chocar contra el suelo, un ruido de cristales, quizá la botella de cerveza vacía o uno de los vasos que estaban sobre la mesa. La mano, con más precaución, continuó buscando.

—Mamá, mamá, di algo, no te pongas así... Llamen al médico.

Don Ramón estaba cuidando a otra mujer que se asfixiaba también con la oscuridad. Había muchas mujeres que gritaban o se paseaban, chocando entre sí, en una busca desesperada de brazos que acogieran y aplacaran su temor. Se abrazaban entre ellas, lloraban un momento abrazadas, sin reconocerse, y volvían a separarse para continuar el llanto, los gritos, el andar a ciegas tratando de separarse de aquel peso oscuro en el cerebro. Les asustaba la oscuridad, no podían evitar el relacionarla con la muerte o, por lo menos, con la catástrofe que siempre se podía estar esperando en el Salto. Todos sus maridos trabajaban haciendo luz, podía decirse que eran enemigos de la oscuridad.

—Tranquilícense, señoras. No pasa nada. Un simple apagón.

Alguna voz de hombre, sobre los lloros, ofreció una salvación inútil. No era tranquilidad, era la hija al lado, atendiéndolas asustada, lo que necesitaban. Y llorar, gritar, pedir luz. Los camareros, los hijos demasiado jóvenes para estar trabajando, los estudiantes, empezaron a encender cerillas y mecheros. Había ya varias velas: medios rostros inclinados sobre siluetas confusas, abanicos improvisados con un periódico, mesas caídas, figuras corriendo de un lado para otro, el estrenado esa noche "echarpe" por el suelo, sucio de pisadas.

Todo el Salto era una gran oscuridad maciza, un bloque de oscuridad limitado por los horizontes del valle a ambos lados

y, agua arriba, por la presa, e ilimitado, agua abajo, como si hacia allí se estuviera vertiendo la oscuridad, en una imagen antigua de la vida y de la muerte, del río y del mar. Un río hecho de aire negro desembocando en un mar de oscuridad total, formado sobre el fracaso de toda luz y todo avance del hombre por el tiempo y el mundo. Era toda la historia, ese pasillo oscuro donde las mujeres han llorado por los hombres que trabajan y luchan para obtener la luz que ellas piden y regresar al pequeño mundo de cada uno, poblado por la pequeña humanidad de cada familia.

Allí abajo, junto a la base de la presa, quizá en la estructura también, los hombres buscaban ya la avería. Las linternas creaban una red de hilos móviles y blancos. Se veía, un instante, una mano con la llave inglesa, un rostro arrugado de hombre buscando la enfermedad de la máquina, casi humana, o la escalera de mano — un instante — que parecía avanzar sola en el aire, horizontal, hasta que el hombre entraba en el chorro de luz y desaparecía o era seguido por la linterna, que iluminaba entonces a la escalera apoyada en el alto transformador y al hombre subiendo hacia él, enigmático aparato en medio de la noche creada por él mismo, como un dios adorado por los hombres e intentado aplacar por las mujeres, allá arriba, en el baile,con sus gritos, sus llantos, que duraban todavía. Sombras cruzándose, a las que se les iluminaba instantáneamente un brazo, un hombro, una pierna, o un rostro sudoroso, y ruidos de pasos, y voces, y avisos de precaución que dominaban cada cierto tiempo el continuo rumor de trabajo: la llave contra la tuerca, el lejano martillo contra algo metálico. Una linterna iluminó un brazo musculoso, cubierto de vello casi negro, recorrido por venas y nervios abultados, cuya mano, manchada de grasa, estaba dando vueltas a una tuerca.

—Levanta la linterna — dijo el brazo.

La luz se alzó, iluminando parte del otro brazo, aferrado a un saliente del transformador. Saltaban bajo la piel los tendones y músculos del antebrazo a cada movimiento de la mano que desenroscaba la tuerca. Los dedos la hacían girar con la precisión de una herramienta viva, perfecta, imposible de obtener con otro material que no sea el humano.

—Vaya usted a las celdas de interruptores. Puede que estemos trabajando en balde — dijo alguien.

La mano tenía ya la tuerca libre y la enseñaba a los de abajo.

—Ya está. — Vino la voz de lo alto de la escalera.

—Y no vaya a hacer ninguna tontería, Buendía. — Era la misma voz de antes, dirigida hacia la sombra que empezaba a alejarse. — Usted espere, es inútil sin saber cómo están las celdas. Bájese de ahí.

Restalló algo metálico. Por un momento, cesaron todos los ruidos, la múltiple sombra humana se detuvo, ninguna linterna se movió. Era miedo. "¿Qué ha sido eso?". No se oyó respuesta, pero el silencio, la imposibilidad de exigirla a quien no se veía, devolvió a todos la tranquilidad.

"Qué tontería, las celdas, que son lo más seguro... Este Lobo... "Y no vaya a hacer ninguna tontería, Buendía"..., en verso y todo...". Buendía llegó al pasillo de las celdas. Le acompañaban tres obreros, que caminaban detrás de él, haciendo sonar las herramientas que llevaban en los bolsillos del mono.

—Usted mire aquella, usted aquella, yo esta y usted la otra. — Fue la linterna la que habló: un dedo largo de luz señaló a cada uno qué celda era "aquella", "aquella" o "la otra". Luego, autoritariamente, habló el hombre. — Y cuidado con hacer tonterías, ya saben.

—Sí — se oyó.

Los pasos, el arrastrar de las alpargatas sobre el suelo de cemento. Buendía fue hacia la celda que se le había señalado. Rechinaron partículas de tierra bajo la suela de sus zapatos.

—Supongo que tendrán un mechero o cerillas o algo — dijo aún.

Pero ya los habían encendido. Pasó tiempo, casi en silencio. Brillaban las barras paralelas de alta tensión en el techo con los reflejos de la linterna, los mecheros y las cerillas.

—Señor Buendía — fue un grito.

Corrió. La luz de la linterna delante.

—¿Qué pasa?

—Ya lo he encontrado. Está ahí — dijo el obrero. Señalaba con el dedo.

Estaba allí, en el interior de la celda, pequeño, semicarbonizado: un minúsculo cadáver. Buendía levantó la linterna. Vieron, en las paredes, las señales del cortocircuito, la cal oscurecida por los chispazos y el humo. Bajó de nuevo la linterna.

—Un ratón — dijo. No supo decir otra cosa. Detrás se oyó la risa contenida de uno de los obreros.

De pronto, rieron todos y sus risas resonaron en la celda y en el pasillo.

XIX

LA casa se había ido llenando del silencio posterior a la última sirena del día. Era la tarde, el descanso, la butaca amiga y la radio suave, la revista atrasada, y el olor y el ruido conocido de huevos friéndose.

Chuchín, jugando en un rincón del comedor. El suelo era el mar, por donde se deslizaban, empujados por él, los barcos de guerra, las dos escuadras enemigas buscando el combate, el horrible combate a cañonazos que retumbaban hasta en la cocina ("Chuchín, deja de hacer ruidos con la boca", se oía, "seguro que estás arrastrándote por los suelos"). Acabada la munición, sólo quedaban, sobre la superficie tersa de los baldosines, unos cuantos navíos consumiéndose entre fuego y humo, y hundiéndose a la vez ("Chuchín, te he dicho que no me gastes las cerillas quemando papeluchos").

El sol herido se arrastraba fuera de la casa, sin atreverse a entrar por las ventanas, y ella recordaba con la piel los paseos por la orilla del embalse: subía una agradable humedad perteneciente al otoño, al quinto mes sin su brazo en la cintura, sin la parada breve y la boca cerrada por la boca. La última carta de él estaba todavía en la mano de Charito, que oía la radio y miraba los visillos, obsesionada por el atardecer y su lentitud, mientras fluía el recuerdo de todas las cosas, de la mesa brillante y oscura, del encaje que la abuela les había hecho para el jarrón de grueso cristal verde que tenían en el centro de la mesa.

La tarde, el descanso, la preparación de la cena inundando la casa de queridos y diarios olores, el regreso del hombre, que entrará resoplando, se quitará la boina, la dejará en el perchero y se sentará en la butaca, casi antes o, por lo menos

a la vez, de que Chuchín se le cuelgue del cuello ("Hola, papá, han ganado los marinos ingleses"), diciendo él en voz alta, para que su mujer le oiga desde la cocina: "Buenas tardes".

—Hola, papá — dirá Charito.

La tarde, el descanso, la casa, el hombre que ha trabajado, su mujer y sus hijos esperando.

—Hola, papá — ha dicho Charito.

Fue sólo un instante. No descansar, sino simplemente demostrarse a sí mismo que a partir de ese momento podía hacerlo. Se levantó de la butaca donde acababa de sentarse y fue hacia la cocina. La cena podía salir mal, los huevos demasiado fritos o con poca sal, si no venía el brazo del hombre, su mano fuerte, y se posaba en el hombro de la mujer, que, sin soltar la sartén o la espumadera con la que escurría la verdura — esa verdura que hacía de un modo tan exquisito por lo menos dos o tres veces por semana para cenar —, volvía levemente la cabeza y dejaba sus ojos un instante en los de su marido, quizá para comprobar que él la miraba, que estaba ya de vuelta del trabajo, vivo, con su expresión de cansancio honrado. Una mirada fugaz, que equivalía, cada noche y cada mediodía, a sus dos vidas sencillas y creadoras. Porque Juan venía de trabajar, y encontraba a su mujer, a sus dos hijos la radio, los muebles, y entonces su vida se completaba, adquirían sentido su sangre y su cansancio. Ponía la radio muy alta, aun cuando hablaran al mismo tiempo, quizá para seguir oyendo algo atronador, cerca de él, que le recordara los alternadores: música, noticias que no le interesaban, anuncios... En la butaca, seguía pensando en el trabajo hecho o en el que le faltaba por hacer. Y entonces — no lo pensaba — se sentía alegre de estar cansado, le decía a Chuchín que le trajera las zapatillas y empezaba a descalzarse en la butaca.

La escena de la cocina, a pesar de que se repetía dos veces por día, no era una rutina. Era el comienzo de una conversación nunca acabada, quizá empezada cuando eran novios, o más tiempo atrás aún, cuando los hombres y mujeres que les habían engendrado trabajaban sobre sus campos, probablemente. Una tierra, un tipo de hombre cuyo perfil está profundamente relacionado con el clima, las costumbres, la calidad de las cosechas, el aspecto desolado y mísero de las casas y los pueblos. Y, hundido, oculto detrás del aspecto de la vida, en el mismo interior

de las venas de los hombres, el afán, intacto o podrido, de mejorar, de poseer tierras o casas o animales o luz, e hijos que gocen de lo conseguido y continúen el camino ascendente de los hombres sencillos; un afán de abandonar el pueblo y conocer, primero, luego dominar, el mito deslumbrante de la ciudad. O el temor de nuevas desgracias, de nuevos dolores, impidiendo aquel afán, expresado inversamente, como un miedo a abandonar la tierra donde se ha nacido.

—Vitorina no hace nada bien — dijo ella.

Todo el orgullo de sus manos, que daban de comer y hacían agradable y bueno el hogar, estaba en aquellas palabras. Sabían ellas, las manos, que eran necesarias para que los rincones quedaran limpios de verdad, para que los muebles tuvieran brillo, para que la vajilla estuviera bien fregada. Y lo sabían también los ojos, vigilantes siempre de las labores domésticas que su hija y la criada realizaban.

—Me da lo mismo hacer las cosas que no hacerlas, porque si no las hago tengo que estar encima de ella todo el día... "Limpia bien eso, ¿no ves que aún tiene polvo?". "Pasa la escoba por debajo de aquello". "Échale más agua". "Frota bien los cristales"... y así todo el día: "Haz esto, haz lo de más allá, y dale y dale..." Y si estuviera bien, pero con este vientre.

Se lo tocó con las manos. Estaba embarazada.

Juan se había sentado en la silla blanca. Formaba parte del descanso diario aquella queja dulce y conocida de su mujer, referida a dos o tres cosas que casi siempre relacionaba. La oía, y era bueno aquel charlar que no exigía generalmente más respuesta que algún "Bueno, bueno, ya se verá", o el tan odiado por ella "Recuérdamelo mañana, ahora no tengo tiempo". Y al final, la misma queja de siempre: "Tú nunca dices nada: mañana, mañana, y con eso te quedas tan a gusto, y mañana será mañana y al otro, mañana también, y al otro, y al otro..."

Desenchufó ella el hornillo.

—¿Por qué no te ayuda tu hija? — dijo él.

—Mi hija está atontada leyendo las cartas del novio. Ya la viste en las fiestas, sentada todo el día, mirando a las musarañas.

De pronto, estallaba la queja central, anterior al matrimonio mismo.

—Juan, ¿cuándo vas a parar en un sitio? Ahora podrías quedarte de jefe de central, ¿no te lo han dicho?

—No, bueno, claro que me lo han dicho, pero no es eso lo que quiero — dijo —, No es eso. Los chicos necesitan vivir en otro sitio mejor, donde puedan ser algo. Además esta central la van a hacer automática. Dentro de unos días, vendrá un ingeniero alemán que va a hacer la instalación. Y, además, ¿no te ponía mala este ruido?

—Sí, pero ya no me importa cualquier cosa con tal de quedarnos en un sitio, tranquilos. ¿Automática?

Ahora la cocina se llenó de los pequeños choques de los platos contra el mármol o entre sí, hasta que formaron una columna blanca sobre la esquina de la pila. Empezó el rumor metálico, algo apagado por la madera, de los cubiertos que la mano de ella sacaba, depositándolos luego en el plato más alto de la columna, con un ruido más claro, más metálico y limpio.

—Se controlará desde lejos, no quedarán aquí más que los vigilantes necesarios. ¿Por qué no llamas a tu hija? — dijo, y sabía que no lo haría. Llamó él —: Charo, ayuda a tu madre a poner la mesa.

XX

El redoble

La música caía lentamente sobre la penumbra de la habitación. Las tres columnas imprecisas del humo que ascendía de las tazas del café, el oscuro brillo de la mesa, los sillones pequeños donde ellos estaban. Entró la criada, vestida con un uniforme similar al de las colegialas. Hizo algo, sin que nadie le diera atención a sus manos llevando el azucarero hasta la mesa pequeña, habiéndole hecho previamente espacio entre las tazas. El ingeniero jefe ofreció su pitillera de oro al invitado, un hombre alto, sentado en el sillón de un modo aparentemente incómodo, demasiados rectos su espalda y su cuello. Era rubio, un rostro en el que parecían notarse todavía los ángulos de un imaginable bloque cúbico de carne.

–*Rauchen Sie?* – dijo, el gesto de ofrecer la pitillera detenido entre él y su invitado, sobre la mesa y las tazas.

–*Thanke sehr. Ich rauche nicht. Sprechen Sie Deustche!* Ah, *sehr gut, sehr gut!*

–*Nein, nein* – dijo él. "En seguida se ponen a hablar a toda velocidad y no hay quien coja ni una palabra", pensó –. *Ein wenig nur.*

"Ya ha presumido de saber alemán", pensó la mujer, "ahora hablarán en español".

–Yo he el español aprendido – dijo él, despacio –. Un poco también sólo.

–Sí, es mejor, español.

Había salido la criada. La radio sonaba ahora más lejana, palabras y música mezclándose a la conversación. Pequeños y bruscos ruidos de tomar café.

"¿De qué podremos hablar?"

–¿Le agrada? – dijo la señora.

"Lagarada", entendió él.

–Perdóneme, ¿cómo...?

–Que si le agrada – lo dijo más despacio y fuerte –. Agradar, agradar, ¿no sabe?

–¿Qué es agradar?

–Quiere decir que si le gusta el café – aclaró el marido. "Mi mujer siempre tan fina".

–Ah, sí, bueno, está bueno. – Una risa medida para compensar su desconocimiento del idioma de la señora.

"Vaya tostón", pensó ella, "¿para qué habremos invitado a este hombre?" Sonrió: el alemán la estaba mirando.

–¿Cree usted...? – se dio cuenta de que había empezado muy deprisa –. ¿Cree usted que todas las centrales se harán ya automáticas?

"Vaya, ahora se ponen a hablar de sus máquinas...". Miró el reloj: las cuatro y cuarto. Se asomó a la ventana, y estuvo mirando el embalse, la cinta blanca de la presa, la orilla rocosa llena de sol, salpicada de sombras y salientes. "Parece una prenda calada hecha de lana", pensó. A la izquierda, se veían los últimos pabellones de los empleados formando calles perpendiculares a la carretera. Era extraño verla tan vacía a aquella hora: un camión, dos obreros cargados con algo. Recordó: había empezado la "semana inglesa". Parecía dormido el Salto o sumido en una quietud festiva, que resultaba extraña aquel sábado por la tarde. Avanzaba una nube sobre las casas, una de esas oscuras y nunca lluviosas nubes tan frecuentes al comienzo del invierno. Detrás de ella, seguían los largos silencios salpicados por frases de su marido, que separaba las sílabas mucho, a las que contestaba el otro ingeniero en un idioma inexistente, mezcla de alemán y español. Junto a la ventana, se oía más el ruido de los alternadores, apagado por las paredes especiales contra los ruidos del exterior. Bajó la persiana. "Es el coche del Administrador", pensó. Se oía, sordamente, un motor arrancando. Ella permaneció mirando un pequeño lugar situado entre la cortina y la pared, lleno de luz difícil, de origen inexplicable, un rectángulo de luz en el que siluetas de sombras diminutas se movían, vivientes. Descubrió, muy divertida, que dos de ellas

tenían forma humana, y se movían al revés, andando de cabeza o, mejor, con los pies en el techo. "Qué cosa tan rara."

—No es necesario el "cuadro" ya – se oyó decir al alemán –. Desde la estación... para regular, todo se hace.

—Sí, sí, comprendo. La central es controlada y dirigida desde la distancia que se quiera. Es extraordinario.

Su mujer le vio más joven, vestido de esa forma, bueno, de etiqueta, se precisó, de esa forma elegante aunque con algo de camarero, pero no sabía ni el lugar ni la fecha de su visión. Estaba obsesivamente mirando las pequeñas figuras humanas invertidas que se filtraban por la persiana. Sus ojos estaban allí, detenidos, sin ver, mientras su recuerdo la trasladaba a alguna vez, no hacía un año ni dos, sino más, quizá más de quince años, con esa imprecisión mental de las mujeres; bueno, hacía una "barbaridad" de años, alguna vez, ella creyó que su marido, ¿o era su novio entonces?, claro que era su novio nada más, heredaría del padre el título de conde de X, a pesar del hermano mayor, a quien, por su vida y, porteriormente, por la enfermedad contraída en sus viajes, nadie consideraba como candidato a la herencia del título ni a la del dinero y las tierras. Pero, al final, no se pudo demostrar que estaba enfermo, ni siquiera que era anormal mental, a pesar del dinero que su marido, entonces su novio, se gastó en unos médicos raros, siquiatras o no sé qué, y debió ser después de todo aquel jaleo cuando él – el mismo hombre blando que ahora estaba intentando entenderse con un ingeniero alemán, sin saber alemán y, realmente, sabiendo muy poco de ingeniería – se fue a París, gastó mucho dinero, en juergas, seguramente, mientras ella – pero, ¿de dónde pueden venir esas sombritas? – realizaba una campaña para sustituir en su corazón, y en su lecho, un hermano por otro, el que no heredaría el título por el que lo heredaría, a pesar de su enfermedad y de su vida anterior, que ni a ella ni a su familia les importaban ya. Campaña inútil, hasta cierto punto, porque, si bien el grado de intimidad al que llegó con el hermano del que había de ser su marido no fue pequeño – "los hombres son tan tontos, todavía no se le ha ocurrido preguntarme nada" –, nada logró con ello cuando él ya había logrado todo. La retirada fue oportuna: vino el hermano, reanudaron el noviazgo, él continuó estudiando aquella carrera, y dos años después, cuando la hubo acabado, se casaron. Entonces estaba

ya arruinado. En lugar de un título de conde, un título de ingeniero, heredado también, pues sin el interés que un hermano de su padre, que había sido ministro de Fomento, tenía por él – según le decía a los catedráticos en amabilísimas cartas fechadas con suficiente anticipación a los exámenes –, muy probablemente no hubiera llegado a tener tampoco este título, que él despreciaba, en contra de la opinión de su tío, que a los ingenieros les llamaba "la aristocracia moderna" y "la aristocracia técnica". Heredó también, en lugar de dinero – había gastado el que le hubiera correspondido, aún heredando su hermano el título –, posibilidad de ganarlo, y, en lugar de tierras, un puesto en la Compañía Española de Electricidad, gracias al interés que su tío tenía por él, según escribió al director de la empresa en una muy amable carta que le dirigió, en su calidad de antiguo compañero de estudios, aunque parece ser que más que esta amistad o viejo compañerismo, había influido el reciente cargo de minisrto y el número de acciones de la compañía que poseía. Luego empezó aquella vida, la larga decepción de su marido, que no poseía ni fue capaz de conquistar, sino muy pocas de las cosas que ella había creído lograr al casarse con él. Su ambición le hizo desesperarse, lo cual no impidió que llevaran siempre una vida de apariencia, en la que cualquier detalle adquiría una importancia extraordinaria, sobre todo ante extraños. Pero todo, en medio de aquel ambiente grosero, con su espantoso ruido, sin una reunión social, sin un sitio caro donde asistir, sino teniendo que codearse con"la chusma del mono, sucia y grasienta". Porque al Casino iban los empleados, y ella no sabía qué era peor.

La mujer tenía el brazo apoyado en la persiana y la cabeza sobre el brazo. Acababan de desaparecer las figuritas invertidas, cuando ella ya había identificado la más ridícula de las dos con su marido. Sonó el ruido del motor con más fuerza y arrancó. Por una de las rendijas de la persiana vio alejarse el coche del Administrador. Estaba aburrida, siempre le sentaba mal pensar demasiado, especialmente en cosas "que era mejor olvidar". Corrió la cortina y se apartó de la ventana.

"Si lograra no oir nada." Volvió hacia su marido y el ingeniero alemán.

—Desde luego, desde luego – decía aquél –. No cabe duda.

"Siempre dice "no cabe duda"", pensó la mujer y se acari-

ció la frente con la mano. Al bajarla, vio el reloj y miró, sin necesitarlo, la hora: eran las cuatro y diecisiete minutos.

La sirena no sonó. Eran las tres de la tarde de un sábado, en el que comenzaba a regir la "semana inglesa", cuando su implantación había perdido ya la categoría de tema central de todas las conversaciones y sólo permanecía como un rumor viejo, poco frecuente, de vez en cuando reforzado con comentarios, cada vez menos esperanzados y más distanciados. El gran edificio de la central, largo y estrecho, parecía haberse quedado más quieto en su posición paralela a la presa. Los días de trabajo, iban y venían en torno a él obreros y técnicos, se oían ruidos metálicos, chisporroteos de soldadores, y el edificio adquiría una especie de vida sonora, una excitación inmóvil, cuyas vibraciones parecían escapar por el ala más próxima a la orilla rocosa, sin construir todavía. Las líneas que ascendían por la otra orilla, montadas sobre las columnas metálicas, se alejaban hacia el horizonte, vibrando ellas también con toda la fuerza que la central succionaba en el fondo del valle y ellas llevaban hacia las ciudades lejanas.

Eran las tres de la tarde y entraban obreros a la central, a pesar de la "semana inglesa". Pero su número era pequeño, insuficiente para producir aquella sensación de movimiento y trabajo que había a diario. Se trabajaba ya en el grupo quinto y, para que el ritmo del trabajo no se perdiera, fue necesario que aquella tarde, y el tiempo que hiciera falta del domingo, los carpinteros continuaran haciendo los encofrados para el foso del "rotor". El lunes, las hormigoneras iniciarían desde muy temprano su bostezo, y el hormigón, bajo las manos de los obreros, iría creciendo hacia la planta de la "sala de máquinas".

Desde el pozo se veía el cielo entre las vigas que anunciaban el techo. Golpes secos de martillos, rechinar de sierras, cortos y casi incoherentes diálogos de los trabajadores, subidos en bancos de madera.

—Esa pared, fíjate, siempre me ha parecido, no sé, una cara grande mirándome siempre. Alcánzame esa tabla, chico.

Le alcanzó el chico la tabla, desde lo alto del pozo. El otro obrero le miró. Eran las tres y media.

—¿Qué dices?

Llenaba el sol de sombras densas el paredón de rocas. Estaba clavando ya la madera horizontalmente.

—Nada, esas rocas. Fíjate: son como una calavera — dijo.

Los salientes estaban llenos de sol, contrastando violentamente con sus propias sombras, en una visión cúbica de la muerte, que parecía estar presidiendo el grande y continuo rito de la electricidad.

—Tonterías — dijo el otro —, tonterías. ¿A que no tienes un cigarro?

Se buscó en los bolsillos del mono. Eran las cuatro menos veinticinco minutos. La mano sucia de polvo de hormigón y de serrín, le ofreció el cigarro, y él dejó el martillo sobre el banco. Sacudió su mano derecha contra el costado, desprendiendo del mono una nubecilla de polvo, y cogió el cigarro entre sus dedos llenos de serrín y cemento, uno de los cuales tenía una uña negra a causa de un martillazo. Colgó el cigarrillo de los labios, previamente humedecidos, y se buscó en los bolsillos.

—Dame lumbre — dijo, acabando su búsqueda, con un gesto de no encontrar lo que buscaba.

—¿Lumbre también?

Continuó el trabajo, el martilleo sin ritmo, las bocanadas de humo elevándose hacia la salida del pozo. Eran las cuatro menos veinte minutos.

—¡Chico! — llamó.

Asomó la cabeza sin peinar sobre el borde y preguntó, con un doble movimiento de la cabeza arriba y abajo.

—Vete al cuadro a ver qué hora es —. Tenía sujeta entre los dedos de la mano izquierda una punta —. Es más cabreante sabiendo que los otros están rascándose la barriga a estas horas.

Dio el primer golpe. El clavo se hundió un centímetro en la madera. Pero siguió sujetándolo con los dedos. Le colgaba el cigarrillo entre los labios, y ahora el humo se pegaba a la pared circular.

—No puedo mirar hacia allí — oyó a su espalda. Volvió la cabeza. Era Antonio. Los otros no habían despegado los labios desde que empezaron a trabajar.

Siguieron trabajando. A sus espaldas y debajo de ellos, se oían golpes de martillos, sierras, alguna frase. Los otros seis carpinteros trabajaban también. Durante un momento, fueron más fuertes las palabras que los ruidos de trabajo.

—Basta de charla, venga.

La voz del capataz vino de arriba, y otra vez lo dominaron todo los martillazos, las sierras, los formones. El ruido de los alternadores formaba parte del ambiente, se mezclaba al calor, hasta ser algo denso e inseparable de cualquier otra cualidad del aire o de la luz intensa que entraba por los grandes ventanales del edificio y por el ala en construcción. Asomó otra vez la cabeza el chico.

—Las cuatro menos diez — dijo.

—No puede ser. Debían ser por lo menos y media —. Miró al chico, dudando —. ¿Cómo estaban las agujas?

El chico se tumbó sobre el borde y asomó los dos brazos a los lados de la cabeza. Los cruzó formando el mismo ángulo que las agujas.

—Así.

—No puede ser — dijo otra vez —. Me parece que llevo un siglo aquí.

—El chico no debe saber mirar un reloj — rio alguien, detrás —. Hace unos meses estaba cuidando el ganado y en su vida había visto uno.

—No es verdad; yo sé de relojes. Estaban así, eran las cuatro menos diez.

—Bueno, bueno —. Volvió la cabeza y vio al otro, quieto, con la mirada fija en las rocas verticales.

—¿Tú viste el circo ese que vino para las fiestas? —. Recordó el cuerpo humano por el aire, de un trapecio a otro, el difícil equilibrio sobre sillas y bolas.

—Yo lo vi — dijo el chico.

—Largo de aquí, que te estará llamando alguien — le gritó.

Desapareció la cabeza.

—No, no lo vi — dijo su compañero, la colilla entre los labios. Dio una última chupada y lo tiró. Faltaban siete minutos para las cuatro.

—Yo sí — dijo él. Continuaba mirando las rocas, aquella obsesión clavada en el inmenso rostro descarnado del paredón, exacto, inmutable en su expresión profundamente trágica unas veces, irónica otras.

—Pero, ¿qué te pasa? Déjate ya de eso. Tonterías.

—Desde que empecé a trabajar aquí me parece una calavera o algo así.

Trabajaron en silencio un buen rato. Vino el capataz y se marchó sin decir nada. Volvió el chico a asomar la cabeza por el borde del foso.

—¿Sabe usted qué hora es? — dijo —. La he visto cuando venía de arriba: las cuatro y cuarto.

Se levantó el chico y empezó a andar por la "sala de máquinas". Eran las cuatro y dieciséis minutos.

Eran las cuatro menos veinticinco minutos. Entonces, la voz blanda de Buendía, en el local subterráneo donde estaban las baterías de acumuladores, gritó que abrieran los respiradores del techo. Brillaron los altos vasos de vidrio rectangulares, que se mantenían verticales sobre los soportes de madera.

—Déjalos así — dijo.

Bajó el obrero de la escalera doble y continuó la operación de carga.

—Nos vamos a intoxicar aquí con esos gases — dijo —. ¿Han hecho la conexión ya?

Era una habitación pequeña, casi llena por los elementos de las baterías, separados sólo por estrechos pasillos y un espacio reducido entre ellos y la puerta. Los cinco hombres apenas cabían en el interior.

—En toda la central no estamos más que esos carpinteros y nosotros — dijo Buendía —. Bueno, aparte de los operadores del cuadro y los que estén de turno en los grupos. Menuda papeleta.

—Eso le iba a decir — habló un obrero, agachado entre los tubos verticales, haciendo algo —, que estaban también los operadores y los vigilantes.

—¿Por qué le ha tocado a usted? —. El ayudante encendió un cigarrillo y lanzó una sonrisa y el humo juntos.

—Imagíneselo. Ya sabe quién es el "negro" en este salto.

Llegó un obrero de la "sala de máquinas".

—¿Ya está? — preguntó Buendía.

—Sí, señor, ya está.

—¿Cuánto puede quedar aún? —. El ayudante acompañó su pregunta con un gesto vago de todo su cuerpo, despreocupándose de la respuesta.

—Más de una hora todavía. Acabamos de empezar — dijo el montador —. Venga, vayan acoplando. ¿Qué hora tiene? Yo ten-

go... las... cuatro menos diez, no, menos nueve minutos, para ser exactos.

—Yo tengo las cuatro menos cinco. Lo puse ayer bien.

Eran las cuatro menos seis minutos.

—Y, por fin, ¿cómo ha sido eso de empezar hoy la "semana inglesa"?

Buendía le miró.

—Para nosotros no ha empezado todavía — dijo.

Rió.

—Es verdad, sí; menuda "semanita inglesa" —. Rió también el ayudante.

—Pensaba irme a pescar río abajo. ¿A usted no le gusta pescar?

No oyó la respuesta. Vio el río, las rocas enfrente, la caña curvada hasta el agua, con su extremo casi tan fino como el sedal, pasaron minutos y su espera le llenaba de paz y tristeza como si no fuera un pez lo que esperaba, sino cualquier otra cosa más importante, menos concreta y muy necesaria para vivir, algo que nunca había tenido y que acaso ya ni sabía que deseaba tener. Bostezó. Miró el reloj otra vez. Las cuatro y tres minutos. Tener que estar allí hasta las cinco o quizá hasta las seis, mientras los demás estaban durmiendo u oyendo la radio.

Había pasado mucho tiempo cuando Higinio, en la "sala de máquinas", lió un cigarrillo y se quedó fumándole, entre dos alternadores. Estaba esperando el aviso de Buendía. Pasó por delante de él un pinche, un muchacho de unos quince años, pelo rubio y ensortijado. El chico se detuvo y miró el reloj. Con sus manos imitó la posición de las agujas. Se alejó luego. "Deben estar trabajando los encofradores", pensó Higinio, sonriendo. "A otros que también les han fastidiado la "semana inglesa"." Miró el reloj: eran las cuatro y decisiete minutos.

A las cuatro y diecisiete minutos se oyó el primer golpe, la primera campanada del redoble lento que empezó entonces y que iba a durar semanas, distanciándose sus golpes cada vez más. Cesó el gran ruido, murió ronco y dominado por el estampido de la compuerta provisional, que la presión del agua lanzó contra el muro del edificio de la "sala de máquinas". Un brazo de agua iba detrás como un solo músculo de dos metros de diá-

metro que golpeó el muro, casi en el mismo segundo que la compuerta de madera y hierro. El agua empezó a llenarlo todo rápidamente. Se oyó después algo como un sifón monstruoso a punto de acabarse, sorbiendo aire a la vez que expulsando agua.

Cristales rotos en las casas (Dios mío, ¿qué ha sido eso?); cuadros caídos, cuyos marcos se desencolaron dejando un lado abierto, por el que se escapaba el paisaje o el retrato de boda (—Me voy a morir de un susto... ¿qué habrá sido?); ruidos de cacharros cayendo al suelo de la cocina (¡—Ha reventado la presa! ¡Ha reventado la presa!); piezas de ajedrez rodando sobre las cuadrículas negras y blancas (—¿Ha oído usted? ¡Me voy a la central!); niños que se despertaron en sus cunas, balanceándose sin que nadie las hubiera tocado, y lloraban a gritos, llamando a la madre (—Voy, hijo, voy... Y tú — al marido, que se ponía ya la chaqueta — ten mucho cuidado, sé prudente, procura volver en seguida... y avísame con alguien de lo que sea); puertas que se abrieron y se cerraron con fuerza, casi no dando tiempo a que salieran por ellas hombres poniéndose un abrigo, una gabardina, una boina, para bajar saltando los escalones (—¡Sí, sí, bueno!); giros bruscos de cabeza, miradas mutuas de terror, silencios y gritos que se preguntaron y fueron llenando todo el aire del Salto hasta que estuvo transido de un estremecimiento de vida que se siente en peligro.

A las cuatro y diecisiete minutos una mujer preparaba la caña, los anzuelos, las cajas de cebo. Le estaba diciendo a una vecina que su marido iba a ir a pescar, cuando viniera de la central. A las cuatro y decisiete minutos, la vecina la sujetó para que no cayera al suelo.

Se oyó otro golpe, otro cañonazo del agua contra la central. Retumbó de nuevo todo el Salto. Por la carretera venían corriendo los hombres, seguidos por una masa de mujeres y gritos. Algunas se detuvieron, asustadas al oír el segundo estampido. Luego, en seguida, reanudaron la marcha, más velozmente que antes. En los pabellones, todas las ventanas se habían abierto y, desde ellas, niños y mujeres hablaban entre sí, a gritos, queriendo saber lo que había ocurrido y tejiendo una red de voces sobre las calles, en la que quedaban suspendidos por unos momentos el miedo y el llanto. La gente corría, preguntándose sin detenerse. Una carrera, una inquietud colectiva, aparentemente sin objeto. Pero era un instinto primitivo, inconsciente, el que

les obligaba a correr sin dirección, la idea de estar en peligro en cualquier sitio haciéndoles estar en cada uno el menor tiempo posible. Una histeria de todos, que aumentaba con el número de personas, como si los componentes femeninos fueran imponiendo su signo a toda la masa. Gritos, conversaciones cortadas, llantos de mujeres que acababan haciendo aspavientos obedeciendo a un automatismo mecánico, a una necesidad de expresar el dolor o el miedo desmesuradamente, con gestos de todo el cuerpo. Se formaban corros en torno a estas mujeres y los espectadores participaban de sus gestos y gritos, liberándose ellos mismos de su propio miedo o dolor. Eran grupos formados por gritos, por hombres y mujeres, por llantos, por niños, confundido todo alrededor de la mujer gesticulante, como en un rito primitivo. Las casas se habían ido quedando casi vacías, se veían puertas que nadie se preocupaba de cerrar, hombres sin chaqueta, mujeres en bata, niños despeinados y a medio vestir, que lloraban entre los mayores sin que les hicieran caso.

Se oyó el tercer golpe del agua.

A lo alto de la presa empezaba a llegar gente, los más veloces de los que corrían carretera abajo. Vieron, al pie de la presa, a cien metros de profundidad, un agua furiosa, que rodeaba la central, casi hundida. Subía un ruido fuerte, como de agua hirviendo, precedido por un temblor creciente y decreciente, antes y después de cada golpe de agua. Entonces, el agua parecía escindirse en garras que arañaban la central y trataban de asirse a la pared vertical del valle. Toda la presa, los miles de toneladas de cemento, temblaban al golpe, y los hombres se apartaban de su borde con terror. Era la furia del agua, represada durante años, que se escapaba por un agujero de dos metros de diámetro. Luego, aquella succión, aquel sorber con algo repugnante, sucio, durante el cual todos se sentían arrastrados hacia las profundidades del embalse.

Llegó un coche con varios ingenieros. Dos segundos después, un camión. Estaba bajando el conductor, cuando uno de los ingenieros le gritó algo. El conductor volvió a subir a la cabina y, arrancando ya, le llegó de nuevo la voz del ingeniero:

—Cuerdas, muchas cuerdas, todas las que haya en el almacén... ¡y largas!

Entonces, el cuarto golpe, el cuarto cañonazo, la cuarta campanada del redoble.

No se oyó arrancar y partir al camión. La gente gritó, y hubo un movimiento de retroceso, corto y violento. Era el terror. Todos y cada uno habían sentido durante años la proximidad de las fuerzas que dominaban con su trabajo. Se les fue creando una sensibilidad epidérmica, irritable a la más breve vibración de la luz eléctrica. La rutina les ayudaba a parecer, incluso en muchos casos a ser, tranquilos, inconscientes de los posibles peligros. Pero, colectivamente, existía en cada casa y en cada segundo aquella sensibilidad, algo como dormir sobre una carga explosiva y no poder dejar de fumar: no ha pasado nunca nada, pero cualquier día puede pasar. "Puede pasar" estaba grabado en todos los cerebros. Así, sin haber averiguado lo sucedido, las calles estaban llenas de mujeres y niños llorando en torno a las esposas de los hombres a los que se suponía muertos, sólo por el hecho de haber oído el primer estampido y continuar oyendo los periódicos golpes del agua, que hacían retumbar toda la zona donde estaba enclavado el Salto cada medio minuto. Otras mujeres gritaban, aun sabiendo que sus maridos no estaban en la central en el momento de la explosión, por una incontenible necesidad de liberarse de la tensión de años temiendo a todas horas por las vidas de ellos.

Sonó el quinto golpe del agua .

Aumentaron los gritos en las calles. Hubo desmayos. Por la carretera bajaba un camión de guardias civiles, haciendo sonar la bocina para abrirse paso entre la masa de gente que descendía hacia la presa. El trozo de carretera que pasaba sobre la presa se había ido llenando, y ahora empezaban a salir por la otra orilla para asomarse sobre la pared de roca. Alguien había gritado que tres hombres permanecían agarrados a los salientes, resistiendo los mordiscos, los zarpazos del agua, libre por primera vez desde tantos años. Entre el fragor del agua, los cañonazos y la succión de la presa, subían ruidos demasiado agudos para ser producidos por el agua, algo como chillidos, como un aullar prolongado que rasgaba cualquier otro ruido, lo atravesaba y ascendía hasta llegar a los aterrorizados oídos de todos, seguros ya de que estaban escuchando las voces de socorro de otros semejantes. No se supo quién lo había gritado: el momento era de caos, de perder los nombres, disueltos en el miedo y la necesidad colectivos. Fue alguien el que lo dijo y alguien quien tenía unos prismáticos en la mano, y miraba hacia el agua,

y daba instrucciones a toda voz a los hombres que estaban preparando las cuerdas y los cables, que, sin haber llegado el camión que fue a buscarlas, estaban allí ya, traídas por alguien de algún sitio más próximo que el almacén. Iban a lanzarlos hacia los tres hombres y el niño — el hombre de los prismáticos los había descubierto asidos a las rocas, casi al nivel del agua — que resistían sólo con sus manos el loco oleaje del agua, escupida cada medio minuto por la presa.

El agua subía lentamente y ellos lo notaban, aterrorizados, sabiendo que no podían salvarse. Quizá cada uno se sentía culpable de algo, sentía un arrepentimiento total y súbito de los errores de sus vidas. Pero apretaban las manos, notando cómo las uñas se les separaban de los dedos, diez dolores insignificantes, casi no sentidos entre el terror de sus cuerpos colgados de las rocas, mordidos por los picos de las olas, como si ellos fueran los prometeos del trabajo que hace posible la luz de todos.

Por sexta vez se oyó el golpe del agua al ser expulsada de la presa. Luego, la succión.

Higinio notaba en la palma de la mano una arista de la roca, y en todos los dedos un tacto hiriente que le producía un furor salvaje y un deseo incontenible de clavarlos como si fueran metálicos. Esperó a que la próxima oleada terminara y, ya repuesto, miró a sus compañeros de martirio.

—¡Subid! — les gritó.

No le oyeron. Y él no podía perder otro segundo. Vendría de nuevo el agua, esta vez más alta, y le arrastraría. Le era imposible recordar cómo había llegado hasta allí. Estaba fumando en la "sala de máquinas", y de pronto estaba colgando de una roca, chorreando agua, con una desesperación que le impedía sentir miedo. Ningún sentimiento débil. Se sintió cansado por el esfuerzo que acababa de realizar para gritar: había vuelto la cabeza hacia la izquierda, moviéndola bruscamente para compensar la falta de gesto en las manos, y había intentado lanzar un grito fuerte, consiguiendo sólo una voz alta, desgarrada, y una molestia en la garganta. Notó los latidos de la sangre en las sienes. Los otros — los dos oficiales del cuadro y el chico al que vio mirando el reloj en la "sala de máquinas" — gritaban sin descanso, como si sus gritos pudieran asirles con más fuerza a

los salientes de las rocas y elevarles hasta la salvación. Eran gritos especiales, más agudos de los que produce normalmente la garganta humana. Higinio quiso vivir, se le apretaron los dientes, olvidándose de los otros. Se agarró con la mano izquierda a una roca más alta y, por primera vez, logró apoyar un pie en un pequeño saliente, forzando un poco la postura. Descansó, apretando la mejilla contra la roca, con una respiración difícil. Seguía oyendo los gritos, sobre todo los del chico, más cercano a él. Al elevar el brazo izquierdo, había girado la cabeza levemente hacia la derecha para facilitar el movimiento. Pudo ver al chico, sus ojos redondos, la boca totalmente abierta, los pelos mojados y adheridos a la frente. Un grito largo, casi un aullido, con pausas muy breves, en las que respiraba por la boca queriendo tragar todo el aire de una vez. Y abajo, el agua, el vértigo de espuma blanca, rabiosa, hambrienta de ellos. Higinio notó un temblor en la mejilla pegada a la roca.

Pareció más fuerte el séptimo "golpe de ariete" — los ingenieros y técnicos los llamaban así — o quizá sólo fue la mayor repercusión que tuvo en la masa humana que llenaba los alrededores de la presa. Los guardias civiles habían logrado acordonar la entrada, empujando a la masa hacia el puente, pastoreándola con sus mosquetones, sus órdenes y sus uniformes, y con el temor que causaba su sola presencia. No sin lucha, sin embargo; mujeres se arrojaron al cuello de los guardias, precedidas de una furia de mordiscos y uñas, ante la que resultaban menos decisivos las culatas y los uniformes. Era el grito, el gesto brutal, lo que intervenía entonces. La masa retrocedía varios metros, cada vez que una mujer era convertida en un sollozo sordo, en un llanto que hacía temblar todo su cuerpo como el chasis del viejo camión que traía las cosas para el mercado.

Los hombres, bajo la dirección, en los primeros momentos, de los ingenieros, y después, de cualquiera que se ganara la confianza y la obediencia de todos por una orden oportuna, una mayor fuerza en la voz o por la rapidez de sus decisiones, trabajaban en la operación de atar cuerdas entre sí — había llegado el camión con más cuerdas y cables del almacén —, de preparar los cables y lanzarlos hacia los tres hombres y el niño que se debatían sobre el agua, colgados de las rocas. El corte sobre el río no era totalmente vertical. Resultaba imposible ver el fondo desde su borde. Tres hombres, atados entre sí por cuerdas, fue-

ron saltando de roca en roca hasta cubrir en tres escalones la distancia que había desde la parte llana al último saliente sobre el abismo. Quedaron así, tres postes humanos, unidos por una línea en la que se transmitiría la posibilidad de vivir hasta los hombres que resistían la antigua venganza del agua. Desde la presa, el hombre de los prismáticos les gritaba, logrando a veces dominar todo el estrépito de la catástrofe, o les hacía gestos con los brazos, indicándoles por dónde debían lanzar el cable. El último hombre saltó hasta la roca más extrema y miró hacia abajo, sujetando el rollo de cable en la mano.

Sonó otro trueno. Había pasado medio minuto más.

Ahora, le enloquecían los gritos del chico, su desesperación pegada a las rocas, aquella mirada de loco fija en sus manos, que habían logrado ascender casi medio metro más. Tuvo miedo, supo el significado de la mirada. Recordó, como un relámpago, que los ahogados, en sus últimos momentos, se agarran con una fuerza sobrehumana a los que intentan salvarles o a cualquier cosa que pueda resultar flotante. Higinio miró, durante unos segundos, la cara del chico, la expresión furiosa, sin edad, de querer vivir aun a costa de todo. Cambió su cara hacia la izquierda. Vio sólo a uno de los oficiales del cuadro. El otro no estaba ya. Gritó él también, perdiendo fuerza al hacerlo, gritó hacia arriba, como si su grito ascendente fuera una cuerda que pudiese asirse a cualquier arbusto más alto. Sobre él había un arbusto horizontal, seco de invierno, con las raíces aplastadas entre piedras. Sólo cuando notó flojas las manos, cuando el dolor de ellas aumentó, precisamente porque no las apretaba con tanta fuerza como antes, cesó de gritar, volviendo entonces a sentir aquel hambre de vivir que le hacía odiar todo lo que no fuera su propia ascensión. Miró de nuevo al chico calculando su avance hacia donde él estaba. Había comprendido la intención que le impulsaba: agarrarse a sus pies, antes de que él ascendiera lo suficiente, con la misma saña con que ahora se agarraba a las rocas. Un escalofrío le recorrió la espalda, tuvo la sensación hiriente de aquellas manos en sus tobillos. Se encontró ascendiendo. Le era difícil encontrar apoyo para los pies sin mirar hacia abajo, pero no lo hacía, porque tenía miedo al vértigo y a perder tiempo. Ahora, en la nueva postura, sintió en el vientre algo cortante, pero no se separó, sino que se apretó más contra la pared, para descargar a las manos de parte del peso de su cuer-

po, aunque sólo fuera por un segundo. Retumbó en ese instante la roca, lo sintió en el vientre, los garfios del agua le llegaron hasta la cintura, enroscándosele y tirando de él hacia el abismo. Vio desaparecer al otro oficial del cuadro entre el agua furiosa y blanca.

Era la octava vez que la presa disparaba su proyectil de agua. La octava campanada. Luego fue el sifón, el ruido innoble, inquietante, que le hacía sentirse muerto, antiguamente muerto. Comenzaba a estar agotado, varias partes de su cuerpo eran ajenas a su control: desconocía la existencia de unas manos, sobre su cabeza, asidas con más fuerza de la que tenían a los salientes, como desconocía la sangre que brotaba de sus palmas y de sus dedos. Era como no tenerlos, como estar muerto. Entonces pensó que ya no había ninguna posibilidad. Se le agolpó todo su miedo en la garganta y, por unos instantes, renunció a ascender, prefirió dejarse caer en la furia blanca. Algo le rozó un pie. De pronto, lo notó preso, rodeado por uñas que se le clavaban en el tobillo con una fuerza desesperada. Era el chico.

El último de los tres hombres, colgado sobre el vacío casi boca abajo, lanzó el cable. Vio deshacerse, uno detrás de otros, los círculos, hasta que quedó tendida la línea desde sus manos hasta el matorral seco que se veía sobre lo que él creía que era la cabeza del hombre. Le parecía ver algo moverse, sin estar seguro de que no fuese el agua, varios metros más abajo, hirviente junto al borde de la pared. "Ha caído cerca, a dos metros o así", pensó. Miró hacia la presa. El hombre de los prismáticos le hizo señas de que se moviera un poco a la derecha. A gatas recorrió unos metros sobre el mismo borde. "Más, más", le dijo la mano del hombre. "Pero se va a enganchar en el saliente que tapa al chico", pensó él. Se puso a gatas otra vez y el cable se desplazó con él otro metro. Miró hacia abajo. "Lo que pensé: se ha quedado enganchado ahí."

—¡Ojo ahora! —gritó al compañero más próximo, dando un leve tirón de la cuerda que les unía para que le atendiera—. ¡Fuerza, eh!

Apoyó una pierna en el borde, con la rodilla doblada. Sujetaba el cable con las dos manos, inclinado hacia atrás su cuerpo. El de los prismáticos le estaba haciendo señas otra vez. Le vio mover las manos y gritar al mismo tiempo sin que lograra

entenderle. Se oía aún la succión posterior al último golpe dominándolo todo. "¿Qué querrá decir?" La succión se hizo más débil en unos segundos y comenzó a oír los gritos.

—¡El chico se le ha agarrado! ¡Estén preparados a resistir a los dos!

Se volvió hacia atrás, sin aflojar las manos y la pierna adelantada.

—¡Fuerza! — gritó —. Se colgarán dos, seguramente.

Su compañero afirmó con la cabeza y se volvió, también él, para comunicar la noticia al de más atrás.

De pronto, el estirón esperado con los músculos abdominales, con las piernas dobladas. Y otro más fuerte, segundos después, seguido ya por nuevos tirones pequeños. Sintió primero angustia al oprimírsele el estómago, luego echó su cuerpo hacia atrás con violencia, flexionando brazos y piernas para resistir mejor. Casi a la vez, empezó a notar la fuerza que hacían sus compañeros. "Deben subir los dos." Continuaban las sacudidas, la vibraciones del cable. Aflojaba y aumentaba la presión, y sentía miedo de aquel nervio de acero por el que estaba unido a dos hombres luchando por la vida. Cada disminución del peso, cada tirón, cada sacudida del cable, eran respondidos por sus músculos, relajándose y contrayéndose brusca o lentamente, teniendo, al hacerlo, conciencia de la muerte o de la salvación de dos seres humanos. Un conocimiento muscular, turbio, táctil, de la escena que se desarrollaba casi a cien metros por debajo de él. Los nervios no intervenían, su cerebro apenas producía imágenes sobre aquellas sensaciones, que parecían quedarse allí, en el mismo músculo que las había sufrido, convirtiéndose en él en la idea de peligro o salvación. La idea de la muerte angustiándole el estómago y el pecho, cuando sus músculos la pensaban al notar una disminución del peso. Y una alegría, angustiosa también, cuando sus brazos y su cintura pensaban la idea de vida al notar el peso normal. "Debe ser que se apoyan en las rocas o que luchan entre sí." Siempre la idea de la lucha, muscular y turbia, confundida con las mismas circunstancias que la provocaban, llegando o no llegando al cerebro, según las pausas, la intensidad de los tirones que venían de abajo, más o menos continuos, y hacían vibrar y tensarse a aquel cuerpo formado por músculos y latidos de sangre solamente. Terror, otras veces, al confundir el peligro ajeno con el propio, y darse cuenta del

que auténticamente corría él: saltar en el vacío, en una de las sacudidas, arrastrando a sus dos compañeros hacia el torbellino blanco.

De nuevo el golpe, casi un latido de su cuerpo entero, del cuerpo unánime de todos los hombres del Salto, pendientes desde las orillas de sus esfuerzos. Casi a la vez, echó el cuerpo atrás al notar que el peso aumentaba definitivamente. Era el noveno golpe del agua, la novena campanada, una campanada más del redoble monstruoso que hacía temblar las miles de toneladas de cemento, todo el paisaje, asustado, de caídas nubes y horizontes lentos que miraban hacia el valle resistiendo el ocaso ya próximo, detenido por el asombro que el primer cañonazo produjo en la tarde.

Había empezado el ascenso.

—¡Aaa... up! ¡Aaa... up!

Los tres cuerpos de hombres, avanzada una pierna, echándose hacia atrás hasta muy cerca de la horizontal. Cuatro o cinco más, detrás de ellos, cogidos al cable, sintiendo la embriaguez de los músculos tensos bajo el ritmo de los gritos, convertidos todos en un unánime esfuerzo colectivo. Un cable, un grito, y el amor del hombre por el hombre, de la vida por la vida, habían sido suficientes para crear la escena heroica que, más que un símbolo, era una síntesis de la historia del hombre sobre la tierra.

—Suben dos — dijo alguien, interrumpiendo la respiración adaptada a los movimientos del cuerpo.

—Sí — dijo otro.

Continuó el ritmo, el resoplar de los hombres, la angustia de la gente que contemplaba el salvamento desde el pretil del puente sobre la presa.

—¡Aaa... — empezaron a decir todos. Los cuerpos se echaron hacia atrás, seguros, como remos de una embarcación, como piezas convencidas de una máquina viva, invencible, la misma máquina formada por hombres, que construye, que transforma, que mantiene y aumenta el mundo y la vida. Eran obreros del Salto y sudaban, y su sudor era el mismo de los que han llenado el planeta de pirámides casi eternas, en lucha contra el tiempo y las fuerzas que pesan para hundir la vida de los hombres. Fueron ocho golpes de ocho cuerpos hacia atrás, un solo golpe y un solo grito de ocho gargantas —: ... up!

Un hombre y un niño ascendieron medio metro hacia su salvación.

Continuó la operación de salvamento. El hombre, sobre el abismo, no tenía ya ningún temor, notaba la alegría de los compañeros que, desde detrás, participaban en sus esfuerzos. Veía el borde del abismo recortado contra un fondo de agua, y a cada tirón esperaba que surgiera la cabeza de un hombre rescatado a la muerte. Pasaron minutos llenos de gritos y ritmo.

Nadie oyó el nuevo golpe del agua, la succión de la presa. Era la décima vez, y ahora parecía, más que un redoble de campana, el primer cañonazo de una salva de honor.

Sabía que estaban muy cerca ya. Lo sentía en sus bíceps, en las piernas que se doblaban y estiraban sin que él tuviera que proponérselo, contagiadas por el ritmo de los otros, casi automáticamente. Dos gritos más y vio aparecer algo de color humano, asido al cable con una desesperación de sangre y carne desgarrada. Eran las manos de Higinio, una masa de carne sangrante, apretada en torno al cable, con varios dedos rotos o desgastados por la roca.

—¡Ya están aquí, ya están! — gritó, volviéndose —. Un poco más, compañeros.

Un último esfuerzo, el último grito, y el cuerpo entero de Higinio apareció. Asido a sus piernas y al cable con manos y boca, venía el chico. El hombre soltó el cable y ayudó a gatear a los dos cuerpos. Venían casi inconscientes, mojados, llenos de arañazos y sangre. Separó al muchacho de un tirón. Tenía los dientes y las manos agarrotados, la mirada fija, y le temblaba todo el cuerpo. Se quedó tumbado sobre la roca, sin aflojar las manos, como si rodearan todavía los tobillos de Higinio, y lloró, primero despacio, luego con una violencia extraña, vaciándose de mucho miedo contenido, mientras Higinio se miraba las manos, algunos de cuyos dedos habían perdido las uñas y la carne de las primeras articulaciones.

XXI

Domingo triste, la muerte de los dieciocho hombres gravitando sobre cada idea de distracción, de buscado olvido: poner la radio fuerte para compensar la falta de ruido de la central, ir a la taberna, al Casino — este domingo no habría baile ni cine —; visitar a los amigos, a los viejos amigos de trabajo, con los que resultaba difícil hablar, todos los temas estaban ya agotados — el del trabajo no era conveniente: recordaba demasiadas cosas demasiado recientes y demasiado tristes —; leer cerca de la estufa un periódico, un libro, una revista, una novela, siempre llenos de tragedias demasiado parecidas a la que acababan de sufrir...

—¿Cómo está la mujer de Buendía? — preguntó una criada en el mercado. Su señora le preguntaría después a ella. Patricio sólo oyó dos palabras, o lo que él creyó que eran dos palabras: "buen día". "Sí, sí, buen día", pensó. Más mujeres que otros domingos había aquél en el mercado.

El sábado había sido un día terrible. Nadie sabía aún bien lo ocurrido, nadie estaba seguro de conocer todos los detalles de la salvación de Higinio y del chico. Los nervios estuvieron durante las veinticuatro horas a punto de romperse, tensos como cables de acero.

—¿Cómo está el chico y el otro? — dijo alguien en la tienda. "Corazonsanto" pesó apresuradamente, y apresuradamente envolvió los novecientos ochenta y cinco gramos del kilo de harina. Le tendió a la mujer el paquete.

—Su kilo, señora — dijo.

—Debió ser horrible — se oyó.

Ninguna atendía a las operaciones de pesar, de envolver, a aquel gesto de "Corazonsanto", que casi era una reveren-

cia, mientras decía "Su kilo, señora", sabiendo todas que no era un kilo y, entre cariñosa y burlonamente, pero perdonándoselo, desde luego, diciéndole :"Sí, sí, su kilo... menudo truhán que está hecho, "Corazonsanto"." Hoy no. Hoy era una necesidad distinta la que les obligaba a hablar. El silencio, el gran silencio que había substituido al gran ruido de los alternadores, parecía tener la culpa de aquel desvaído aspecto de todos los rostros, de aquellas ojeras que denotaban el insomnio intermitente, el terror por la falta de ruido, a aquel vacío gris en que se había convertido el Salto, sólo ocupado por el redoble, más espaciado ya que la víspera, pero no menos intenso. Toda la noche sonaron los golpes de agua, los cristales y los cacharros de la cocina, el vaso sobre la mesilla, el sonajero del niño olvidado en una esquina de su cuna. Toda la noche, los hombres solos, los hombres con mujer e hijos, sintieron espanto, pero no hablaron de ello los que tenían compañera de sueño, sino que fingieron dormir, quizá al mismo tiempo que ella fingía dormir también. La oscuridad, casi olvidada en el Salto, había ido entrando con la tarde en todas las casas, en las calles, y sólo unas pobres velas lucharon contra ella en las cocinas y comedores. Aquel insulto al trabajo, aquella inevitable necesidad de usar las velas, precisamente ellos que producían la luz eléctrica. Duró toda la noche el silencio pesado, partido de cuando en cuando por el redoble espantoso que parecía venir de la tierra, del inverso campanario del valle. La oscuridad fue más densa, tardó más en ser vencida por el día. Las velas lucharon contra ella inútilmente, derrotadas antes de haber sido encendidas. El hueco en las camas de los hombres que estaban río abajo, buscando los restos de las víctimas, y la obsesión de la muerte en el cerebro de sus mujeres, sin sueño y con terror. Los golpes, las campanadas ("Toda la noche, debo haberlo oído mil veces"), el consuelo de no haber sido viuda y el miedo de haberlo podido ser o de poder serlo todavía.

Ojeras, cabezas sin peinar, preguntas angustiosas en el mercado, al día siguiente, domingo triste de la primera semana inglesa. Los niños del Salto no jugaron, la misa pareció más larga, como si todos rezaran con lentitud mayor, creando un ambiente pastoso de murmullos y miradas bajas. No hubo partida en el frontón. La taberna "El Voltio" permaneció vacía a la hora del aperitivo. Se supo que Higinio y el chico estaban bien.

A Higinio le habían tenido que cortar las primeras articulaciones de varios dedos. Pasó así el domingo, con una tarde prolongada, lenta, vacía de todo carácter festivo, y ya fue lunes, sin que el silencio fuera menos pesado por ello ni los golpes del agua hubieran cesado.

El lunes fue una tristeza larga, caída sobre los pabellones, un paso del sol casi sin luz sobre los hombres, que no fueron al trabajo, una espera angustiosa de noticias sobre la partida que buscaba los cadáveres, y el relevo, a media tarde, el peligro transmitido a los nuevos hombres. Llegaron coches de la ciudad con autoridades, con personajes tan importantes que nunca habían visitado el Salto. Periodistas también vinieron, escribieron en sus cuadernos, fotografiaron a Higinio, al chico, a la central, y regresaron, diciendo que les dolía la cabeza, a la ciudad.

Nació el martes. Se notaba ya el descenso de nivel en el embalse, una franja húmeda entre la línea de superficie y el nivel anterior. Continuaba la búsqueda de restos por el río. Se opinaba que algunos cadáveres estaban aprisionados en las cámaras subterráneas de la central. Era preciso esperar a que se vaciara el embalse y el nivel del agua descendiera. Se calculó que tardaría varias semanas en suceder esto. Día y noche, miércoles y noche, jueves y noche, buscando los cadáveres en las orillas. Se iban turnando los hombres. Vivían todos contra el silencio, contra el terror inconfesado o gritado. Aún se daban casos de mujeres que gritaban histéricamente. El miércoles, "La Pinilla" estuvo gritando dos horas, y como el pabellón donde vivía estaba en el centro del Salto, sus gritos llenaron los intervalos de pesado silencio entre cada dos golpes de ariete, más espaciados ya y más débiles. Con el descenso del nivel iba disminuyendo la presión y los golpes se oían ya sólo cada quince minutos.

"Si supieras cómo tengo los nervios"; "Tómate una aspirina"; "¿Te duele aún?"; "No sé qué me pasa..., y luego, para colmo, esa tía loca, gritando toda la tarde"; "Tenía que ir a verle, pero no estoy de humor"; "Déjale que no vaya al colegio..., quién sabe lo que puede pasar"; "No tengo ganas... Este Salto... oir un ruido es echarse a temblar"; "Os he dicho que no hagáis ruidos de explosiones... ¡Jugad a otra cosa!"; "No he hecho más que unas patatas... La verdad, después que ocurrió

eso...”; “Menos mal que se empezaba la "semana inglesa" que si no...”; “No puedo ni leer el periódico..., y, además, que no sé...”; “No duermo, es que no puedo ni dormir...”; así, el Salto, las casas y las calles del Salto, se habían llenado de estas frases y de su tono, un tono gris que parecía teñir la atmósfera, y los hombres y mujeres que las decían se miraban unos a otros y se veían turbiamente a través del silencio obsesivo de la central y de sus propios ojos, velados por la inactividad a que la catástrofe había condenado a los hombres.

Era todo el poblado como un panal, a cuyas abejas les hubieran sido cortadas las alas, el dinamismo transparente de sus alas y, por tanto, su ir y venir, su inquietud, hasta su alegría, y el pequeño ruido de vivir y trabajar que era el aleteo colectivo, muerto ahora en todo el panal, sin ruido y sin miel. Aquella miel traída con esfuerzo, arrancada con astucia, sabiduría y tenacidad propias y heredadas de todas las generaciones anteriores, aquella miel que llenaba de resplandor amarillo todos los panales. Hermoso trabajo que no producía sólo para los que lo realizaban, sino también para otros, para muchos otros, lejanos, ignorantes del origen del resplandor amarillo, ignorantes de aquel aleteo, de aquel peligro constante de morir encerrado entre los pétalos de un valle o de ser arrollado por una miel furiosa, increada, salvaje, tronante, aún no amarilla, o de quedarse pegado para siempre a un hilo de miel, lleno de temor y fuego. Hermoso y horrible trabajo porque obligaba a acostumbrarse al ruido continuo y enorme, después de lo cual era imposible volver a gozar de los pequeños ruidos del mundo y del propio cerebro. El clamor embotaba el oído, los ojos, embotaba el cerebro hasta que uno se hacía “obrero” para siempre, padre de “obreros”, aunque pudieran ascender de categoría profesional y social, mientras en el mundo y, casi hasta en el mismo panal, había “reinas” y “reproductores oficiales” y “guerreros”, seres atrofiados para ciertas funciones y magníficamente especializados para otras gracias a que no necesitaban ocuparse de sus necesidades vitales.

“Llegaremos a ser abejas — dijo una vez Ruiz —, y, no vayan a creer, esa exactitud, esa asombrosa perfección con que resuelven el complicado problema de meter el mayor número de celdas en el menor espacio posible, ¿por qué ha de ser un instinto?, ¿por qué no puede ser el resultado de una prodigiosa y lenta especialización en una especie que gozaba de una inteligencia, de un espíritu o como quieran ustedes llamarlo, como el nuestro, quizá más grande, pero, por lo menos, capaz de resolver ese problema? Los años, los siglos, las eras, es decir, lo que para ellas sean años, siglos y eras, hicieron posible una especialización tan absoluta (uno sabe trabajar, otro reproducir, otro gobernar, otro quizá pensar, encargado probablemente de dirigir la construcción de los canales...), imagínense, piensen que desconocemos aún muchos detalles de su vida, y, por lo tanto, desconocemos los especialistas de una infinidad de actividades diminutas, internas; bueno, pues el tiempo ha hecho posible una especialización tan grande, tan absoluta, como dije antes, que nos hace confundirnos, creer que sólo es un instinto; cuando, muy probablemente, nosotros, los hombres, llegaremos, y estamos cerca ya, a un estado semejante: hoy ya somos todos “hombres planos”, sin sentido total de nada, con una enfermedad intelectual que se podría llamar “planitud”, o sea, ver todo desde el mismo plano, desde nuestra posición y nuestra mentalidad, sin relieves libres y variados.” Nadie recordaba ahora estas palabras de Ruiz, este sorprendente modo de hablar y pensar. Aquel día, dos obreros y el periodista que había venido para hacer un reportaje sobre la central, tomaban vino con Ruiz en “El Voltio”. Andrés había sido encargado por el ingeniero jefe de acompañar al periodista por todo el Salto, enseñándole las instalaciones, y explicándole todo lo que necesitara para el reportaje. El periodista, después de la detenida visita a la central y al poblado, quiso tomar algo en aquella taberna de nombre tan curioso. Sin saber cómo, el periodista había empezado a hablar con los dos obreros que comían en una de las mesas de mármol, cercana a la que ellos ocupaban. Andrés estaba contento de haber encontrado una persona con la que podía hablar de sus ideas, de la nueva concepción que de las cosas le iba naciendo, sólo al contacto de las máquinas y del trabajo. Se sorprendió de que, entonces (hoy era jueves y la gente esperaba noticias de los muertos, comentaba lo de Higinio, lo del chico, pesaba el aire, se oía el redoble, ahora muy lento, una campanada cada veinte minutos, los camiones que iban y venían a la ciudad, una radio con un programa comercial sonando), el obrero que dijo que había venido de Bilbao, donde empezó a estu-

diar algo que tuvo que dejar apenas se enteró de qué trataba el primer texto de la primera asignatura ("No había pasta, ¿sabe? Me puse a trabajar como un condenado"), fuera el que contestó a su discurso sobre las abejas. "No lo creo – dijo –. El hombre es el hombre." Estaba pensando ahora Andrés, en la terraza del sanatorio, desde donde veía la cordillera, nevada en algunas cumbres, la femenina y salvaje forma de los montes sobre los que caían nubes de un blanco brillante, un semen inmortal que sólo muere para que nazca otra cosa. "No significaba nada – pensó –, pero yo estaba hablando y hablando, y en mi cerebro había muchas ideas sin atar, a punto de adquirir significado." Tenía, sobre la manta que le cubría la parte inferior del cuerpo hasta más arriba de la cintura, varios periódicos y una carta de Charito, la más extraña carta de amor que él había recibido. Era amor, sí, amor a él, con un egoísmo que sólo puede ser sentido por una mujer. Un egoísmo hirviente, con tanta tensión e interés hacia él, que, al final, se le escapaba el amor hacia todo, un amor de calidad líquida, que se derrama sobre todo lo existente sin exigirle ningún cambio de forma, pero dándole su calor y hasta su quemadura. Charito (era incomprensible su intuición y su poderosa sensibilidad, su acierto en los juicios afectivos que solía hacer de las cosas) le contaba todo lo que había ocurrido en el Salto los últimos días, y su protesta contra un cierto destino, su protesta personal, pequeña, se iba disolviendo en la protesta común de los hombres, no contra el destino, sino contra los hombres que lo han creado como justificación, y lo mantienen y lo predican. Charito le quería, le quería como compañero de vida, y protestaba de su enfermedad. Pero protestaba también de aquella catástrofe colectiva, de aquel paso atrás imprevisto. "¿Fue una suerte tu enfermedad? – se preguntaba –. Ya que, según me has garantizado, estás a punto de curártela para siempre, y, quien sabe si tú, con esa manía de trabajar (¡cómo le gustaba la palabra manía!) que tenéis papá y tú, hubieras estado en la central." Dejó la carta. La había leído entera antes, y ahora buscaba párrafos y los releía, para poder mirar después el misterio blanco de las cumbres, la inmóvil actividad de las nubes, y ver en ellas su vida, la de ella y la de todos los hombres, este caminar sobre el tiempo de todos en el que pensaba tanto últimamente. Necesitaba, como punto de partida, algún párrafo de Charito, condimentado en seguida con el

artículo, noticia o reportaje de uno de los periódicos que había mandado comprar para conocer al detalle la catástrofe del "Salto de Aldeaseca". "Trágica catástrofe en la Central Eléctrica de Aldeaseca", "Dieciocho muertos al reventar una compuerta de la presa de Aldeaseca". "El ruido del "reventón" se oyó a varios kilómetros". Siguió pasando hojas de prisa, leyendo sólo los titulares. "Más de seiscientos millones de metros cúbicos de agua saldrán por la compuerta reventada". "Espectacular salvamento de un obrero y un peón de quince años". Leyó un párrafo: "La presa es de planta curva, con apoyos laterales, construida toda de hormigón (más de trescientas toneladas se han empleado hasta ahora), y su altura es, exactamente, de 98,30 metros. El presupuesto total de las obras es de 1.200 millones de pesetas, pero cada año se aumenta, debido al crecimiento de los precios de materiales y a otras causas. Se calcula que las pérdidas sufridas por esta catástrofe superan los cincuenta millones de pesetas."

"La producción media anual, cuando estén en funcionamiento los cinco grupos, será de 350 millones de kilovatios hora anuales.

"Hasta ahora han muerto en accidente de trabajo más de doscientos hombres, siendo lo normal en la construcción de una obra de estas características la pérdida de trescientos o cuatrocientos hombres."

"–El retraso que supone esta catástrofe es considerable: unos ocho meses tardaremos en recuperar lo perdido.

"–¿A qué cree usted, señor ingeniero, que ha sido debida la catástrofe?

"–Es difícil asegurar nada, pero probablemente a alguna imprudencia, un olvido..., qué sé yo. Desde luego, la compuerta estaba calculada para resistir esa presión y mayores..."

Andrés dejó los periódicos. Otra vez miró las montañas y sintió el movimiento de los pequeños músculos de los ojos adaptándose a la nueva distancia, una sensación física paralela a su alejamiento, a sus divagaciones. Esta vez, vio el Salto, la grieta sombría del valle, la presa blanca, el ancho embalse perdiéndose hacia el ocaso, los pabellones, la "Dirección", la explanada, la residencia, el aliviadero, la cascada, la estructura pintada de purpurina, el "plano inclinado", la orilla de roca... Se quedó mirándolo todo. No se dio cuenta de que una enfermera se acer-

caba con el termómetro de la tarde. La enfermera se lo puso, esperó unos minutos ante él, de pie, y volvió a cogérselo.

—37,9 — dijo. Y sacudió el termómetro para bajar el mercurio.

"Las décimas de todas las tardes", pensó él.

Era otra tarde, varios días después, y parecía no haberse movido de aquel sitio, no haber cambiado ni siquiera de postura, la misma manta envolviéndole medio cuerpo, periódicos y otra carta de Charito sobre ella. Su mirada, aquel camino hasta las montañas próximas, la obsesión por las relaciones entre ellas y las nubes, ese equilibrio, esa simbiosis necesaria y fundamental en la naturaleza. Era la misma mirada que unos días antes. Pensaba aún en las mismas cosas, no le era necesario abandonar ideas sin reflexionar sobre ellas para dejar paso a otras nuevas. El tiempo era allí algo envolvente y casi quieto, como las nubes en torno a las cumbres. Los periódicos no hablaban ya de Aldeaseca. "Números y números los primeros días — pensó —, justificaciones para salvar responsabilidades, y luego, al cesto de los papeles." Sólo ella, Charito, le escribía contándole lo que iba ocurriendo. "Fue horrible, Andrés, fue horrible. Encontraron, por fin, un trozo de pierna, y, el mismo día, medio cuerpo, no se sabe de quién. Era viernes. Día a día, todo el Salto había seguido la búsqueda, angustiándose con la falta de noticias y con el peligro que corrían los hombres que iban río abajo. Se turnaban dos o tres veces al día. Nadie descansaba lo suficiente. En mi vida he visto a la gente con tantas ojeras, tan descuidada para peinarse, para vestirse, por la explanada no pasaba nadie, la gente no se visitaba. Andrés, creo que es preferible que tú no hayas estado aquí. Y, sin embargo, "si estuviera Andrés", pienso a menudo, aunque en estos últimos días..." Era el amor y el temor ancestral de la mujer por el hombre que desafía algo, mezclado con el orgullo de saber que es capaz de desafiar y de seguir viviendo en este inmenso desafío del tiempo y de la tierra. Andrés se sintió completo como hombre leyendo las frases de Charito. Poco a poco, le habían ido desapareciendo las dudas que sentía respecto a sí mismo, aquellos ridículos esfuerzos por parecer más alto, la obsesión por su salud, quizá causa de la pérdida de ella, y la artificial indiferencia hacia todo lo que no fuera de interés para él. No importaba nada ni su enfermedad, que pronto curaría, ni siquiera la catástrofe del Salto, a pesar de su importancia, ante este sentimiento de inmensa solidaridad, conseguido a través del propio amor, del propio vivir entre los demás hombres. Naturalmente, fracasos y retrocesos han llenado el camino, pero siempre el camino del hombre es hacia delante. Andrés lo sintió, notó la alegría como notaba la fiebre. Se extrañó entonces, un instante, de sentirla tan intensa cuando precisamente estaba leyendo la carta de Charito contándole los últimos sucesos. "No sé por qué, no sé bien si se consideró cada resto como el cadáver total de una víctima, pero el caso es que, por cada uno de ellos, o sea, por cada resto, se hizo un entierro. Tuvimos entierro el primer sábado y al sábado siguiente. Hoy ya es martes y la gente empieza a creer en una especie de maldición sobre la "semana inglesa", están convencidos de que el viernes o sábado se encontrará otro brazo u otra pierna, y que el mismo sábado o domingo volveremos a tener entierro. Las tardes de los últimos sábados fueron un duelo de todo el Salto, detrás del camión donde iban los restos encontrados hacia el cementerio. Imagínate un entierro en camión. El ruido del motor, a marcha lenta, era obsesionante. Hubo gritos de mujeres, parecía que todo el mundo lloraba o rezaba, haciendo un ruido continuo. Todo el Salto iba detrás del camión, y yo llegué a ponerme más nerviosa que nunca, como si fuese la hija o la esposa del hombre al que perteneció el brazo. Y aún no ha cesado el horrible redoble, como tú le llamas: una o dos veces por día se oye el cañonazo del agua y luego ese ruido como si fuera de un sifón, aunque ya es mucho más flojo que los primeros días." La enfermera le interrumpió la lectura.

—Póngaselo bien, por favor — le dijo.

Andrés dejó la carta sobre la manta y se puso el termómetro en la axila izquierda. "El hombre es el hombre", volvió a pensar. "Campesinos que se habían hecho obreros, empleados y técnicos, todos en el "pozo", más de siete años ensordecidos por los alternadores y cegados a toda luz del cerebro. Héroes, auténticos héroes de una epopeya extraordinaria, hechos de todas las miserias y bajezas humanas, pero héroes dignos de ser coronados por esas nubes." Imaginó, como le pedía Charito, el entierro subiendo hacia el cementerio. Carretera arriba, entre los pabellones grises, hacia el próximo horizonte que no se alcanzaba nunca. Un brazo menos. Un brazo más en la tierra. Un paso del hombre sobre el mundo.

—Déme — oyó. Miró a la enfermera, sin pensar en ella, mientras comprobaba la temperatura.

—Es la primera tarde que no tiene décimas. Enhorabuena.

En la cuarta tarde que no tuvo décimas, Andrés recibió otra carta de Charito en la que le contaba que no se oían ya los golpes del agua, había bajado el nivel hasta muy cerca de la compuerta y fluía por ella libremente, sin el agobio de la enorme presión de la masa del embalse lleno. Casi vacío, ofrecía un aspecto desolado, era un hueco macabro, lleno de pozas con más peces que todo un río. Las mujeres de Nueva Aldeaseca iban con cestos y capachos y se los llevaban repletos. Dos niños se habían ahogado por meterse en estas pozas a coger peces. Era "horrible" verles descalzos, con los pantalones o las faldas remangadas, inclinados, buscando, dándose chapuzones a veces. "No puedo acostumbrarme a mirar vacío el valle. No te puedes imaginar lo raro que hace, hasta parece antinatural." "Sí — pensó Andrés —, antinatural. El hombre llena un valle de agua y la naturaleza respeta y se adapta a esta nueva ordenación. El hombre es el hombre."

Después de cenar, escribió a Charito para decirle su total mejoría y su cercano regreso.

XXII

Ha sido un retraso tremendo — abarcó con los ojos la parte del edificio destruida, la huella brutal de la compuerta —, pero, en algún aspecto, puede ser beneficioso para la automatización. Se hará con menos trabas ahora.

Resonaban los ruidos del trabajo en el mediodía hueco, con un sol casi metálico. Un martillo golpeó tres veces. Luego, imprecisos, otros golpes más lejanos, más confundidos con el sopor de la hora de comer. Los albañiles producían un ruido seco al rascar con la paleta en los cubos de la masa. Comenzó a girar una hormigonera. Un obrero se irguió, abandonando la pala con la que había estado echando la grava, sacó un pañuelo sucio del bolsillo posterior del mono, y se secó el sudor de la frente. Miró a los dos visitantes.

—Es ventajoso este sistema de turnos. Así no queda detenido el trabajo ni a las horas de comer.

El visitante asintió. Elevó los ojos hacia lo alto de la presa.

—¿Qué hacen aquéllos? —. Su pregunta se detuvo sólo unos segundos hacia los obreros que trabajaban en el andamio colgado hacia la mitad de la presa. Miró su reloj de oro en la muñeca y dejó caer el brazo. Desde hacía un rato notaba el estómago excesivamente vacío.

El ingeniero jefe sonrió. Se sintió satisfecho de poder informar al visitante de algo; era la primera vez que preguntaba.

—Trabajan en la compuerta definitiva. Eso es lo que más prisa corre. Tiene que estar antes de que se vuelva a llenar el embalse — dijo. Anduvo unos pasos hacia la central.

—Pero tan altos…

—Sí, por ahí pasan las varillas de mando; se puede mandar desde arriba, ¿comprende?

—Si no le molesta — dijo el hombre del traje oscuro, dete-

niéndole con la voz, cuando iba a volver a avanzar hacia la central —, prefiero regresar ya. Estoy cansado aún del viaje y ya me hago cargo de cómo van las obras.

La visita había empezado veinte minutos antes. Desde la explanada de la estructura, el miembro del Consejo de Administración e importante accionista de la C. E. D. E., había escuchado las explicaciones del ingeniero jefe, mirándose los pantalones cada vez que pasaban cerca de algo con cemento o aceite de los transformadores. Asentía continuamente con la cabeza, miraba todo lo que el ingeniero jefe le señalaba, pero sin detener sus ojos en nada demasiado tiempo, y se alisaba el pelo de cuando en cuando. Pensó varias veces que no habría hecho falta venir hasta la misma central, permanecer un cuarto de hora bajo aquel sol agobiante y, precisamente, a la hora de comer. Hubiera sido igual de útil quedarse en la terraza de la "Dirección" y oir allí las explicaciones del ingeniero.

El ingeniero se volvió y se acercó a él.

—Al fin y al cabo — sonrió despacio, manteniendo la sonrisa en la boca como el humo de un cigarrillo, huyendo y retornando a cada movimiento de los labios —, el Consejo no tiene ni idea de cómo son las centrales y no le interesan los detalles.

Comenzó a andar hacia el elevador.

—Como usted quiera — dijo el ingeniero, y le siguió. "Ya me imaginaba yo esto", pensó. Se puso al lado del representante del Consejo y, juntos, fueron hacia la base del elevador.

El obrero vio alejarse a los dos hombres, a los que había estado mirando desde que dejó la pala para limpiarse el sudor. Volvió a cogerla, se oyó el chirrido de su hoja de metal entrando en el montón de grava, y voló en seguida una paletada hacia la boca oscura de la hormigonera. Antes de llegar, la pala rechinó de nuevo.

—Por favor.

—No, no, por favor.

Los ligeros empujones, casi con la punta de los dedos sólo, para obligar al otro a entrar el primero en el coche. El chófer, rígido, esperando con una mano en la puerta. Entró detrás del ingeniero, murmurando aún, sin estar seguro de que fuera necesario: "No faltaba más." El coche negro arrancó. Quedó una nubecilla de polvo junto al borde del valle, que una momentánea brisa deshizo y se llevó en seguida.

—Ya ve los sudores que nos está costando. Trabajamos día y noche en algunos sitios.

—Sí, sí — dijo el otro —. Verdaderamente, verdaderamente.

—Tengo ganas de verlo todo terminado. No puede usted imaginarse lo que es esto, vivir aquí siempre... En fin, ya ve usted lo que es esto.

El coche llegó ante la "Dirección". Salieron los dos hombres pasando entre la puerta y el conductor con la gorra en la mano.

—Les esperábamos con impaciencia — les dijo la señora del ingeniero —. Todos los invitados están ya presentes. Sólo faltaban ustedes para el banquete.

El comedor grande estaba preparado para el banquete que los ingenieros y altos empleados ofrecían al miembro del Consejo de Administración, venido en visita oficial como representante de todo el Consejo. Era importante su visita y debía quedar contento de ella.

Había empezado el banquete, cuando se oyó sobre todo el Salto la sirena que daba la entrada al nuevo turno. La señora del miembro del Consejo se asustó, dejó el tenedor en la mesa y se echó hacia atrás en su asiento. Ella sólo había oído las sirenas de las ambulancias en las calles de las ciudades, pero no creyó nunca que una simple sirena pudiera tener tanta potencia.

—Es la sirena de los obreros, para señalar el nuevo turno. Unos salen y otros entran — le explicó un joven ingeniero que estaba sentado junto a ella.

Se hablaba poco. Discusiones sobre el orden en que deben comerse la carne y el pescado, sobre los vinos más apropiados para cada plato, o, las señoras, sobre los vestidos o peinados de moda en la capital... Todos parecían tener un especial interés en no abordar temas del Salto, de "aquel horrible pozo donde vivían encerrados, asfixiándose", como decía la señora del ingeniero jefe. Resultaba poco elegante, en medio de personas dedicadas a comentar la película que vieron la última vez que estuvieron en Madrid — los hombres, la última "revista" —, las nuevas líneas del "metro", "lo grande que estaba Madrid".

—Están ampliando mucho por la Moncloa, por todo eso de la Ciudad Universitaria — dijo la señora del miembro del consejo —. Está quedando precioso.

—El año pasado, cuando estuvimos nosotros, por cierto que nos ocurrió una cosa muy graciosa, porque...

Se trataba de volver a decir a las demás señoras del Salto que su marido y ella habían pasado un mes en uno de los mejores hoteles, yendo a los mejores cines y teatros, gastando mucho dinero..., tomando como pretexto el contar una común equivocación al tomar un autobús.

Llegó hasta el comedor el ruido de la explosión de una "pega" eléctrica. Un grito de la señora del miembro del Consejo hizo levantarse al joven ingeniero que estaba a su lado. Sobre la mesa, se notó la vibración del agua en las jarras y vasos.

—¿Se encuentra mal, señora?

La tocó levemente en el brazo. Su marido dijo "Luisa" y, luego, a los demás comensales: "Tiene los nervios deshechos y con estos ruidos... ¿Qué ha sido eso?" Él había pensado en una catástrofe, le había parecido demasiado grande la explosión oída para que no significara que la presa había sido arrollada por el agua, o algo así. Pero se contuvo y reprimió su gesto de temor, al ver que todos los que le rodeaban permanecían inmóviles, con los rostros impasibles, sin interrumpir el movimiento que estaban haciendo en el momento de la explosión: la mano hacia la boca llevando carne en el tenedor o el brazo extendido para alcanzar un nuevo trozo de pan. Pero, interiormente, no pudieron evitar un recuerdo estremecedor. La señora del miembro del Consejo despidió, con un gesto de la mano, al camarero que había venido para ayudarla, y con una sonrisa, al joven ingeniero, que volvió a sentarse a su lado. Poco a poco, se restableció el ambiente anterior y surgieron otra vez las conversaciones.

Los hombres casi se limitaban a responder a las preguntas femeninas o de los superiores, con galantería o adulación. El ingeniero alemán era el único totalmente callado. El miembro del Consejo sonreía siempre que se lo permitía la comida que de vez en cuando se llevaba a la boca. Sus manos la preparaban antes cuidadosamente, como si no necesitaran de los ojos para saber por dónde debían cortar, pinchar, o cuándo debían elevar lentamente el tenedor hacia la boca, deteniéndole cerca del plato, en un gesto de atención hacia alguien. Después, acabadas las palabras, el tenedor continuaba elevándose, esta vez más rápidamente, casi solo, hasta depositar, con un leve giro, el trozo de carne entre los labios, imprescindiblemente separados. La contestación la iniciaba la cabeza, sin prisa, afirmando simultáneamente a la masticación, disimulada con elegancia. Entonces, la palabra ampliaba y explicaba el significado de aquel gesto.

—Sí, sí, verdaderamente —. Lo decía despacio también, sin dejar de acompañarse con el gesto, mucho más suave que antes. Las mujeres, y algunos hombres, observaban continuamente las maneras del miembro del Consejo, admirados de la elegancia de todos sus movimientos, por pequeños que fuesen.

Ahora se hablaba de la reforma de la central. Los hombres, poco capaces para sostener el tipo de conversación de las mujeres, tuvieron que tratar de temas de su trabajo. De vez en cuando, camareros con uniforme blanco se inclinaban entre los invitados para servir algo. Se oía alguna risa, nunca muy intensa, pequeños ruidos del tenedor contra el plato, del vaso contra la mesa o del vino cayendo sobre el cristal. Mañana se comentaría en todo el Salto lo que hoy se hablaba en el banquete. Noticias sobre el fin de las obras, ya próximo; sobre la inauguración total.

—El montaje eléctrico está prácticamente acabado — dijo un ingeniero —. Sólo queda la parte de construcción y las compuertas. Bueno, aparte de lo de hacerla automática.

Las reparaciones de los destrozos causados por la reciente catástrofe se llevaban a un ritmo rápido. El miembro del Consejo se interesó por la automatización.

—Está montada ya, ¿no? — preguntó.

—Casi montada — rectificó el ingeniero alemán.

—De todas formas, está aún demasiado reciente la catástrofe. Podría perjudicar a la sociedad más de lo que ya le ha perjudicado. La inauguración debe adelantarse todo lo que se pueda. Mientras tanto, convendría hacer algo, algún acto que atrajera a la prensa... ¿comprenden? En el Consejo hemos hablado de esto. Ya sabrán que nuestras acciones tuvieron una baja peligrosa.

—¿Qué le parece?, pronto daremos la luz a varios pueblos cercanos — dijo el ingeniero jefe.

La señora del Administrador roncó levemente, dos sillas más allá del miembro del Consejo: "Siempre haces lo mismo, podrías..."

El miembro del Consejo dijo algo.

—Desde luego — levantó la voz el Administrador, volviendo la cabeza. "¿Qué habrá dicho?"

—No, no le decía a usted... Basta, tengo bastante — el camarero se retiró —. Decía que sería muy conveniente darle el máximo realce a esa inauguración en ese pueblo. ¿Es uno de esos que quedaron debajo del agua y que se reconstruyeron luego? Yo me encargaría de la asistencia de autoridades.

—Sí, sí, es uno de esos. Pero se va a inaugurar también en otros. En esta comarca hay muchos con candiles. La central ha sido un beneficio extraordinario para estos pueblos.

—Sería un buen golpe — dijo el visitante. Luego, dirigiéndose al Administrador —: Yo hablaré para arreglar el presupuesto con el presidente. Escojan un pueblo, en los otros no interesa. La sociedad sufrió un rudo golpe con aquella catástrofe porque, aunque puedan pensar otra cosa, su trabajo, con todas sus incidencias, repercute notablemente sobre el mundo de las finanzas. Son ustedes verdaderamente importantes. Vale la pena ese esfuerzo que hacen, trabajando día y noche, sin descanso.

Sonrió. Sonrió el ingeniero jefe y los cinco ingenieros más próximos. Se oyó entonces algo como un arrastrar de metales arañándose y el ruido de un motor. Habían coincidido en una pausa todas las conversaciones y el ruido arañó el silencio, los manteles blancos, las sonrisas, turbó la superficie del agua en las jarras, terminando en un chirrido y en una vibración intensos.

—¿Qué ruido es ése? — preguntó el miembro del Consejo.

—Trabajan aquí al lado, en la carretera. Será la excavadora: hace un ruido muy desagradable.

—Verdaderamente — dijo. Su esposa le miró. — ¿Te has asustado?

—No, ya no — dijo ella.

—¿También en esa carretera tienen que trabajar a todas horas?

Alguien le explicó que la vieja fue construida provisionalmente, y el paso continuo de los camiones, la sequedad de la tierra y el viento la habían ido haciendo intransitable. En algunos trozos, debido al terreno poco firme, la carretera casi había desaparecido.

Era el postre ya. Los camareros recogían los platos con prisa, casi con miedo a que los invitados se quejaran de tenerlos vacíos delante de ellos demasiado tiempo.

—Son las tres y cinco —. El miembro del Consejo exageró un gesto de asombro. — Tengo que emprender el regreso antes de las cuatro. Verdaderamente, ha sido una visita muy interesante.

En la central, el segundo turno de obreros empezó a trabajar. Casi no se detuvieron los ruidos. Una pausa nada más, un silencio, aún lleno de trabajo anterior y ya empezado a romper por el nuevo trabajo. De nuevo, el martillo golpeó tres veces y se detuvo, de nuevo se oyeron golpes confundidos con el sol, más bajo ahora, pero denso todavía, cargado de sopor, y las paletas de los albañiles rascaron los cubos de la masa, y la hormigonera empezó a girar.

Un coche negro arrancó frente al edificio de la dirección.

XXIII

Subió el agua hasta que el embalse estuvo casi lleno de nuevo. El Salto pareció recuperar algo importante, como si el valle lleno nuevamente fuera una compensación a la catástrofe y a la muerte. Otra vez empezó el "gran ruido", según se iban poniendo en funcionamiento los alternadores que se reparaban. Se ensordecieron los huecos atemorizados de los cerebros, más atemorizados ahora que nunca. El ruido les llenó y ya no hubo lugar en ellos para el miedo. Habían pasado semanas enloquecidos, huyendo detrás de un periódico o una novela o una emisión de radio del peligro, obsesivamente sentido en cada acto, en cada momento, y de la renacida sensación de encerramiento en el "pozo". Más que nunca se usaba el apelativo de "pozo" para el Santo, pero ahora estaba confirmado por el embalse vacío tanto tiempo. Casi todos los empleados del Salto que tenían radio, estaban acostumbrados a ponerla fuerte, como Lobo, por una necesidad de no oírse a sí mismo.

Venía el otoño, el último otoño que pasaban en el Salto. Las fiestas de fin de año ya no las pasarían en él. Pero quedaban aún unos meses, que iban a ser los peores. Había llegado al límite la resistencia de muchos. Las mujeres, cada día, tenían más propensión a la histeria, a las discusiones violentas con el marido o entre ellas mismas. Al principio, pareció calmarlas un poco el clamor de la central, que se reanudó varios meses después de la catástrofe, cuando estuvo otra vez embalsada suficiente cantidad de agua.

Entonces fue cuando María dio a luz. Nació Maricarmen, el cuarto hijo del matrimonio Lobo. El bautizo se celebró con menos animación de la que hubiera habido en otras fechas. María, Charito y Vitorina estuvieron haciendo churros desde las siete de la mañana, con un aparato que habían pedido prestado.

Chuchín disimulaba, procurando comerse los que podía sin que lo notaran. Vistieron a la niña con un traje blanco y una capita bordada encima. Vitorina se quedó, mientras tanto, rallando el chocolate. Fueron a la iglesia del Salto, y luego regresaron al pabellón de la familia Lobo, donde estaba preparado ya el desayuno a base de chocolate, churros y pasteles, para todos los invitados. Todo esto ocurrió doce días después del parto, pero María estaba otra vez de pie, con buen color, llena de la energía melancólica que la caracterizaba.

Se marcharon las primeras familias, adelantándose a los hombres, que irían luego, uno o dos meses más tarde, cuando el trabajo estuviera terminado. La automatización estaba a punto de finalizarse, y pronto se realizarían las primeras pruebas. Entonces, gran número de empleados y obreros se irían a un nuevo Salto de la empresa, en otro punto alejado de España. Muchos obreros habían sido despedidos, y estaban de nuevo en las aldeas, reintegrados al trabajo de la tierra, al cuidado de los animales, a la casa de adobes en el fondo del corral. En los pueblos sumergidos y reconstruidos por la empresa, los campesinos se vieron obligados a cultivar tierras nuevas, compradas para ellos como compensación por las que habían perdido. Pero no eran "sus tierras", las tierras en cuya elección y trabajo habían participado los antepasados y los siglos, una generación detrás de otra, realizando pruebas, cambios y descubrimientos insignificantes que se proyectaban sobre las futuras como un acervo enorme de observaciones y conocimientos mínimos, por los que los campesinos de hoy sabían que sus tierras eran sólo "sus tierras", y sentían dolor al perderlas. Las nuevas poseían la dureza de toda la comarca, su esterilidad invencible; estaban cubiertas de pedruscos y agrietadas por la falta de agua. Kilómetros de extensión ocupaban las rocas, amontonadas, formando cuevas y, sólo de vez en cuando, algún claro donde quedaban frente a frente el cielo y la tierra parda. Sólo los lagartos y las culebras vivían allí. Los campesinos habían sido empujados hacia el río por este paisaje hostil y la falta de lluvia. Ahora, la central les había arrojado del valle, obligándoles a volver cerca de las rocas y la tierra agrietada, imposible de cultivar, salvo en pequeños espacios. Se encontraron de pronto sin ganado, vendido la mayor parte cuando se fueron a trabajar a la presa. De todas formas, no hubieran encontrado pastor, a no ser llevando el ga-

nado varias leguas río arriba. Pero las mujeres, mientras los hombres estaban en la central, no podían abandonar el pueblo, debían atender a la comida, al niño, a los pocos cerdos y gallinas que les habían quedado. Habían hecho bien en vender el ganado. Pero volvería de nuevo el antiguo terror al cielo y a la tierra, las miradas cansadas sobre el estiércol del camino, junto al mulo en el que tendrían que traer, más que antes, agua desde el embalse; iría creciendo en el pueblo blanco aquel olor sucio de siglos, y las paredes irían siendo cada vez menos blancas, hasta que, otra vez, las cocinas estuvieron llenas de moscas, zumbando en torno a mujeres y hombres encogidos, oscuros, como charcos sin agua, enlodados, donde cualquier germen de violencia y estupidez podría crecer. O se marcharían buscando trabajo, y llegarían a las ciudades para adherirse a ellas con sus costumbres primitivas, su ignorancia, sus necesidades y sus pequeñas casas construidas por ellos mismos en los alrededores. Habían sido obreros ocho o seis años y se veían, de pronto, despojados de lo que tuvieron mientras fueron campesinos y sin poder seguir en el nuevo trabajo y en la nueva vida. La automatización de la central adelantó el despido y lo hizo más numeroso. Sólo algunos campesinos, que habían logrado especializarse dejando de ser simples peones, continuarían trabajando para la empresa, que los trasladaría a un nuevo Salto, con sus familias, para dejar de ser campesinos definitivamente. Pero eran muy pocos.

La comarca entera comenzó su lucha contra la tierra. Les habían prometido que más adelante, terminada la central, serían construidos canales y acequias para el riego. Pero, aun así, la tierra no daría mucho. Los monos obreros fueron perdiendo las manchas de cemento y grasa, para adquirir, en su lugar, un color menos azul y más terroso. Los remiendos de pana empezaron a ganar superficie a la tela azul. La lucha iba a ser feroz. Otra vez el hombre contra la tierra.

Los ingenieros habían decidido inaugurar la luz eléctrica antes de Navidad en las cinco aldeas reconstruidas. La noticia fue recogida en todos los periódicos del país con grandes titulares: "Luz para las aldeas", "La electricidad llega a las aldeas", "El progreso avanza...". "Es loable — decía uno — el esfuerzo que están realizando los ingenieros y técnicos de la C. E. D. E. para que la luz eléctrica le sea dada a estas atrasadas aldeas antes de Navidad. Su propósito es, según nos dijo el señor Martínez, ingeniero jefe de la central, "que estas Navidades sean las primeras en que los campesinos gocen de los adelantos de la técnica, para que así puedan conmemorar con más fervor y brillantez la fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor". "Estamos contentos — nos dijo luego — de que sea la C. E. D. E., precisamente, la empresa que haga dar al país este trascendental paso hacia delante. El hecho de que cinco aldeas, hasta ayer viviendo en el atraso, vayan a poder encender la luz dándole a un interruptor, en mi opinión, es un símbolo de lo que puede la civilización cuando se decide a redimir de la miseria a los pueblos. Como tal símbolo, la C. E. D. E. no escatimará gastos para celebrarlo mediante un acto apoteósico, que tendrá lugar en Nueva Aldeaseca, con asistencia de importantes autoridades."

En los periódicos de más difusión se publicaron entrevistas, reportajes, sobre la próxima inauguración. En uno de ellos, apareció un día una foto en la que se veía a Juan Lobo llevado a hombros por una masa de campesinos. Su pie decía: "Ha empezado la serie de inauguraciones de la luz eléctrica en las aldeas que rodean a la potente central de Aldeaseca. La técnica les arrojó de sus pueblos, que quedaron cubiertos por las aguas del embalse, pero les construyó otros nuevos, les dio nuevas tierras y ahora les da luz eléctrica. En nuestra foto, los campesinos de Piedrablanca expresando su agradecimiento a la empresa en la persona de uno de sus técnicos, que fue el encargado de cerrar el interruptor que iluminó, al mismo tiempo, todas las casas del pueblo."

XXIV

LOBO estaba de pie frente a la caseta del transformador, donde trabajaban todavía el montador y el obrero. Pasaban cerca los burros y los mulos que traían agua en cántaras desde el embalse. Los chasquidos de lengua de los campesinos se mezclaban a los ruidos del martillo y el destornillador.

—¿Ha comprobado las fases? — dijo Lobo.

Agachado, el obrero volvió la cabeza y, con una tuerca entre los dientes, pronunció confusamente "sí", a la vez que movía la cabeza.

—Se hizo ayer — dijo el montador —. La línea está ya lista también.

—A ver si podemos dar esta misma noche la luz. Bueno, no a ver si podemos, sino que la tenemos que dar... Mañana hay que seguir con el grupo quinto, hasta que lo terminemos —. Lobo se agachó para mirar más de cerca el trabajo del obrero. — Déjalo así, ya está bien.

Desde que llegaron, les estaban mirando aquellas mujeres, rodeadas de niños con los ojos muy abiertos, silenciosas. Sonreían cuando las miraban, cambiando, al mismo tiempo, los ojos con una timidez salvaje y soltando una risa corta, extraña, sin significado.

—Es como si nos estuvieran mirando animales — dijo el montador —. Pobre gente.

Miró Lobo a los niños, delgados, curtidos por el sol, casi todos con el vientre hinchado y el pecho plano. Los ojos de algunos estaban como sucios de no habérselos lavado en muchos días. Un instante, estuvo tratando de entrar en aquella vida y comprenderla, pero pronto volvió a ocuparse del trabajo.

Al atardecer, vieron venir un coche pequeño por el camino de los carros. Desapareció detrás de las primeras casas y no pu-

dieron ver dónde se detuvo. Les extrañó que no viniera nadie a donde ellos estaban. Debía ser un coche de la C. E. D. E. Media hora después, pasaron dos campesinos jóvenes. Iban alegres, echando el humo de sus cigarrillos con fuerza.

—Fuman "rubio" — dijo el montador.

—Sí, es raro.

Estaban sentados en la sombra de la caseta. Habían terminado ya el trabajo y todo estaba preparado para dar la luz. Pero prefirieron esperar a que fuera de noche, para poder apreciar el efecto de ver encenderse todas las bombillas del pueblo al mismo tiempo.

—¿Estarán dados todos los interruptores? —. Lobo se emocionó pensándolo.

—Sí — dijo Higinio —. Esta mañana los fui mirando yo todos, uno por uno.

—No crea que, si no, los campesinos se iban a atrever así como así a darlos — dijo el montador —; les tienen miedo, como si fuera algo malo.

—Ya, ya lo sé — rio Lobo —. A mi criada no la hemos logrado convencer para que los utilice. En cuanto se queda sola, enciende el candil que se trajo del pueblo. Claro que es de Aldeaseca.

Higinio se sonrojó. La sombra era ya tres veces más larga que la caseta.

—No te enfades, hombre — rio otra vez Lobo —. Pero es que es verdad, sois los más atrasados de esta parte. Pero tú eres ya una excepción.

—Todavía estoy intrigado con esos campesinos — dijo el montador.

Lobo le miró con cansancio desde la piedra donde se había sentado. Se oyó el paso cercano de otro asno, el ruido del agua en las cántaras y el chasquido del campesino arreando al animal. Vio a Higinio recogiendo las herramientas, agachado. Estaba enrollando el cable sobrante, ayudándose con el antebrazo, con movimientos rápidos y seguros. Lobo estuvo fijándose en sus manos.

—¿Qué tal te arreglas con esas manos? — le preguntó.

Higinio se detuvo y examinó su mano derecha. Luego se la mostró a Lobo.

—Bien, ya me voy acostumbrando. La izquierda es la que me ha quedado peor, pero me hace menos falta.

Sujetó el cable con la derecha y le enseñó la otra. Lobo vio una mano grande, sin las últimas articulaciones en dos dedos. Cuando terminó de enrollar el cable, Higinio hizo intención de guardarlo en la caja de herramientas.

—Deja fuera eso — dijo Lobo —. Pero notarás algo raro, ¿no?

—Sí, los primeros días sobre todo. Me parecía que no podía coger nada, se me caía todo. Tenía como miedo a tocar las cosas.

—Menuda la debiste pasar — dijo el montador —. ¿Sabe lo que le digo? Que se lo tienen que haber dado los del coche, usted sabe que ellos no fuman rubio y menos en su pueblo...

Lobo rio.

—Vaya obsesión la suya — le dijo —. Creí que hablaba de otra cosa. ¿Qué más da? Ahora vienen muchos periodistas por aquí, habrá venido alguno y ya sabe. Esa gente da tabaco a todo el mundo.

Lobo estuvo mirando las casas blancas, iguales, del pueblo recién construido por la C. E. D. E. Detrás, casi hasta el horizonte, las colinas de piedra, los matorrales aislados, los cardos. Sobre ellos y el paisaje, el canto de las chicharras, tan semejante al ruido de un interruptor con una conexión falsa. Higinio había terminado de recoger las herramientas y el material. Se levantó, y fue hacia Lobo, limpiándose las manos en los costados del mono azul.

—Tú empezaste de peón, ¿no? — le dijo Lobo.

Él se quedó de pie ante él, como esperando algo.

—Sí, señor — le dijo.

—Siéntate por ahí, hombre. En el Salto ha debido tocar la sirena hace un rato.

Aparecieron dos hombres entre las casas blancas. Llevaba uno sombrero de fieltro y traje gris, con una elegancia que a lo lejos se adivinó ya extraña a aquel sitio, incluso al Salto. Una cartera de cuero se sostenía entre el brazo y el cuerpo, descuidadamente. Al otro le colgaba de un hombro una máquina fotográfica con *flash,* y un estuche de cuero. También llevaba sombrero.

—Ésos deben ser los del coche — dijo el montador.

—Sí — dijo Lobo —. ¿No se lo dije? Periodistas, seguramente.

El sol se había puesto. Se oían más fuertes las chicharras.

Al grupo de mujeres y niños que les rodeaban se empezaban a unir los hombres que regresaban de trabajar en el Salto y los que iban dando por terminado el acarreo de agua desde el embalse. Sabían todos que aquella noche tendrían por primera vez luz eléctrica, y asistían al acto de cerrar el interruptor como a un espectáculo. Muchos se sentaban en las peñas, sobre la ladera suave de la colina donde estaba la caseta del transformador. Más allá de ellos se veía el pueblo entero, defendiendo la blancura de sus casas contra el crepúsculo y la noche.

Venían subiendo los dos hombres, sorteando a los campesinos y obreros sentados en el suelo, sin dejar de mirar hacia los tres hombres que estaban junto a la caseta blanca, que ya no proyectaba sombra.

—Buenas tardes — dijeron, casi al mismo tiempo, y aun recorrieron varios metros antes de llegar a donde ellos estaban. Se quitó el sombrero uno de ellos y lo sostuvo con la misma mano con que sujetaba la cartera. Su compañero descolgó la cámara fotográfica, el *flash,* y el pequeño estuche de cuero. Se quitó el sombrero también, teniendo ya en la mano libre un pañuelo doblado que se pasó por la frente. — Soy periodista. Me llamo Francisco Pozo, de *El Adelanto.* Ustedes son los técnicos de la C. E. D. E., si no me equivoco. Mi compañero, Luis Gonzaga, "reporter" gráfico.

Se saludaron.

—Perdónenme — dijo el montador, enseñándoles las manos, sucias todavía del trabajo —. Miren mis manos...

—Sí, no se preocupe — sonrió el periodista, dándole la mano a Lobo —. Por favor, sigan sentados.

Se sentaron los cuatro en las piedras. Higinio había permanecido de pie, apartado de ellos, y allí se quedó ahora, mirándoles, sin poder evitar la curiosidad por la primera cámara fotográfica que veía a tan corta distancia. Lobo estaba un poco confundido por la excesiva cortesía de los periodistas. Les miró despacio, mientras ellos contemplaban a los campesinos.

—Espero que no les molestará que tiremos algunas placas del momento —. El reportero había vuelto la cabeza bruscamente hacia Lobo. Dio una palmada sobre la cámara y sonrió, sin esperar la respuesta.

—No faltaba más —. Lobo usó una frase escogida, de alta cortesía, que sólo empleaba en los momentos en que se sentía

obligado a ser muy amable –. Una "kodak", ¿no? ¿Me permite?

Lobo tendió la mano hacia la cámara. Sin una palabra, se la alcanzó el reportero. Lobo comenzó a examinarla despacio, con la morosidad del entendido. Sólo un par de veces tocó la corona del objetivo, mirando las muescas que la graduaban. Higinio se había colocado junto a él. Estaba inclinado, absorto, siguiendo cada movimiento de las manos de Lobo, con sus ojos y su boca abiertos.

–Es curioso – habló el reportero dirigiéndose a su compañero –. Todos esos campesinos, ahí sentados..., están esperando a que usted dé la luz, ¿no?...

Lobo notó que la última frase era para él por un movimiento de cabeza del reportero.

–Sí, eso creo – dijo.

–Señor Lobo –. Higinio llevaba un buen rato deseando hablar. – Señor Lobo, esto, ¿esto para qué sirve? ¿Es para hacer retratos, como los que hay en el "cuadro" de la central?

–Parecen adoradores de algo, fieles a un rito, y nosotros somos los sacerdotes –. Hablaba el reportero con su compañero, olvidado de los otros hombres. Miró hacia atrás, y luego continuó: – Esta caseta es la acrópolis del pueblo, el templo, el ara sagrada... Es curioso, sí, ahí sentados, en la ladera, ¿no te parece? Ya tienes tema.

Rio, antes de acabar de hablar, con una carcajada corta y sonora, casi explosiva.

Lobo no había dejado de hablar, explicándole a Higinio la utilidad de la cámara.

–¿Una reacción química? –. Higinio había entendido muy poco de la explicación. – Pero hace retratos, ¿no?

–Sí, hombre, ¿no te lo están explicando? – le dijo el montador –. Es muy sencillo. Claro que tú no sabes nada de esto.

Entonces, la noche venció la blancura del pueblo. Sólo quedaron algunas manchas menos oscuras donde habían estado las casas. Desde la caseta, se notó el avance definitivo de la oscuridad, la instauración de un silencio distinto al del día, más denso, formado por ruidos más continuos y débiles. Las chicharras habían callado. Ahora se oía el canto cortado del grillo, sobre el silencio y los hombres. La ladera estaba ocupada por los habitantes del pueblo: parecían estar todos, incluso los ancianos y niños. Con la oscuridad, vino también un rumor de conversaciones, de risas broncas, de cuerpos acomodándose entre las piedras. Era una masa anónima, estaban allí confundidos con la noche, formando una sola cosa con la noche que oscurecía sus casas. Un niño lloró en los brazos de alguna madre. Durante unos segundos, sólo se oyó su llanto obstinado, un ruido humano rebelándose contra el oscuro silencio de la hora. Junto a la caseta, se veían tres puntos de luz. Lobo se levantó.

–Higinio – llamó.

Higinio tiró su cigarro, y sólo quedaron dos puntos de luz sobre la colina. El reportero gráfico dejó entre los labios su cigarro y comenzó a preparar la cámara y el *flash*. El periodista guardó la libreta en la que había estado apuntando los datos que Lobo le daba contestando a sus preguntas.

–Yo creo que debemos darla ya – dijo Lobo.

El montador tiró su cigarro y no quedó entonces más que un punto de luz sobre la colina. Lobo se detuvo delante de la puerta de la caseta. Higinio estaba a su derecha, espiando cada uno de sus movimientos, dispuesto a obedecer sus órdenes.

–La linterna – oyó. La tenía en la mano. Empujó con el pulgar el resorte, enfocando desde la puerta el interior de la caseta. El reportero acababa de tirar su cigarro y en la colina no hubo ya ningún punto de luz. Pero, en seguida, se encendió la linterna y un cono de luz blanca descubrió el interruptor, sus piezas de cobre rojizo, el brillo negro del mango para accionarlo, la chapa de bakelita pulimentada que lo sostenía. Se oyó, detrás, aumentar el rumor humano, la expectación primitiva de los campesinos. Se oyó también la sorpresa, el asombro ante aquella luz pequeña con la que se iniciaba la ceremonia. El montador se acercó a Lobo, que le estaba llamando con la mano.

–Se comprobó ya la línea, ¿no?

–Sí, señor Lobo, esta tarde a primera hora – dijo.

Estaban los tres de espaldas a los campesinos, Lobo en medio, e inclinados un poco hacia el interior de la caseta. Entonces se volvió Lobo y, casi al mismo tiempo, se volvieron también el montador e Higinio. Miraron al pueblo, callado, oscuro, hundido en la gran masa negra. Un estremecimiento les unió instantáneamente a la espera impaciente de los campesinos, a su terror y a su ignorancia ante aquel acto incomprensible, extraño, al que asistían. Lobo recordó, de pronto, algo, y algo se le aclaró en el cerebro. Fue la visión de dos cuerpos violáceos, re-

torcidos, caídos uno sobre otro, palabras dichas por alguien, por Pedro, sí, por aquel chico, aquella vez, cuando se le acercó: "Darán luz a mi pueblo, ¿no?" Recordaba Lobo cosas pasadas, hechos irremediables y dolorosos de su propia vida, del largo e ininterrumpido trabajo que era ya su vida, y supo, por unos instantes, el sentido de ella, o, por lo menos, sintió que era una compensación poder ser la mano que cerrara aquel interruptor. Pero Lobo, avergonzado un poco de su emoción, de los recuerdos que habían afluido tan densamente, se volvió de nuevo hacia el transformador. El reportero estaba enfocándole con su cámara. Lobo hacía esfuerzos para evitar la emoción, pero se emocionaba cada vez más. Era tonto aquello que le pasaba. Bruscamente, se acercó al interruptor. Higinio y el montador estaban a ambos lados de él. Notó el frío del mango en la mano, la presión de sus músculos, y empujó con fuerza hacia adelante. Aun a pesar de la luz de la linterna, se vieron los chispazos violeta en las clavijas.

Se había cerrado el circuito.

Instantáneamente, se oyó un fogonazo del *flash*. Después, pocos segundos después, un rumor de voces entrecortadas. Se volvieron hacia el pueblo. Una masa blanca y brillante estaba en medio de la oscuridad. Por las ventanas de las casas salía una luz quieta, un blancor que había resucitado la blancura de las paredes, adornándolas con las pequeñas sombras intensas de los ángulos, las esquinas, los trozos de casas que se proyectaban sobre las más próximas. El pueblo estaba iluminado. Tenía luz. En cada casa había una cápsula de cristal, con filamentos finísimos, incandescentes, que vertía la posibilidad de ver las formas y los colores cuando la naturaleza la negaba. Los campesinos se habían puesto de pie y miraban, asombrados, el resplandor de sus hogares. Permanecieron en silencio durante unos segundos, en los que sólo se oyó alguna voz de niño queriendo saber la razón de aquel prodigio. Se había callado de pronto el niño que estaba llorando, como si el nacimiento de la luz en el pueblo fuera lo que pedía con la obstinación de su llanto. Fue cuando Lobo, sonriente, se dejaba fotografiar en una postura rígida, con cierta altanería que no era suya, sino de las circunstancias por las que se veía convertido en el centro y ejecutor de lo que para los campesinos tenía el carácter de milagro. Fue entonces.

Sonó de nuevo el *flash*.

—Esos imbéciles lo han debido olvidar — dijo el periodista. El reportero giró el carrete. — Se habrán emborrachado con el dinero que les di y se habrán fumado la cajetilla... Cochinos paletos.

El periodista esperaba la foto espectacular: el hombre que ha dado la luz a un pueblo, llevado a hombros por sus habitantes. Esperaba la foto del momento, que él había previsto con unas cuantas pesetas y un paquete de tabaco dado a cinco campesinos a cambio de que cogieran a Lobo a hombros.

—No vienen —. Estaba indignado.

—Podríamos decírselo a otros — dijo el reportero.

—Es tarde, es tarde ya — gritó, casi oyéndole Lobo y sus compañeros —. Esta gente es suspicaz, no les gusta que les engañen... Hubiera salido a pedir de boca.

Fue entonces. Los campesinos, paralizados por el asombro hasta ese momento, empezaron a hablar, a gritar, se oyeron risas. Un anciano lloraba, se le agitaban los hombros y el pecho de llanto y alegría. Las mujeres apretaban a los hijos y ellas eran abrazadas por los hombres, maridos, hijos, hermanos. Lloraba y reía la masa anónima, de pie, en la ladera, mirando al pueblo lleno de luz blanca por primera vez, se estremecía compacta, y una alegría nueva y blanca como la luz iba naciendo en sus oscuros cuerpos de campesinos analfabetos. Una alegría nueva, pero no distinta, esencialmente, de la alegría por la lluvia escasa, por la siembra realizada, por la cosecha densa que mueve el viento como una cabellera corta, verde, joven y dispuesta al sacrificio. Era la alegría del hombre que ve crecer algo y lo atribuye a su trabajo y a su dolor: una planta, la luz, un hijo. Era más: era la alegría del hombre venciendo a la naturaleza, a alguna oscuridad del mundo. En ellos era asombro y llanto y risa y necesidad de apretar los cuerpos queridos.

Varios campesinos jóvenes, sin saberlo ellos, habían elevado a Lobo sobre sus hombros y le bajaban ya, gritando, por la ladera de la colina hacia el pueblo. El periodista y el reportero luchaban por detenerse un momento en medio del río humano para fotografiar la escena que ellos no habían podido comprar. Los campesinos descendían ahora, en una masa compacta, gritando y empujándose. Al llegar a la calle central del pueblo, los hombres se apretaron más, hasta que nadie pudo mover un pie sin esperar a que lo moviera el de delante. Lobo

iba hacia el centro, sobre las cabezas de todos, riente, lleno de turbación. Había vuelto a su juventud, a la necesidad de triunfo de los veinte años, cuando creía en un mundo en el que el trabajo y la honradez serían recompensados y, quizá, glorificados. Como un niño, iba mirando a los lados, viendo las puertas abiertas por las que se escapaba la luz, formando franjas de cabezas iluminadas. Los hombres y mujeres reconocían sus casas al pasar y se quedaban en ellas. Higinio entró en una de las primeras. Delante de sus dueños apagó y encendió la luz varias veces. Después de mucho insistir, casi obligándoles, el campesino y su mujer se atrevieron a girar el interruptor. Luz, oscuridad. La mano dura del hombre la daba y quitaba a voluntad. El campesino encendió la luz por quinta vez, miró a su mujer, y empezó a reír. Tenía miedo aún, le parecía demasiado extraño y peligroso aquello de tocar el pequeño aparato de la pared en el que tanto poder parecía estar encerrado. Luz, oscuridad.

—¡Luisa, Luisa, mira! — gritaba. Y giraba el interruptor, la habitación se volvía a llenar de luz, y lloraba y reía, abrazando a su mujer.

Probó ella otra vez. Luz, oscuridad. Dos giros de la mano.

—¡Dios mío, Señor! — dijo —. Esto es cosa del demonio.

Y rio también. El niño palmoteó, rio imitando al hombre desde la espalda de la madre.

La masa de campesinos había llegado a la plaza. Llegó menguada, porque muchos se habían ido quedando en sus casas. El reportero pudo entonces hacer la fotografía que deseaba el periodista. Aún se oían gritos, cubiertos por otros más apagados, que salían de las casas por las puertas y ventanas abiertas. Muchas ventanas se oscurecían e iluminaban con intervalos de segundos, como en un guiño de todo el pueblo, alegre como un niño. Aquello de encender y apagar la luz girando el interruptor se había convertido en un juego que se contagiaban unos a otros. Todos querían probar, se empujaban para alcanzar el interruptor y, después de hacerlo, estallaban en risas y exclamaciones.

Bajaron a Lobo y, poco a poco, no fue quedando nadie en la plaza. Higinio y el montador miraban en silencio las casas inquietas, blancas, de las que salía el rumor de la admiración todavía.

—Había que convencerles, muchos tenían miedo — dijo Higinio. Rio. — Como si les fuera a pasar algo por darle a un interruptor. Yo también tenía miedo, hace unos años... Qué cosas...

Rio otra vez.

La noche era sin luna. Lobo respiró profundamente y sintió el aire dentro de los pulmones, un placer lento que le disolvía el nudo de emoción que se notaba en la garganta. Expulsó en seguida el aire, con un ruido ligero, casi suspirando. Tenía algo muy alegre en el pecho. Miró las casas.

—Es tarde — dijo.

Pero no se movió. Las casas de Piedrablanca resplandecían, y su resplandor parecía llegar hasta el cielo, inundando a la vez la tierra seca, sin labrar apenas, y los horizontes borrados por la noche.

XXV

DÍA 11, jueves.

Ayer inauguramos la luz eléctrica en Piedrablanca. El interruptor fue cerrado por mí y todas las casas del pueblo se iluminaron de pronto. Los campesinos se emocionaron tanto que me subieron a hombros y me pasearon por todo el pueblo. Dos periodistas que habían venido me hicieron una fotografía así, que se publicará en el periódico *El Adelanto*.

"Día 12, viernes.

"Hoy hemos terminado con el grupo quinto. Esta mañana y esta tarde hemos hecho las pruebas, dando un resultado positivo. El nuevo grupo está montado y en perfecto funcionamiento. La central se ha terminado. Sus obras han durado, en total, ocho años y diez meses. Yo he permanecido en el Salto durante seis años y ocho meses, en cuyo período ha nacido el cuarto de mis hijos, María del Carmen, y ha muerto mi mejor amigo, Francisco Ramos. Mañana saldré hacia el nuevo salto de la Sociedad, aprovechando para el viaje el fin de semana. Llegaré allí el domingo por la tarde y el lunes empezaré mi nuevo trabajo: el montaje de los alternadores en una central de salto artificial, proyectada para una producción de trescientos millones de kilovatios-hora al año. El desnivel está conseguido mediante canales que traen el agua desde el nacimiento de un río, para dejarla caer, por las tuberías, desde ciento veinte metros de altura.

"Mi familia vendrá después, en un camión que nos proporcionará la empresa. Mi trabajo en la nueva central durará unos cuatro o cinco años como mínimo."

Juan Lobo cumplió el programa de su diario.

XXVI

EL viejo autocar dobló la última curva y enfiló la entrada del poblado. Se oyó el cambio de velocidad, el embrague raspando, y el motor pareció detenerse un momento, como si no pudiera con la carga. En seguida, un nuevo tirón devolvió la velocidad anterior, y comenzó el descenso hacia el Salto. A la derecha quedó el cuartel de la guardia civil. Ruiz miró la garita, enfrente de la cual estaba el centinela de puerta, sentado sobre un poyo de piedra. Por primera vez se dio cuenta de que había llegado al Salto. Se pasó la mano por la frente, estiró del cuello de la camisa, e hizo un movimiento hacia adelante, como si fuera a levantarse.

—Hemos llegado — le dijo el maestro.

—A usted le queda aún un kilómetro hasta Nueva Aldeaseca — dijo Ruiz.

—Sí. No sabe lo impaciente que estoy.

Frenó el autocar. Ruiz vió alzarse a todas las cabezas que ocupaban los asientos de delante. Algunos alzaron las manos hacia paquetes o cestas. Otros estaban ya asomados a las ventanillas. Una mujer luchaba con dos gallinas atadas por las patas. Había empezado el rumor de los saludos, los gritos de los recién llegados y los que les esperaban, los sonoros besos en la mejilla de las mujeres.

Allí estaba ella. Andrés sintió algo en el pecho, un latido irregular que le llegó hasta la cabeza y las piernas. Había visto antes que otra cosa su sonrisa, aquella claridad recordada tanto tiempo como una luz en el centro del rostro. Luego, la sonrisa quedó concretada sobre la boca y, en torno a la boca, surgió el resto de la cara de Charito. Le dio por la ventanilla su maletín de viaje, sintiendo, al hacerlo, el roce de sus manos. Se las

apretó un momento, el maletín detenido en el aire entre las cuatro manos.

—¿Qué tal?

El maestro había bajado ya. Ruiz avanzó entre los asientos, esperó a que saltase a tierra la mujer de las gallinas, y se encontró abrazando un cuerpo blando, que se apretaba a él con una ansiedad reprimida durante meses.

—Me pilló de sorpresa tu telegrama. No me dijiste nada en la última carta.

Rio nerviosamente, mirándole.

—No, es que no lo sabía. Fue de pronto... —. Se detuvo y la miró a los ojos. Ella los bajó. — Me harté, ¿sabes? El médico quería retenerme aún un mes más, pero yo estaba curado del todo y quería verte, antes de que te marcharas.

Ella sonrió.

—¿De quién es esta maleta? —. El ayudante del conductor, desde el techo del autocar, estaba de pie, algo encogido hacia adelante, sujetando una maleta al borde mismo. Volvió a gritar: — ¡Esta maleta!...

—¿No es la suya? — dijo el maestro. Andrés soltó las manos de Charito.

—¿Eh?, sí, gracias... Oiga, oiga... Aquí...

El ayudante se limpió el sudor de la frente en el antebrazo y se la tendió, con desgana.

—Ahí va.

Ruiz la dejó en el suelo, junto al maletín, y se volvió hacia el maestro.

—Muchas gracias — le dijo —. Es mi novia... El señor Martín, que viene de maestro a Nueva Aldeaseca.

Sonrieron al darse las manos, permaneciendo después unos segundos en silencio, hasta que Charito indicó con un gesto la sombra del pabellón. Ruiz se agachó y cogió el maletín y la maleta. Avanzaron unos pasos hasta encontrarse los tres bajo la sombra, contemplando a los viajeros y a sus familiares, que luchaban por llevarles los bultos del equipaje. En el banco de piedra, un grupo de mujeres esperaba el reparto del correo.

—¿Tienes que coger alguna carta? — preguntó Andrés.

—No, no creo. Podemos irnos. ¿Usted no viene?

El maestro contestó afirmativamente, con duda en la voz. Señaló las dos gruesas maletas que traía.

—Aún tengo un paquetón de libros. Supongo que lo traerán mañana o pasado mañana — dijo.

Ruiz tocó las maletas del maestro.

—¿Están cerradas? —. El maestro asintió. — Entonces las dejaremos aquí... y ya enviaremos por ellas. Hoy come usted conmigo. ¿Puede quedarse?

Ruiz arregló lo de las maletas con Teo, que le saludó respetuosamente, iniciando una reverencia. Teo trasladó las tres maletas al interior.

—No, el maletín me lo llevo — dijo Ruiz.

Teo volvió a su trabajo de ordenación de la correspondencia, notando ya la sequedad que todos los mediodías le empujaba irresistiblemente hacia la taberna.

Bajaban los tres un poco detrás del grupo de viajeros, mirando sin hablar sus siluetas inclinadas hacia los lados por el peso de maletas y cestas. Ruiz miró a lo lejos, por encima de los tejados de los pabellones, hasta dejar sus ojos, un momento, en el horizonte rocoso. Vio los tres árboles que recordaba y bajó la mirada hasta donde estaba la presa. No se veía aún. El edificio de la dirección despedía humo por su chimenea. Se volvió al maestro.

—Éste es el Salto. ¿Qué le parece?

—Hombre, veo pabellones y pabellones nada más. Muy ordenados, desde luego. Es la influencia de la técnica, supongo. ¿Qué edificio es ése?

Charito y Ruiz miraron en la dirección señalada por el maestro con la cabeza.

—Es la "Dirección", donde están las oficinas de jefatura y administración, las viviendas del ingeniero jefe y el administrador. También residen ahí los invitados que vienen, se celebran banquetes..., ya sabe.

—Sí — dijo el maestro.

Sonaba bajo sus pies la grava de la carretera, un crujido rítmico, pequeño, que llegaba a hacerse obsesionante en las pausas silenciosas. El ruido de los alternadores resonaba en el interior de la cabeza del visitante, como una continuación del ruido del motor durante el viaje.

—No sé cómo pueden vivir con este ruido. Es más fuerte de lo que yo creía — dijo.

Charito rió. Pasó un camión hacia arriba, levantando una nube de polvo, botando con estrépito su caja vacía.

—Ya se acostumbrará. Al principio a todo el mundo le pasa igual —. Se volvió hacia Andrés. — Nos vamos mañana, ¿sabes? Papá se marchó hace una semana al nuevo salto. Mira, la tienda de "Corazonsanto" vacía: se marchó ayer. Creo que ha puesto una tienda estupenda en Bilbao con lo que nos ha robado a todos. Y el "Periodista" y el "Tío Sólido"... Todos se han ido ya. Ese camión debe ser el que va a por los alimentos. Quedamos ya muy pocos.

Habían llegado a la altura de los primeros pabellones. Ventanas sin visillos, puertas abiertas, papeles tirados en el suelo, cestas rotas, trozos de cristal... Las calles tenían cubierto el suelo de restos de vida, se notaba el abandono en cada esquina, en cada tabla de las paredes, más grises ahora que cuando servían de refugio. La desolación de todo había hecho más triste el ruido enorme de la central, como si encontrara una mayor resonancia en las casas vacías. Andrés sintió un estremecimiento y miró a Charito.

—Sí, ya lo veo.

—Esta mañana salió una caravana, mañana sale otra... Son camiones que pone la empresa. Nosotros nos vamos a unir a una... Es más seguro el viaje.

El maestro miraba todo en silencio, perdida ya la sonrisa que tenía cuando bajó del autocar. La desolación de los primeros pabellones, el ruido de los alternadores, las tiendas vacías, todo lo que veía le impresionaba de un modo especial. Se sentía como si llegara a un sitio cuando la vida acababa de dejarlo.

—¿Se oye en Nueva Aldeaseca este ruido? — preguntó a Charito.

—Sí, pero no tanto. Ya verá, en unos días se acostumbrará. No se preocupe... Se oye a no sé cuántos kilómetros.

Sintió miedo. De pronto, se arrepintió de haber tomado la decisión por la que se encontraba destinado a Nueva Aldeaseca, un pueblo que jamás había tenido escuela. Sólo sabía de él que el antiguo pueblo había quedado debajo del agua y que antes de que se empezara la construcción de la presa, permanecía en un estado casi prehistórico. Sabía también lo del crimen, uno de esos crímenes colectivos, característicos de ciertas zonas rurales de nuestro país. El maestro no ignoraba el significado de estos hechos. Recordó luego la central, sus catástrofes, de las que se había enterado por la prensa, la extraña coincidencia de la más grande con la implantación de la "semana inglesa", los enterramientos en camiones... Tuvo la sensación de haber entrado en un lugar mítico, sometido a una encrucijada de fuerzas contrarias en lucha violenta. La naturaleza, la técnica y el hombre, como víctima y verdugo a la vez, dos tipos de hombre que se ignoraban más de lo que una especie animal puede ignorar a otra. Al llegar a la altura de la explanada, descubrió el embalse, como una amenaza dominada por la presa. Estremeciéndose, miró al ingeniero. Siguieron descendiendo por la carretera hacia la residencia de ingenieros. Charito se despidió y ellos entraron en el pabellón de madera, montado con cierto lujo.

Martín, durante la comida, preguntó a Ruiz datos técnicos sobre la central y su desarrollo. Comían solos. La mayor parte de los residentes se habían marchado ya del Salto. Casi todas las mesas estaban sin manteles, y, sobre las sillas, había apilados servilletas, platos y cubiertos, preparado todo ya para la marcha inmediata.

Después de comer, Charito y su madre, ayudadas por Chuchín y Vitorina, continuaron embalando los muebles y guardando la ropa. Dos obreros iban bajando las cosas por la pequeña escalera de madera, hasta formar, junto a la entrada, un montón de armarios, somieres, mesillas...

—Esta noche tiene que estar todo en el camión — decía la madre, y daba órdenes con la seguridad de quien no es la primera vez que dirige una operación semejante. Todos iban y venían, sonaban los martillos manejados por los obreros o las mujeres, y los muebles iban quedando envueltos por telas o por jaulas hechas de listones de madera... Chuchín gozaba en aquellos momentos porque encontraba pequeñas cosas que jamás había visto en la casa: restos de abanicos, piezas de los apliques de las cortinas, tuercas, botones de cuero...

—¡Dios mío! — decía la madre de vez en cuando —. Toda la vida igual.

Y clavaba el listón cerrando el embalaje que protegería la luna del tocador de su cuarto.

—Déjeme eso a mí, señora — dijo un obrero.

—A buenas horas; ya está — reía ella.

El obrero se marchaba y, un momento después, desde la ventana del comedor que daba a la calle, ella dirigía la bajada del armario de luna por la escalera. El obrero de delante, agachado, lo llevaba sobre su espalda ayudándose con las manos; el de detrás, casi metido debajo del armario, miraba por los lados cuidando de que no rozara con la barandilla. Ella, desde arriba, asomada a la ventana, les decía si debían echarlo a la izquierda o a la derecha, cómo debían cogerlo, cuándo debían torcer para no tropezar con la barandilla. Charito, en el suelo del comedor, enrollaba un colchón, dentro del cual y envueltas en mantas, iban la loza y las cosas de cristal. Chuchín estaba sentado junto a un estuche de sombreros, donde se guardaban los dos o tres que tenía la madre de las bodas a las que había asistido y de la suya propia. El niño se puso una pluma entre la nariz y la boca, y riéndose por las cosquillas que le producían, llamó a Charito.

—¡Charito, Charito, mira! —. La voz le salió deformada. El esfuerzo para sujetar la pluma le impedía mover libremente los labios.

Charito rio primero y luego le dijo que dejara las cosas en su sitio y que se pusiera a ayudarles, en vez de hacerles perder el tiempo. Vitorina le quitó el sombrero de la mano.

—¡Tonta! — gritó, y al hacerlo se le cayó el bigote.

La madre estaba mirando el armario, ya en la calle, sobresaliendo de los demás muebles amontonados. Se reflejaba en su luna la tierra, los papeles del suelo, la luz turbia del otoño. Fue ese reflejo o, simplemente, el hecho de ver el armario de su alcoba en medio de la calle, lo que la puso triste. Era la tristeza anterior a todos los viajes, el antiguo cansancio de la mujer que ha llevado muebles e hijos por carreteras y caminos, en camiones y carros, siguiendo al hombre, que se adelantaba siempre a ella para no perder ni un día de trabajo y ganar el dinero con el que se compraban esos muebles y se alimentaban los hijos.

—¿Se ha preocupado de las cuerdas? — preguntó a uno de los obreros, que subía por la escalera —. En el último viaje se nos rompió una y casi nos quedamos sin muebles.

—No se preocupe, luego iremos al almacén. Ya me lo dijo su marido.

"Estará ya allí. ¿Cómo será el nuevo Salto? Otro pozo, otro lugar de ruidos y catástrofes... Y otros siete años...", pensó. Charito la llamó.

—Mamá, ¿dónde ponemos los trajes?

—Hija, tengo que estar en todo... ¿Está lleno el baúl?

—Sí — dijo Charito.

La madre avanzó hacia la mesa y levantó un vestido blanco. "Me lo puse en el bautizo de la niña", recordó.

—¿Y el armario?

—Sí, mamá, ¿no te acuerdas?

"Sí, sí, lo llené yo misma. Qué cabeza tengo..."

—¿Qué bajamos ahora, señora? — preguntó un obrero desde la puerta.

—Ese baúl — señaló. Luego, hacia Charito: — En el armario pequeño cabe aún algo; los envuelves en sábanas y mantas y los metes uno encima de otro.

Le dolía la cabeza. El ruido de la central le parecía más fuerte que otros días. Miró hacia la ventana, sin visillos ya, y oyó la vibración de los cristales, igual que el día de su llegada. "No sirvió para nada la masilla que le pusimos... Se habrá caído con el calor o qué sé yo." Hasta ese día no lo había notado. El primer año, y aun el segundo, no se oyó, pero luego, poco a poco, la masilla había ido cayendo, sin que nadie se diera cuenta de que los cristales comenzaban a vibrar de nuevo, primero levemente, y luego y cada vez, más fuerte, hasta este último día en que su vibración era como el quejido de la casa por el abandono en que iba a quedarse. Las paredes sin fotografías, sin calendarios, las ventanas sin visillos, los rincones sin muebles. Sólo la mesa, en el centro del comedor, rodeada de cosas por el suelo, mantas, maletas, paquetes, bolsas... El ruido de la central entraba por la puerta y las ventanas, por las rendijas y a través de las paredes de madera, encontrando un eco mayor, una resonancia sorda que llegaba hasta el último rincón de la cabeza y vibraba allí. Charito sintió tristeza también. Significaba una separación todo aquello, casi el mismo día en que había sido vencida la anterior. Comprendía a su madre, su peregrinaje detrás del marido, el dolor de dejar atrás las casas vacías, llenas de vida, para llegar a otras casas vacías que se irían llenando de vida y muebles también, de ese imperceptible olor amoroso que dejan los hombres en las habitaciones que ocupan durante años. Otras casas que abandonarían también y quedarían va-

cías y llenas de vida, quizá a costa de irse quedando ellos, los seres humanos, lentamente sin vida, desgastada por las carreteras y en las casas con olor a pintura. Se comprendía a sí misma Charito, y sentía ganas de llorar de impotencia. Su juventud y su amor querían golpear, gritar, hacer algo violento que cambiara las circunstancias de su existencia.

—Andrés, Andrés...

—Sí, tonta, no te preocupes. Ya verás. Es como si hubiera nacido de nuevo, como si fuera otro hombre.

—Pero mañana nos separamos.

—Tengo que quedarme aquí, tengo que hablar con jefatura, quizá vaya a Madrid o a otro Salto... Ya veré. Nos reuniremos pronto.

—Escríbeme y dame la dirección de donde estés.

—Claro, tonta, no te preocupes.

—No, Andrés, no...

—¿Por qué no?

—Andrés, Andrés... Chuchín, ¿qué haces ahí?

Chuchín salió de su escondite de la escalera y empezó a subirla de prisa. Andrés rio sin hacer ruido.

—¿A qué hora salís?

—No sé, lo más temprano. Después de cenar vendrán a decirnos la hora.

—¿Cuántos camiones van?

—Creo que siete, fíjate, con los muebles y todo. No, no...

—¿Por qué no?

—Andrés...

—Sí.

—¿Qué hora es?

Le cogió la mano al decirlo y se separó de él. Miró desde muy cerca el reloj, sin descubrir otra cosa que una blancura redonda sobre la muñeca de él.

—Déjame a mí.

Andrés acercó a sus ojos el reloj. Logró distinguir turbiamente algunas manchas oscuras.

—No lo veo — dijo.

—¿Y para qué queremos saber la hora? — dijo ella, riendo y besándole.

—Sí, tengo que irme. Mamá estará esperándome. Hemos estado toda la tarde preparando la ropa y los muebles, y aún quedan cosas por hacer.

Se iluminó la oscuridad en la que estaban, junto a la escalera. Un coche subía por la carretera.

—¿Qué jaleo de coches hay hoy? Toda la tarde igual.

Se acercó el ruido del motor y los focos dejaron de iluminarles.

—Llevamos dos o tres días así, desde que se marchó papá casi.

—Pero, ¿por qué?

—Primero que si la inauguración de la central, luego que si la visita de no sé qué personajes, y esta noche, que van a darle la luz eléctrica a Nueva Aldeaseca. Me parece que viene un ministro y todo.

—Sí, es verdad, me lo dijo alguien cuando venía.

—¡Ah!, y el banquete que hubo, ¿no te enteraste? Y la bendición.

—Charito — se oyó en lo alto de la escalera.

—Voy, mamá. An...

Un silencio.

—...dreés... Qué bru...

Otro silencio.

—...to eres. Estate quieto, por favor.

Él rió.

Ella fingía estar seria, pero, de pronto, empezó a reir también. Rieron los dos, mirándose.

—Charito.

—¿Qué?

—Nada.

La estaba mirando a los ojos. Permanecieron abrazados hasta que oyeron pasos en lo alto de la escalera.

—Vendré mañana a despedirte.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿Qué bajabas a hacer tú?

Cogió a Chuchín de un brazo y le hizo subir con ella. Andrés la estaba mirando.

Oyó la puerta. No pudo marcharse hasta oir aquél ruido que tantas veces había recordado durante su ausencia. Empezó

a andar, despacio, notando cómo le corría la sangre por las venas, especialmente en las sienes y el cuello.

En la noche del Salto, notó la falta de muchas luces conocidas. La mayor parte de los pabellones y hotelitos tenían sus ventanas apagadas. Era extenso el silencio sobre la oscuridad, parecía llegar como una capa hasta el horizonte, cubriendo la hondonada del Salto, aislándola del exterior, de las llanuras largas por las que se llegaba a las montañas y a las ciudades. Andrés pensó en los años pasados en aquel "pozo" – se sorprendió de usar también esta palabra para designar el Salto –. Llegó a la altura de la explanada y divisó ya las luces de la estructura alta. Pero no estaba el farol del pequeño mercado.

—Caramba, señor Ruiz – oyó a su lado –, cuánto me alegro.

Era Patricio, el hombre que servía para todo. Andrés se alegró de encontrarse con aquél hombre, empezaba a sentirse demasiado solo andando por la carretera, entre las masas oscuras de los pabellones, en los que sólo alguna luz, de vez en cuando, brillaba, aumentando la impresión desolada que producía todo el Salto. Le saludó con amabilidad, con esa torpeza de las personas que se han dado cuenta de lo inútiles que son las primeras frases de saludo.

—¿Qué hace ahora?

Patricio rió secamente.

—No se lo creerá usted. Me he dedicado a la organización de banquetes, dirijo personalmente a los cocineros, me encargo de los vinos de honor... Ha sido una semanita de aúpa.

—El día que te dediques a una sola cosa, ¿eh, Patricio?, vas a ser un genio.

—Pero, señor Ruiz, si yo no tengo la culpa. Todo el mundo me llama. A propósito y antes de nada, ¿está usted ya... bien? – Patricio recalcó la última palabra.

—Sí, perfectamente; completamente curado.

—Eso es lo importante – dijo Patricio –. Vaya, cuánto me alegro. Ya me habían dicho este mediodía que había usted venido. Pero, con los jaleos que tenemos, no le había visto.

—¿Lo de Nueva Aldeaseca? – preguntó Andrés.

Estaban detenidos junto al pequeño quiosco del "Periodista", ahora abandonado.

—Hoy se iba a inaugurar la luz en Nueva Aldeaseca, sí, pero ya no se inaugura. No sé lo que ha pasado que lo han retrasado para mañana.

Notó Andres entonces el ruido de los alternadores con más fuerza en su cerebro. La falta de costumbre y el abandono del poblado, se lo hacían parecer más intenso. Fue como si lo oyera en ese momento por primera vez, como si de pronto le hubiera penetrado por un oído el zumbido de un insecto y el insecto mismo estuviera volando ahora por el interior de su cerebro, rozando con las alas todos sus pensamientos y sensaciones. Abajo, junto a los focos del puente que pasaba sobre la presa, se veía el cuadrilátero de luces de la estructura alta, destacado contra la mancha negra que señalaba el hueco del valle. Patricio se había quedado mirando también hacia la presa y estaba a su lado, como magnetizado por las luces y el ruido que ascendía del fondo negro.

—¿Quién lo iba a decir? Funcionando ya sola, sin un hombre...

Andrés le miró. Le pareció ver en sus ojos una sombra de emoción.

—Ocho años – murmuró otra vez.

Era también emocionada su voz. Andrés sonrió.

—Eres un sentimental, Patricio – le dijo –. Emocionarse con una central eléctrica.

—¿Por qué no? La he visto nacer, he trabajado con mis manos para que crezca, he visto morir muchos hombres en ella... y, además, este ruido, esas luces, ahí abajo. Créame, es algo especial.

Andrés sentía lo mismo. No pudo apartar de su cerebro el recuerdo de las víctimas. Sintió frío y orgullo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Patricio encogió los hombros. Seguía mirando hacia la central.

—No sé. ¿Usted cree que podría vivir en una ciudad, sin este ruido? El señor Lobo me dijo que debía ir al nuevo salto de la Empresa.

Permanecieron unos minutos mirando las luces de la estructura, otra vez sugestionados por ellas y el ruido. Luego, Andrés dio un golpe en el hombro a Patricio.

—Bueno, hombre, bueno. – Pensó: "Y lo único que ha hecho

es trabajar en el almacén, vender, y todo lo que nadie sabía hacer." —¿Quieres cenar?

Patricio se estremeció rompiendo su estatismo.

—Gracias, que aproveche —dijo, y se detuvo. Luego—: ¿A cuánta gente le llegará esta luz?

El ruido de los alternadores siguió llenando la noche. Un grillo le acompañaba.

XXVII

Santuario sin dioses

La tapia blanca deja caer un prisma de sombra transparente. Han venido los hombres por el camino, y ahora van por el interior de la sombra, pegados a la blancura de la tapia. Fuera, en toda la noche, hay una oscuridad lechosa, descubriendo sólo siluetas y colores muertos. Dentro del ruido de la central persiste un silencio pastoso, como dentro de la noche está la luz de la luna y las siluetas turbias y los colores muertos. Avanzan los dos hombres, las dos únicas siluetas que se mueven, y el rumor de sus pasos y de su conversación es lo único vivo en el prisma de quietud y silencio que hay junto a la tapia. Cuando las dos sombras han caminado varios metros, cuando han llegado a la altura del grillo que estaba cantando, silencioso ahora desde que oyó los pasos acercándose, cuando el prisma de sombras se interrumpe dos metros y es sustituído por el más pequeño que proyecta la puerta provisional de madera, dejando iluminadas las cabezas de los dos hombres por la luna, entonces las dos sombras se detienen, asustadas, y vuelven la cabeza hacia atrás. Todo se ha llenado con el grito.

—Alto, ¿quién anda ahí?

Se oyen pasos de alguien corriendo.

—Es el guarda, seguramente —dice Andrés—. Como son nuevos, no se fían de nadie.

—Menos mal, me había asustado —Martín respira profundamente—. Por un momento creí que era ya la guerra...

—Todavía no; no fastidie —dice Andrés.

El guarda está muy cerca ya. Antes de que ellos puedan distinguir su rostro, él se detiene.

—Señor Ruiz — dice —. No le había conocido. Perdóneme usted.

Ellos están junto a la puerta que interrumpe la tapia, iluminadas sus cabezas por la luna. El guarda, en sombra todavía, se acerca a ellos andando, sin la prisa de antes. Ha vuelto a callarse el grillo. Andrés ve aparecer en la luz una cabeza de pelo moreno y rizado, con una mirada inteligente en el rostro curtido, de barba cerrada, característico del campesino. Lleva una cazadora de cuero rozada y una escopeta colgada del hombro.

—¡Vaya, Higinio! Menudo susto nos has dado. ¿Cómo es que estás aquí de guarda?

Las tres figuras están en la luz ahora.

—Es por ahora nada más, luego me iré al nuevo salto. Me dijeron que si quería quedarme, hasta que tuvieran otro.

Tiene la mano izquierda en la correa de la escopeta. Los dos hombres miran los dedos con las primeras articulaciones amputadas.

—¿Fué eso lo que te hiciste? — Andrés se vuelve a Martín —. ¿Recuerda? Higinio fue al que salvaron con un cable cuando reventó la compuerta.

—Sí, sólo esto. Y en la derecha, esto.

Ha enseñado las dos manos.

—¿Sabe? Yo debería haber ido también al juicio, y por eso no me he ido al nuevo salto. Tengo que estar aquí hasta que se sepa lo que pasa. Mientras tanto, el señor Ingeniero logró que no me llevaran todavía, dijo que era guarda y que hacía falta. Si no me pasa nada, con este truco me libro de unos días de cárcel. No sé cómo se las arregló el señor Ingeniero; fué muy bueno. Desde que me ocurrió esto, me tratan muy bien.

"Es la compensación", piensa Andrés.

—Lo que sentí es no haberme podido quedar ayer en mi pueblo — dice aún Higinio —. ¿Qué buscaban ustedes? ¿La entrada? Vengan conmigo, yo les diré. Esta puerta no se abre nunca.

—¿Está toda la central tapiada? — pregunta Martín.

—Sí. ¿No ve que ya no trabaja nadie en ella? — Higinio se ríe —. Ahora trabaja sola. No sé cómo se las arreglará.

Vuelven a andar las tres sombras en dirección contraria, siempre dentro del prisma de sombra, hasta llegar a una abertura mayor de la tapia, cerrada por una alta verja de hierro. Higinio ha sacado un llavero grande, del que selecciona una enorme llave.

—Yo no puedo acompañarles — dice —. Tengo que quedarme por aquí fuera.

Ha chirriado la cerradura. La puerta se abre con el empujón que Higinio le da.

—Muchas gracias, Higinio — le dice Andrés.

Vuelve a chirriar la puerta, mientras las dos figuras se alejan hacia el resplandor de la estructura alta.

—Ha entrado usted en el Santuario — dice Andrés —. Esta es tierra sagrada ya. ¿Es la primera vez que visita una central?

—No — dice el maestro —. Visité una vez una, pero no era como ésta, no tenía presa y la estructura era mucho más pequeña.

—Sería una subestación, o sea, algo así como un centro de distribución y transformación.

—Puede ser. Estaba cerca de Madrid.

Se han acercado a la estructura. La extraña floración metálica de las columnas y los aisladores destaca como una masa de luces y brillos contra el fondo negro del embalse, del que sólo se ve una franja por encima de la presa. Los altos transformadores, de formas vegetales y minerales a la vez, están en el centro de aquel bosque de árboles pintados de purpurina, unidos entre sí por rectas ramas de metal y por las lianas de los cables eléctricos. Alejándose de la estructura, salen las líneas de alta tensión. Martín oye ya su persistente chisporroteo, incomprensible para él, y una sensación de respeto, casi de temor, le empieza a llenar.

—Va a ver algo curioso — le dice Andrés.

—Desde que llegué, no he parado de ver cosas curiosas — dice el maestro —. Ayer fue un día que no lo olvidaré así como así.

—Sí — dice Andrés —. Un día inolvidable. Para mí también. Me reí mucho y tuve muchas ganas de llorar y gritar. En ciertos momentos sentí rabia. Y luego, lo de la noche. Es inconcebible. ¿Le gustó su pueblo?

—Estoy aún bajo la impresión de anoche. No puede usted imaginarse lo que fue. Jamás creí que pudiera existir tanto atraso en nuestro país. Son prehistóricos, hombres primitivos, sin nin-

guna noción civilizada... Lo del crimen es una prueba de que son incapaces de concebir siquiera la idea de justicia...

—No estoy de acuerdo — dice Andrés. Caminan, acercándose al resplandor —. ¿Sabe usted dónde vi a ese hombre que nos ha abierto por primera vez? Ya le conté ayer lo de las sopas "espurriadas" y "las bolitas negras", pues bien, ese hombre era uno de los que se levantó de detrás de una "cortina", como llaman ellos a las tapias o cercas, con las manos llenas de piedras, dispuesto a lanzárnoslas, y con una mirada muy distinta, créame, a la que tiene ahora, después de unos años de trabajo en la central. ¿La justicia?, dice usted. Y yo le digo que sí, que estos hombres son culpables de un crimen espantoso. Pero, ¿quién es el culpable de que ellos sean culpables. Fíjese: no es un juego de palabras. Su asesinato no es más que una forma primitiva de justicia, es una pena de muerte ejecutada colectivamente. Al fin y al cabo, casi es más limpio; son todos responsables, del mismo modo que fueron todos perjudicados y ofendidos. No hay tanta diferencia entre nuestros juicios y condenas y lo que esos campesinos hicieron. Simplemente, un problema de tiempo. Ellos se han quedado detenidos en formas de vida muy antigua; nosotros hemos seguido avanzando. Nada más. Y a veces, nuestras concepciones no son más que la degeneración de las suyas, y, sin embargo, las consideramos superiores.

Andrés se ha detenido. Están ahora los dos quietos bajo la noche, pendientes, sin saberlo, de cualquier pequeño ruido de la tierra, iluminados sus rostros por la luz que viene de la estructura.

—Es usted un ingeniero extraño —. El maestro vuelve a andar.

—No crea, sencillamente es que estoy empezando a serlo. No sé si sabrá, bueno, claro que no lo sabe, que yo estudié la carrera un poco a disgusto al principio. Ya sabe, la imposición del padre que quiere que su hijo estudie algo "práctico"... Pero luego, poco a poco, fui encontrando algo que me gustaba, sin dejar de molestarme del todo. Era una especie de indecisión, no sé; me gustaba y me disgustaba al mismo tiempo. Limitaba mucho mis aspiraciones mentales.

—Ya le comprendo — dice Martín.

Han llegado ante la estructura. La luz eléctrica baña sus cuerpos completamente. Delante de ellos, una cuerda atada de columna a columna sostiene, en el centro de su comba, la placa de aluminio con el cartel *Peligro de Muerte* y la calavera con las dos tibias cruzadas.

—Usted sabe, descubrí pronto, al terminar la carrera con el número uno de mi promoción, que había entrado en una especie de aristocracia. Nada de carrera "práctica", en el verdadero sentido de esta palabra. Una vida artificial, hueca, y un lento olvido de los conocimientos adquiridos. Eso era todo. Firmas y más firmas. Siempre había alguien que hacía las cosas. Alguien como Lobo, por ejemplo, o como Ramos, que murió cuando lo del túnel.

Andrés se detiene un segundo ante la cuerda, pensando en algo intensamente, y, en seguida, la levanta haciendo oscilar la placa de aluminio.

—Pero, ¿no es peligro de muerte? — pregunta el maestro.

—No, no se preocupe — ríe Andrés —. A mí me conocen. El dios de la electricidad me es propicio. Es una simple precaución, innecesaria la mayor parte de las veces.

Había hablado mientras se agachaba para pasar bajo la cuerda que mantenía en alto con una mano. Ahora es Martín el que pasa. Así, dentro de la estructura, rodeados de columnas purpurinas, de aisladores brillantes, y aparatos de formas exactas, rígidas, los dos hombres parecen seres irreales, pertenecientes a un mundo distinto del que les rodea. Viene de lo alto un continuo chisporroteo. Los transformadores suenan sordamente, con un ruido mental y denso que se mezcla al olor a aceite y a pintura. Entre los hombres y las estrellas están las barras de alta tensión.

—Si usted saltara hacia una de esas barras, claro está, con ciertas condiciones del aire, podría saltarle un arco voltaico y caer electrocutado — dice Andrés —. En el supuesto de que usted salte bastante. ¿Qué le parece?

Andrés mira atentamente el techo de barras y cables.

—Aquí no se ve bien, da la luna — dice —. Venga conmigo.

Recorren varios metros entre los árboles metálicos, sin que Andrés deje de mirar hacia arriba.

—Aquí se ve mejor. Venga, venga.

Atrae al maestro y le hace mirar hacia los cables. Martín se queda asombrado.

—¿Ése es el chisporroteo?

—Sí, por lo menos parte del chisporroteo.

Han callado. Miran los dos hombres hacia arriba, donde los cables, gruesos casi como las muñecas de un niño, dejan escapar minúsculos chorros de una intensa luz violeta, como si fueran tuberías con infinitos escapes de agua. En toda su longitud, los cables están rodeados por este halo de chispas violetas, salpicadas por otras más pequeñas, rojizas y amarillas. Los chorros de luz se desprenden del cable con fuerza y mueren en la noche, después de un casi instantáneo recorrido de uno o dos centímetros.

—Es asombroso — dice Martín.

Pero sigue mirando. Más arriba, detrás, están las estrellas, fijas, como paralizadas también por el asombro; se oye la respiración de los dos hombres, el ruido de los transformadores, y, más lejos, el gran ruido de la central. Brillan los aisladores, salpicados por los reflejos de los pequeños focos que iluminan la estructura. Andrés mira al maestro, sonriendo, divertido con su asombro.

—Es simplemente una pérdida de electricidad que pasa del cable conductor al aire, que ya sabe que es también conductor. Se llama "efecto corona". A veces se ve mucho más todavía.

El maestro sigue con la mirada fija en un cable, casi magnetizado por el chisporroteo violeta que le rodea. Su cuerpo está iluminado directamente por uno de los focos.

—No creí que en una central eléctrica hubiera cosas así — dice el maestro, dejando de mirar hacia arriba —. ¿Cómo dice que se llama? "Efecto" ¿qué?

—"Efecto corona" — dice Andrés. Ríe otra vez —. Le ha sorprendido, ¿eh?

—Mucho. Es algo mágico, misterioso.

—Y, sin embargo, perfectamente conocido y dominado por el hombre. Aunque es casi imposible evitarlo del todo. Venga por aquí.

Se alejan hacia uno de los transformadores. Se iluminan y oscurecen sus cuerpos al pasar por zonas de luz y de sombra. Están ya en el centro de la estructura, rodeados por los ruidos y la luz y el extraño chisporroteo de los cables.

—Éste es un transformador trifásico —. Andrés le hace una explicación técnica del aparato, contesta a sus preguntas, casi

todas llenas de la ingenuidad propia del profano, y se alejan después los dos de la alta silueta rematada por las porcelanas cónicas. Por uno de los pasillos del ordenado bosque de metal, van unos railes entre los que hay un foso de cemento prolongado. Andrés le explica su uso en los transportes de transformadores dentro de la estructura, algunos de los cuales llegan a pesar cincuenta toneladas.

—Vamos a salir por el otro lado y nos asomaremos sobre la central, en el fondo del valle. Ya verá.

Cruzan varios pasillos perpendiculares, que separan las bancadas de cemento donde se asientan los aparatos, y, por fin, llegan al límite de la estructura, cerrado por otra cuerda y otra placa de aluminio. Andrés le ayuda a pasar y le dirige hacia el borde del valle, de donde sube el gran ruido. Andan unos veinte metros con sus sombras delante, creciéndoles a cada paso.

—Yo he estado ya en varios pueblos — dice el maestro —. En uno de ellos inauguraron la luz eléctrica estando yo allí. ¿Sabe lo que pasó? Allí no fue como aquí, que los campesinos no han pagado nada. Allí tuvieron que pagar entre todos el tendido, desde la línea general más próxima, y las instalaciones necesarias, una caseta blanca con un aparato...

—Sí, un transformador.

—...y, claro, el tendido dentro del pueblo y las casas. Los campesinos dieron el dinero, porque el alcalde se lo pidió y a él se lo había dicho el gobernador... Ya sabe... ¡Ah, no!, ahora me acuerdo, la empresa había pagado la mitad de los gastos... Bueno, pues cuando ya estaba dada la luz al pueblo sólo se apuntaron diez casas... Decían que era mucho eso de tener que pagar todos los meses por la luz. Y el alcalde, esto es lo peor, pensaba igual. A las empresas, cuando tienen que pagar ellas todo el cobre y las cosas, no les compensa. Y los campesinos no quieren otra luz que los candiles. Me decía aquel alcalde que para qué la querían, si se levantaban y acostaban con el sol. Y no me vaya usted a decir que para leer. A las empresas no les compensa si sólo van a apuntarse diez casas. Así pasa lo que pasa, que hay muchos pueblos sin luz en nuestro país. Bueno, y sin agua, y sin teléfono, y sin ferrocarril. Hay pueblos por los que no pasa un camino que les una con otro.

—Desde luego — dijo Andrés. Se habían detenido otra vez, cerca ya del borde del valle —. Es muy triste. Y hay gente que

le parece bello, o yo qué sé, todo esto. Sería preferible menos "belleza", menos "tipismo". Pero no crea que todo se resolvería dando luz eléctrica a esos pueblos.

—No, si no se podría, a no ser que se les obligara a pagar a ellos mismos el cable y los postes y todo lo que haga falta.

—No es ésa la solución. La solución debe ser más profunda y general. Tener luz puede no significar nada. No se le da la luz a un pueblo sólo con hacer llegar a él la electricidad y con instalar bombillas e interruptores en todas las casas. Piense lo que pasó anoche en Nueva Aldeaseca. Necesitan también interruptores dentro del cerebro. Necesitan ser hombres del siglo xx, ¿comprende?

—Yo confieso que aún no he llegado a comprender la razón de este atraso, de esta miseria... — dice el maestro.

Han avanzado unos metros y ahora ya están al borde mismo de la ladera del valle. En el fondo está la mancha blanca de la casa "de máquinas", y a su lado la estructura pequeña. Sus luces se reflejan en las aguas que las rodean y en la parte baja de la presa. Martín hace ascender sus ojos resbalando por el paredón de cemento, casi vertical, hasta dejarlos mirando horizontalmente hacia el embalse.

—Esa presa está hecha de cemento armado y cuerpos humanos — dice Andrés.

—¿Cuerpos humanos?

—Que yo sepa, dos hombres murieron aprisionados entre el cemento y allí se quedaron. El ritmo del trabajo era tan rápido que sus cadáveres no podían sacarse del cemento. Los dos eran obreros, uno de ellos de Nueva Aldeaseca, el pueblo que se está quedando vacío... ¿Se enteró usted ayer de que se están marchando muchos hombres? Les hundieron su verdadero pueblo y sus verdaderas tierras, y a cambio les dieron trabajo en la presa. Pero el trabajo ha durado ocho años y ya no tienen pueblo ni tierras. El pueblo blanco que les construimos nos les vale, no es el "suyo". Y las tierras son incultivables. Pero, a cambio de esta situación, ya lo vio ayer, les hemos dado luz eléctrica y unas cuantas condecoraciones. Y encima nos permitimos encarcelarles por lo que nosotros consideramos, con arreglo a nuestras leyes y a nuestra idea de la justicia, un espantoso crimen. No sé, pero me parece que esto no es exactamente la civilización. Falta algo. Dese cuenta: a las empresas no les vale, porque no la saben usar. Falta algo, desde luego, o algo está mal.

La presa brillaba con la luna oblicua. Por la ladera, cerca de donde ellos están, suben los cables, montados en columnas especiales, hasta la estructura alta. El gran ruido llena todo el valle, ascendiendo hacia el cielo, y extendiéndose por los campos. La masa gigantesca de agua duerme tranquila o dominada, sin que se note su furor, reprimido por aquella obra lograda por la inmensa solidaridad de las manos de más de mil hombres durante ocho años.

—¿Qué le parece?

Martín está callado, con la mirada fija en el agua, que se aleja entre las orillas, cada vez más altas, más hundidas cada vez en la noche. Tarda en contestar y, antes de hacerlo, vuelve a mirar al fondo, dejando resbalar otra vez sus ojos por la presa. Sólo cuando los tiene en las luces de la "casa de máquinas" y la estructura, se vuelve hacia Andrés.

—Falta algo, sí — dice. Lo ha dicho como si no se dirigiera a nadie, pensándolo; luego: — Es grandioso. Y este ruido es como un himno.

—Yo lo he pensando muchas veces también. Oyéndole, mirando esta obra del hombre, se siente algo muy alegre en la sangre y se tiene ganas de vivir... y... no sé. ¿Comprende? Hace poco empecé a ser ingeniero de verdad. Lo que quisiera es encontrar la posibilidad de serlo. Nuestro país necesita menos firmas y más proyectos que se realicen en seguida.

Durante varios minutos, continúan mirando en silencio la hondonada, su fondo de luz y ruido, el brillo alto de la presa. Durante varios minutos, oyen dentro de sus cerebros el himno de las máquinas creadoras de energía, algo atronador que aclara sus ideas y da velocidad a su sangre. Durante varios minutos, contemplan, bajo la luz de la luna, la gran tumba de cemento de los dos obreros, el mayor mausoleo dedicado a dos muertos. Durante varios minutos, permanecen allí, estremecidos, dejando entrar en sus oídos el chisporroteo de los cables. Durante varios minutos, piensan en el mundo y en los hombres, en el país antiguo donde viven, inundando de alegría la tristeza de haber nacido en él, sintiéndose seguros de que la alegría romperá la presa e inundará todos los valles y se extenderá sobre todos los campos, llegando a las ciudades para hacerlas más blancas. Pero el agua no. El agua permanecerá represada y los

hombres usarán su furor convertido en luz durante muchos siglos. Andrés levanta el cuello de su gabardina y se vuelve. Martín aún mira unos segundos hacia la central. Luego se vuelve también, y los dos caminan hacia la salida. No hablan ya hasta que se encuentran ante la puerta de verjas.

—¡Higinio! — grita Andrés.

Se oyen pasos. El ruido de un llavero se va acercando a ellos. Higinio aparece al otro lado de la puerta.

—¿Qué, ya terminaron? —. Está abriendo.

Luego, Higinio cierra con la misma serie de ruidos metálicos. Los dos hombres están esperando a que el guarda se vuelva hacia ellos.

—Bueno, Higinio, hasta que nos volvamos a ver — dice Andrés.

Higinio, después de guardar el llavero en el bolsillo del mono que lleva debajo de la cazadora, levanta la cabeza sorprendido.

—¿Cómo es eso, señor Ruiz? — dice —. ¿Se marcha usted?

—Sí, voy al nuevo Salto — dice Andrés —. Mañana salgo.

—Eso no me lo había dicho usted —. El maestro está apoyado en las rejas de la puerta. Se queda mirando cómo el ingeniero da la mano a Higinio, oye, sin comprenderlas, las frases que pronuncia, y después, él mismo le da la mano al guarda. Se alejan ya de la puerta. Higinio les mira.

—Ha sido muy interesante — dice Martín —. Me agrada haberme encontrado con un ingeniero.

—Yo estoy muy contento de haberle conocido, de saber que existen ustedes. — Luego se queda pensando. — Necesitaba conocer a un maestro.

Se alejan los dos hombres, dejando a sus espaldas el ruido de la central, las luces de la estructura, la potencia del agua represada. La mano de Higinio los ha dejado encerrados detrás de la puerta de hierro. Sobre las tapias, pasan sólo dos cables que se alejan en la noche, llenos de luz.

XXVIII

SILBABA el viento en los cables, junto a la carretera por la que iban los siete camiones. Los postes se acercaban a la cabina lentamente y, de pronto, casi de un salto, cruzaban ante el parabrisas y las ventanillas hacia atrás con un ruido de ráfaga instantánea. El paisaje era una tierra extendida, con pocos árboles y algunas parcelas cultivadas. A lo lejos, se veían nubes sobre las montañas. De vez en cuando una casita blanca o una choza cónica, hecha de ramas, saltaba también hacia atrás. Los neumáticos despedían la grava y la hundían en la carretera con un ruido continuo, como un crujido renovado y pequeño. Algún campesino, algún buey, lejos de la carretera, agachado el campesino en cualquier labor de la estación, se deslizaban lateralmente hacia atrás, como si la tierra donde estaban se estuviera desplazando igual que una alfombra mágica. El viento sonaba en las ventanillas, esforzándose por entrar en las cabinas. Iban los camiones cargados todos de muebles, grandes lonas cubrían sus cajas, dejando una abertura por la que asomaban las cabezas de los hombres, la mayor parte con boinas, acorralados por los armarios y las mesas. En las cabinas, mujeres y niños amontonados para dejar espacio al conductor. Uno detrás de otro, a igual distancia, los camiones iban dejando atrás casas blancas, campos sembrados ya, bajas colinas desnudas, árboles amarillos, sin hojas, casi siempre aislados.

Llegaron a una curva. Siete veces se oyó la velocidad contenida de los motores, el ligero patinar de las ruedas. El viento les daba ahora de costado y los motores sonaban más roncos. Al iniciarse una pendiente, siete veces se oyó el cambio de velocidad, hasta quedar de nuevo la potencia unánime de los camiones sobre la carretera. Volaban cuervos y buitres en el cielo azul de la mañana. Eran lo único negro del día.

En el segundo camión iban cantando los hombres. Golpeaban las cuerdas de la lona en los costados, crujían los muebles, el camión estaba lleno de bruscos ruidos metálicos, de lamentos de madera sujetada, pero, sobre todos los ruidos, sobre el motor, la canción se elevaba como una columna de voz humana, y el viento la deshacía en jirones que llegaban hasta los oídos del cuarto camión y a veces hasta los del último. Era una bandera sobre toda la caravana. En lo alto de la mañana creciente, los buitres y cuervos parecían seguir a la caravana. Los camiones avanzaban, y ellos, sin avanzar, siempre estaban encima, como una amenaza, lo único negro en el día azul del otoño. La bandera había crecido ya en el tercer camión. Cantaban, y pronto cantaron también en el cuarto.

Se divisó un pueblo a lo lejos. Estaba agazapado entre colinas más altas, una mancha gris en torno a la torre de la iglesia. Entonces, los motores cambiaron su sonido por otro más alegre. Habían subido los siete camiones la pendiente, y ahora, una recta sin árboles esperaba tendida a la boca de los camiones. Sin un árbol, sólo los postes telegráficos en sus bordes. Un carro aparecía parado en el centro de la carretera, al final de la recta. Se veía ya la silueta de varios campesinos sobre él. La cinta oscura de la carretera fue desapareciendo entre las ruedas de los camiones. El carro creció ante ellos, hasta adquirir las proporciones reales. Un brazo de niño se asomó por la ventanilla del primer camión.

—¡Adiooos!... —dijo.

Sobre el carro iba un campesino sentado, con una vara en la mano, y detrás, una mujer con pañuelo a la cabeza, y dos niñas.

—¡Adiooos!... —dijeron las niñas. Se habían puesto de pie sobre el carro, y agitaban las manos, riéndose.

Desde las cabinas de los seis camiones restantes, seis brazos de niño dijeron adiós hacia el carro, permaneciendo un instante agitándose como alas. Y desde el carro, seis veces gritaron adiós las niñas, riéndose y agitando los brazos, de pie. Bajo el ruido de los motores, se oyó, un instante, el viejo rumor de madera del carro. Quedaron atrás las niñas, siempre de pie, agitando los brazos, y su adiós largo duró un momento en el aire, hizo un esfuerzo por quedarse enganchado en el último camión, donde aún saludaban los brazos de los obreros de la caja. Pero el carro había quedado atrás, otra vez parecía parado, y su tamaño fue disminuyendo hasta ser un punto sobre la carretera. Sólo había sido grande junto a los camiones, al estar un momento al lado de los niños y los obreros que iban en ellos.

La canción no había cesado. Era ya una bandera, la misma, sobre cada camión. El viento mezclaba las palabras de las canciones populares, sus músicas, nacidas en regiones distintas, pero iguales en su nostalgia de la tierra, en su tristeza de hombres y mujeres, en su larga queja contra el dolor y la oscuridad. Asturias, Andalucía, Castilla, Valencia, Extremadura, Navarra, Cataluña, León..., todas las regiones españolas se deshacían en el viento, se mezclaban y diseminaban sobre los campos secos y bajo el sol azul.

Ya se van los pastores
a la Extremadura.
Ya se queda la sierra
triste y oscura.

La mañana era clara y alegre. Sólo algunos cuervos y buitres volando sobre la caravana, y sobre el pueblo al que estaban llegando. La recta había terminado, y los camiones subieron una corta pendiente, desapareciendo en su horizonte próximo, uno detrás de otro. Quedó sola la carretera, llena aún del eco de los camiones. Pero desde lo alto de la pendiente se veía, cerca ya, el pueblo, sus primeras casas de piedra, con los tejados de rojo oscuro, arrugados, y sus pequeñas chimeneas humeantes. Gallinas y cerdos a su alrededor, y niños medio desnudos, que se quedaban mirando a los camiones con un asombro inmenso, no distinto del que tenían las vacas, los cerdos o las gallinas. Hombres vestidos de pana, con remiendos en las rodillas. Mujeres con anchas faldas y pañuelo en la cabeza. La dolorosa tristeza del carro inclinado, sin una rueda, que hay siempre a la entrada de los pueblos. El perro sucio, pequeño, que cruzaba delante de las ruedas del camión y se alejaba con agudos quejidos, casi humanos. La tienda pobre, con el escaparate lleno de moscas y comestibles. La taberna, el hombre sentado a su puerta, fumando. La plaza, con su fuente central, rodeada de abrevaderos. Las muchachas de cuerpos fuertes, esbeltos, llevando cántaros en la cabeza y en las caderas redondas. Los charcos en el suelo,

los mulos que pasaban por las calles con un hombre al lado y moscas clavadas en el vientre, haciendo sonar huecamente sus cascos. La torre de la iglesia, hecha de piedras doradas que el tiempo y el aire habían redondeado. La campana, el reloj parado, los excrementos de animales en el suelo. El pueblo.

Los camiones pasaron despacio, muy separados. La carretera atravesaba el pueblo por el centro, formando su calle principal, y se estrechaba entre sus casas, hasta parecer imposible que pudieran pasar por allí los camiones. Los niños discutieron para asomarse a las ventanillas, y fueron riéndose y diciendo adiós a todos los habitantes del pueblo. Desde todas las cajas, una tras otra, los obreros gritaron a las muchachas que estaban en la plaza cogiendo agua de la fuente. Ellas se reían, les miraban extrañadas y les sacaban la lengua. Y ellos gritaban más aún y se reían también.

La caravana pasó por el pueblo como una ráfaga de alegría, de manos agitándose, de adioses. Los motores sonaban más fuertes, lanzaban sus voces contra las piedras antiguas de las casas, del viejo edificio del Ayuntamiento, de la iglesia, y quedaban resonando luego, apagándose lentamente hasta caer al suelo, muertas, entre los excrementos y los charcos de agua sucia.

A la salida del pueblo, pasaron sobre el puente romano y, desde él, vieron a las mujeres, rodeadas por un halo blanco de ropas y de jabón, arrodilladas ante el río. Ellas dejaron de lavar un momento y elevaron sus ojos hacia el puente, con la prenda que estaban lavando en una mano y la paleta de madera en la otra.

Sonaba otra vez el viento en las ventanillas. Otra vez las canciones se elevaron y quedaron ondeando como banderas. Los siete camiones se alejaron del pueblo, por un paisaje de colinas cada vez mayores, con más árboles. El color verde se iba extendiendo cada vez más sobre la tierra. Las montañas, con su corona de nubes, estaban más cerca y parecían más altas. Poco a poco, las canciones fueron siendo sustituidas por conversaciones desvaídas. Alguien narraba, en cada caja, algún viaje que recordaba, el accidente que estuvo a punto de costarle la vida, la historia de su familia. Las voces de los hombres eran más roncas, raspaban en sus gargantas las palabras, y muchos estaban sentados ya entre los muebles, dormitando alguno con la cabeza apoyada en la puerta de un armario. Los niños, en las cabinas,

se abrazaban a sus madres o hermanas, cansados de los gritos que habían dado, cansados de empujarse para ir asomados por la ventanilla y poder sacar de vez en cuando el brazo.

Chuchín, en el último camión, tenía la nariz y los pómulos fríos de llevarlos aplastados contra el cristal de la ventanilla posterior de la cabina. Charito llevaba a Maricarmen, dormida, y miraba cómo iban pasando los árboles, pensando, recordando con la cabeza de la niña en el hombro. A su lado, la madre, siempre recta, casi impasible, dominando desde la cabina el futuro fugaz del camión. El olor a gasolina, el ruido próximo del motor, que parecía nacer del asiento donde iba, las curvas bruscas, la obsesión del camión de delante, a la misma distancia desde que salieron. Parecía tener algo que dominaba todo, una fuerza interior, quizá nacida de sus entrañas de madre, que impedía al cansancio llenar su cuerpo y cubrir sus ojos con un velo turbio. El conductor era un hombre joven, de brazos fuertes, cuya camisa, abierta en el pecho, se abombaba continuamente con el viento que entraba por la ventanilla. Conducía casi todo el tiempo con un solo brazo, la mirada fija en un punto de la carretera, siempre distinto. Cuando ocurría algo, cuando pasaban por un pueblo o se cruzaban con un carro, una casa, hacía comentarios humorísticos o contaba algo en relación con lo que veía. La madre permanecía en la misma posición, como un símbolo de la maternidad, capaz de soportar viajes y privaciones. Piensa, acaso, en la única idea que no le ha abandonado durante toda su vida, en la tranquilidad, o en su marido y en la necesidad de estas peregrinaciones detrás de él, en sus hijos, que van creciendo, y cada vez van siendo más extraños a ella. "Como gitanos."

Pasó la caravana bajo una línea de alta tensión que cruzaba la carretera. Eran cables gruesos, combados de columna a columna, como nervios gigantescos, que se alejaban, después de cruzar la carretera, hacia las montañas. En el primer camión, el conductor miró a las columnas, luego examinó rápidamente la cerca de piedras que bordeaba la carretera, y se volvió a las mujeres que iban apretadas a su lado.

—Ésa es la línea que viene del Salto — dijo.

Las mujeres miraron. Las líneas negras se perdían a lo lejos, paralelas a la tierra. Pensaron en ciudades no vistas, en campos jamás pisados, en sus vidas de mujeres de obreros.

—¡Mira, mira! Ésa es la línea que viene del Salto —dijo en la caja un obrero. En la cabina, el conductor estaba explicando que había sido él el que trajo hasta allí aquellas columnas, o mejor, las piezas que luego se unieron para formar la potente silueta que ahora tenían.

Brillaba el sol en el color purpurina de las columnas metálicas. Cinco pájaros estaban en los aisladores de una de ellas. Al pasar junto a la columna el primer camión, cinco pájaros volaron, desapareciendo en un momento del cielo azul.

—Menudo tute nos dimos —cuenta el obrero de la caja—. No os podéis imaginar, días y días, durmiendo en el suelo, a cielo raso, y luego que no es una cosa fácil eso de poner en pie toda una línea de alta tensión...

En el cuarto camión, un obrero contó que él había trabajado en la instalación de la línea. Recordó que fue allí, en ese sitio, por el que acababan de pasar, donde estuvo a punto de morir.

—Me machaqué un dedo en lo alto, como para haberme caído, chico.

En los dos camiones, y en los otros también, una alegría se puso en los rostros de los que contaban y de los que oían. Ellos habían hecho esa línea; ellos, elevado columnas purpurinas sobre los campos secos, y tendido cables hasta las ciudades más apartadas para que llegase a ellas la electricidad, creada por ellos también. "Esa línea es la que viene del Salto." Recuerdos, horas de trabajo, explosiones, nacimientos de hijos, muertes, accidentes, años llenos de ruido. Hombres y mujeres, desde las cajas y las cabinas, se quedaron mirando las columnas, perdiéndolas con la mirada al alejarse, y sintiendo dolor o tristeza por ello.

La caravana se alejó. Allí quedaron los cables, cruzándose perpendicularmente con la carretera. Eran como nervios, parecía, mirándolos, que llegaban a todos los rincones del país, repartiendo la energía creada por otros nervios humanos. Y parecía como si fueran ellos mismos nervios humanos o tuvieran algo de los nervios de los obreros que erigieron las columnas, tendieron las líneas y crearon la fuerza que iba por ellas. Como si no llevaran sólo electricidad, sino vida también, la vida gastada en el trabajo que los hizo posibles. Y la caravana se alejó de ellos con su alegría de metal y gasolina, contenta de haberlos visto, de haberse cruzado con los nervios eléctricos del país. Y los cables vibraban con el viento y sonaban, y su ruido era un himno. Había sol y cielo azul. Otra vez se veían cuervos, buitres y aguiluchos. La caravana seguía dispuesta a seguir su avance y a cruzar las montañas, cualquier barrera, para llegar al nuevo trabajo, del que nacería más energía, que iría por los campos en cables, sobre bellas columnas purpurinas.

Iban en el primer camión Vicente García Santos, tornero, de León, que trabajó en el taller desde que se empezó la construcción de la central (su mujer y su hijo de nueve años iban en la cabina); Carlos Frutos Herrero, peón, nacido en Soria (su hermana de quince años iba sentada en la caja, apoyando la cabeza en el somier donde murió el padre de Vicente García Santos; la madre iba en la cabina); Antonio López Martín, hijo de uno de los carpinteros muertos al reventar la compuerta, y carpintero también él, que trabajó en los encofrados de todos los grupos de la central y, antes, en los de la presa (la viuda de su padre, madre suya, iba en la cabina); Ángel Mendoza Pardo, maquinista de la excavadora, que trabajó en los dos túneles y en la presa (sus padres viven en un pueblo de Asturias, sacando peces del mar); y José Pérez Montalvo, conductor, que se turnaba al volante del camión con Pedro Prieto Tejada: los dos solteros, los dos transportaron desde Bilbao y otros puertos piezas y máquinas que ahora producían solas electricidad.

En el segundo camión, conducido por Luis Doménech García, iban Emilio Luján Manzanares, "El Asturiano", que se salvó de la explosión del túnel porque Mariano Barceló Rodríguez le sustituyó para que él estuviera con su mujer en el momento del parto (ella y el niño, bautizado Mariano en recuerdo del hombre que murió en lugar de su padre, iban en la cabina); Feliciano Lluch Mateu, que empezó de peón y se hizo mecánico (quería casarse al llegar al nuevo Salto; su novia iba en el quinto camión y era hija de un capataz); Teodoro Bayo Zurita, que se salvó de la explosión del túnel por estar fumando un cigarrillo; Eugenio Bayo Zurita, hermano del anterior, y obrero como él de la construcción: trabajó en la presa, en los dos túneles, en los barrenos... (la madre, viuda, iba en la cabina y cogía, de vez en cuando, al hijo de "El Asturiano", para que la otra mujer pudiera dormir o descansar); y Matías Pérez Roldán, un joven pálido, que se puso enfermo trabajando en el

túnel y estudió electricidad mientras estuvo en un sanatorio; ahora trabaja en montajes, con el señor Lobo. Teodoro y Matías iban sentados en el colchón sobre el que había nacido el hijo de "El Asturiano", un día de explosión y muertes.

Salvador Galindo Galindo conducía el tercer camión. Era grueso y cantaba casi continuamente por lo bajo. Sólo dejaba de canturrear para reírse o contar algo gracioso. Era valenciano. Su madre iba a su lado. Trabajó primero en la presa, luego tuvo que irse a cumplir el servicio militar, aprendió a conducir y al regreso logró entrar en la Empresa como conductor. El fue quien transportó desde Barcelona los transformadores grandes de la estructura alta. Su padre, más grueso que él, trabajó en el taller. Iba en la caja. A su lado iban Juan Ferrer Estévez, valenciano también, listero (su madre y su hermana iban en la cabina); Jesús García Jover, "El Negro", gran jugador de frontón y almacenista; Miguel Muñoz Garrido, que perdió un dedo limando en el taller, y Luisa García Jover, hermana de "El Negro" (sus padres estarían ahora sembrando en una aldea de Navarra), que trabajó en la limpieza del edificio de la dirección, y se divertía ahora oyendo a Miguel contar sus dificultades para rascarse. Iban también un armario de luna, otros dos más pequeños, tres mesas grandes, seis mesillas de noche, siete somieres... y una baraja de naipes repartida entre las manos de los de la caja.

El cuarto camión tenía que llevar abierto el "capot". "Se calienta demasiado el motor", decía Francisco Pastor García, su conductor. El camión parecía un caballo a punto de relinchar. "Pero se llenará del polvo de la carretera y de chinas y cosas así", le dijo una vez María Isabel, la mujer de Bautista Santisteban Ruiz, maestro de obras, que iba en la caja. "Conozco mi camión como usted pueda conocer a su hijo", contestó Francisco. María Isabel miró a su hijo. "No le deje que se asome tanto a la ventanilla", dijo a otra mujer, más joven que ella, hija de Rafael Ochoa Oñate. La muchacha llevaba a los dos niños que iban en la cabina cogidos por la cintura. Los niños estaban de pie sobre el asiento. En la caja, iban Rafael Ochoa Oñate, el obrero que descubrió el ratón en la celda del transformador (lo había contado tres veces desde que salieron: "Fue para mearse de risa, figuraos, todos buscando algo gordo... y de pronto..., es que a quien se le diga..., y de

pronto... no puedo contener la risa..., aquel ratoncillo, allí, ¿qué os parece?..., como si le estuviera viendo ahora, no tendría más de así de largo, pero, caray con el mequetrefe, dejó sin luz a todo el Salto...". Y él se reía y todos se reían, porque Ochoa contaba las cosas de una forma especial que hacía brotar la risa a cualquiera); a su lado, iba el armario de luna de la familia Santisteban, y junto a la cabina, apoyado en el final de la caja, Jorge Sánchez Guerrero, "que había levantado media presa él sólo", según decía (sus padres eran labradores y él fue pastor hasta los veinte años: "Menos mal que me metí en la central a trabajar, porque mi padre vendió casi todo el ganado, que si no aún sería tan burro como entonces... No os lo creeréis, pero yo, como me acostumbré a dormir y todo en el campo y no venía a la aldea, pues ni siquiera entendía lo que hablaba la gente si me daba por venir alguna vez por año... Era burro como nadie..." Y se reían también, y entonces Ochoa le imitaba, y los demás se reían más todavía. El antiguo pastor no se enfadaba. Parecía un gigante bondadoso, cansado de algún esfuerzo extraordinario, medio tumbado en el fondo de la caja, con su mirada azul, directa, acostumbrada a la mansedad del paisaje todavía. "Si no llega a ser por el señor Lobo, que me metió en montajes con él...". El que más se reía era Ramón Redondo Rodríguez, "El de las Tres Erres", como le llamaban muchos. Tenía una voz de bajo profundo, con la que le gustaba asustar a los niños. Trabajó en el Almacén, y su cerebro se parecía al conglomerado de materiales sobre los que trabajaba, pero menos ordenado. Sabía un poco de todo, todo le recordaba algo, "déjame recordar", decía continuamente, poniendo cara de pensar mucho, ojos pequeños, cejas fruncidas, labios apretados. "No sé, no logro acordarme", decía al final "pero yo sé algo de eso, en alguna parte he visto una cosa parecida". Rafael tenía muy poca memoria para todo lo que no fuera material del Almacén. Iban también Julio Conejo Sanz, padre del otro niño de la cabina, que trabajó en la parte eléctrica de la estructura y tendió muchas líneas, una de ellas, la que acababa de dejar atrás la caravana. Y, rodeándoles, armarios, mesas, somiers, sillas, baúles...

Detrás del parabrisas del quinto camión iban Pascual Bernal Talavera, el conductor, que tenía una cicatriz en el brazo derecho, según él, producida en una disputa que sostuvo en

cierto "cabaret" de Barcelona, cuando estaba haciendo allí el servicio militar (lo decía con malicia, dando a entender que la causa fueron las faldas); su mujer, que sabía que la cicatriz se la hizo en el taller mecánico; un hijo de ambos de dos años que durante todo el viaje venía intentado coger, aunque sólo fuera una vez, el volante (su madre se lo impedía siempre con un manotazo a la vez que le gritaba. "Estate quieto, condenado. Este chico va a hacer que nos demos un trastazo"); Pascual se reía, miraba a su hijo, y luego, con los ojos otra vez en la carretera, decía a su mujer. "Déjale, mujer, ¿no ves que el chico quiere ser conductor, como su padre". Y seguía conduciendo, haciendo girar levemente el volante para mantener el camión en la misma dirección); y junto a la ventanilla, iba la abuela del niño, madre de Pascual, vestida de negro, casi siempre en silencio, llena de pensamientos y recuerdos que pasaban por su cerebro con más velocidad que los postes. En la caja, cuatro obreros del taller: Cecilio Fuentes Olmo, fresador; Alfonso Navarro López, tornero; Sebastián Alonso Fernández, soldador; y Ricardo Aparicio Cano, ajustador. Junto a ellos, iban Benigno Zamora Gómez, capataz, y su hija Isabel. Isabel iba pensando en alguien del segundo camión, se pasaba largos ratos mirando por la ventanilla posterior de la cabina y a través del parabrisas, y sólo en las curvas lograba ver la caja del camión que le interesaba; en la caja, dos o tres veces nada más, pudo ver a Feliciano, su silueta entre otras siluetas, rodeadas todas por los muebles y medio cubiertas por la lona. Cuando la carretera se hacía recta, Isabel dejaba de mirar por la ventanilla, y su mirada se quedaba caída en un rincón de la caja, sobre el espejo del armario o el tirador dorado de una de las mesillas. El quinto camión seguía, con todos los muebles vibrando, envuelto en el ruido de su avance seguro, y en el polvo de la carretera.

El sexto camión era más grande. Lo conducía Tomás Reyes Santos, que transportó también hasta la central las piezas más pesadas de la maquinaria eléctrica. Desde Bilbao hasta Aldeaseca, tirando de una galera con un transformador de cincuenta toneladas, ayudado por otro camión y, en las cuestas más pronunciadas, por un tercero, empujando desde detrás de la galera. "Yo estoy curado de espanto. Ya me sé lo que son estos viajes", decía. "Una vez se pusieron las ruedas a patinar en el barro, y no os quiero decir. Las pasamos moradas tirando y tirando. Yo creí que se nos venía la noche encima y nos quedábamos allí". Junto a él iban la hermana y la viuda de Buendía, el montador que murió cuando reventó la compuerta. Luisa Buendía llevaba sentado encima a un niño de menos de un año, todo manotazos suaves a su cara, al cristal de la ventanilla, a todo lo que brillaba cerca o se movía o tenía un color fuerte. En la caja iba su madre y su marido, el maestro de taller Cristóbal González Merino. La mujer iba sentada en un colchón que le habían preparado en el fondo de la caja, mayor que la de los otros camiones. Unos pocos muebles la rodeaban y en su centro, la máquina fresadora, cubierta por una funda de lona. Apiladas junto a la cabina, estaban varias cajas de herramientas: llaves inglesas y fijas, taladradoras, alicates, limas, martillos, sierras... En un rincón, un carrete de madera con su grueso cable enrollado, y cerca, un montón de trapos manchados de grasa y varios bidones, y un rollo de alambre. Luis Buendía, el otro hermano del montador muerto, montador también, iba sentado en un pequeño carrete de cables. Llevaba apoyados los codos sobre las rodillas, el cuerpo inclinado, y sus manos oscilaban con el movimiento del camión. Al otro lado de la fresadora, estaban sentados en el suelo Enrique Lozano Mateo, fresador, uno de los obreros que estiró del cable que salvó a Higinio y al chico; Lorenzo Rubio Ortega, mecánico; Urbano Tortosa Valiente, ajustador; y Pepe Soto López, "El Madrileño". El camión tenía un ruido más sordo que los otros, su caja vibraba menos.

El conductor del último camión se llamaba Antonio Mejía Collado. Era andaluz. "No sé cómo nos las arreglamos, pero siempre nos toca un chofer gracioso", dijo la mujer de Lobo cuando terminó de reírse. Antonio iba diciendo chistes, ocurrencias sobre el viaje. "Niño, que se te va a quedar la nariz como un campo de aterrizaje", dijo cuando vio a Chuchín por el espejo retrovisor con la nariz aplastada contra el cristal de la ventanilla posterior. Maricarmen iba dormida en el regazo de Charito, y esta procuró que su risa no la despertara. La madre rió también, y las dos mujeres llenaron, durante unos minutos, la cabina con el ruido de sus gargantas alegres. "Menuda papeleta, si se le queda así para siempre". Ellas aumentaron la risa. Chuchín las miraba sin comprender, enfadado. Volvió a mirar

al conductor. "Como tenga que llevar gafas las va a tener que sujetar con la lengua", volvió a decir. Otra vez la risa. Chuchín, cada vez más enfadado, les sacó la lengua, que se aplastó también contra el cristal hasta parecer un tomate pequeño. La risa fue incontenible. Chuchín se separó del cristal, haciendo un ruido con la boca que no se oyó en la cabina. "¿Qué te pasa, chico?", preguntó Jerónimo Villar Echevarría, en la caja, que trabajó con Lobo desde que se empezaron los montajes. Miró por la ventanilla y vio a las mujeres riéndose. "El gracioso de Antonio", dijo. "¿Qué? ¿Se ríen de ti?" Angel Llorente Díaz, compañero de trabajo de Jerónimo, rio también y dijo: "Es un tío salado el tío ese. No sé lo que tiene, si a veces dice tonterías, pero es cómo lo dice..." Salvador Arce Marcos, de montajes también, permaneció callado, con la cabeza apoyada en el somier de la cama del matrimonio Lobo. Chuchín fue hasta él y se sentó a su lado. "Toca la armónica, anda", le dijo. Salvador no dijo nada. Sacó del bolsillo superior de su mono una armónica, que pareció sonreír enseñando sus dientes al volver a sentirse libre. Se sentaron los otros dos hombres más cerca. La hermana de Antonio, que iba mirando los campos apoyada sobre un aparador, se sentó también apenas oyó las primeras notas de prueba. "¿Pero quién te ha enseñado a ti a tocar eso?". Salvador se quitó la armónica de los labios y sonrió. "Yo sólo, tocando y tocando", dijo. La música nació de su boca, venció al ruido del camión, se detuvo en el aire, dudando un momento, y en seguida, con fuerza, envolvió a todos y empezó a ascender. Se filtraba entre los armarios, los baules con ropa... y llegaba al viento y en él se iba, confundiéndose con la columna de polvo, como una estela musical de la caravana.

La caravana iba a una marcha media. El cielo estaba ahora cubierto por nubes oscuras. "Mira que si lloviera". "No hay que preocuparse, llevamos las lonas". En todos los camiones hubo diálogos parecidos. Atravesaban una comarca más montañosa, de laderas cubiertas por árboles y sembrados. A mediodía, el cielo estaba más despejado y el peligro de lluvia había desaparecido. Pero volvieron a ver cuervos y buitres, aguiluchos volando encima de ellos. El ambiente era denso, como si acabara de terminar una tormenta o estuviera a punto de empezar. Otra vez el sol brillaba, sin embargo, y volvieron a oírse todavía algunas canciones antes de que llegaran a la ciudad. Habían visto

su silueta a lo lejos, y ahora los camiones disminuían lentamente la distancia que les separaba de las colinas donde se ocultó. Apareció de nuevo ante ellos, vieron las pequeñas casas de los suburbios, las grandes del centro, y las agujas de la catedral gótica, como espigas petrificadas. Fueron dejando atrás las pequeñas granjas, y en seguida cruzaron varias calles, uno detrás de otro, haciendo volverse a la gente que venía del trabajo.

El paso por la ciudad fue rápido, casi no se dieron cuenta de haber cruzado por sus calles. Otra vez, detrás, se veían las agujas de la catedral gótica, recortadas contra el paisaje llano por el que habían venido.

Pedro Prieto Tejada vio acercarse a la rueda derecha una pequeña construcción de cemento que estaba al borde de la carretera.

—Ya está ahí la fuente — dijo, sacando un brazo por la ventanilla —. Siempre nos parábamos aquí para beber un rato.

Luis Doménech García vio el brazo del conductor sobresaliendo de la cabina. El primer camión estaba frenando ya. Tocó la bocina con el codo derecho y sacó el otro brazo por la ventanilla. Comenzó a frenar también.

—Parada y fonda — dijo Salvador Galindo Galindo, y el tercer camión empezó a perder velocidad, apareciendo en su costado izquierdo un brazo que se movía arriba y abajo.

Y así en el cuarto, en el quinto y en el sexto camión fueron apareciendo los brazos de sus conductores y sonando la bocina, transmitiéndose la noticia del hallazgo de la fuente. Todos fueron deteniéndose, en todos se oyeron frases parecidas, había estómagos que hacían ya gorgoritos, bocas que se abrían. Eran las tres de la tarde.

—Nos ha costado más de siete horas — dijo Tomás Reyes García —. Yo me lo he hecho en cuatro y media, y en menos muchas veces.

—Pero no cargado de muebles y con niños y mujeres — dijo Pascual Bernal Talavera —. No es lo mismo ir en una caravana, que te marcan la marcha...

Se habían reunido los conductores cerca de la fuente. Los hombres más jóvenes ayudaban a las mujeres a bajar cestas y cubiertos. Otros estiraban las piernas o se alejaban de donde estaban los camiones hasta esconderse entre unos matorrales, y un momento después volvían a la pequeña extensión en la

que las mujeres estaban ya preparando los manteles sobre la hierba. Casi todos los hombres habían encendido cigarrillos y ahora los fumaban en corros, hablando, mientras los niños corrían entre ellos, llenando de gritos y risas la pradera verde. Feliciano Lluch Mateu bajó del segundo camión y echó a correr hacia atrás, hasta encontrarse con Isabel. Ahora estaban sentados en una piedra, un poco apartados, procurando ella que no la vieran las demás mujeres, que se afanaban en la preparación de la comida. Los siete camiones estaban detenidos en el borde de la carretera, silenciosos, y sus siluetas se recortaban contra el cielo y las montañas sin ningún cansancio, seguían llenas de una potencia segura e inextinguible.

Sobre el verde de la hierba estaban ya los cuadrados blancos de los manteles, llenos de cazuelas, tarteras, ollas, platos y vasos. A su alrededor, distribuidos en varios corros, estaban los hombres y las mujeres y los niños, con tenedores y cucharas en la mano. Se había acabado ya la preparación de la comida, en las fuentes de ensalada sonreía el tomate, las latas de conserva estaban abiertas como en un bostezo mortal. En cada corro, un hombre servía vino o agua de una garrafa. El sol de otoño caldeaba levemente el aire, sonaban pájaros en los árboles cercanos.

Fue la comida, y luego, mientras las mujeres recogían los manteles o se turnaban para lavar los cacharros en la fuente, los hombres empezaron a llenar latas de agua que los motores de los camiones bebían lentamente. Los examinaron, comprobaron las cuerdas que sujetaban los muebles, y al fin, subieron todos a las cajas y cabinas, y otra vez empezó el ruido unánime del viaje. Se perdieron las agujas de la catedral entre los árboles de las colinas. La nube de polvo fue naciendo cada vez más lejos de la fuente. En el cielo había aguiluchos, buitres y cuervos, en un vuelo giratorio, vigilante. La caravana empezó a subir un puerto. Enfrente estaban las montañas, que parecían más altas según se iban acercando a ellas. No había viento. El aire estaba quieto, sólo los camiones se movían, a la misma velocidad, más próximos unos de otros que en la etapa anterior. La tarde era una luz igual, lenta, que resbalaba por las laderas haciendo más verdes los árboles y la tierra más parda. La caravana ascendía despacio, con un ruido sordo, ondulado. Iba aumentando la profundidad del valle a su izquierda. Al otro

lado, la ladera cortada a pico, sin un matorral, separada de la carretera por la cuneta. A cada curva aparecía o desaparecía la llanura que acababan de dejar atrás, con la ciudad y los pueblos pegados a la tierra, confundiéndose cada vez más con ella. El sopor de la digestión llenaba las cajas y cabinas, hombres, mujeres y niños dormitaban en las posturas que podían.

De pronto, varios aguiluchos y buitres se abatieron sobre una loma. Debía, haber algo muerto en ella. Estaba recortada contra el cielo como un seno desnudo, con una nube oscura coincidiendo sobre su cumbre. Las aves carniceras no estaban ya en el cielo. Estarían, probablemente, clavando sus garras y sus picos sobre algo recién muerto, o esperando a que muriera, o matándolo ellas mismas. La caravana seguía avanzando bajo un cielo libre, con pocas nubes, creando ella su propia nube de polvo, que la glorificaba un momento, antes de deshacerse en el aire. Cuarenta hombres con sus mujeres e hijos, ascendían el puerto sobre los siete camiones, en una conjunción perfecta del hombre y de la máquina. Venían de trabajar durante ocho años, durante toda su vida, hundidos en el ruido, entre catástrofes y muertes, convirtiendo sus músculos y nervios humanos en los músculos y nervios eléctricos que empezaban a extenderse por todo el país. Iban a trabajar otros tantos años, hasta la muerte, y, mientras tanto, les nacían nuevos hijos, que trabajarían también para que el país tuviera luz y energía. Lobo estaba ya trabajando. María, su mujer, llevaba ahora a Maricarmen, mientras Charito dormitaba con la cabeza apoyada en el respaldo.

Nadie lo vio. Los dos primeros camiones habían desaparecido en una curva hacia la derecha. El tercero empezó a tomarla y algo pasó a su lado, en dirección contraria, a bastante velocidad. Delante, vio toda la carretera llena de camiones que venían en dirección opuesta a la suya. Asustado, creyendo haber chocado con el camión que acababa de pasar, Salvador giró de golpe para evitar al que tenía delante. En seguida, varios golpes, los gritos de las mujeres. Los muebles crujieron, a la vez que él frenaba desesperadamente. El camión quedó quieto, muy inclinado, apoyándose en la ladera cortada a pico. Uno detrás de otro, en ráfagas instantáneas y regulares, iban pasando camiones pintados de caqui, con las cajas llenas de soldados. Algunos llevaban cañones, tanques. No pudo ver más.

Delante de él, estaba el camión de Doménech, volcado también, los muebles aplastados contra la tierra. Pensó que el primero debía estar igual.

Antonio Mejía oyó el golpe en la caja y lanzó el camión hacia la cuneta, para evitar el choque con el siguiente que se cruzara.

—¡Cuidado! — gritó María —. ¡Dios mío, que nos matamos!

—Mamá, mamá — dijo Charito. Maricarmen lloraba.

El camión empezó a inclinarse lentamente, primero, hasta que, de pronto, se volcó sobre la ladera. Charito notó el peso de su madre sobre el costado. Buscó instintivamente con la mano el picaporte, pero no lo encontró. María abrazaba a Maricarmen, cubriéndola con sus brazos casi por completo.

—No intenten salir por ahí — gritó Antonio.

Abrió la puerta de su lado y se descolgó despacio hasta el suelo. Los camiones militares pasaban a intervalos regulares, lanzándole el aire a la cara y envolviéndole en ruidos instantáneos que parecían explosiones. Iban los soldados apretados en las cajas, silenciosos, formando parte de la madera caqui y la cabina caqui. Algunos agitaban las manos saludándoles, quizá gritando. Se le empezó a meter el polvo en los ojos, hasta que no pudo ver nada. Entonces, sólo quedó el aire golpeándole en la cara a cortos intervalos, el ruido de los motores que crecía de pronto, ante él, y pasaba muriendo, mientras uno nuevo llegaba. Notó algo en la frente, un dolor, y se alejó dando la vuelta al camión volcado por delante.

El cristal de la ventanilla estaba abierto.

—Agárrense al volante mientras yo abro la puerta — les dijo a las mujeres.

Las ayudó a bajar. Descendió primero Charito, casi sin apoyarse en él, volviéndose en seguida para coger a la niña. Luego, Antonio ayudó a bajar a la madre, tuvo que coger casi en brazos su cuerpo grueso.

Pasaron las últimas unidades de la caravana militar, dejando detrás una atmósfera de polvo, el estruendo de sus motores apagándose entre las montañas, y cuatro camiones cargados de muebles y hombres, mujeres y niños, volcados contra la cuneta.

—¿Qué tiene en la frente? — preguntó María.

Antonio se tocó con la mano. Luego la examinó, y estaba manchada de sangre.

—Nada — dijo. Volvió a tocarse —. Nada, debió saltarme una china cuando pasaban los camiones.

Los camiones cuarto, quinto y sexto no habían volcado. Sus ocupantes ayudaron a bajar a los que iban en las cajas de los otros. Fue necesario descargar en algunos gran parte de los muebles, muchos de los cuales se habían hecho astillas.

—¿Hay heridos?

Poco a poco fueron bajando todos, reuniéndose junto a la carretera. Era un grupo asustado, temeroso, con las ropas rasgadas y algunos rasguños. Chuchín se había cortado en una mano con la luna del armario. Al armario le habían bajado entre dos obreros y estaba allí, ciego, con una puerta astillada. María le miró, y su imagen fue para ella la imagen de su propia vida. Unos a otros se vendaban brazos, se lavaban pequeñas heridas. Había mujeres en el suelo llorando todavía. No corrían los niños, ni gritaban. Miraban a sus padres y hermanos con miedo, sin comprender lo que acababa de ocurrir. Casi ninguno de los que iban en las cajas de los camiones volcados había visto la caravana militar. Sólo sintieron los golpes, los crujidos, notaron el vuelco del camión, todo ello envuelto en gritos de mujeres y llanto de niños. Por encima de todo, el estruendo de la caravana.

—Lo menos iban treinta o cuarenta — dijo Pascual Bernal Talavera —. Con cañones y tanques, muchos.

—¿Sabes a quien ví en uno, conduciéndole? Bueno, no estoy muy seguro, pero me pareció ver al chófer aquél, ¿te acuerdas?, que llevaba uno de los coches de la Dirección, en el Salto, ¿te acuerdas?, que se fue a hacer el servicio hace casi un año...

—Hombre, ¡claro que me acuerdo! — dijo Pascual —. Pues no me he bebido botellas con él. Tendría gracia que nos hubiera tumbado él, vestido de caqui.

—A lo mejor también iba ahí un hermano mío — dijo Jorge Sánchez Guerrero, el antiguo pastor.

—Pero ¿tú tienes un hermano en el ejército, Jorge? Será tan bruto como tú, claro — dijo Ochoa. Se oyeron risas.

—Mamá, iban cañones, ¿verdad? — dijo Chuchín. Charito le estaba vendando la mano.

—Sí, hijo — dijo la madre, sentada en el suelo, junto a otras mujeres.

—¿Y a dónde van?

—Que sé yo, déjame ahora —dijo la madre, y sintió más tristeza que nunca. El armario astillado, lleno de arañazos, con jirones de luna, estaba junto al camión volcado, y era la cosa más triste que ella había visto en su vida.

—Siempre se nos rompe la luna del armario, ¿eh, mamá? —dijo Charito, atándole la venda a Chuchín.

La madre sintió frío. Sobre los camiones volcados se elevaba todavía el polvo de la caravana militar.

—Ya sabes que es mala pata, traen muy mala suerte los espejos rotos —dijo la madre—. Por algo llevamos la vida que llevamos. Y la que llevaremos. Me gustaría saber lo que va a pasar, porque el espejo roto y todo esto me da muy mala espina.

—Pero, ¿adónde podrá ir tanta tropa, Dios mío? —dijo la madre de Pascual. Estaba también en el suelo, sentada descuidadamente—. No he visto tanta desde lo de África, aquello sí que fue...

—No paran nunca, ¿no comprendes? Cómo va a parar una caravana, y más una caravana militar, así, tan de pronto, y en una curva, se pegarían unos con otros los camiones, y más en esta curva, que no es cualquiera, ponte tú en su lugar —decía José Pérez Montalvo, en un grupo de hombres—. Además, quién sabe a dónde van, llevarán prisa...

—Eso será, tendrán que cumplir una orden y sanseacabó —dijo Teodoro Bayo Zurita—. Pero el caso es que nos han hecho la puñeta.

Jorge Sánchez Guerrero estaba mirando a lo lejos, hacia la silueta de la ciudad. Se veía la cinta blanca de la carretera, bordeada de árboles, casi recta desde el pie del puerto hasta las afueras de la ciudad. Estaba el aire tranquilo como una espera, y sus ojos de pastor le atravesaban sin esfuerzo hasta llegar a la carretera. Entonces, vio aparecer junto al puerto los primeros camiones. Pensó en su hermano. "A lo mejor iba ahí." Fueron saliendo los otros e, inmediatamente, la larga caravana quedó cubierta por una nube de polvo. Sólo de cuando en cuando un brillo metálico atravesaba el polvo. Parecía un incendio avanzando. El pastor no comprendía lo que acababa de ocurrir, estaba asombrado mirando aquella enorme nube que se iba acercando a la ciudad por el centro del paisaje, extendiéndose a la vez por todo él y se asustó cuando vio que los árboles,

los sembrados, las casas de los labradores... todo, a la izquierda de la carretera, iba quedando cubierto por la nube de polvo. Pensó en su hermano otra vez. Detrás de él se oía aún el llanto de las mujeres y los niños.

III

NUEVA ALDEASECA

El niño está de pie, desnudo, en el centro del barreño. El agua rodea sus piernas, llenas de jabón.

—¿De qué nos valió? — dice Manuela. Frota con un pequeño estropajo las piernas del niño, agachada junto al barreño que está en el centro de la cocina. Ha levantado la cabeza un momento para mirar a Andrea, y ha seguido frotando sin mirar —. Bueno, ¿de qué nos valió a todos?, porque mi Emilio fue el primero en ir a la presa.

El niño llora.

—No te toques los ojos con los dedos llenos de jabón — grita, y le arranca las manos de la cara con un manotazo. Luego continúa —: Ya me ves, yo sola aquí, a saber para cuánto, con un hijo más... Condenado, estáte quieto..., para esto sí que ha valido.

—Pero ¿qué podemos hacer? — dice Andrea. Está sentada en un taburete de madera, cerca de la chimenea. Se levanta de pronto y va hacia la pequeña ventana de la cocina. Grita hacia fuera —. Eh, Juana, dile que se ponga la chaqueta nueva, la negra, que ahora voy yo.

—Estáte quieto — dice Manuela alargando las sílabas — que van a venir las autoridades y tienes que estar limpio.

Andrea regresa al taburete y se sienta.

—Bueno, me voy a tener que ir — dice —. Aún tengo que buscar los manteos nuevos.

Pero sigue sentada. El niño está llorando otra vez y la madre le maneja con habilidad, como si fuera de goma, doblándole a un lado y a otro para lavarle bien todo el cuerpo. Se oye el chapoteo del agua.

La plaza está casi llena de hombres con chaquetas nuevas de pana, marrones y negras, con fajas de colores y "cholas" nuevas. Algunos están sentados bajo los soportales de la iglesia,

otros pasean o hablan en corros. Junto a las gradas, varios carpinteros trabajan en un tablado casi tan ancho como la entrada de la iglesia. La plaza está llena del golpeteo de los martillos y del rumor de las conversaciones. Los niños miran trabajar a los carpinteros, se apoderan de maderas y puntas, y empiezan a correr entre los grupos de hombres para acabar de nuevo mirando el trabajo de los carpinteros. Está el tablado completamente hecho ya, y ahora le colocan unos listones destinados a las colgaduras que le van a adornar. Otros obreros, ayudados por campesinos, ponen farolillos alrededor de la plaza, sujetándoles en los postes o en las ventanas. Hay ya colocado un gran arco hecho de ramas de árboles, que da entrada a la plaza. Ahora le están poniendo un cartel de tela con la leyenda "Bienvenidas las Autoridades". Parece un día de feria. La taberna está llena, continuamente se renuevan los hombres en su pequeño espacio, y sólo de ella sale un ruido mayor que el que llena la plaza: voces de hombres jugando a las cartas, gritando mientras beben. "El tío Muelas" está contento. Lleva unas gafas para el sol, con montura blanca, que no se quita ni siquiera dentro de la taberna, despachando vino. Anastasia llena y vacía recipientes, se agacha, gira y se mueve en todas direcciones, detrás del mostrador, dominado por su enorme busto y sus brazos colorados.

Llega un camión con las colgaduras y con las sillas y butacas para las autoridades. Hace vibrar el arco de ramas y todos los campesinos y obreros que lo acaban de poner le gritan y se enfadan. El cartel de tela queda colgando. Alrededor del camión se agrupan los hombres, los que estaban sentados y los que paseaban o hablaban, con la esperanza de que en él venga alguien o algo, cualquier cosa que ellos no hayan visto nunca. Del camión bajan una enorme alfombra enrollada, colgaduras de terciopelo, un sillón cuyas patas figuran garras de león, y diez o doce sillones más pequeños, con las patas normales. Poco a poco los obreros van cubriendo el color de la madera con las colgaduras, colocan la alfombra, los sillones, haciendo coincidir el de las patas leoninas con el escudo nacional, bordado en la colgadura del fondo, y el tablado queda convertido en una impresionante tribuna. Jamás han visto nada parecido los campesinos. Los sillones están forrados de terciopelo, con orlas y dibujos de distintos colores, brillan sus brazos y patas, pintados en oro. La alfombra tiene innumerables dibujos, que se entremez-

clan, y los campesinos se empujan junto a la tribuna para lograr pasar la mano por ella y apreciar lo acariciante que es. Enfrente del sillón central hay un extraño aparato, al final de una varilla de más de un metro de alto que se sujeta con un pie redondo verticalmente. Es lo que más extraña a los campesinos. La tribuna es una mancha oscura, salpicada de colores y brillos, en medio de la blancura de toda la plaza. Enfrente de la iglesia está la escuela, blancas las dos, dominando las dos con su altura todas las casas del pueblo. Farolillos y papeles de colores llenan ya la plaza, saltando de ventana a ventana, de poste a poste. Son las diez de la mañana.

Entonces, cruza un asno por el centro de la plaza, abriéndose paso entre los hombres Junto a él va una campesina joven, con una vara en la mano, y el pañuelo negro en la cabeza. Inmediatamente después viene un carro, tirado por una mula. Va cargado de muebles. Un campesino camina junto a la rueda. Es joven también.

—Adiós, Ramón, ¿ya te vas?

—Ya ves — dice el campesino —. ¿Qué quieres que haga?

Le van abriendo paso y todos le miran tristes. Han dejado de hablar, nadie pasea ya.

—Es Ramón, que se marcha.

La minúscula caravana camina por la calle que le van abriendo los hombres. Hay miradas lentas, que se detienen en la rueda del carro y se alejan con ella, fijas en su mismo centro. Parece haber caído un silencio sobre la plaza. Sólo se oye el ruido hueco del carro caminando sobre la tierra. Chocan sus maderas, chirrían sus yantas metálicas, que a veces rozan los frenos produciendo un ruido áspero. Ramón chasca la lengua. Se siente desgraciado, hay algo en su garganta que no le deja decir sino frases cortas. Ahora pasan frente a la tribuna, a la que nadie mira ya.

—Adiós, Ramón.

—Con Dios.

—Adiós, hombre.

Todos le dicen algo, aunque sea una sola palabra de despedida. Y él mira un instante a cada uno y se extraña de verlos tan tristes. Algunos se quedan hablando en voz baja, cuando ya ha pasado él.

—Con lo joven que es. Y tan reciente que se casó.

—Suerte que tuvo, que si no estaría liado con lo del "Cholo".

Hasta en la taberna está el silencio. Desde su puerta, miran el "Tío Muelas", Anastasia y varios campesinos jóvenes. Todo está quieto. Los farolillos cuelgan, sin viento, arrugados como pequeños acordeones, rojos y amarillos, verdes y blancos. El hombre y la mujer, junto al asno y al carro, van acercándose al arco puesto para recibir a las autoridades.

—¿Y tus padres, Ramón? – pregunta alguien.

—Vendrán luego – dice él. Y sigue andando.

—Tendremos que irnos todos – dice alguien en voz baja. Pero nadie contesta. El carro queda un momento recortado en el interior del arco. La calle humana se ha cerrado detrás de él, y le miran alejarse por el camino, perdiéndose poco a poco su antigua música de madera. Ha sido algo doloroso, casi como un entierro.

—Mire, mire – dice Andrés, desde el interior del coche que le conduce a Nueva Aldeaseca.

Martín, que va a su lado, mira hacia el sitio que le señala y ve a un asno con una mujer al lado; luego, al hombre, junto al carro cargado de muebles.

—Me gustaría saber a dónde va ese hombre, con su casa a cuestas – dice Andrés –. Todos los días se van algunos. Me gustaría saber a dónde irán. Han perdido sus tierras y eso para ellos es perder media vida. Mírele, va como un espectro, a lo mejor no sabe a dónde, quizá a trabajar como jornalero..., qué sé yo.

El coche se cruza con los campesinos y los envuelve en una nube de polvo que borra sus siluetas. La nube se disipa despacio y otra vez la pequeña caravana aparece sobre el camino. Martín sigue mirándola hasta que se pierde detrás de unas peñas. El coche está entrando en el pueblo.

—El arco, ¿no le dije, señor Ruiz? – dice el conductor, riéndose.

"Bienvenidas las autoridades".

—Tiene gracia, ¿no le parece?

Martín hace un gesto amplio, sin contestar, y sonríe. El coche pasa bajo el arco, desemboca en la plaza y es rodeado en seguida por una masa de chicos que intentan subirse a sus estribos, formando una algarabía enorme. Cuando se abre la puerta y bajan los dos, empiezan a oírse unos cuantos aplausos y, unos segundos después, todos los campesinos que rodean al coche están aplaudiendo casi con ferocidad.

—La otra vez me recibieron a pedradas – dice Andrés –. Se ha mejorado algo.

—Yo creo que nos confunden con las autoridades – dice el maestro.

—Desde luego, debe ser un error de la "claque". Mire, ya está puesta la tribuna. – Andrés se vuelve hacia el conductor –: Mariano..., muchas gracias. Puede usted volverse cuando quiera.

Caminan los dos hombres hacia la tribuna, mientras el coche arranca y se aleja de la plaza. Desde allí, observan a los campesinos. Están de pie, junto al tablado, en una de las gradas de la iglesia.

—Lo de anoche fue muy gracioso – dice Andrés –. "No puedo ir. Stop. Iré mañana por la mañana. Stop." Un simple telegrama y todo el montaje propagandístico por tierra. Cuando me lo leyó, el ingeniero estaba rebosando de indignación... No es lo mismo inaugurar la luz eléctrica por la noche que por la mañana. Se hará un simulacro y luego cada campesino tendrá que darle a su interruptor. Mire, debe haber alguno borracho ya...

Cerca de la taberna hay un grupo de hombres que se agitan y mueven los brazos. Hasta ellos llegan los gritos.

—Se están entonando, ya verá luego.

Un cuarto de hora después empiezan a llegar coches del Salto. Vienen en ellos ingenieros y altos empleados, que los campesinos reciben con aplausos y vítores. En un camión han traído una larga mesa que, cubierta por manteles blancos, está ahora colocada a un lado de la tribuna. Detrás de ella, el *barman* Paco y varios camareros del "Bar Mirador" y el Casino preparan "la copa de vino español" y los aperitivos para después de la ceremonia. Empiezan a llegar las mujeres, con sus gruesos manteos de colores chillones, con sus pañuelos a la cabeza y sus gargantillas de corales. Entre las chaquetas de pana, negras o pardas, se mueve la alegría roja o amarilla de los pañuelos femeninos. La plaza está llena. Crece el sol, y el rumor de espera y conversaciones, los gritos de los primeros borrachos se adensan sobre las cabezas de todos. Cada vez que llega un nuevo coche, los campesinos se arremolinan en torno a él,

gritan, aplauden, hasta que alguien les dice que las personas que han llegado en él no son las autoridades. Entonces, vuelve a empezar el ruido continuo, la impaciencia y la alegría. La alegría está en la plaza, pero es una alegría automática, creada por la novedad de los acontecimientos, no nacida en el pueblo, en las pequeñas casas, en las labores del campo. No saben ellos el sentido de todo lo que está ocurriendo, pero se han vestido de domingo y se han reunido en la plaza. Unos a otros se han dicho y se dicen "que van a venir las autoridades". Tampoco significa esto mucho, ellos no han visto jamás a un representante del gobierno. Pero les impresiona, como todo lo desconocido, y, al mismo tiempo, lo temen. Entre ellos, hay obreros y empleados del Salto, hablándoles y excitándoles la imaginación. Casi automáticamente, aplauden ya a todo coche que llega. No es necesario que nadie inicie el aplauso. Se ha convertido en un juego, y la masa de hombres vestidos de pana no puede resistir el deseo de jugar a él. Aplauden y aplauden, felices de hacerlo, aunque sea sin motivo o, acaso, precisamente por ello. Alrededor de la tribuna hay ya muchos ingenieros, técnicos y empleados del Salto. De pronto, dominando el rumor de la plaza, se oye un ruido que araña el ambiente. En seguida, una voz profunda, un poco turbia, que cae sobre el asombro de los campesinos con palabras sin significado: "Uno, uno... Atención... Prueba número uno..., uno..., uno..." Sobre la tribuna está un obrero con mono delante de la varilla, acercando el aparato que ésta sostiene a la boca. Pero la voz viene de detrás, de los lados. Los campesinos giran sus cabezas para mirar a todas partes y la extraña voz sigue haciendo caer sobre ellos sus extrañas palabras. Junto a la tribuna, ríen los ingenieros y técnicos contemplando a los campesinos. "Prueba número dos..., dos..., dos... Atención, atención... dos..., dos... dos..." Han llegado varios coches cargados de periodistas y fotógrafos, que buscan los mejores puntos de observación y enfocan a los campesinos, para probar los objetivos. "Tres..., tres...; prueba número tres... Atención...". Aparece un grupo de muchachas vestidas con manteos de muchos colores y avanza hasta colocarse en el centro de la plaza. Los hombres les dejan sitio formando un corro en torno a ellas.

—No es lo mismo, de noche hubiera sido algo... — Andrés se interrumpe.

—Me parece que ya llegan — dice Martín.

Se oye un ruido de motores, cada vez más próximo. En la plaza se nota el movimiento de los campesinos, que retroceden para dejar sitio a los coches que se esperan. Aumenta el ruido y aparecen varios motoristas que pasan bajo el arco y entran en la plaza obligando a los campesinos a abrirse más. Tres enormes coches negros, envueltos en polvo, llegan y frenan. Los aplausos y los vítores están sonando casi desde que se empezó a oir el ruido de los motores. El grupo de muchachas baila y canta ante los coches. Nadie oye su canción.

Morena, morená,
salada, saladá,
peináte los pelós,
lávate la cará,
que te ha venido a ver
tu dueño del alma.

Por un momento parece que no va a salir nadie de los coches negros. Por fin, sale el conductor del primero, se quita la gorra y abre la portezuela trasera con una reverencia. Desciende un obispo, cuyo ropaje deslumbra a los campesinos, con sus acompañantes. Bailan incansablemente, sin que nadie las mire, las muchachas. Los campesinos aplauden. Los otros dos coches abren sus puertas, y por ellas salen varios hombres vestidos de negro, que apenas miran lo que les rodea. Se reúnen con el obispo y sus acompañantes. Las muchachas cantan sin que nadie las oiga. Aplauden los campesinos. Las autoridades se mueven despacio; bajaron de los coches doblados, mirando al suelo, como con miedo a caerse, y ahora están reunidos junto a los coches y se sonríen unos a otros, dando la espalda al pueblo, que sigue aplaudiendo. Los motoristas les abren paso, ya a pie, hacia la tribuna, y ellos empiezan a andar lentamente, sin mirar a los lados. Las muchachas dejan de bailar y cantar. Están sudando y respiran con trabajo. Pero los aplausos siguen, renacen a cada movimiento de las autoridades, hasta que, por fin, ocupan la tribuna. Entonces los campesions quedan en silencio, mirando hacia la tribuna con la boca entreabierta. Ellos y sus casas blancas miran asombrados a aquellos hombres sentados en sillones llenos de brillos, entre los colores relucientes de las colgaduras y la alfombra. Las autoridades se sientan, to-

dos a la vez, y sólo queda de pie un hombre pequeño, que empieza a hablar ante el aparato sostenido por la varilla, en el centro de la tribuna. "Este emotivo acto...", "vuestra generosa aportación...", "...en este mediodía de diciembre...". Los campesinos no oyen sus palabras. Están asombrados de oir la voz detrás de ellos. Se han ido apretando ante la tribuna, hasta formar una masa compacta de color oscuro, en la que resaltan los pañuelos de las mujeres. Los fotógrafos pasan corriendo ante el tablado, agachados, se detienen un momento enfocando y tiran sus placas. Otros enfocan a los campesinos y les fotografían por primera vez. Cuando el hombrecillo termina de hablar, todos aplauden, aplaude el hombre que está sentado en el sillón con patas de garra, el obispo, sentado a su lado, y todos los que ocupan los demás sillones; aplauden los empleados y técnicos del Salto, que rodean la tribuna, y los campesinos, la plaza entera está llena, por un momento, de los aplausos. Luego, viene el silencio de nuevo y se oye sólo el ruido de papel de los farolillos balanceándose. El sol choca contra la blancura de las casas hasta hacerla casi deslumbradora. Entonces se levantan todos los hombres que ocupan la tribuna y descienden por la escalerilla lateral. Los campesinos les abren paso, y luego empiezan a andar detrás, formando una comitiva que avanza lentamente hacia la caseta del transformador. La caseta está enfrente de la plaza, a orillas del camino, como una casa pequeña que hubiera crecido demasiado. Es blanca también, con una sola puerta y una ventana alargada junto al techo, por la que salen los cables que alimentarán de luz al pueblo. Los fotógrafos han sido los primeros en llegar. Ahora fotografían la llegada de la comitiva, que se distribuye circularmente. Desde el camino, los habitantes de Nueva Aldeaseca miran en silencio. Son una sola mirada, un solo asombro respetuoso y macizo. Alguien ha abierto la puerta de la caseta. El sol hace brillar el interruptor y el cuadro negro de bakelita. Los campesinos ven cómo el obispo avanza, se coloca junto a la puerta y empieza a hacer gestos que ellos no comprenden. Tiene algo en la mano que agita hacia el interior de la caseta, al mismo tiempo que pronuncia unas palabras que no llegan hasta ellos. Luego, el obispo se aparta un poco, y avanza ahora el hombre que estuvo sentado en el sillón con patas de garra. Los fotógrafos le enfocan desde los lados. Detrás del hombre vestido de negro están

los campesinos y más atrás, el pueblo, con sus casas vacías, blancas, cuyas ventanas y puertas oscuras parecen ojos y bocas abiertos en un asombro callado. Están sin nadie sus calles, quizá un perro camina por alguna, quizá una mula cocea en algún corral. A los lados del camino se extiende un suelo duro, ocupado por piedras y cardos. El hombre avanza un poco más, alarga su mano derecha para asir el mango del interruptor. Entonces, se queda quieto un segundo y después, con un gesto rápido, empuja el mango del interruptor hasta que sus piezas de cobre quedan aprisionadas entre las del cuadro. Los campesinos se han convertido en un revuelo de brazos y gritos. Aplauden a su lado los técnicos y empleados del Salto, y él sonríe, en una postura hierática, que los fotógrafos se apresuran a tomar.

—Fíjese ahí, junto al poste — dice Andrés.

Martín mira y ve a un campesino viejo, apoyado en un poste, riendo y llorando, con la cara contraída. A su alrededor, bocas que se abren frenéticamente, ojos desorbitados, bajo densas cejas. Son caras curtidas, con la sombra de la barba recién afeitada, llenas de arrugas, de ojos demasiado próximos y labios agrietados. Por un momento, Martín sólo ve este múltiple rostro humano, surcado por los pequeños relámpagos blancos de las dentaduras y por una expresión oscura, sin significado, que estalla y se apaga a cada grito, algo que sólo vagamente puede él relacionar con el hombre y con su historia sobre la tierra.

Las autoridades regresan, pasan despacio bajo el arco y llegan a la tribuna, donde se sientan, todos a la vez, en sus sillones. Ha quedado de pie un hombre alto, que estuvo sentado a la izquierda del sillón con patas de garra. Se coloca junto al micrófono y empieza a hablar con poca voz. Los campesinos están otra vez llenando la plaza, asombrados de nuevo con las palabras que parecen nacer en el aire. Habla el orador con lentitud y sus palabras llegan a los oídos de los habitantes de Nueva Aldeaseca, y allí se quedan, sin entrar en sus cerebros. "... fehaciente testimonio de nuestro propósito...", "... vuestros problemas y vuestras justas aspiraciones...", "... la valiosísima colaboración que habéis prestado a esta magna obra...", "... aparte del inmenso gasto que ha significado para la sociedad...", "... cada vez más cerca del día en que la luz...".

—¿Usted cree que entienden algo? — susurra Martín.

—No habla para ellos — dice Andrés —. Habla para nosotros

y, sobre todo, para los periódicos. Es uno de esos discursos que se dirigen a los periódicos en vez de a los oyentes.

Martín ríe. El discurso continúa cayendo sobre las cabezas de los campesinos como una lluvia sin agua. Unos minutos después, estallan otra vez los aplausos, los gritos, se agitan los brazos, y el orador, saludando y dejándose fotografiar, se retira y se sienta en su sillón. Ahora se levanta el hombre que está sentado en el sillón con patas de garra. La espectación es enorme. Su discurso empieza mucho más despacio que los anteriores, mueve la mano derecha continuamente, doblándola a cada final de párrafo como si invitara a los campesinos a subir a la tribuna también. Resuena la voz, una voz hueca y profunda que permanece mucho tiempo en el aire vibrando, y desciende lentamente hasta caer sobre las bocas abiertas y los ojos asombrados: "...pero, gracias a Dios, una nueva aurora, una aurora esplendorosa, aparece ya sobre el horizonte. Atrás quedan las aldeas aisladas del resto de la nación como negros islotes en este mar de progreso que, poco a poco, y gracias al esfuerzo de sus hombres, va siendo la Patria; atrás quedan la ignorancia, la miseria, la noche del alma..." No son las palabras, sino los gestos bruscos y la voz vibrante, lo que hace que los campesinos permanezcan como hipnotizados. Las palabras llegan a sus oídos y allí se quedan también. Algunas, más rotundas, les hacen abrir la boca un poco más: "... la Patria os lo agradece. Ahora sois hijos de ella con todos los honores, habéis entrado en la inmensa familia de la civilización, porque vosotros habéis sido los que realmente construísteis este santuario de la técnica, vuestras manos lo han elevado y sus frutos vuelven a vuestras manos. No os olvidaremos, la Patria no olvidará vuestro trabajo. A partir de este día de luz, Aldeaseca puede llamarse con más verdad Nueva Aldeaseca. Su aportación a la civilización y a la cultura le da derecho a ella". Hay muchos campesinos llorando. El sol se ha ocultado, un leve viento agita los farolillos, produciendo un ruido que parece una risa contenida. Un niño llora: "...iréis subiendo uno a uno, según os vaya nombrando, todos los que habéis trabajado en el Salto de Aldeaseca, para que yo os coloque en el pecho esta condecoración y os entregue este diploma...". Dos hombres traen una mesita y la colocan delante del orador. Sobre ella hay un montón de rollos de papel y placas metálicas.

—¡Juan Morales Fernández!

Un viejo con bastón sube la escalerilla, ayudado por dos hombres que están cerca. Su figura encorvada y temblorosa avanza sobre la tarima y se detiene delante de la mesita.

—¿Usted es Juan Morales Fernández? – dice el hombre que tiene una medalla en la mano. Piensa que un hombre tan viejo no ha podido trabajar en la central.

—Sí, yo soy Juan Morales, pero no Fernández. El que usted llama es mi hijo.

—¿Por qué no sube él mismo? – pregunta un elegante joven que se ha acercado a la mesita.

—Es que anteayer vinieron a por él por lo del "Cholo", ¿saben? Se lo llevaron a la cárcel para juzgarlo, pero él no le mató, ¿saben?, él no hizo más que los otros, no le castiguen a él, es fuerte aún...

El ingeniero jefe de la central se ha deslizado por detrás de los sillones, hasta llegar al sillón de patas de garra.

—Excelencia, Excelencia – dice.

—... perdónenle ustedes, mírenme a mí que ya no puedo ni estar de pie... – continúa hablando el viejo.

—Excelencia, antes de ayer vino la guardia civil y se llevó a muchos hombres del pueblo por un crimen que se cometió hace muchos años y que ahora se va a ver...

El ingeniero ha hablado de prisa, evitando acercarse demasiado al micrófono. Entonces, pasado el momento de turbación, el hombre que se sienta en el sillón de patas de garra, se vuelve hacia el micrófono.

—Si alguno de los que nombre no está presente – dice – que suba algún familiar, su padre, por ejemplo, o su madre o su mujer...

Sonríe al viejo, que sigue hablando entre dientes, lloriqueando, y le tiende un rollo de papel y una placa metálica. El viejo campesino los coge. Luego ve extendida ante él una mano y la estrecha. Tiene ganas de llorar, ha subido a su garganta una gran esperanza.

—¿Le perdonarán ustedes? Sean buenos con él – dice, al mismo tiempo que retrocede despacio.

—¡Emilio Rodríguez López!

Es Manuela la que coge el diploma y la medalla, y la que

le da la mano al personaje que se los entrega. Lleva a su hijo, el cuarto ya, en la espalda.

—¡Higinio Galán!

María "La Galana", sube a la tribuna y recoge lo que le dan. Luego baja sonriente, casi orgullosa.

Continúan subiendo mujeres y ancianos, algún hombre más o menos joven, de vez en cuando. Los fotógrafos están en cuclillas sobre la misma tribuna y disparan sus máquinas a cada entrega.

—¡Gervasio Fernández!

Los campesinos se apartan para dejar paso a la señora Norberta, la vieja madre de Gervasio, que viene ya ayudada por Vitorina. Va rezongando por lo bajo. Los campesinos se ríen al verla pasar. Sube trabajosamente a la tribuna y, sola, avanza hacia la mesita. Llega ante ella su vejez curvada y se detiene a un lado del micrófono. El hombre que está ante el sillón de patas de garra le tiende el rollo de papel y la medalla. Pero ella no los coge. Se queda quieta, mirándole fijamente con sus ojos fríos de vieja. Están riéndose los campesinos detrás.

—Nos quitaisteis las tierras, hundisteis nuestro pueblo... — grita, y su voz se oye sobre todos, viene de todas partes, resuena casi tanto como las de los oradores. No ha podido hablar más. Un ataque de tos ha cortado sus palabras y la tos se oye también en toda la plaza. Los campesinos siguen riéndose. Dos hombres jóvenes se apresuran a coger a la vieja por los brazos y la llevan hacia la escalerilla.

Deja de oírse la tos y vuelven a sonar en la plaza los nombres de los que han trabajado en el Salto. Son ancianos y mujeres, casi siempre, los que recogen el diploma y la medalla. Los campesinos tienen sonrisa en la boca y llanto en los ojos, y a cada entrega se les suelta la risa y el llanto, ajenos a ellos, en un movimiento irracional que estalla con los aplausos. Cuando todos los nombres han sonado en la plaza, las autoridades pasan a la larga mesa, y ante ella empiezan conversaciones y risas, entre copas de vino y palillos que sujetan aperitivos en el aire. El hombre que estuvo sentado en el sillón con patas de garra, junto con otros acompañantes de su comitiva, está rodeado por varios campesinos. Los ha llamado él mismo, porque "le gusta mucho hablar con esta gente, aparte de que es su deber hacerlo".

—Bueno, bueno, y ¿qué? — dice. Tiene una mano sobre el hombro de un campesino, que le mira asustado —. ¿Qué necesitáis? ¿Tenéis ayuntamiento? ¿No? Bueno, bueno... ¿Una fuente para la plaza? ¿Un lavadero?...

—Lo que sea — dice uno —. Nosotros no necesitamos nada.

—Bueno, bueno, hay que tener un poco de espíritu de sacrificio. Hoy se os ha dado la luz, mañana otra cosa y así, poco a poco..., ya veréis.

Andrés y Martín están en una esquina de la mesa. El *barman* Paco y sus camareros se entrecruzan corriendo para servir a todo el mundo a la vez. Al otro lado de la masa humana, nacen brazos y manos que exigen con ligeros gestos, y ellos corren poniendo vasos y platos en todas las manos. Cerca, un grupo de campesinos, casi todos niños, apretados para resistir el empuje de los que quieren acercarse a la mesa, les miran comer. Martín se da cuenta y les alarga una bandeja de almendras. De pronto, la bandeja salta de la mano de Martín, permanece un instante sobre un remolino de manos disputándosela, y cae por fin al suelo, seguida por los niños campesinos, que se pisotean por encontrar las almendras.

—Este es su pueblo — dice Andrés.

—Nuestro pueblo. — Martín le mira.

Rápidamente, casi sin que se den cuenta gran parte de los campesinos, las autoridades vuelven a sus coches. Los motoristas se disponen delante y detrás de ellos y, uno tras otro, empiezan a arrancar, entre los aplausos y gritos de los que les rodean. El último coche roza el arco con ramas, que se parte en dos. El cartel queda colgando. Una nube de polvo asciende lentamente desde el camino.

Nueva Aldeaseca tiene ya luz eléctrica. En torno a los ancianos y mujeres que tienen los diplomas y medallas, se agrupan los demás.

—Déjame a mí.

—Esto es para gente que ha aprendido, tú no sabes.

Risas.

Manuela mira y mira el diploma.

—Quisiera saber lo que dice aquí.

—¡Mira tú ésta!

Risas.

—En las medallitas también pone algo.
—Son para colgarlas en el pecho.
—Tú qué sabes, ¿es que has visto en tu vida alguna?
Risas.
En todos los corros, risas y risas.

Nueva Aldeaseca tiene ya luz eléctrica. Los hombres siguen bebiendo en la taberna y en los alrededores de la taberna. Las mujeres vuelven a sus casas. Los niños rodean la mesa larga tratando de coger las sobras, pero los camareros se lo impiden. Varios obreros desmontan la tribuna. Está ya sin colgaduras, sin sillones. La plaza se va quedando vacía, hasta que el mediodía de otoño la inunda toda.

Martín y Andrés se dirigen al edificio de la escuela. Largos pasillos encalados, habitaciones sin un mueble, sin un cuadro colgado en la pared. Resuenan sus pasos, entre el eco multiplicado de las voces que suben desde la taberna. Cantos, gritos inarticulados, puñetazos en las mesas.

—Ya, ya van entonándose — dice Andrés. El eco de la habitación vacía repite turbiamente sus palabras.

Han llegado hasta una puerta. El maestro saca una llave y la abre.

—Realmente no hay nada que ver aquí — dice el maestro, entrando en el cuarto —. Hasta que no traigan los muebles... Este es mi cuarto, ¿qué le parece?

Es un cuarto pequeño, con una ventana y una puerta. Hay unos estantes vacíos, una mesa y dos sillas.

—Le faltan muchas cosas todavía.

—Está bien — dice Andrés. Señala la puerta —. Ahí está el dormitorio, ¿no?

—Sí, y una pequeña cocina, por si quiero guisarme yo mismo.

—Mañana le enseñaré yo la central, ya verá — dice el ingeniero —. Ahora tenemos que darnos prisa si queremos llegar al banquete en el Salto.

Salen. Atraviesan otra vez los pasillos y las aulas vacías, en las que resuenan los gritos que vienen de la taberna. Mariano les está esperando. Suben y el coche arranca. En la plaza, sólo quedan algunos hombres en torno a la taberna.

El sol empieza a descender sobre el horizonte. Nueva Aldeaseca está llena de gritos y de risas, pasean sus mozos por las calles sin empedrar, cogidos del brazo, cantando, golpeando en las puertas que encuentran. Un grupo persigue a pedradas a un perro, que huye delante de los hombres aullando y volviendo la cabeza de vez en cuando.

Va pasando la tarde. Casi todos los hombres del pueblo están borrachos. Poco a poco las casas pierden su blancura deslumbrante. Sus paredes son ya opacas, casi grises.

—Vete a por agua — dice la mujer.

La muchacha sale de la casa, atraviesa varias calles y llega al campo. Empieza a andar por el camino del embalse. Está atardeciendo ya. La muchacha lleva un cántaro en cada cadera, sujetados descuidadamente con los brazos. Su andar tiene un ritmo especial, va erguida, con la cintura oprimida por los cántaros, y su falda gruesa parece un cántaro más andando solo.

De pronto, tres mozos saltan sobre ella. Los cántaros caen al suelo, quebrándose con un ruido hueco y triste. La muchacha ha gritado, pero los mozos la llevan fuera del camino, tapándole la boca, y la tumban sobre el suelo. Uno le levanta los manteos y las enaguas, mientras el otro la sujeta y le tapa la boca, y el tercero la mira con los ojos muy abiertos. Los tres ríen, sin hacer caso de los gritos ahogados de ella.

—¡Perros! — logra decir entre los dedos.

Uno de los mozos le ata los manteos y las enaguas por debajo de los brazos.

La muchacha llora. Su llanto se hace sordo, bajo el pañuelo que le están atando en la nuca para taparle la cara. Uno de los mozos se sujeta el estómago con las dos manos, riéndose hasta que le brotan lágrimas. Le han atado las manos y la muchacha está en el suelo, revolviéndose, mordiendo el pañuelo, sollozando de rabia. Ellos se ríen y la miran con ojos cada vez más brillantes.

—Primero yo — dice uno de los mozos.

La muchacha patalea y ruge bajo el pañuelo. La última luz de la tarde brilla en sus piernas desnudas. Cerca están las casas de Nueva Aldeaseca, el pueblo al que le han dado la luz eléctrica. Son casi su silueta sólo, sus esquinas se difuminan poco a poco con la muerte lenta de la tarde.

Llega un coche a la plaza.

—Hasta mañana. Vendré a buscarle para que vea la central. — Andrés cierra la puerta de un golpe y el coche arranca. Martín empieza a andar hacia la escuela.

De la taberna vienen carcajadas y gritos, que resuenan en toda la plaza. El pueblo entero está lleno de un rumor de gritos.

Un toro, sin piedras en los cuernos, entra corriendo bajo el arco de ramas, que está ya casi caído totalmente, con el cartel colgando todavía. Detrás viene un grupo de mozos corriendo, tirándole piedras, dándole con sus varas.

—¿Te atreverás tú? — dice un campesino viejo en la taberna, acabando de hablar con una carcajada —. ¡Tú qué te vas a atrever!

Le rodean cinco hombres sudorosos, con las caras rojas, sentados en taburetes, que se ríen también.

Anastasia está acodada en el mostrador y les observa. El "Tío Muelas", en un rincón, dormita con la cabeza apoyada en la mesa.

—Apuéstate un cerdo — dice un campesino, dando un puñetazo sobre la mesa —. Si yo no enciendo la luz dándole a un chisme de esos, te doy un cerdo a ti, y si sí la enciendo, que ya verás como la enciendo, me lo das tú a mí, ¿te hace?

Son cinco hombres vestidos de pana que ríen y sudan alrededor de una mesa de madera. Son cinco hombres que ríen a cada frase, que apoyan la cabeza unos en otros, abatidos por la risa y el llanto nervioso. Todos tienen los ojos brillantes, hablan con dificultad, dejando escapar saliva entre los labios.

—Va un cerdo, venga. Pero tienes que tocar con la mano en el cacharro ese, ¡eh!

El maestro ha subido a su cuarto. Está sentado junto a la ventana, con un libro en la mano, leyendo. Hay poca luz.

La madre de Gervasio llora junto a la ventana. Fuera empieza a anochecer.

—Ya se han olvidado de los hombres que están presos — dice —, de que nos hundieron nuestro pueblo, y nuestras tierras, y no tenemos de qué vivir.

Vitorina trata de consolarla.

El toro, encajonado en una calle, se vuelve de pronto y empieza a correr hacia los mozos con una furia salvaje. Los mozos huyen, riendo y gritando.

Han salido a la plaza los cinco campesinos de la taberna. Anastasia les mira desde la puerta.

—Venga, "Tío Cano", a ver si enciendes la luz.

Hace un rato que se ha puesto el sol y las casas son ya manchas claras en medio de la noche inminente. Enfrente de la escuela, la iglesia recorta su torre contra un cielo que empieza a ser negro. Hay una estrella en él.

—"Tío Cano", "Tío Cano", "Tío Cano"... — gritan rítmicamente los cuatro campesinos cogidos por los hombros en el centro de la plaza.

—Va un cerdo, eh, va un cerdo.

—Enciende el candil — dice la señora Norberta a Vitorina. Vitorina coje una brasa del hogar con la mano y la acerca a la mecha del candil. Una luz amarilla y temblorosa inunda la habitación. Junto a la puerta, el interruptor de la luz eléctrica brilla y en su pequeño cuerpo de porcelana se refleja la forma curva del candil.

—Dios mío — dice la vieja. Y sigue llorando.

Vitorina la abraza.

Acaba de salir la luna. La plaza está llena de la sombra de la iglesia. En el centro, ríen los cinco campesinos, doblados por la cintura. "Tío Cano" tiene miedo, prefiere no tener que tocar el interruptor. Se ha alegrado al ver encenderse la luz de candil en una casa, y ahora se alegra de que en todas, las mujeres estén encendiendo los candiles.

—Me debes un cerdo, me debes un cerdo.

—No, no, hoy no la enciendo, ¿para qué? ¿Para qué nos valdría con los candiles encendidos? Pero ya verás mañana — dice el "tío Cano", y se abraza a los otros cuatro, en el centro de la plaza, contento de que no sea mañana todavía.

Cerca del camino del embalse hay una muchacha llorando, tumbada en el suelo.

Martín, sin dejar el libro, alarga la mano y gira el interruptor.

De todas las casas del pueblo sale ya una luz amarilla que tiembla y llega a las calles casi muerta. Pero en la escuela hay una ventana con una luz blanca, fija, que llega a la plaza y forma un rectángulo iluminado sobre su suelo seco. La noche ha venido, como todos los días, al pueblo. Y Nueva Aldeaseca avanza entre la noche, con sus luces de candil, esperando un día nuevo que le traiga una nueva luz.

Madrid y Ceuta, noviembre de 1953-septiembre de 1956.

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS
ARIEL, S. L., BERLIN, 46-48, BARCELONA, EN ABRIL 1958